


EL EMPELICULADO

UNA NOVELA DETRAS DE CAMARAS

WILLIAM ZAPATA MONTOYA

Ediciones AZU PRESS Relámpago

William ZAPATA Montoya

EL EMPELICULADO

Ediciones AZU PRESS Relámpago



P.O. Box 375
Old Chelsea Station
New York, NY 10113
USA
www.loslibrosdigitales.com
Diseño de portada: Victor Caño

Primera edición digital 02-14-2006
Williamzapata2000@yahoo.com.mx

Fecha de publicación: 02-14-06, publicada por **AZU Press Editores**
www.loslibrosdigitales.com

AL AMBIENTE
En reconocimiento a la Madre Naturaleza
y al bienestar humano, los libros Digitales
contribuye con éste libro para que realmente todo regrese
a su estado natural y la tala indiscriminada de bosques
disminuya al máximo con la edición de
obras en el sistema digital.

La presente obra contiene 193 páginas digitales

ISBN 1-58615-088-X
Distribuido por **Digital Book Publishing, Inc.**

Hecho en USA. - Made in USA.

ÍNDICE

“*En un pueblo chico, lo mejor que puedes hacer, es irte*”

Bob Dylan

Yo; sobreviviente del grunge y de la música salsa. Sobreviviente del eurocomunismo, del merengue y del metal. Del vallenato y las rancheras. Sobreviviente de la guerrilla y los paramilitares. Sobreviviente de la maquinaria corrupta del bipartidismo, del chanchullo, la rosca y la palanca. Sobreviviente de los prejuicios morales, del arribismo intelectual y de la culposa fe católica. Sobreviviente de la nefasta influencia de la publicidad y la cocaína. Sobreviviente del alcoholismo. Sobreviviente del sicariato ilustrado. De las risas pregrabadas en las comedias y de la Coca-cola sin gas. Sobreviviente del fascismo popular; sobreviviente de las películas expresionistas, de Los Cuentachistes y de las llamadas telefónicas en la madrugada. Yo; sobreviviente de las canciones de la Voz de Colombia y de los amigos proxenetas, del dolor de mis padres y de la asepsia del Malpensante. Yo, sobreviviente de mí mismo; digo: que el exilio es el olvido, y que el olvido es la ausencia de dolor, y la ausencia de dolor es la muerte. Va la madre si no.

Cuando la nave despega, lo pierdes todo. Tus puntos de referencia; tus status; tus nociones del tiempo y del espacio. Tus amados viejos códigos culturales. Pierdes, quizá, lo que es más importante; ese convencional, cotidiano, contacto con tus colegas y con la gente que siempre has querido. Y sabes, que de nada te servirá volver, ni tratar de suplantar lo dejado atrás. Una vez tomado el avión, ya todo habrá cambiado para siempre. Y lo que es peor, ya no extrañarás nada. Ya no soñarás nada. Te dará lo mismo conseguir esos nuevos afectos; esa nueva vida de fantasma con la que quisiste reemplazar aquella antigua vida de dador de dolor, de dador de alegrías, de torturador torturado que te llenaba de placer pero que también no te dejaba en paz y que te hacía sentir que estuvieras vivo y que se metía cada noche en tus sueños convirtiéndolos en pesadillas.

¿Pero sabés qué? Se siente bien estar muerto. El infierno no es tan malo como lo pintan. El infierno es como la cárcel. O como un ataúd; eso es todo. Como una gigantesca bóveda sepulcral con Internet y con cajeros electrónicos y con teatros y tiendas de música y mujeres de plástico. Éso. Como una estrambótica cripta de esas con música donde enterraban a los manes de Pablo. ¿Te acordás? Como esas cárceles, de cristal tal vez, donde solíamos atestar nuestros mejores golpes y donde solíamos esquivar aquellos peores cuchillazos también. Mejor dicho, como las cárceles de Colombia, que dependiendo del preso, podían convertirse en palacios o en tumbas.

Te digo. En el infierno, hasta el cielo y la nieve parecen artificiales, productos empaquetados en una estantería. Y eso está muy bien. Uno debería poder comprar todo tipo de cosas en los supermercados.

Aquí, en esta muerte, por lo menos, te liberás de tu propia existencia, de tu yo, de tener que cuidar de un cuerpo y su destino como si fueras un preso político. Aquí sos uno más que se compra y se vende en un anaquel, y eso está muy bien, porque te liberás de la obligación de sobrellevar tu voluntad... de tener que darle una dirección a tus pasos... de tener que soliviar el destierro emocional de tus amigos y de tu pasado.

Aquí, de los antiguos afectos ya no te interesa saber nada. De las mujeres, aprendés a interesarte sólo por sus coños y sus tetas, y de los nuevos amigos por sus dólares. Uno desarrolla ese tipo de putrefacción en gringolandia, viejo Lucho. Es una putrefacción, digamos, dulce, cómoda. Aquí se come bien y se duerme bien. Aquí se aprende a no mezclar corazón con supervivencia y podés tener una vida tranquila si sos un muerto al que no le gusta meterse en demasiados problemas. Aquí el gran hermano cuida de ti. En Colombia, por el contrario, sabías que estábas bastante vivo y, al mismo tiempo, también sabías que tenías que hacer lo que fuera, para mantenerlo.

Aquí, en cambio, estás muerto y sos un muerto en paz si sos un muerto chévere y si respetás a los demás muertos que habitan el jardín, y si acatás las reglas de los otros muertos que lo cuidan.

El olvido es un jardín aburrido, pero no se sufre; no se experimenta ni se proporciona ningún dolor.

Aquí no se siente nada, excepto ciertos reflejos sensoriales como el hambre, o el sueño, y él cansancio, y el calor, y el frío, y esos asuntos que el gran hermano te puede aliviar a la menor brevedad. Pero nada de nervios. Nada de involucrar sentimientos. Cero culpas, viejo Lucho.

Por demás está decir, sin querer profundizar demasiado en este barrizal del paria *muerto-pero-no-enterrado*, que yo me siento más digno siendo un ilegal de quinta categoría en Estados Unidos, que un ciudadano de primera en Colombia. Y que esta marginalidad es un parque cementerio donde podés disfrutar de todas las comodidades. Todo es bastante aburrido acá, pero se sufre poco. Sobre todo en los límites de afectivilandia, que es donde suele doler más. Vos sabés. Poco importa afectivilandia por estos lares. Una tierra que está de más. Otro patio de yanquilandia, como lo son todos los países de Latinoamérica. Y es que Yanquilandia es lo más parecido a un cementerio, pero un cementerio con centros comerciales que acoge todas las *landias* posibles: putilandia, gringolandia, paisalandia., chicanolandia…

Y ya habíamos quedado en que lo que tuviera que ver con la muerte es la ausencia de dolor, loco. Y entonces yo me reafirmo: lo único importante en esta ausencia de dolor es el dinero. De cómo lo produzcas y lo reinviertas es otro tema. Sólo que, al final, los muertos no tenemos conciencia. Al final, nadie vive muerto e inocente a la vez. Al final, un muerto tiene muchos muertos encima, pero no extraña a ninguno de ellos. Al final, un muerto es nada más que una persona viva que corre y que suele temerle al dolor, amigo.

Muerto.com. Muerto S.A. Muerto pero no enterrado. Muerto por el culo. Muerto JPG. Muerto.EXE. Muerto.rtf. Muerto.doc. Este jardín no es el cielo. Este jardín es el mismísimo averno, lleno de ángeles y de fantasmas, donde yo soy un fantasma más, en un jardín lleno de muertos.

Con aprecio, Juan K, *El Sardino*.

Blue Saturday del Río

Presenta:

Para:	mrplomo@yahoo.es
De:	"Paula Vélez" <paulin70@hotmail.com> Ver detalles del contacto
Fecha:	Tue, 16 Jan 2001 19:19:34 -0500
Asunto:	plomo, ansia, ángel, vaca

No te empeñes en olvidarme que hoy apenas es lunes... canta uno de esos boleros que la vuelven a una loca cuando el ángel fracasado de la placita de flores se mete en su basurero a dormir y uno no lo puede encontrar.

La historia es la siguiente:

Nadie podía entender cómo el mago pirobo se había puesto verde y los pocos que lo sabían no podían explicarlo.

Fue de repente, el mago acostumbrado, como estaba, a echar unos polvos y desaparecer, simplemente no desapareció, se quedó visible incluso para los espejos y, de tanto mirarse en los charcos que quedan al pie de los postes de la luz, se fue volviendo verde, muy parecido a los guaduales. Lo único que escucha, de día y de noche, es el trinar de un pájaro que se llama soledad. Seguramente es por eso que anda por ahí con una eterna sonrisa, verde, escuchando únicamente sus propias voces.

Te amo, no te quepa la menor duda.
Sé feliz.

Una obra de
AHÍ VAMOS PRODUCCIONES

En asocio con:

SHEBA PRODUCTIONS
Y

Apnea Films

Fecha:	Mon, 29 Jan 2001 06:15:51 -0600 (CST)
De:	"Lina Franco" <bandofina_1999@yahoo.com> Ver detalles del contacto
Asunto:	Re: ¿en qué andás metida?
Para:	"Juan K Peláez" <mrplomo@yahoo.es>

Eso de Lina Chinasky, más o menos, es verdad. Ando de sirvienta mi amigo, de SIRVIENTA. Hace mucho te mandé un correo común contándote los detalles de mi nueva vida de ilegal. La única diferencia con Chinasky (porque todo lo tengo, el trabajo de mierda, el ajuste monetario, etc.) es la falta de licor y ganja. Así que de vez en cuando, una coliniada, y permanentemente buscando la forma de conseguir una buena traba con alguno de estos detergentes carísimos que uso a diario para dejar la "villa" en la que trabajo como vitrina de bodega de remodelación.

Besos.

Lina.

PD. Otra vez robando Internet. Que no se pierdan las buenas costumbres. Pero, esta vez, la bruja de mi jefa no está. Aunque en cualquier momento puede aparecer como por arte de magia, así que como buena sirvienta, solapada, no puedo dejar rastro de mi atrevimiento, por eso, mejor, chao, chao.

Corrección ortográfica y diagramación:

Eva Castedo Isart

Fecha:	Fri, 2 Jul 2004 11:28:17 -0500 (CDT)
De:	"Patino Carlos" <cafami@yahoo.com> Ver detalles del contacto
Asunto:	Re: Recali
Para:	"Juan K Pelaez <mrplomo@yahoo.es>

Deambulo, sonámbulo, por Medellín. Medellín sin vos es como masticar papel. Sí, el estomago se mueve pero para qué. Lucho no aparece todavia. Doy vueltas. Tus novias, ya muertas, resucitan. ¿Y no dizque estaban paletas?

Ilustración carátula:

Victor Caño

De:	"Paula Vélez" <Paulín70@hotmail.com> Ver detalles del contacto
Para:	Juank@yahoo.com, natuxka10@hotmail.com, mrplomo@yahoo.es, taba@gsb.stanford.edu, meryg@hotmail.com, tabn@aol.com, josmez@hotmail.com, pmtoya@sigma.eafit.edu.co, andrgos@yahoo.com, FRENCREAN@al.com, palid4@hotmail.com, ricalad@hotmail.com, sircom@epet.co, davidramirez@usa.net, mapa@sprain.com, cineos@hotmail.com, iftares@interpla.net.co, gtares@sigma.eafit.edu.co, mavilla@hotmail.com
Asunto:	Llegada
Fecha:	Fri, 16 Feb 2001 12:11:35

My gente querida:

Hola... bueno, muchas cosas para decir... ¿NY? NY fue un sueño, muchas calles lugares, gente, licor, edificios, de todo, de TODO. Es una ciudad para vivirla, escudriñarla, devorársela, llorarla, pintarla, escribirla...¡¡¡Aaahhh!!! Quedará en los planes, allí estará, esperando, mirándome a lo lejos con esa sonrisa embrujadora...

El vuelo a Israel fue bueno, uno se cansa pero el ánimo de la llegada le puede al cansancio, unos vinitos en el avión como para no perder la costumbre, con el judío que me tocó por compañero. La entrada a inmigración una fila inmensa. Cuando me llega el turno, la funcionaria militar, la maldita, me mira y mira mi pasaporte un par de preguntas y luego me dice, "Please wait there", y me toca pararme dándole la cara a todos los inmigrantes, y esperar, esperar, luego, me llevan a otro lugar en donde mucha gente se pasa mi pasaporte de mano en mano y me miran, y miran cada sello en el pasaporte y me miran y hablan en esa cantaleta que es el hebreo y me miran hasta que *el Duro* viene y me dice " do you speak english?", " yes, sure" contesto, "what do you come to do here" Pregunta, "just to visit" respondo. El tipo me dice que lo que pasa es que este país tiene muchos problemas y no quieren más... con drogas... y al final "but why are you so nervous?" and i said " why? because i come from so far away, alone, with a colombian passport, and you guys are passing by passport from hand to hand... how should i feel ah?", el se ríe y me mira hace un par de preguntas más y luego "ok, ok welcome to Israel"... Sudé la gota amarga mis queridos amigos. En ese momento pensé en que no me importaría perder mi nacionalidad…

¡¡¡Ahhh!!!

Viajar con ese sello colombiano encima es muy, muy jodido.

Bueno, mis amigas (que están todas hermosas) me reciben en el aeropuerto, yo estoy cansada, enguayabada, asustada, descuadrada, en fin, pero verlas y salir de este lugar me llena de ánimos de nuevo.

Es una ciudad muy extraña, fea, feísima a primera vista. Y Todo, TODO es en hebreo, muy pocas señales en inglés... es una sensación extrañísima porque tenés que buscar señales en otras cosas, preguntar, asumir, suponer.

¡Ja! ¡ja!. La mayoría de la gente habla inglés y eso ayuda. La comida deliciosa, los hombres espectaculares, el comercio impresionante, hay de todo, de TODO. El tráfico loquísimo, son unos frescos, despistados.

La casa de mis amigas está bien, muy bien, parecemos en internado, pero el espacio es muy acogedor y tenemos de todo. Está súper bien ubicada, cerca a todo.

Bueno, me quedan cinco minutos de Internet y por eso les he tirado los datos en este desorden, pero estaré en contacto y les iré contando como van las cosas. Estoy feliz, con muchas ganas de ir a Grecia antes de que se me acabe la plata y me ponga a trabajar que ya no habrá tiempo de hacerlo. Los Kibbutz también como que me matan el ojito... ya veré...

Los adoro, los llevo en mí. Estaré en contacto ¿ok?

Un beso a todos.

Paula

Con el apoyo de:

Mrs. Valerie Faltzgraph

Fecha:	Tue, 18 Jan 2004 21:01:19 +0200 (CEST)
De:	"Luis Grisales" <djmac2001@yahoo.es> Ver detalles de contacto
Asunto:	Colombiano come colombiano
Para:	" Juan K Peláez " <mrplomo@yahoo.es>

Por problemas técnicos y de retiro espiritual, la navidad y el año nuevo me atraparon lejos de la tecnología, por lo tanto, esto es un saludo de reyes:

Bienvenidos al mundo de lo impersonal, bienvenidos al frío rincón del forward y el reward, correos colectivos para los ciudadanos del mundo. Lo se bien y pido disculpas, no me gustan para nada pero se volvió una necesidad.

Motivos varios, desde mi constante quejido por el regreso tercermundista de la era post StarMedia –en otras palabras, volver al computador prestado o alquilado- hasta ese bizarro éxodo que empezó con Paula y su Vélez, y que aún no para. La nostalgia ronda como los gallinazos y la ausencia se convierte en una suerte de musa. En una sola mano puedo contar mis amigos de lo que me quedó de *esta puta ciudad*; se que hay muchos buenos conocidos pero eso no es suficiente.

Un fin de semana encerrado en mi propio bunker y aquello de "la feliz navidad y próspero año 2004" son suficientes para extrañar y querer saludar, uno a uno de los músicos que han hecho parte de la mejor banda sonora de mi vida. Como en todas, vos encontrás de todo, desde una canción triste hasta aquellas que fueron hechas para una combustión inmediata.

Para los que ya no me sintonizan, los cambios no son muchos. Aún me llamo Luis y sigo viviendo en la casa 01-16 de Palearte de San Ciego, tal como lo he hecho en los últimos 18 meses. Para ubicarte, Juan k, son unas cuantas cuadras arriba de ese eterno monstruo llamado El Pub que por estos días lucha contra la construcción de la doble calzada en la vía a Palmas.

Para los que apenas me sintonizan, la televisión es sólo un camino para mantenerme en el camino –y tratar de cumplir con esa vacuna llamada Icetex- Creo que todos en esta lista alguna vez se chocaron en el zapping con Arriba mi Barrio o el bigote de Luis Alirio Calle. Pues en esas estoy, y visto desde su interior es un proyecto de ciudad más importante de lo que a simple vista parece ser. No es exclusividad de los estratos bajos pero en una ciudad donde los barrios de invasión están al orden del día es imposible pretender que el promedio de los estratos 1 y 2 llegue a nivelarse con el resto de la ciudad. Los problemas son los mismos, el desempleo y el hambre son la primera fuente de ocupación... y de ingreso...

Creo que eso es todo, o por lo menos lo que se puede generalizar. Lo que sigue, y quiero que me disculpen si no cumplo con las normas preestablecidas -es mi primera vez-, es el compendio de saludos cortos propio de los mensajes colectivos. Un abrazo para todos y un feliz año en el que espero un brindis personal en algún lugar en el mundo, así sea en Medellín.

Pastor Patiño: My own Ana Hernández se embarcó con mi colección de spirituals rumbo al Atlántico Norte...”*Quién escribe recordando, imitando, parafraseando, copiando, parodiando, tergiversando, etc. No debe sentirse culpable por apropiarse de algo más*”... ¿D’Ya Remember?

Juank: *I’m the screen, the blinding light. I’m the screen*, (hey loco) *I* (‘m) (still) *work*(ing) *at night*... Un abrazo

Lina Franco: Cada vez me aferro mas al pasado, me niego a creer que las cosas cambian y que el afecto disminuye a la par de los kilómetros.

Paula Vélez: Gracias por el regalo, pero vos me conocés un poco, las palabras siempre reclaman su primacía. El cuento aún no termina, la voz final nunca llega y aún no hay eco en los diagnósticos.

Lucho.

EL EMPELICULADO

PRIMERA PARTE

ACERCA DE LA PELÍCULA

¿Y cómo es la vuelta?

Mi nombre verdadero es Alirio. Creo en la Biblia, en el Quijote, en el Deportivo Independiente Medellín y en la canción *Early to bed* de *Morphine*. Eso es todo. Antes, en el pueblo, me decían Juanca, El Tuso. Juanca con K. *Juan-K*. Pero con el paso del tiempo, a la final, me terminaron llamando "El Sardino". "El Sardino Alkaseltzer". Por lo que, cierta vez, una gente de la Universidad de Antioquia iban a hacer una película pa´ pasar por Teleantioquia, y me preguntaron que si quería actuarles y yo sin saber nada de luces y de cámaras, les dije que sí, que pa´ las que sean. Y ese fue el comienzo de toda la vuelta. Breve. La película le gustó a la gente que la vio, y se llamaba "El Sardino Alkaseltzer", y el protagonista central era bastante conocido en toda la ciudad. Algunos le decían Alka, como en la película, y otros simplemente le llamaban “El Sardino”.

Y así me quedé: Alkaseltzer. Alka, para los amigos.

Ya casi nadie me conoce como Alirio ni como Alkaseltzer. Paula Vélez es la única que a veces me dice "Alka", de cariño, cuando me escribe o cuando me llama de algún lugar de Europa. Paula Vélez se la pasa de avión en avión, de carretera en carretera, de país en país. Viajando. Huyendo. Persiguiendo quién sabe qué. Y no es que Paula sea una estrella del espectáculo ni ninguna empresaria internacional ni nada por el estilo. Paula Vélez es una pelada normal, más bien medio anónima, a la que le dio por echarse a andar por tierras lejanas, como lo hice yo, y como lo hicieron otros tantos desarraigados de mi país.

Hay que decir que Paula, ahora, no debe estar tan polla como luce en esta foto que aún conservo. Lo único que he sabido de ella, es que nunca volvió a Colombia. Eso es todo.

Paula tampoco ha vuelto a la USA porque a este parche nunca ha sido muy fácil entrar y volver a salir y volver a entrar. Por eso muchos de los que estamos acá no nos hemos atrevido a salir. Por eso yo nunca he vuelto a Colombia. Porque me gusta un poco el exilio y porque, a algunos, nos favorece un poco el estilo de vida americano también. Porque la cosa se ha puesto berraca. Y porque después de *ene* años no he sacado identificación todavía. Y porque pa' salir y volver a entrar se necesita astucia, malicia, cierto no-se-qué de la picaresca colombiana que a mí ya se me olvidó, y que, de todas maneras, nunca me pude tragar. Mejor dicho: me la tragaba, pero no me la masticaba.

En otros términos, yo no he sido tan avispao’ como muchos me creían y me hacían creer que era. La verdad es que yo soy, siempre lo he sido, como medio agüebao’. Yo todavía no me he atrevido a salir de aquí, porque aquí puedo vivir tranquilo matando malos recuerdos. Aquí puedo trabajar un par de días y vivir perezosamente el resto del tiempo. Me la

rebusco. Soy esculpidor de tumbas; vendedor de perros calientes, jíbaro de esquina; cualesquier cosa que ustedes quieran que sea. Pero ya no soy el destructor clandestino ese, que se dedicaba a darle dedo a los manes torcidos del pueblo. Ahora soy otro destructor de pensamiento que, por vivir en una sociedad totalmente xenofobita, ha entendido la rabia de los terroristas y la venganza de los países pobres a través del narcotráfico. Será mi marca por siempre ser un sudaca; ser un colombiano; pero será mi alivio también saber que mientras haya injusticias, habrá revolución; anarquía.

Escribir; ir al cine; rascarme las pelotas; de todo puedo hacer sin querer meterme de lleno en ningún trabajo. Busco comida en las canecas de basura. Deshechos. Esa es la ventaja de vivir por los márgenes de una sociedad desarrollada. Los desperdicios de aquí no son tan desperdicios y resultan siendo manjares para mí. Cada vez que rescato comidas intactas de la basura pienso en la gente que se muere de hambre lejos de aquí y la rabia se me multiplica por mil. Este es mi mejor atentado contra el sistema. Soy una especie de guerrillero del ocio. Pertenezco a las Fuerzas Armadas de La Improductividad. Esa es mi mejor revolución en este cementerio de pendejos útiles. Y no me convierto en mendigo total, por falta de cojones.

Me he perdido. Estaba contando. A veces, recibo alguna carta de Paula y entonces es cuando me acuerdo que afuera, en la noche sin fortuna, todavía queda vida inteligente. Afuera de este país las cosas son muy diferentes. De todos modos aquí el dinero te alcanza si no tenés demasiadas obligaciones económicas y si no sos demasiado fafarachero con el asunto del lujo y esas cosas. La verdad es que yo soy de los que le andaba huyendo al ejercicio del dolor y, en Colombia, ese era mi pan de cada día, ya fuera por negocio o por placer. Pero el dolor era mi emblema. Ahora no sufro. Prefiero estar muerto. He superado todos mis dolores. Es como si Colombia se hubiera convertido en un país mítico, una fábula, una ilustración de enciclopedia. Y es que vivir en Norteamérica te hace sentir como si estuvieras en un país alejado de todo, como si afuera de acá no hubiera nadie; como si te hubieran pasado tus días por una lavadora mental. Como si esto fuera la cueva donde están todos, y afuera estuviera el desierto con su noche, y sus soledades, y sus aullidos de lobo a la distancia.

Los ojos putiados

Siguiendo con el caso de Paula Vélez, es que, pensándolo bien, ella nunca fue una mujer que hubiera servido pa´ andar muy amarrada a ningún lugar. La última vez que supe de ella estaba en España. Me escribía aquel e-mail desde una carretera perdida de Murcia, y desde entonces no he vuelto a saber nada de ella. El E-mail decía que iba de mochila en mano. Como siempre. Piratiando. Y acaso creí entenderle que estaba de novio o algo así. No me acuerdo muy bien. Me imagino que ya, enamorada, las andanzas de Paula son otra cosa. Como llamarse Nick y apellidarse Cave y tener una banda llamada Las Malas Semillas. Así veo yo la situación de Paula. Mejor dicho, nubosa. Como una llamada de larga distancia. Como una mancha de clorox en una camiseta. Como una mancha de clorox que quería ser batik.

Del resto, hasta los viejos amigos solían llamarme *El Sardino Alkaseltzer*. Hasta el Cucho, por no llamarme por ese Alirio tan ajeno, me decía Alka. O "Hermano". O "Hijo" cuando estaba de buen genio. Pero "Alkaseltzer" casi siempre. Recuerdo que nos poníamos a lavar el taxi, (el cual había comprado después que fue despedido en la empresa), y se ponía a cantarme canciones inventadas con mis apodos, o hacía nuevas versiones de las canciones de su generación con letras improvisadas:

"...Sí señores esa es la verdad/ Pachito el ché le llaman al Señor/ es Antioqueño y muy trabajador/ Pachito el ché / Pachito el ché.../"

...Buenos tiempos aquellos.

Me quería tanto mi viejo que yo no podría explicar todo su amor en estas páginas, pues era un amor bastante complejo; un amor de esos que a veces se torna peligroso y letal como un camión de dinamita a las puertas de la embajada norteamericana en Irak. Me quería tanto mi viejo, que decidió abandonar su carrera de entrenador de fútbol el mismo día que me metieron 25 fechas de suspensión por haberle rajado la tibia al back-center del Envigado Fútbol Club. Cuando el Envigado prometía; pero cuando todavía estaba muy lejos de pertenecer a la Primera División. Eso fue mucho más duro para mi cucho que para el back center, su familia, el entrenador y todo el municipio de Envigado juntos. A mí, la verdad, es que aquello no me importó demasiado. Aquel defensa ya se las traía conmigo y tuve que frentiarlo. Que no digan que lo dañé por detrás. ¡Lo vi venir y, taque! Se la puse en la espinilla. Le dije: "*Perdiste, maricón; ¡Te figuró! ...*". Tal como se la había cantado. Si no era él, era yo. Que no digan que no estaba advertido. Todo empezó en el primer partido, contra ellos allá. Nosotros de visitantes. Yo jugando de punta de lanza, así, la posición esa que solía ocupar el "9" clásico, el de antes; pescando rebotes; cazando balones sueltos en el área; yendo al cabezazo, arrastrando marca, haciendo la diagonal. Como cuando todavía los equipos jugaban al 4-3-3 y no en línea con carrileros proyectándose por las laterales. Y, entonces, me mandan a este man pa'que me marque y pa' que me baje la pantaloneta en los tiros de esquina y yo le digo: "*Listo, va jugando*". Pa'l segundo partido, de locales, agárreme que agárreme de la camiseta (como me emputaba a mí que me jalaran de la camiseta). Ya en el tercero, en el Cincuentenario, fue donde empezó a respirarme en el oído. Yo le había dicho: "*En la juega parcero, que me está calentando el parche. Si me va a pegar, pégueme por delante pa' poder esquivarlo*". Y el man nada que me hacía caso. Patadita va y patadita viene. Luego le había dicho: "*Si me sigue dando por detrás, lo daño*". Y es que yo no era un colombiano normal. Yo era como Pablo. Yo no tiraba a dañar por detrás. Si yo iba por un cliente, iba de frente. No como el defensa ese que déle que déle: la patadita en el tobillo; déle que déle: partido tras partido. Déle que déle: la marca a presión por detrás. Raspándome las canillas. Y es que eso era muy del pueblo, muy colombiano. Lo de tirar a dañar por detrás y no de frente. De cagárselo a uno por la espalda. Con el colombiano todo es así, mucha sonrisita por delante, mucha honorabilidad. Pero cuando te *voltiás*… ¡tan! la puñalada en la espalda.

Pero yo no era así. Yo era como Pablo. Que siempre se las cantaba a sus enemigos, frentiaos'. Les decía: "*Vea usted me faltó en esto, usted no me probó finura*". Y luego venía uno de sus soldados y ¡tan! descargaba todo el proveedor.

Y que no me vengan a decir quesque' estoy generalizando; porquesque' en el pueblo, con esa sangre tan espesa que nos corre por las venas, hasta el más santo tiene su guardado. Y especialmente en aquella época en que todo el mundo andaba con el pecado encima; hasta los más estudiados. Y yo digo; si el man éste, del Envigado, me hubiera mandado los guascazos de frente, yo hasta se la hubiera perdonado, porquesque' a uno no le duelen tanto los golpes como la traición. Pero el man me la siguió aplicando por detrás, hasta que yo me le fui de frente y le dije: "*Tenga pa'que lleve, parcero". * Luego viene el arbitro con la roja en la mano y yo le digo: *"Juez… ¡voy a la balón!…",* y el hombrecito me expulsa y me dice: *"¡No señor!, usted va a la falta y con muy mala intención… ¡usted ya no vuelve a jugar más! Ahí dañó a este muchacho".* Y yo: *"Juez, no tengo amarilla"* Y él: "*Esto es sin derecho a pálida*". Y me expulsa. A lo que yo salgo del terreno de juego y me voy como si no me importara, porque tenía la conciencia tranquila, porque la víctima y yo sabíamos que él se la había buscado.

Pero, a mi padre aquello sí le importó mucho y le significó el fin de sus esperanzas en mi carrera deportiva, y en la suya propia como entrenador de fútbol. Lo más teso de todo, es que a mí nunca me dijo ni "*negros tenés esos ojos*". Por eso digo que me quería como un putas mi viejo. Una falta de ésas, daba pa' que lo metieran a uno a la cárcel o, por lo menos, pa' que mi padre me hubiera echado de la casa y me hubiera desheredado. Pero mi cucho no era así. Mi cucho me quería. Mi cucho nunca hubiera hecho eso.

Globos en las nubes

Para explicar ese amor, yo tendría que enumerar todos los avioncitos de icopor que mi padre me compraba en el Parque Bolívar, y todos los yo-yos, y todos los globos de colores que me tuvo que reponer cuando yo los dejaba ir hacia el cielo. Todo aquello fue antes de que me volviera un cascón, por supuesto. Mucho antes. Quizá 15 o 20 años antes. El cucho sacaba un billete de dos pesos y se lo daba al man de los globos. Y yo estiraba el dedo y mi padre me amarraba una pita en la mano, y el globo flotaba en el aire y nos acompañaba para todos lados a la cucha, a mi padre y a mí. Y parecía que éramos una familia feliz.

De una punta de la cuerda iba mi mano, y de la otra iba el globo. Luego mi padre me compraba una mazorca de maíz frito, y chuzos de rata, y arepas de choclo con quesito, y algodones de azúcar, y yo no sé cómo, pero mientras trataba de morder la mazorca, el globo se desprendía, y se iba hacia arriba, y se perdía en el infinito, y entonces yo me ponía a berriar como un condenado en el infierno hasta que a mi padre le tocaba comprarme otro globo de otro color, y entonces yo oía a la cucha que le decía al cucho: "*No le compre más bombas al niño. No ve que es por eso que se ha vuelto tan llorón. Es que usted lo tiene muy contemplado*". Pero lo que mi madre no sabía, era que nunca nadie está lo suficientemente mimado, y que lo que a mí me fascinaba era cambiar el color de los globos y verlos irse hacia arriba, como cayéndose pero al revés, y que a lo que a mi padre le fascinaba era jugar

conmigo, el juego que fuera, fuesen las reglas que fueran, tal vez porque, cuando estaba niño, mi padre no había tenido la oportunidad de jugar y, seguramente, quería que yo no pasara por las mismas. Y eso sí que, cuando mi cucho se le saltaba la piedra y le daba porque me iba a pegar, salía la cucha al paso y le decía:

-"*Con el niño no se meta*".

Como raro, ¿no?

Me sentía muy a salvo en aquella época. Me pregunto, ¿A qué horas se dañó todo? ¿Cómo terminé yo desviándome en el camino? El caso es que, a la final, el cucho nunca me llegó a pegar a mí. Pero a la que sí le pegó más de una vez fue a la cucha. Es una de esas cosas raras que nos pasan a los humanos; ¿cierto?

Luego de los globos, veía al viejo regalándome balones, cometas, libros, revistas, carros. Pero nunca pistolas. De eso sí que se cuidaba el cucho; de comprarme juguetes bélicos, tanto como de comprarme pólvora como de verme jugando por ahí con jeringas desechables. Cada vez que me veía por ahí, lanzando agua con una jeringa, me regañaba, y me decía que las jeringas estaban "siempre" llenas de infecciones, que las botara de inmediato, y que me fuera a lavar las manos con alcohol, y es que a mí me gustaba mucho jugar con jeringas.

A veces, mi viejo se aparecía en la casa con un pedazo de morcilla por las noches, pero mi madre, no se por qué razón, le devolvía el favor diciéndole, que *No*, que así no era, que se llevará su morcilla a otro lado. Hasta que un día mi padre no amaneció en casa, y la cucha me dijo que al cucho le había tocado irse a buscar mis globos perdidos en las nubes, y que no lo íbamos a volver a ver por un tiempo. Nunca he de olvidar las dificultades por las que tuvimos que pasar mientras mi viejo buscaba globos en las nubes. Supongo que es lo natural en cada familia cuando un padre se va. Pero aún tengo imágenes en mi cabeza de los días en que mi madre habría de pegar un cartel en la puerta de mi casa diciendo: “SE VENDEN BOLIS”. Luego otro: “SE ARREGLAN PANTALONES”. Meses más tarde: “MODISTERÍA”. Después: “SE HACEN PEINADOS”; y al cabo de los años: “PELUQUERÍA”. Claro que la cosa no fue tan fácil como aparenta, vuelvo a decir. Entre un negocio y otro, la cucha tuvo que sudar la camiseta no sólo con esfuerzo físico, sino también a punta de las típicas vergüenzas sociales de la época. Ya la veo a mi vieja llamando a un programa de radio para ofrecer una nevera que nadie iba a comprar. O ya la veo a la cucha abriéndole la puerta a una amiga para recibir tres bolsas de Almacenes *EXITO* llenas de comida.

Tuvo que haber sido muy duro para mi madre soportar todo aquello con todo lo orgullosas que eran las señoras en ese tiempo.

Pero lo que sí me parece muy loable de mi vieja, viéndola a la distancia, es su templanza para defender una frontera moral, en tiempos cuando toda una sociedad se empezaba a prostituir en aras del vil dinero.

El cucho, entonces, volvería dos años después de haberse ido. Pero sería entonces el fin de los regalos. Lo último que me había prometido era el chipote chillón del Chapulín Colorado, pero aquel chipote nunca llegaría, pues a mi viejo, tan experto en lanzar promesas, los pactos siempre se le olvidaban. Bueno, lo importante es que siempre pasamos muchos ratos juntos el cucho y yo; incluso hasta unos días antes de yo venirme para la USA a incinerar mis memorias, a llenarme de olvidos.

La chapa

En Medellín, pasar los años con un alias te volvían un hombre prefabricado. Podía dar cuenta de ello todo aquel que hubiera crecido y pasado la mayor parte de su vida con un apodo. En una época de la infancia a mí me decían "El Tuso", pero no me gustaba porque a la cucha no le gustaba. Ella decía que no me dejara poner apodos y que me dejara crecer el pelo; que los únicos que se rapaban la cabeza eran los gamines y los sicarios. A mí, la verdad, no me importaba demasiado; a mí, pa' qué les digo, me parecía bastante elegante llevar el calvo. Eso me daba prestigio dentro del combo. Aunque yo sentía que mi madre sufría y, entonces, a sangre y fuego, logré que todos los parceros me volvieran a llamar por mi "Alirio" original. Nunca me dejé crecer el pelo eso sí. Y tuve que sonar a más de una pinta a pesar de que yo era un mancito muy miedoso. Pero todo era cuestión de supervivencia ideológica. Era jalar el gatillo, o amurarte e irte a cagar del miedo bajo las faldas de tu mami y esperar que ella saliera a vivir por vos. Eran los tiempos de mi infancia en todo caso y muchos tropeles supe ganarme de cualquier manera en aquellos días.

El "Alkaseltzer" siempre me había gustado. Pero en Estados Unidos, sin darme cuenta, volví a ser "Alirio". Uno sortea esos trances de la vida casi sin darse cuenta. Cambias de alias como cambias de ciudad, o como cambias de empleo.

Once años estuve con el "Alkaseltzer" en el pueblo. “Alkaseltzer, Alkaseltzer”, oía decir a todos. Y luego dejar de ser "Alkaseltzer" en Medellín, y volver a ser "Alirio" en New York. Es como volver a nacer. Como morir. No estoy muy seguro. El caso es que es otra cosa. Un cambio muy teso. Como tomarse un sorbo de vida muy fuerte. Como ser un perro que se llama "Cuqui” y terminar siendo un gato al que le llaman "Bernard". Muy teso, ¿no? El nombre deja de importar pero la naturaleza no. Como llamarse "*Citas con pacheco*" o *" Inravisión, Canal de Interés Público*" o " *Yo sé quién sabe lo que usted no sabe*" o *"La luciérnaga*" o "*Wbeimar lo dice*", y terminar llamándose "*El show de Don Francisco*" o "*La Dimensión Desconocida*" o "*Martes 13*" o "*Terminator*" o "*El Extraterrestre*". Yo que sé. Pero la diferencia es abismal, ¿cierto? Es como cambiar el olor de las verdes noches colombianas por el olor de una pizza empacada en el fondo de un refrigerador. Es como ver correr mucha agua debajo del puente de los nombres de todos modos. ¿No es cierto? Como comer galletas saltinas con agua panela con leche y venir a la USA y picárselas de mucha limonada con brownies; como pagar un dineral por una hamburguesa en Latinoamérica y venir acá y gastar en Mcdonalds con las monedas que te sobraron después de haber comprado el periódico con un dólar. Es como llamarse Nick y apellidarse Cave y tener una banda llamada Las Malas Semillas, repito.

Quemame el otro, Paula

A veces uno se asombraba de lo que podía pasar en aquellos días. Pero nada comparable a lo que podías vislumbrar en la pantalla de tu cabeza. La vida era como sombras, y contraluces y viento y juegos de niños malos al atardecer. Cerrabas los ojos y ahí estabas. Había momentos que tocaba esquivar muchos retenes en la carretera de los minutos. Luego te sentabas a hacer los balances para empezar el segundo tiempo, el round siguiente, la próxima partida, el camino a un nuevo salto de abismo. A lo mejor, la vida era una eterna sucesión de balances y de pequeños alivios y de llegadas, y de partidas, y de saltos al vacío, y también de muertes. Aquella era una época donde tocaba aprender a morirse y a renacer muchas veces. No era una sola muerte continua, como la muerte mía de ahora en el exilio; sino una seguidilla de muchas muertes pequeñitas entre el discurrir largo y prolongado de la vida.

Cuando te despedías de alguien. Cuando caía la noche; Cuando cambiabas de peinado y cuando botabas tus zapatos viejos. Cuando se te perdían cincuenta mil pesos, y cuando cambiabas de canal. Cuando te robaban y cuando colgabas el teléfono. Cuando te despedías de un amigo. Todo el tiempo te estabas muriendo, pero también estabas renaciendo, porque cada entrada era también una salida.

Pero la muerte más inminente era aquella de la tragedia trivial. La que acechaba en las esquinas de los días comunes llenos de destinitos fatales y de consecuencias afortunadas; encuentros providenciales; accidentes de tránsito; la charla de un vecino; la correspondencia en el buzón; efectos y causas de aguaceros hormonales; noticias familiares; decisiones de la gente amada; desencuentros; malentendidos; falsas coincidencias.

Había muchas formas de morir.

Me refiero a que si algo se quedaba atrás, se moría. Punto. Todos los días te tocaba hacer las veces de sepulturero, pequeñas y grandes glorias de tu cotidianidad; gestos secretos que te indicaban algún fin, la presencia inminente de alguna calamidad doméstica o profesional, acaso tan definitivas como una señora vestida de negro, como una señora parada en una esquina con un perro negro a su lado.

Tarde o temprano, la relación con los tuyos llegaba a ese punto en que todo empezaba a ser fantasmal. Eso es lo que quiero decir.

- *Mirá. A uno le toca aprender a matar a la gente. Los amigos son la escuela, tus amantes te sirven para practicar y con tus padres te graduás. Al final quedás solo con vos mismo, y si estás de suerte, que Dios te acompañe. Así de sencillo. Todos, de alguna manera, nos tenemos que ir. Digo. No para el resto del mundo. Pero, sí para vos. Y tenés que aprender a matarlos simbólicamente antes de que sus muertes reales te cojan por la espalda. De lo contrario, te toca cumplir con el rito del funeral interno y con la elaboración del duelo y esas cosas. Y no sabes cómo se sufre y la tacada de tiempo que eso puede tomar. Si te*

descuidás podrías perder tu vida en ello, y de repente te podrías convertir en el espectro de tus propios espectros.

Ésta era Paula Vélez. Cito mucho a Paula Vélez, porque, de alguna manera, fue ella la que me inspiró a salir, a dejarlo todo atrás, a abrir las alas, a darme cuenta de que Colombia, dijeran lo que dijeran, seguía siendo un solar lleno de niños salvajes, trepados en el palo e' mangos de la vida; y que afuera, había todo un mundo por descubrir y por beber a sorbitos; que el mundo estaba a la vuelta de la esquina. Paula Vélez me enseñó que vos sos un verdadero patito feo hasta cuando salís de tu casa. Una vez afuera, te das cuenta que todo fue un jodido chiste y que vos fuiste el cisne protagonista de toda la jodida broma.

Cada pueblo tiene los Cine-Clubes que se merece

Aquí estoy yo. En esta foto. Con Paula. Hemos pasado la tarde rascando moño y armando cigarrillos de marihuana y pegando laminitas en el álbum de chocolatinas Jet y estudiando los primeros signos del expresionismo en las películas de Melié: a modo de ver de Paula, "*el primer gran montajista de la historia del cine*". Paula ha estado un poco inquieta por esto de la navidad y por lo ansiosa que se pone la sociedad en esta época. Y por eso nos hemos puesto a hablar de estas cosas. Paula a veces se inspiraba. En ese entonces terminábamos metidos en una de estas disertaciones filosóficas. Solía suceder con bastante frecuencia entre nosotros. Empezábamos analizando el clima y terminábamos diseccionando el cine, espiando nuestras purgas. Pero nuestros temas variaban conforme nos íbamos encontrando con las preocupaciones fundamentales del ser humano. El arte, la vida, el suicidio, las religiones, la verdad, el arte de mentir; la dicotomía entre el bien y el mal, el tiempo; la persistencia de la imagen en la retina; el contenido manifiesto; la lucha de clases; los resortes narrativos, el recurso de la identificación en los héroes derrumbados. Muerte y Cambio, por ejemplo, eran palabras sinónimas para Paula y para mí. Y también para Lucho. Pero eran palabras sinónimas en cierto sentido. Hablábamos de su significado todo el tiempo. Nos preguntábamos qué sería de nuestras vidas en diez años, si todavía estaríamos juntos o no; si todavía nos llamaríamos por teléfono el uno al otro, o si nos reconoceríamos por la calle. Paula Vélez decía que el cambio era la base del progreso, pero a mí me parecía que el progreso era la causa y el efecto de todas las miserias humanas y una falsa ilusión. Lucho por su parte, opinaba que el progreso era un mal necesario. Y en últimas, acordábamos que todos íbamos en sentido descendiente para un determinado hoyo de la misma tierra. A todos nos esperaba la tumba. Ese era el aspecto más democrático de la existencia. Y entonces ahí nos varábamos. Y ahí nos podíamos quedar tardes enteras. Días. Noches. Amaneceres. Semanas. Meses.

Nuestras conversaciones sobre el progreso fueron, de todos modos, una eterna apología de muchas cosas que definitivamente habían sido reemplazadas. Y era duro. Sobre todo cuando sabíamos que el primer paso había sido eliminar ciertas caras de tu mapa personal.

Para progresar, tal y como estaban las cosas, habíamos tenido que aplastar las cabezas de mucha gente y eso había sido apestoso.

El tema del progreso siempre nos alejaba de otros temas más trascendentales, pero más indispensables, y más triviales para nosotros al mismo tiempo, como el tema de la seguridad personal y la prosperidad familiar, por ejemplo.

¿A dónde iría a parar nuestro humanismo entonces?

Pues nuestro humanismo iría a parar en el mismo cajón a donde habíamos guardado nuestros poemas más personales y el dinero y la agenda y los robynoles y algún viejo revólver robado de papá. Para nosotros, teóricamente, la gente debía estar por fuera de los calendarios y de las cuentas y de los ceros a la derecha. En eso estábamos en común acuerdo y yo optaba por no contradecir. Yo guardaba silencio. Mi experiencia marginal, de cascón ocular, me había enseñado otras verdades sobre la vida de los hombres: algo como que en esta vida era mejor escuchar y que ese algo llamado "humanismo" era imposible de alcanzar dadas las características de la condición humana. A mí la verdad nunca me gustó dañar la armonía de aquel triangulo. La armonía era algo muy difícil de lograr entre los tres. Eran muy raros los días en que lográbamos estar totalmente de acuerdo. Así que yo prefería guardar silencio.

Pero esos habían sido otros tiempos. Ahora las cosas habían cambiado demasiado. Ahora, irse era necesario. Era como morir un poco. Como cambiar de nombre. Como matar y aprender a morir. Como dejar de ser Alkaseltzer, el mancito bacán que andaba para todos lados con un libro de cine bajo el brazo, y volverse Alirio, el hombre de negocios con un as bajo la manga que estaba dispuesto a rajarle la tibia a cualquier back-center que viniera a tocarle las pelotas.

Pa' las que sean

Después del "Sardino", me cayeron unos manes del Politécnico, que estudiaban Producción de Televisión, y que me habían visto actuar en el papel de Alkaseltzer, y que iban a hacer un documental sobre la gente joven que trabajaba pa' pagar sus estudios. El documental tenía algunas puestas en escena y los pelaos' querían que yo les actuara y yo les actué. Era una chimba de proyecto, pero se les acabó la plata el último día de grabaciones. Por esos días había bajado al pueblo un man de la época de Pablo, y el hombre me llevaba en la buena y yo sabía que con el man todo-bien, porque habíamos estado juntos en una vuelta, antes de que las cosas se pusieran jevis y mucho antes de que mataran al patrón. Claro que el man siguió en La Oficina y yo me fui por otros caminos. Habíamos tumbado a una pinta y era mejor pegar cada uno por su lado. Así era cuando el acostado era un man importante.

Después de la muerte de Escobar, la plaza se calentó, el negocio se volvió muy sucio, más sucio de lo que era; ya no había honorabilidad. Empezó a llegar mucho chichipato que mataba por dos pesos y la vuelta se perratió. Y es que, a pesar de lo que digan todos esos huelengues arrepentidos, para mí Pablo Escobar fue un patrón elegante que ayudó bastante a los pobres y que metió varias piedritas en el zapato de los oligarcas y de los sapos colombianos que le ponían el culo a los gringos. Claro que yo no fui el que había disparado cuando le fuimos a hacer la vuelta a la pinta esa. El que había disparado había sido él, mi

amigo de la infancia, y no yo. Yo lo estaba cubriendo; eso lo quiero dejar muy claro. Lo digo porque no voy a negar que en el pueblo yo era un mancito cagada, pero hasta la fecha no tengo ningún muerto real encima. Sólo tengo muertos imaginarios. Gente que uno olvida. Gente que uno borra del casette. Softwares que uno echa a la papelera de reciclaje, y haber vivido en Colombia, y contar esto, es toda una proeza, porquesque' en Colombia somos muy melodramáticos y demasiado hijos del dolor y tendemos a patinar demasiado en las cosas del pasado (como en esas películas de la cinematografía gaucha donde siempre hay un argentino desgarrándose el alma con un tango y esas cosas). Pero, al final de cuentas, con todo y lo sentimentales que somos, a los colombianos no nos tiembla la mano para cargarnos a cualquiera, y eso es lo más teso, lo más doloroso de todo. Lo más contradictorio; pues, supongo, que las emociones deberían estar más del lado del bien. Pero no me hagan caso. Sólo es un decir.

Soles y pavimento

A los días de a estos pelaos' acabárseles la plata del documental, yo me encontré a este man (mi amigo de la infancia) en el parqueadero del *EXITO* de Laureles. Cada que no tenía nada que hacer, me gustaba irme pa'l *EXITO,* a reflexionar. Me gustaba ver a la gente comprando. Me sentaba en las banquitas del parqueadero a ver a esas chimbitas que iban a los *EXITO*. Cuando tenía plata, me compraba un cono de ron con pasas y me lo comía a las afueras, por los lados de la sección CAMBIOS, y veía a esas familias felices saliendo del almacén con sus paquetes blancos de letras amarillas y negras y, pensaba, que definitivamente las cosas podrían funcionar a lo elegante en esta vida, que a la final, yo todavía tenía esperanzas; que aún me podría quedar toda una buena vida por delante, llena de risas y de ratos agradables. Iba al *EXITO* de Envigado, al del Poblado, al de la calle Colombia, al *EXITO* de San Antonio, pero a la final, el que más me gustaba era el *EXITO* de Laureles. Y allá me encontré a este man de la infancia y nos saludamos a lo bien y yo le conté en lo que andaba, en el rollo de la actuación, y el fulano me dice, "*Uy, este man anda de Johny Cooper".*

Había sido muy raro, porque yo sabía que él quiso decir *Gary Cooper*, pero dijo *Johny Cooper*, y eso me dio a entender que ya me había visto por ahí, en la televisión, en aquella serie llamada *Johny Denver* (en la que yo había actuado de extra), y que no me lo había querido decir y que lo había traicionado el subconsciente. Después nos pusimos a parlar y le conté que el documental andaba paila por lo de la plata. Y resulta que el fulano éste andaba con las relucas y ¡tan!, me pasó un billete, y ¡tan!, pudimos terminar el documental. Yo le había explicado al hombre y todo, que se trataba de una chimba de proyecto, el cual iba a mostrar el esfuerzo de mucha gente en el pueblo. Gente que trabajaba y estudiaba. Mejor dicho, de gente que trabajaba pa´ pagar sus estudios. Al mancito como que algo se le movió por dentro y dijo que él metía "de una" pa' acabar el video. No era mucha plata tampoco, pero sólo faltaba la edición y grabar algunos planos insertos de la última secuencia. La ventaja era que estábamos grabando en video digital, porque si hubiéramos rodado en cine, hubiéramos quedado paila desde la preproducción, como suele suceder con casi todas las películas que se hacen en Colombia. Pero nosotros no. Nosotros nos la

habíamos pillado desde el principio y habíamos dicho, "*estamos empezando y lo importante es contar la historia, y si ha de salir bien en cine, pues también puede salir bien en video*".

Colombiano come colombiano

El encuentro con mi amigo de la infancia fue muy teso, porque, en el mismo *ÉXITO,* yo había conocido a las peladas que me pusieron a actuar en 'El Sardino". Me refiero a Paula Vélez y a Lina Franco… o mejor dicho, ellas me habían encontrado a mí. Era como el destino jugando a las matemáticas. Una de esas extrañas coincidencias.

Terminamos el documental e hicimos tremenda premier en la Casa de la Cultura de Caldas. En esa fiesta fue donde conocí al que le hacía la publicidad a Conavi y me dijo que me había visto actuar y que si quería actuar en un comercial de ésos *Conavi-quiere- a- la-gente- la- gente- quiere- a- Conavi*. Yo le dije, *"pa' las que sean, parcero"*, y tres semanas después yo estaba saliendo en un comercial, de esos, donde una familia va a sacar plata del banco y todos se muestran sonrientes, y donde todo el mundo está muy bien vestido con ropa nueva. Era como raro, porque el papel era refácil de hacer, pero a mí me dio mucha dificultad sonreír. Eso era todo lo que había qué hacer: sonreír y sostener la sonrisa, pero a mí se me caía a los dos segundos o me salía una mueca horrible. Fue muy difícil hacer el papel de buen hijo feliz.

Niños ricos jugando a ser hippies

Antes del rollo de la actuación, yo me la pasaba por ahí, viajando por la ciudad. Me iba a ver los entrenamientos del DIM en las canchas de La Marte o a ver chimbitas, al centro. Cuando salía del colegio, no me gustaba irme para la casa porque allá las cosas se habían puesto bastante jevis de un momento a otro y, entonces, dejaba que me diera la noche en la calle. En esa época fui muy gato urbano. Eran como unas ganas de vivir y al mismo tiempo de olvidarme y negarme muchas cosas; cosas que me hacían voltear por los recodos de ese Medallo incierto. Recuerdo especialmente que aparecía en los lugares de una forma fantasmal, de calle en calle, de parque en parque, de andén en andén, de umbral en umbral, como quien pasa las hojas de un álbum de fotos. Iba a ver la cartelera de los teatros, a las tiendas de discos, a los partidos de fútbol y a ver entrenar al Medellín y al Nacional. O me paraba en las esquinas a escuchar alguna conversación. El efecto soledad me hacía trasegar por ambientes que detestaba y terminaba rodeado de gente con la que nunca hubiera querido congeniar. Luego de El Sardino, ya me pasaría todo lo contrario: la soledad me haría bien como el agua, pero desafortunadamente habría de volver a los días en que me encontraba a mí mismo en ambientes non gratos. Antes del *Sardino*, sin embargo, era un testigo absoluto. Y de alguna manera, sentía que algo no funcionaba en ciertos aspectos del fenómeno "sociedad". Era un problema que tenía desde que estaba pelao'; solía intuir el lado defectuoso de la pantomima grupal. El hombre como ser sublime venido a mamarracho charlatán. No sabía exactamente qué era, pero casi siempre, por alguna u otra razón, me sentía superior a la gente que me rodeaba, como si me creyera que estaba por

fuera de la foto, o algo así. No estoy muy seguro. Difícil de entender, ¿No? Difícil de explicar.

De todas maneras, era una sensación de no pertenecer. De no estar donde se está. De no tener un lugar en la tierra. De tener la sensación de que se estaba todo el tiempo en el lugar equivocado con la gente equivocada como en ese comercial de la casita roja de Davivienda, que empezó a aparecer en la televisión por los días de yo haber grabado el de Conavi.

Pero en términos generales y, ahora, viendo esa época a la distancia, fue más el tedio que las ganas de vida lo que me hacía rodar por la vida. Por otro lado, intentaba recuperar cierta idea del mundo que había absorbido de la televisión cuando era niño. Yo fui de los que creció convencido de que todo lo que mostraba la televisión era cierto. Esa cajita mágica fue por muchos años mi gasolina existencial; mi dios; mi religión... hasta el día en que entré a trabajar en El Sardino Alkaseltzer y supe cómo era el mundo por dentro. Sin embargo, cuando estaba chico, me aburría mucho; especialmente en las tardes; aquellas largas tardes domésticas en las que pasaba tumbado frente a la TV, teniendo el confort de la vida moderna a pedir de boca. Todas mis necesidades básicas cubiertas. Esto, en buen lenguaje ricachón, era: comida, casa, educación, buena ropa... pero sabiendo, que a la noche las cosas se pondrían mal y vendría la consabida confrontación entre el cucho y la cucha. Siempre se pegaban.

Así que yo me había ido muy tranquilo a la calle para disminuir la tensión de la espera, sabiendo que no podría huir del todo a lo inevitable. Allí estaba yo; sufriendo ese agudo síndrome, una terrible incapacidad de sostener cualquier estado de pertenecer a algo. Mi vida era correr sin correr, huir sin huir, dar vueltas por el vecindario.

Si alguien me preguntara por el primer día de mi deambular por los callejones, yo hablaría de una de esas mañanas, cuando los cuchos empezaron a pelear por primera vez, y yo vi que uno le iba a pegar al otro. Era un sábado de esos de mucho sol un rato, y mucha-lluvia-después, y así todo el día. Yo me hacía el desentendido como siempre. Nunca antes había sentido ningún sobresalto por causa de los gritos y los llantos de la cucha. Los veía muy normales dentro de su amor con mi padre. Cerraba la puerta de mi cuarto y subía el volumen de la televisión. La televisión, como ya dije antes, era mi escape y mi refugio, especialmente en situaciones como esas. Pero la cosa se ponía tan seria, que los gritos superaban el volumen del TV. Así que encendía mi audio-grabadora marca Silver y dejaba a las dos bestias electrónicas tronando al mismo tiempo. Pero la pelea parecía que era sangrienta, pues el sonido de los golpes traspasaba la barrera del rock and roll y de los comerciales. Yo me intranquilizaba un poco, y como tanto ruido no me dejaba concentrar en mis enlatados televisivos, entonces trataba de dormir. Me ponía un par de almohadas contra las orejas y rezaba El Padrenuestro. Sin embargo, algo allá afuera me inquietaba. Total, que me ponía mis Levis, mi par de tenis Nike, una camiseta marca Ocean Pacific, y me iba a la calle. Desde entonces no he parado de huir y volver a casa. En mis sueños, suelo volver por las noches. La noche era el momento cuando las cosas volvían a la calma, pero, en ese entonces, sabías que cada día las cosas se pondrían peor.

Entre la euforia y la introspección

Si bien esos días no han sido del todo el fin de mi inocencia, sí fueron por lo menos un pedazo del comienzo. En lo subsiguiente, durante las peleas, yo trataba de separarlos y luego me hacía a un lado, para escuchar los gritos, y los golpes de las puertas, y los insultos. Me iba a la calle y empezaba a caminar rapidito, actuando con la mirada como actuaban los grandes de Hollywood, tratando de escapar a ese ruido infernal. Tres cuadras después, podía escuchar a mi padre insultando a mi madre, y a mi madre insultando a mi Padre: ¡Canalla! ¡Cobarde!, ¡Loca! ¡Vos sos una loca! Caminaba por las calles más desiertas hasta el anochecer y decidía regresar cuando suponía que todo había acabado. Mi cuerpo volvía a la casa y allí mis ojos veían a la cucha y sus moretones. Pero estoy seguro de que mi alma y mi mente nunca quisieron volver; se quedaban afuera en esas calles de la década de los setentas, entre hojas de cuaderno arrastradas por el viento y cometas enredadas en los cables de tensión y miradas perdidas de niños escondidos en cuerpos de adultos. Luego, me sintonizaba con los programas de televisión, y con las canciones de la radio, y con los programas de costurero, y las novelas, los magazines, las tramas de los dibujos animados, las revistas de Condorito, el *¡gol! y ¡gol! y ¡gol!* del Paisita, Munera Eastman, las baladas de Camilo Sesto y los partidos de fútbol, los comentarios de la polémica de Caracol, y los videos de Mtv. Y me volvía un corte a comerciales y una cortinilla y un cabezote y un jingle y "*este programa fue auspiciado por*", y yo no se qué más; que *el malo*, y que *el muchacho de la película*, y que tales, y que pascuales, que el noticiero, que la novela, que el magazín, que *El Show de Beni Hill*, que *Fábulas del Bosque*, que *El Minuto de Dios*, "*En tus manos colocamos el día que ya pasó y la noche que llega*", que contame una de vaqueros y que el cierre y que la programación para mañana y que a acostarse, y que "mijo' apague ya esa televisión que es muy tarde".

El visaje es el que mata

La primera película que hice, me refiero a *El Sardino*, trataba de un man que se dedicaba a coleccionar postales. La temática del man era, entre otros tópicos, las carátulas de los discos musicales. El personaje también metía *tierra,* y por eso se le denominaba *Alkaseltzer*, porque mezclaba de todo, y cuando se le acababa el material iba al botiquín de la casa y raspaba un alkaseltzer y se lo fumaba con bareta como si fuera bazuka. El alkaseltzer no le hacía nada, pero el hombre se hacía el pajazo mental de que se había armado un diablito, y de golpe calmaba las ansias. Era medio dark la película, aunque no decadente, pues el man estaba dedicado al asunto del arte y esas cosas. Al vicio había que sublimarlo. El vicio era pernicioso cuando vos metías y no sublimabas; cuando nada más metías pa' pararte en una esquina a esperar a que se te bajara la traba, ó a buscarle la caída a los demás; o pa' ver quién daba papaya pa' colgarlo, o pa' sonarlo por sonarlo no más; como quien dice, a pararse en una esquina todo koliniao' a esperar que se le fuera la vida a uno, mientras el mundo daba vueltas en otro lugar.

Al vicio había que sublimarlo. Eso lo decía un mancito en una película del Sundance Chanel y yo estoy de acuerdo. Pero con respecto al Sardino, recuerdo especialmente una secuencia donde yo salía pintando una pared, y de modelo cargaba una carátula de un disco

de Autopista Láctea. Se suponía que Autopista Láctea era el grupo favorito de Alkaseltzer, y se la pasaba dibujando el logotipo de la banda por todas partes. Era como el sello artístico del man. Como una impronta. Se trataba de un plano secuencia de quince minutos, donde yo tenía que calcar, en tiempo real, la imagen de una carátula de Autopista Láctea sobre una sábana, y luego sobre la pared. Se suponía que la escena se desarrollaba en la pieza de una polla a la que El Sardino Alkaseltzer le había acabado de hacer el amor. Era una película un poco artificiosa, la verdad, pero tenía sus logros, y en términos generales, me pareció bonita, sentida. Sin efectismos. Con tomas inteligentes y revoladas y de facturas impecables, sin necesidad de ostentar grandes presupuestos. Al final, quedaba la imagen de una pared llena de postales bajo el roll de créditos. Luego que se esfumaban los créditos, la cámara hacía un zoom in en dirección a una de las postales. La mirada del espectador se entra a la postal y de repente todo lo que es dibujo e imagen estática empieza a cobrar movimiento, y volvía a empezar otra película dentro de la postal. La postal contenía la imagen de un man que iba todo borracho por la calle. Así había empezado la película, y así terminaba en el guión y en el corte del director. Era una historia de esas que llaman de relato circular y de alguna manera, también tenía un final abierto. Era una historia bien craneada, pero yo no la hubiera terminado así, con un final feliz. Odio los finales felices, eso lo tengo que aclarar de antemano. Es mi advertencia pa' quien quiera seguir esta historia. Los finales felices no se parecen a la vida y por eso los detesto. Aunque en mi caso particular no me ha ido tan mal que digamos; así que no me puedo quejar. Quién sabe. Pero a la película que me refiero, yo la hubiera empezado y terminado como estaba indicado desde el principio dentro del guión: con El Sardino Alkaseltzer y las dos peladas en el carro pegando un bareto, yéndose de la ciudad y metiendo perico, y una melancólica canción de Autopista Láctea sonando en la radio. Era muy importante la radio en esos tiempos, tanto para la radio misma como pa'la vida. Aunque no significara nada. Aunque no tuviera ningún peso simbólico ni ningún vínculo con algún género cinematográfico en especial. Pero importaba. La radio importaba para nosotros. En especial para mí. Yo había crecido junto a la radio entre las cortinillas del *Show de Montecristo* y las dedicatorias de *Música Para Soñar Despiertos* en Veracruz Estéreo y los comentarios de Camilo Sixto Borrero y los salsaludos de *Salsaludando* de Latina Estéreo, "*Para Mary La Casquillera, El Pocho, Care'palmada y Coscorrón en Tricentenario; un saludo de Juan K, alias El Tuso y toda la gallada en Nueva York…".*

Pero el director a la "f"“cambió esa secuencia en el rodaje porque a Maria Teresa, la script, le dio por comentar que la escena era un plagio de SUBURBIA, de Eric Bogosian. A mí me parecía, más bien, que podía quedar como una suerte de homenaje, y se lo dije al director, y también le dije que muchas películas tenían el mismo final. Que era cosa del género. Y que no por ello dejaban de ser clásicos cinematográficos como *Átame* de Almodóvar, o *She's Lovely* del hijo de Cassavettes, o la primera parte *de Back To The Future* de Steven Spielberg. Pero Mauricio Jagger Naranjo andaba como entusiasmado con Maria Teresa, pues lo cambió todo. Por ella. En un sólo fin de semana. Pa' descrestarla. Se encerraron juntos en la casa de él y al lunes siguiente ya no existía aquella triste secuencia, que por demás era bellísima en mi opinión; así, con amaneceres urbanos, y con canciones de Sonic Youth y de Yo La Tengo, y con héroes derrotados que volvían a sus casas después de inútiles noches en las que, por esperar mucho, no se obtenía nada. Me parecía que ese recurso del paisajismo funcionaba a la perfección dentro del contexto general del film. Pero

Mauricio Jagger Naranjo, el director, lo omitió. Y no comió cuento de las opiniones de las productoras y de la otra gente del staff ni nada.

Lo que más me gustó de todos modos de El Sardino Alkaseltzer, es que es un poco así, *progressive,* como ese rock de los setentas donde las canciones empezaban todas calmadas y terminaban todas entreputadas; y también me gustó, que los actores nos podíamos tomar nuestro tiempo para la actuación. Uno como actor decía su parlamento y esa cámara seguía rodando y el director nada que decía, ¡Corten! Y uno ahí, reinventando el guión, construyendo nuevas líneas, haciéndole sus aportes a la historia, desbaratando la continuidad como en SUBURBIA, que a mí me parece una película perfecta, así, digamos que la película por excelencia. Con esos personajes todos putiados, como outsiders, como en El Sardino, donde la historia toda se desarrolla en 24 horas, a lo buen consejo de Aristóteles, y uno esperando el corte en cada toma, y nada, la secuencia sigue, y los personajes actúan y actúan, y salen de cuadro, y vuelven a entrar, y todo pasa en tiempo real en una esquina en la que en realidad uno cree que pasan muchas cosas, pero en la que al fin de cuentas no pasa nada. Y de una vez se la recomiendo a quien quiera entender de donde vienen las influencias del Sardino Alkaseltzer. SUBURBIA. Película gringa que no tiene un final para nada alegre. Bueno, en cierto sentido es un final feliz. No se puede negar. Pero es uno de esos finales donde uno queda con la espinita; uno de esos finales donde uno se para de la butaca y dice: "mmmh!"; uno no queda muy convencido en todo caso; el final te lo empaquetan como Final Feliz, pero en el fondo te vas sospechando que no es tan *Final Feliz*; uno se va del teatro con una tristeza dulce; como con nostalgia del futuro; como esas series estelares de HBO donde uno sabe que la vida sigue y que al próximo capítulo vamos a encontrar la misma historia y los mismos personajes con sus mismas vidas y sus mismas miserias, porque esta vida es una rueda y porque nosotros cada uno somos un boomerang. Como en SUBURBIA, sí señor. Más bien parece que nuestra película nunca se acabara a pesar de los créditos. No queda en suspenso, pero acaba por donde empieza, porque la vida es un poco así. Nada tiene fin. El Sardino Alkaseltzer es la historia de un man que quiere hacer una película con unos amigos. Y la película, a su vez, se trata de unos manes que quieren hacer otra película. Así que el juego de espejos nunca se acaba, porque esta historia también es sobre nosotros mismos: unos manes que quisieron hacer una película llamada el Sardino Alkaseltzer, y la hicieron.

El Sardino Alkaseltzer, personaje, se la pasa pintando y escribiendo y al mismo tiempo *"sufre un proceso de deconstrucción de su peso moral*", como esos villanos de las telenovelas mexicanas. Era lo que decía Mauricio Jagger Naranjo en las fiestas y en las entrevistas. Después de una línea, y de unos cuantos guaros, siempre le daba por filosofar a Mauricio y por volver al tema de El Sardino Alkaseltzer. Como yo.

Para mí, El Sardino Alkaseltzer se vuelve un farandulero, que en Colombia equivale a ser como medio hijueputa. Con eso lo digo todo y lo digo por experiencia propia. Esas cosas son muy tesas. Con esas cosas no se juega. Esas cosas hay que pensarlas dos veces y hay que comérselas callado, sin armar mucho escándalo.

El Sardino empieza a hacer cagadas, y a voltiar con paracos y guerrilleros por igual. A matar por matar. Por placer. Por hacerse el héroe. Por mojar tinta en los periódicos. A

mover droga en la costa, y a tratar de coronar en la USA; a cascar maricas y a sonar gamines, pero pa' lucirse, pa' ganar cartel; pa' conseguir un pasaporte social. Un antihéroe que se vuelve malo sin motivaciones y después de haber tenido una oportunidad en el mundo del arte y esas cosas. Un guión malogrado y una película bastante triste la verdad.

Toda una sarta de costumbres sociales sin ningún orden claro.

Pero eso es otro tema.

Escaleta

(Borrador)

Por: Paula Vélez Sancocho.

…"ALKASELTZER, de 25 años aproximadamente, camina tambaleándose por una acera en el centro de la ciudad. Alirio tiene una camiseta blanca con el logotipo de Cigarrillos Pielroja y está evidentemente borracho. Lleva un vaso desechable en la mano lleno de cerveza. La cerveza se le riega en el pavimento. ALKASELTZER va haciendo eses en su recorrido y tiene dificultades para mantener el equilibrio. ALKASELTZER da tres pasos y se devuelve dos. De fondo, escuchamos una canción de Helenita Vargas. ALKASELTZER está tirado en una esquina totalmente dormido. Misma ropa y misma locación. El pelo rebujado y la camiseta sucia. (Sonido de pasos en off) Unos pies se acercan por la calle y se detienen a donde está Alirio tumbado e inconsciente, y luego los pies lo patean con golpecitos en la cabeza…"…

Del cine al crimen. Algo no del todo descabellado y una transición demasiado factible. Como un *fade in*. Como un Martini y un Long Island Iced Tea, juntos, en la misma mesa.

Pero aparte de eso, hay otros sub-textos. De que el man sufre de doble moral y todo eso. Que vive tan pepo como una farmacia, mientras se la pasa sentenciando a otros drogos tan llevaos como él. Al final, termina devorado por sus escritos y por la cantidad de literatura que se ha metido entre ceja y ceja. El tipo se convierte en una bomba de emociones. Pero esto no se ve en la película. Esto se infiere. En la película sólo vemos edificios y calles y aviones y gente corriendo y diálogos sencillos de gente del común. No son esos diálogos explicativos que uno lee en los malos libretos. Son diálogos que no tienen nada que ver con lo que muestra la imagen o con lo que están haciendo los personajes. A lo buen consejo de Trauffaut: la imagen por un lado y el texto nada que ver. Si una pareja se estaba bañando en la ducha, no podían estar hablando del jabón ni del agua. De cualquier otro tema, pero no del jabón ni del agua. Así por el estilo es toda la película. Puro juego de contrastes. Pero ni triste ni alegre.

… "...ALKASELTZER se introduce a sí mismo en una reunión de Alcohólicos Anónimos: BUENAS TARDES; MI NOMBRE ES ALIRIO, TENGO VEINTICINCO AÑOS Y SOY

ALCOHOLICO", dice. En el salón hay una docena de personas sentadas en sillas desiguales y empiezan a aplaudir a ALIRIO cuando éste se presenta. ALKASELTZER comienza a contar la historia de su adicción. SOY ESTUDIANTE DE QUINTO DE BACHILLERATO EN LA NOCTURNA DEL LICEO MARCO FIDEL SUÁREZ Y EMPEZÉ A BEBER CUANDO TENÍA DIEZ AÑOS. AHORA LLEVO 24 HORAS SIN BEBER. (Aplausos de los otros Alcohólicos Anónimos). 'ME GANO LA VIDA COMO MENSAJERO EN UN COMPAÑÍA BANCARIA…ALKASELTZER está vestido como panadero y prepara buñuelos. '...PERO TAMBIÉN HE SIDO PANADERO…'Vemos a ALKASELTZER vendiendo periódicos en el centro de la ciudad: "...Y HASTA VENDEDOR DE PERIÓDICOS". "HOY EN DÍA ESTUDIO POR LAS NOCHES Y MI SUEÑO ES TRABAJAR EN EL CINE Y HACER UNA PELÍCULA DE MI PROPIA VIDA, DE MI EXPERIENCIA CON EL LICOR", dice…"…

Aprendí mucho de cine en los años que estuve metido en ese mundo. Al contrario de la televisión, el cine debe evitar hasta lo posible la literalidad entre voz e imagen, así, a lo buen consejo de Trauffaut, vuelvo y repito.

Plano de reacción

Luego de El Sardino Alkaseltzer terminé adorando a los *Autopista Láctea*, una banda under, que yo ni siquiera había escuchado, pero que la trama de la película hace que uno termine profundizando en sus letras y por lo tanto en su filosofía un poco destornillada; un poco corrida de teja. El Sardino Alkaseltzer logra demostrar que la lógica de una obra puede ser todo lo torcida que quiera con tal de que sea consecuente con la psicología de sus personajes. El argumento de una película no puede ir saltando de lógica en lógica como por ejemplo ésta presente conversación de mariguanero con la que trato de contarlo todo. Mi rollo. No es que yo esté trabado ni nada por el estilo. Es que mi discurso siempre ha sido así, un poco trabaleto, un poco sincopado. Debe ser el ambiente del barrio en el que me crié. No estoy muy seguro. Pero sigo. Después, El Sardino Alkaseltzer progresa en su pintura y explota el concepto de la carátula como tal, y encuentra su mancha y su voz, pasando de las carátulas de Autopista Láctea a las carátulas de otras bandas. Y después viene el éxito, y El Sardino Alkaseltzer termina pintando por pintar y escribiendo por escribir. A El Sardino Alkaseltzer se le arruina su arte. No puede con las luces de las cámaras. La oscuridad del anonimato era su combustible. El hombrecito no estaba preparado para nada de aquello. Bueno, todo esto que estoy contando hace referencia a lo que habíamos escrito en el primer guión. Después hubo otras versiones. Ya lo que vimos en la película fue otra cosa. En la película vemos la carátula de un disco en cada secuencia, siempre muy bien camuflada. Pero lo más teso es que las carátulas son pintadas a mano alzada. Era una técnica muy bacana que le daba cierta fuerza visual; un aspecto como de calle; entre otras cosas, porque había muchas escenas en exteriores y lo que más se cuidaba en la ambientación eran los detalles.

Se puede decir que El Sardino Alkaseltzer en general era una película hecha a pulso, una película a-mano-alzada. Yo me pillaba todas esas cosas desde el principio. El director me decía que el cine nace con uno, que era *innato*, y que yo tenía el talento pa' adivinarle sus

intenciones a él. El Sardino Alkaseltzer de todas maneras era una película sencilla. Los detalles como ya dije, eran muy bien cuidaos', pero nunca atiborraban el cuadro. El director decía que los únicos que se debían robar el show eran los actores y que un trabajo de arte resultaba de más valor en cuanto pasara desapercibido para el espectador raso y silvestre. De todos modos no soy muy bueno hablando de cine ni de El Sardino Alkaseltzer. El Sardino Alkaseltzer es una película difícil. Hay que verla varias veces.

Medellín usó mi cabeza como un revólver

Teníamos muchos sueños con El Sardino Alkaseltzer. Pero cuando la pasaron en el Cine-Club de la Universidad de Antioquia nadie fue a verla, y eso que estuvo programada durante cuatro jueves consecutivos. Allí las películas nunca se pasaban más de una sola vez en el mismo mes, pero el coordinador del cine-club había metido la mano en el guión de El Sardino Alkaseltzer y por eso la película tenía un trato preferencial. De todos modos, la gente que la vio hizo comentarios muy interesantes, que en esa época yo casi no entendía. Pero, ahora, cuando leo los recortes de los periódicos, veo que El Sardino fue una película importante, y todavía hay algunos pichones de críticos que entrevistan al director y que publican comentarios, como por ejemplo, de que El Sardino Alkaseltzer *"se enmarca como la primera película preciosista del cine under en castellano y que la estética urbana colombiana tiene un antes y un después luego de El Sardino Alkaseltzer*". Muchos la criticaron de ser una película minimalista, pero a pesar del tono de las críticas, Mauricio Jagger Naranjo decía que para él habían sido un elogio. Yo ni siquiera he podido entender qué quiere decir "minimalista". Era algo así como la simplicidad exarcebada y llevada al extremo, al arte. Imagino. Porque una vez alguien estaba hablando de eso en una fiesta y ahora trato de traducirlo en la palabra escrita. Es que siempre me ha servido mucho andar con Mauricio Jagger y toda esa gente.

Después del comercial de Conavi, toda la gente me reconocía en la calle, pero yo me quedé como un año sin empleo. Después de una película, venía como una etapa de silencio y recogimiento para los que trabajaban en esto de la actuación. Raro era el actor o la actriz que en Medellín empalmaba un proyecto con otro. Claro que un comercial era otra cosa. Lo que estoy tratando de decir es que había un cuarto de hora en este universo de las luces y las cámaras. Pasaba ese cuarto de hora que a veces duraba veinte minutos, pero no mucho más. Y venían los días vacíos. Horas y horas en los que te quedabas sin nada qué hacer ni qué decir, porque todo lo habías expresado ya en las reescrituras del guión, y en las jornadas sobre el plató y entre el café-y-café de discutir y sustentar tus aportes al aspecto general de la película, y porque en Medellín no había una industria como para uno mantenerse activo en esto del cine, que hasta para uno, como aristócrata moderno que se era, resultaba muy caro. Ese año me dediqué a gastarme lo que me había ganado delante de las cámaras. Me iba para el centro y me parqueaba en Junín a quemar moño con el Mono y a cerveciar en el Parque del Periodista. Por esos días estaban terminando de rodar *El Vendedorsito de Fósforos* y el Mono era el Jíbaro oficial de la película. Así que de alguna manera, el Mono también estaba vinculado al mundo del cine y entonces nos habíamos vuelto parceros. Como tres años se demoraron haciendo esa película que era como lo más respetable del cine nacional y que ahora es todo un monumento del Realismo Social

latinoamericano. Yo sinceramente no me explico cómo lograron sacar una obra maestra de esas magnitudes en medio de tanta farra y en medio de tanta llevadez, *("...y entre más pasa el tiempo, más grande se hace. El verdadero arte siempre resiste la prueba madre, que es la prueba del tiempo, bajo el precepto que el arte siempre será una constante por fuera de él. Una obra debe trascender, sobrevivir al paso de los años y hacerse más relevante conforme cambien las épocas*.", El Chibchombiano, febrero 23 de 1999, pág, 15 -A, reseña *A PROPÓSITO DE* ***'EL VENDEDORSITO DE FÓSFOROS'****, UNA PIEZA MAESTRA DEL CINE MUNDIAL,* por William Zapata Montoya.).

Tiro a dibujar el Empire State y me sale el Edificio Coltejer

Por aquel entonces, de vez en cuando, me encontraba en cualquier esquina a Paula Vélez y a Lina Franco y me contaban que *El Sardino Alkaseltezer* andaba mal, porque no se la habían podido vender a nadie. A Paula y a Lina les gustaba mucho andar por los lados del centro, pues Paula había vivido en Buenos Aires y Lina Franco también. Se habían conocido en el Instituto de Artes, donde habían cogido la costumbre de parcharse en las Torres de Bomboná y en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia. Yo me les conocía el recorrido, pues era un ritual que practicaron durante muchos años, incluso después de que Paula Vélez se mudó de casa, y se fue a vivir de Buenos Aires a San Diego, y después de que Lina Franco se pasara de Niquitao al sector del Estadio, por los lados del Obelisco. Para la época, se llamaban por teléfono todas las tardes, y se veían casi todos los días. Cuando todavía estudiaban en el Instituto de Artes, Lina y Paula se iban dizque a hacer tareas a la casa de Lina, porque dizque por lo cerquita; que porque dizque quedaba a cinco cuadras de donde recibían clases. Entonces se iban y mercaban bareta en la Toma y se llevaban los materiales de dibujo, y entre maquetas y marcadores y borradores de nata y cinta y Colbón y diapositivas, se trababan tranquilamente, dizque porque en el día no iba nadie a la casa de Lina.

Meras turras se metían esas pollas en aquella casa.

Y yo caía más de una vez a aquel parche. De vez en cuando, Paula Vélez se llevaba su noviecito que estudiaba en la Rémington, y que había conocido cuando alfabetizaba allá. Paula se lo entraba a la pieza de Lina y, luego, salían una hora después con el pelo todo revolcado. El mancito estaba validando el bachillerato y se quedó en esas como tres años. Y no es que fuera un táparo ni nada. A esa pinta la conocía yo, y es que era mero cascón y mero chirrete, y con tanta vuelta y tanta bareta, no le rendía el estudio. Iba todo koliniao' a la Rémington de vez en cuando, y pagaba mensualidad nada más que por botar escape. Y, entonces, Lina Franco le hacía el cuarto de vez en cuando a Paula Vélez, hasta que Lina vio que la Paula como que se estaba encoñando, y entonces le dijo que dizque no iba dejar que mera valija entrara más a su casa, que ya la estaba cogiendo de motel, que la pieza siempre le quedaba pasada a sexo y que el mancito ése, a veces, encaletaba los condones usados debajo de la cama, y que su cucha los encontraba cuando barría la pieza.

Eso era como cuando tenían 18 años. Después de aquellas jornadas en la casa de Lina Franco por las tardes, las dos pollas saltaban a la calle y bajaban por Girardot hasta Ayacucho. En Ayacucho los tangos sonaban y se confundían con el olor a diesel de los buses que iban hasta Miraflores y del aroma a empanada caliente- con- ají-pique de los puestos ambulantes. Y entonces, Paula y Lina entraban a un Todo A 250 y se ponían a calmar la monchis con buñuelos y pandebonos y con pastel de arequipe, recién salidos del horno.

Lina y Paula se gastaban la plata que le pedían al papá para "fotocopias" y a veces se gastaban hasta la plata de los pasajes de la semana, entre monchis y monchis, cometrapos tras cometrapos. Luego dejaban al noviecito de Paula en la Remington y se iban a lo que ellas llamaban "loliar" al Banquete de Bodas de San Juan. Se probaban vestidos de novia que ellas llamaban "mañé" y se reían juntas frente al espejo. Siempre iban a burlarse de lo que representaba esa ropa, pues ellas seguramente no tenían planeado pasar por ese trance del matrimonio. A veces, yo las acompañaba y me hacían disfrazar de novia para cagarse de la risa. Eran esa suerte de días en los que uno vivía cagado de la risa.

También se sentaban en el Parque de San Ignacio junto a las esculturas semidestruidas de Botero, a practicar lo que ellas llamaban "raniar". O, simplemente, caminaban por la Avenida Oriental entre el sabor palmolive de las cinco de la tarde, y entre sudores, y entre el ansioso mal humor de quienes regresaban a casa, y entre los vendedores de frutas, y los artesanos y sus olores a incienso, y entre los jíbaros y los anuncios de los niños-fogoneros que vendían confites en los autobuses.

A Paula, particularmente, le parecía un lugar muy barroco la Avenida Oriental y le gustaba. Era la época en que cursaba Historia del Arte y no hacía otra cosa que hablar de ello y compararlo con las cosas de la ciudad. Era la época de martes a mitad de precio en los teatros de Cine Colombia y, entonces, ambas muchachas se compraban un "armadito" en la Avenida la Playa y bajaban hasta el Teatro Libia y se metían a cine de 6:30 y después se tomaban una cerveza en el Guanábano ó en los barcitos de Nueva Trova Cubana en las Torres de Bomboná. Más tarde, se metían de nuevo otra turra en algún portal del barrio Bostón y luego a comer; a ver la telenovela y a acostarse. Al día siguiente, tendrían clase de seis y el despertador sonaría a las cinco de la mañana.

Qué lejos de Nueva York, pero qué cerca de mi corazón siento ese ruido de la ciudad de Medellín acostándose. Alguien anda descalzo y va a hacer algo en la cocina. Alguien va al baño. Cajones que se abren y se cierran. Alguien abre una canilla y suelta un retrete. Pisadas que caen en la baldosa fría y que retumban en la casa cuando la noche está más callada, mientras me parece estar escuchando el murmullo de una televisión encendida en la novela de las diez y a una Paula Vélez susurrando en el teléfono. Acaso, porque, aquel noviecito de la Remington, bien pude ser yo. Pero nunca lo fui. Esa fue la verdadera realidad de las cosas. Por lo menos en los términos que me hubiera gustado.

Alguien se tropieza con las patas de alguna mesa y mete un grito. Se ha formado, entonces, un gran escándalo de objetos que caen al piso.

Lonchería Maracaibo

Total, que el tiempo pasó, y con el devenir de los meses, Paula Velez presentó un examen de admisión en la Universidad Pontificia Bolivariana para estudiar Comunicación Social, y aprobó. Así que canceló sus cursos en el Instituto de Artes. Y Lina Franco hizo lo respectivo en la Universidad de Antioquia. Se presentó a estudiar Filosofía, pero pasó a su segunda opción que era Sociología. Sin embargo, allí se aburrió con tanto Heggel y tanto Marx, y se transfirió en el segundo semestre a Artes Plásticas donde también se aburrió, y bueno, terminó estudiando Sistemas en Eafit y Comunicación Social en la de Antioquia.

De todas maneras, Paula y Lina siempre permanecieron muy unidas. Hasta que el tiempo hizo lo propio. Aquello que siempre hace con las amistades.

Una tarde de principios de noviembre, cuando me encontré en El pasaje Junín a Paula Vélez y a Lina Franco, ya habíamos terminado la postproducción de El Sardino Alkaseltzer y habíamos rodado el comercial de Conavi. Ellas salían de Versalles, que era un cafecito muy romántico en pleno centro de la ciudad, el cual yo solía frecuentar por aquello de las empanadas argentinas. Paula y Lina me contaron como de afán, que iban a ver *Los Amantes del Círculo Polar* al Teatro Villanueva y que Mauricio Jagger Naranjo, el director, se había encerrado en su apartamento bogotano desde el día de la premier, y que no había vuelto a ver la luz del día. Ya muchos conocíamos sus farras de bazukero. Te internabas con él en su casa un día jueves, y no salías sino hasta el lunes o martes siguiente, después de haber bebido y metido pérez y escuchado a los Fabulosos Cadillacs todo el santo fin de semana. Pero esta vez, no se le había vuelto a ver en los últimos tres meses. La gente que lo llamaba con regularidad, decían que contestaba el teléfono y que mascullaba algunos chistes de típico borracho, y que sus conversaciones ya no eran coherentes. Difícilmente contestaba las preguntas de sus interlocutores, y ya, hacia los últimos días, alzaba la bocina pero no hablaba, sino que volvía a colgar el teléfono y lo dejaba repicar muchas veces. Luego contestaba de nuevo y decía: SI USTED OYE TIMBRAR MUCHAS VECES ESTE TELÉFONO, DEBE SER PORQUE NO HAY NADIE, O NO LE QUIEREN CONTESTAR. GRACIAS. Y colgaba. Paula me contó que había ido a tocarle a la puerta, pero que él no había querido abrirle, que nada más preguntaba desde adentro: ¿LONCHERÍA MARACAÍBO? Y no abría. Para mí, esa depresión tenía nombre; y tenía nombre de mujer.

Pero Paula y Lina me contaban esas cosas a mí, porque yo era de confianza, porque cuando alguien más preguntaba por El Sardino Alkaseltzer, ellas inventaban el cuento de que una gente de España estaba interesada en los derechos de la película, y que Señal Colombia la iba a pasar un próximo sábado a las diez, y que se había ganado un concurso en Francia. Pero lo cierto es que, a El Sardino Alkaseltzer, se la estaba comiendo el olvido.

Películas de carretera y otras canciones

Después del comercial de Conavi, yo ya no tenía que ver los entrenamientos del DIM desde afuera. Los muchachos me reconocían y hasta me dejaban viajar con ellos en el bus. A veces, hasta me llevaban a ver los partidos a otras ciudades. Cali, Pereira, la costa, Tabogo, los Santanderes... *Ey! Sardino ¡ Conavi quiere a la gente, la gente quiere a Conavi*, me gritaban en las concentraciones. Uno se sentía muy querido en ese universo de la gente importante.

Cuando se me acabó la plata del comercial, estuve vagando por las calles, viviendo de la caridad de los amigos. Es duro reconocerlo. Pero la vida no era ningún jardín de rosas y así fue. A veces me encontraba a un Rodrigo Mota o a un Carlos Orlando por los lados de Salsamentaria la Sorpresa, o a un Carlos César Narváez a la entrada de Rumbantana, o a un Oscar Mario Moncada bajando por la carrera Bolívar, todos ellos actores también, quizá, tan desparchados como yo, y les pedía treinta pesos; y ellos, quizá, tan varados como yo, se metían las manos al bolsillo y sacaban dos o tres monedas y me las entregaban sin mirarme a los ojos.

Luego, se despedían sin mirarme a la cara.

...“Vemos a ALKASELTZER, de 10 años, robando licores en un supermercado y sacando una botella de aguardiente a hurtadillas de la cocina de su casa y tomándosela en su habitación a solas. De fondo escuchamos una canción de Jumbo llamada Bajo Control.

ALKASELTZER, de 10 años aprox., come con sus padres en la mesa del comedor☹OFF: "HE BEBIDO DESDE QUE TENGO MEMORIA. SIEMPRE ME MANTENÍA BORRACHO EN MI CASA, PERO MIS PADRES NUNCA SE DIERON CUENTA. ELLOS ME TILDABAN DE RARO, PERO NUNCA SOSPECHABAN DE MI EBRIEDAD Y YO NO HABLABA PARA QUE NUNCA SE ME SINTIERA EL OLOR A AGUARDIENTE”...

El Club del Vaso de Agua

A la madre de un hijo pobretón, en una sociedad como la antioqueña, le resultaba duro enterarse de tu vida por mucho que hubieras trabajado en el cine y por mucho que hubieras sido la estrella principal de un comercial de Conavi. Ese era el caso de la cucha y por eso yo la evitaba. Yo por esos días andaba muy empeliculado y pensaba que lo que mostraban en el cine era la pura verdad, la quinta esencia de la vida. Así que optaba por no darle cara a la cucha, para no hacerla sufrir con mi apariencia de pobre diablo, y me daba a la búsqueda de una vida como la de esos manes de la nouvelle vague, porque yo quería ser como ellos; claro que aquello era un gallo de vida pero era lo que a mí me tramaba... Yo me patiaba en forma cada revista de ellos de la época de los sesentas, cuando Rohmer y Chabrol y los otros apenas eran unos críticos y sólo le jalaban a la escritura. Creo que era en Francia o algo así, el caso es que era muy teso porque ahí mostraban manes y peladas que habían nacido pa' cambiar el curso de los *hacontecimientos* con *haportes sinificativos* a la especie humana y con grandes *crusadas eróicas y suxtanciales proésas sociales,* y entonces, yo

sentía que yo era éso, que yo no había nacido para andar güeboniando y perdiéndome en la masa por ahí, que yo no era uno más del montón. Yo no necesitaba las verdades crudas de mis padres. A mí me gustaba la poética de la *hestelaridad*. Yo no se si *abía* algo de malo en ello, pero yo prefería salvarme. To' esas ideas raras me liberaban de las formas dinosaúricas de la *sosiedad*; yo no quería éso aunque la vida me lo estuviera cobrando caro.

Pero Colombia no era, ni mucho menos, un lugar donde se hicieran tantas películas como laboratorios de cocaína había en el Magdalena Medio. Buscaba trabajo en lo que quería sin buenos resultados y entonces terminaba haciéndole las vueltas a los pelaos' que ya tenían su propia plaza. Manes que estaban empezando. Empecé a visitar a las pintas con las que farriaba cuando hicimos El Sardino Alkaseltzer, y ellos me dejaban amanecer dos o tres noches en sus casas. Creo que me conocí la mitad de los sofás de Medellín. Bacanos esos manes del cine. Eran otra cosa. Pero la vida lo jala a uno en diferentes *diresiones*. Entonces también me fui un tiempo a recoger pasta de coca en la selva y a vivir en las cocinas de los narcos. De vez en cuando volvía a la ciudad todo luquiao' y lo primero que hacía era irme pa´ las universidades a visitar a los parceros de bien. Gente que estaba en cuentos bacanos. Profesores; periodistas, escritores, artistas, empresarios, médicos, amigos interesantes. Algunos me dejaban vivir por varios días en los cuartos inutilizados de las sirvientas, o en la sala, como se suele asignar un rincón al perro de la casa. Hubo uno entre ellos, sólo uno, que me brindó una colchoneta en su propio cuarto durante seis meses, sin condiciones, mientras me "pasaba la mala racha y me cuadraba". ¡Como son las cosas! ¡Como es la gente que se cae bien de entrada! Eran tratos tácitos donde yo podía habitar la casa, pero sabía que no se me garantizaría ninguna comida. En el caso de Languis Grisales era como *un favor* que se le hace a un amigo al que se aprende a querer como a un familiar y que se encuentra en estado terminal de alguna enfermedad desconocida. Un tipo de parálisis infantil pero en el corazón. El síndrome de quien pierde para siempre el libreto de su propia vida. Y eso que Languis y yo apenas nos habíamos acabado de conocer. Pero el hombre se la pilló y de una se solidarizó con la causa. Eso se lo tengo que agradecer al hombre.

Pero toda la gente solía desarrollar ese tipo de amor por mí. Mi forma de llevar mi destino un poco sin mapas ni brújulas y el aspecto bastante deforme de mi cara, despertaban una suerte de compasión instantánea entre quienes me conocían. Compasión que derivaba indefectiblemente, en el cariño inevitable. Algo que sinceramente no me explicaba. Yo no entiendo por qué la gente tiende a creer que los defectos físicos hacen que las personas sean buenas. Los defectos físicos hacen a las personas más autoindulgentes y lastimeras, por tanto peores que los demás, pues los demás, los normales, siempre tendrán una razón menos para quejarse. No es tan cierto eso que el sufrimiento te hace más fuerte. El sufrimiento lo que lo hace a uno es ser más malo. En fin. Dejémoslo. De todos modos en mi caso no importa demasiado. El amor de mis padres y de mis verdaderos amigos ha hecho que todo aquello haya quedado superado.

De modo que aprendí a pasar los días con hambre. Hasta entonces nunca había experimentado lo que era tener el estomago vacío en pleno, digamos, dos, tres días. Para entonces, se llegaban momentos en que las tripas me superaban. Asaltaba a horas inciertas las neveras de las casas donde vivía de arrimado. De alguna manera, ya me había especializado en ir a hurtadillas a la cocina, a sapotiar, pues en casa de mi madre abrir la

nevera siempre fue casi como un delito y un rito al mismo tiempo. Allí me había graduado con honores. No sé si es que éramos realmente tan pobres o es que aquello estaba instalado en la *hestrutura* cultural de las familias antioqueñas. Bueno, en una época sí éramos muy pobres. Supongo que después nos acostumbramos a seguir comportándonos como tal. Nuestros vicios culturales siempre fueron crónicamente adictivos.

El caso es que trataba que mis robos pasaran desapercibidos en el aspecto general del refrigerador. Solía suceder en un país donde llenar la nevera costaba lágrimas de sangre. Y entonces me limitaba a robar arepas con mantequilla y sal y vasos de agua. Cientos de vasos de agua. Y eso era todo. Cuando lograba coronar un vaso de Coca- Cola era feliz porque la ilusión de llenura, que produce el líquido gaseoso, sabía colmarme la panza.

Efectos colaterales

Y con arepa con mantequilla me alimenté no sé cuántos meses. Era muy fácil y barato. Las arepas en general abundaban en paquetes en las neveras del pueblo. Al menos una bolsita con cinco arepas solías encontrar en los rincones desolados de los congeladores, junto a pedazos de cebollas y tomates olvidados. Era sino desempacar las arepas con mucho cuidado, seleccionar, poner la estufa, sacar la mantequilla, sacar un cuchillo, esparcir la mantequilla con el cuchillo sobre la arepa, guardar el resto de las arepas, guardar la mantequilla, lavar el cuchillo, guardarlo, y salir en puntillas de la cocina hacia tu refugio. Breve la vuelta.

Y el caso es que, en todo ese tiempo, nunca dormí ni una sola noche en la calle. Eso debo reconocérselo al desarrolladísimo sentido de la solidaridad de la gente del pueblo. Algo que, debo admitirlo, no sucedería nunca en una ciudad como Nueva York. Una ciudad donde todo prójimo es sospechoso; tú rival, tú más detestable competidor; tu potencial enemigo. Aquí el colombiano come colombiano. Ni se diga del aspecto intercultural. Pero en Medellín si te quedabas dormido en algún bar, los amigos te recogían y te llevaba a su casa, o a la casa de tu madre.

Todo ese favor lo recibía a cambio del recuerdo de muchas noches vividas durante las grabaciones de El Sardino Alkaseltzer. Hice muchos amigos allí. Yo era una buena compañía, y esa era mi contraprestación por mi solidaridad.

Sospecho que fui un amigo muy querido porque muy pocos, anyway, se podrían dar el lujo de contar esta historia. También debe ser que mucha gente me admiraba, porque la verdad, tuve un trabajo bastante destacado en El Sardino Alkaseltzer. Hay un poco de todo en todo aquello. El cucho y la cucha decían, "Amigos no hay; lo único que uno tiene es la madre"; pero después de haber vivido todo aquello, yo no podría decir lo mismo. No estoy muy seguro.

El conocimiento arruina el amor

Aquellos fueron días en los que me caminé a Medellín, no sé durante cuántos cientos de veces. Pude haberme convertido en un desechable si hubiera tenido los cojones para lamer las hieles de la libertad. Pero la mendicidad era como el alcoholismo. Se necesitaba preparación y fortaleza; sabiduría y humildad; sobre todo eso, humildad; la falta de humildad y el alcoholismo y el gaminismo, si te cogían mal parado, te mataban. De ésta y muy pocas cosas tenía certeza, pero estaba seguro que sólo los seres excepcionales sobrevivían a la mendicidad con altura y pundonor. Así que me quedé en el medio de ninguna parte. Caminando de oriente a occidente y de norte a sur. Del barrio Laureles, donde vivía Languis Grisales, hasta el centro donde yo canjeaba clases de inglés por horas de trabajo en Kinetoscopio, la revista de cine del Centro Colombo Americano. Iba de Santa Mónica, de la casa de Jairo García, hasta Castilla. De la casa de Raúl Jaramillo en San Javier, hasta la Villa del Aburrá, donde solía reunirme con los parceros a tomarme unas birras. De la Lavandería Real, donde me dejaba el bus *Transportes Medellín 402*, hasta Ciudadelas de San Diego donde vivía Paula Velez.

Para ese entonces, la farra, ese animal negro que se me pegaba a la espalda, me tenía bastante atrapado. Claro. Eran tiempos en los que yo bebía básicamente para celebrar. Estaba muy ansioso por festejar la vida con toda su tragedia y resplandor. Como quien despertaba de un sueño reponedor. Como cuando te acostabas en este mundo y despertabas en otro totalmente maravilloso.

En el pueblo, cuando estabas bien, tomabas. Y cuando no lo estabas, también. El licor y la fiesta allá estaban por fuera del tiempo y del espacio. Tal vez por ello nuestro cine era tan especial; tan paupérrimo si se quería. Porque vivíamos enfarrados. Porque creíamos que hacer una película era como hacer una fiesta. En aquellos años no había diferencias entre el día y la noche. Eras un huevo; un pollo dentro del cascarón. No habías nacido y no sabías si ibas a morir. Yo hacía parte de una especie contemporánea de humanos diseminados por el mundo que se encargaban de practicar los postulados de la aristocracia moderna: *No trabajo. Mucho arte y cero culpas.* Y los aristócratas modernos, en un país como Colombia, dormíamos hasta tarde, pero comíamos mal. Así que siendo un aristócrata de la alcantarilla, supe lo que era estar afuera, mientras los otros aristócratas de la cuasi inexistentente clase media colombiana estaban dentro, haciendo esas cosas que hacía la clase media, que era mercar en los supermercados y no en los graneros; llevar las novias al cine; comer en familia los domingos e irse de vacaciones al final del año. Corriendo, a veces caminando, conocí un Medellín desierto, lleno de polvo y pavimento y de calles interminables por donde sólo pasaban carros, y donde todos los lugares estaban cerrados. Cuando uno viajaba en carro se perdía de demasiadas cosas en la ciudad. Y cuando uno viajaba a pie, se daba cuenta que los habitantes reales del espectáculo urbano eran los desamparados, los vagabundos, los que no tenían adonde ir, los que carecían de agendas, los que vivían debajo del puente y que no se les permitía entrar a ningún sitio por el aspecto de sus ropas. Ellos sabían mirar más allá, sabían leer el corazón de los hombres como perros que sabían detectar el miedo de la gente olfateando su adrenalina.

Yo también aprendí a leer la calle; saber quién era éste o aquel con sólo mirar su sombra. Quien tenga la costumbre de caminar, podrá saber de qué estoy hablando. Te largabas a caminar y la mente se iba y se iba y se iba. Los caminantes de la calle lo veíamos todo. Nos conectábamos con el infinito. Éramos los testigos absolutos, los espectadores de una sinfonía que requería las mil vueltas de un reloj para ser descifrada.

¿Qué sabíamos los caminantes, que ustedes los sedentarios, los televidentes pasivos, no sabían?

Todo.

Nosotros lo sabíamos todo, pues habíamos leído los signos del paisaje olvidado por el hombre interior. Nosotros éramos los chamanes del pavimento con una antena receptora de supraseñales sónicas, y nuestros secretos estaban muy lejos de los demás. Secretos que no estaban en los libros ni en la televisión ni en la tradición oral ni en el Internet. Mientras ustedes estaban en casa viendo la tele, había alguien ahí afuera, vigilando el crecimiento de los edificios, registrando lo que hacían los criminales-urbanistas con el planeta. Siempre había alguien que caminaba las calles sin un rumbo fijo, y no precisamente los celadores con ruana que daban vueltas por los barrios, haciendo sombras en la pared, y que os hacía sentirse tan seguros en sus casas.

Por la de atrás

De modo que cansado de colarme por la puerta de atrás de los buses, decidí echarme a tirar infantería. Medellín era una ciudad con un clima muy apropiado para caminar. Nunca hacía demasiado frío ni demasiado calor. La cosa más fría que te podías encontrar eran las balas de aquellos a quienes no les gustaban los noctámbulos o el cañón de los dinosaurios metiéndose en tu boca, y aquellas cámaras de los semáforos vigilando la ciudad.

Me había convertido, sin saberlo, en un gamín. En un espectro. Un caminante. Mis zapatos tenían agujeros. Mi ropa estaba distribuida entre los closets de mis amigos. Un jean allí. Una camisa allá. Una camiseta en la casa de la cucha. Un par de medias en la lavadora de Grisales. Unos calzoncillos en el cuarto de Maria Nubia. El desodorante donde Jairo Restrepo.

"Jairo, en tu casa se me quedaron mis calcetines"
"Ah, sí. Yo las lavé, tenían una pecueca la hijueputa"

Estaba desintegrado, flaco y ojeroso. Las líneas de cocaína y las fiestas hasta la madrugada me mantenían en estado constante de surrealismo y existencia automática. Entre el sueño y la vigilia. Lo real y lo ficticio. ¿A dónde estaba? ¿A dónde iba?

El bicho del cine me había picado, eso era todo. Me había metido tanto en el personaje de El Sardino Alkaseltzer, que no había podido zafarme de él, pues El Sardino Alkaseltzer era así: un poco yonki, un poco beatneak, un poco un outsider. El Sardino Alkaseltzer vivía al

borde. Gustaba de leer escritores malditos y se creía un Lord en la Inglaterra del siglo diecinueve, reencarnado en 1995. El Sardino Alkaseltzer detestó el triunfo y renunció a la gloria en plena época post-yupi. Y así, yo también empezaba a pensar que ninguno de los valores del *establishment* tenían sentido: todos giraban en torno al homocentrismo, la supremacía del hombre sobre la naturaleza en aras de acumular capital. Pero nada de eso tenía algo que ver conmigo; ninguno de esos valores tenía que ver con un profundo significado de la existencia humana. Nada de eso hacía parte de mi universo.

El álbum de Chocolatinas Jet y Otros Caramelos Ska-sos

Me gustaba caminar como caminaba el Sardino Alkaseltzer. Rapidito. Con las manos en los bolsillos y pateando piedras por la calle. Actuando con la Mirada. Repito: un buen actor siempre actúa con la mirada. Como quien se mete al fuego y no le interesa mirar atrás. Como quien se sienta en una mesa de póker y sólo le interesa jugar su juego. Quería cruzar todas las fronteras como las habían cruzado Burroughs, Henmigway, Pizarnik, Bukowski, Paul Gaugin, y los otros artistas favoritos del Sardino Alkaseltzer. Escuchaba Autopista Láctea, Miles Davis, Fito Páez, Tom Waits, Nick Cave, Radiohead, Portishead y Sex Pistols, John Coltraine, Strauss, como lo hacía El Sardino Alkaseltzer y todos los demás maniaco-depresivos bipolares del mundo entero. Fumaba lo que fumaba El Sardino Alkaseltzer. Bebía lo que bebía El Sardino Alkaseltzer. Metía en mis narices lo que metía El Sardino Alkaseltzer. Llegó un momento en que empecé a agarrar el cigarrillo como lo agarraría El Sardino Alkaseltzer, así muy a lo Humphry Bogart y Hector Lavoe, muy el punteo de *while my guitar gently wheeps*, muy tres mil pesos de cocaína, muy los hombres rudos no bailan. Y empecé a armar peleas en los bares como las armaba El Sardino Alkaseltzer. Y salía en las noches de insomnio a patear gamines y a sonar maricas, para volver tranquilo a la cama y así conciliar el sueño. A lo Sardino. También veía películas de Kusturica y de Truffaut y de Spike Lee compulsivamente como las veía El Sardino Alkaseltzer. Su alma me había poseído. A veces me descubría recitando líneas del guión de El Sardino Alkaseltzer y Paula Vélez me decía, mirándome a través de sus gafas de sol marca Benetton:

- *ALKA, POR FAVOR…ESTO ES LA VIDA REAL. NO ESTAMOS GRABANDO… YA NO HAY CÁMARAS; LA PELÍCULA SE ACABÓ… ¿PODRÍAS CORTAR*?

Pero yo no me podía liberar del personaje. Había demasiadas cosas de su espíritu que se me imponían. Desde su forma de hablar, hasta la forma en que se vestía. Recuerdo que una mañana en la temporada de los ensayos, llegaron Paula Vélez y Lina Franco con una ropa muy *hi-tec* a la casa de Néstor Correa, quien se encargaba de hacer el *making of* de El Sardino Alkaseltzer, y de grabar los ensayos con una Handycam. La ropa me la entregaron en par bolsas de *Paguemenos* y desde el principio me encantó. Eran tres pantalones y tres camisas, y camisetas, y dos chaquetas de cuero y un par de zapatos muy estilizados; de esos como los que usaban los personajes del *That '70 Show*, y que uno podía conseguir con un poco de esmero en las tiendas de la Plaza Minorista. Me ajustaron a la perfección. Al final de las grabaciones, mientras los otros actores se apresuraban cada noche a cambiarse el camuflaje setentero, yo me lo dejaba puesto y me iba de farra como si fuera todo un *Andy*

Summer de los *Bee Gees*. Nunca me la quitaba. Iba con aquella ropa por las mañanas y por las noches. A mercar bareta al Barrio, y a las reuniones del *Martes del Soltero*, a donde solíamos ir a hablar de El Sardino Alkaseltzer con los intelectuales de la ciudad. Entonces, Paula y Lina se sonreían, y una noche después de la premier, cuando les iba a devolver la ropa en la misma bolsa de *Paguemenos*, ellas volvieron a sonreír y me dijeron, "*PODÉS QUEDARTE CON ESA ROPA, ALKA. TE QUEDA DIVINA*."

Y anduve con los mismos pantalones y las mismas camisas y los mismos zapatos durante todos esos años, así, muy a lo *That '70 Show*, hasta que el tiempo hizo lo suyo con los materiales, y se desgastaron, y se llenaron de agujeros en la parte del culo, y en las rodillas, y en los cuellos de las camisas, porque nada en esta vida era para siempre.

El mundo del cine era una cosa muy diferente a la realidad del mundo circundante. Y El Sardino Alkaseltzer, la verdad, no hacía parte de una idea ni de la otra. El Sardino Alkaseltzer era esa suerte de amor de verano, acaso una canción de música ligera que había que olvidar. El Sardino Alkaseltzer era un ejercicio intelectual. Un juego. Uno de tantos manicomios que nos inventábamos los sollaos' del pueblo. La realización cinematográfica era una camisa de lujo-talla XL, demasiado grande para cualquier colombiano. Ni película ni realidad. El Sardino, como la vida misma, era un espejismo.

… "*…ALKASELTZER graba a sus padres con una cámara de video: "DESDE QUE ESTABA CHIQUITO, HE QUERIDO SER UN GRAN ARTISTA", dice,"PERO MIS PADRES SIEMPRE SE BURLARON DE MI"; vemos a los padres de Alirio riéndose mientras miran a cuadro en la cámara de Alirio.*

ALKASELTZER de 25 años, pero vestido con ropa de bebé, raya una pared y hace dibujos infantiles. Una mano entra a cuadro y golpea la mano de Alirio. Luego vemos a la MADRE de Alirio golpeando a un bebé que apenas sabe caminar y que tiene unos crayones en la mano. La madre le arrebata los crayones a Alirio y los arroja en el suelo. Vemos los crayones cuando se estrellan contra la baldosa…"…

Los lunes al sol

Sin embargo, un día en la vida de El Sardino Alkaseltzer transcurría de la siguiente manera:

* Despertada tarde, entre las diez y las once del día.
* Dormitar hasta las doce pensando güevonadas. (Retozar todo el día en la cama si habías amanecido con alguien).
* Poner música antes de levantarse, o sintonizar algún programa en FM.
* 11: 55, asaltar la nevera. Sacar, comer, tomar, lo que se atravesara.
* 12: 02 volver a la cama.
* 12: 05, prender la TV.
* 12: 10, masturbarse (echarse un polvo si estabas acompañado).
* 12: 50, llamar a alguien.
* 12:55, inventar una agenda. Chismear. Pedir algún dinero prestado.

* 01: 10 PM: echarse un sueñito.
* 01:55: pegarse una ducha.
* 02:15: procurarse un café negro con dos de azúcar. Prender un bareto.
* 02: 20: Poner un buen Cidí.
* 02: 21: Escribir algo. Avanzar en algún proyecto.
*02: 50, comer algo.
*04: 20, saltar a la calle.
*04: 21, perderse en la tarde.

Lunes 50 % poliéster

"*FICHA TÉCNICA:*

*(*Del diario de Lina Franco*)*

Director	… … … … … … …	*Mauricio Jagger Naranjo*
Productor Ejecutivo	… … … … … … …	*Paula Vélez*
Productor de Campo	… … … … … … …	*Lina Franco*
Script	… … … … … … …	*María Teresa Sánchez*
Cámara	… … … … … … …	*Gustavo Londoño*
Guión Literario	… … … … … … …	*Mauricio Jagger Naranjo*
Guión Técnico	… … … … … … …	*Adriana Santamaría*
Story Board	… … … … … … …	*Adriana Santamaría*
Planimetría	… … … … … … …	*Adriana Santamaría*
Iluminación	… … … … … … …	*Manolo Cifuentes*
Luces	… … … … … … …	*Tyrón Gallego*
Sonido	… … … … … … …	*Alejandro Mejía*
Boom	… … … … … … …	*Catalina Uribe*
Dolly	… … … … … … …	*Norberto Alexander Torres*
Making Off	… … … … … … …	*Mónica Vásquez*
Foto Fija	… … … … … … …	*Carolina Correa*
Edición y Montaje	… … … … … … …	*Natalia Valencia*
Dirección de actores	… … … … … … …	*Benjamín Botero*
Vestuario	… … … … … … …	*Paula Vélez/ Lina Franco*
Maquillaje	… … … … … … …	*Cecilia Saldarriaga*
Dirección Artística	… … … … … … …	*Humberto Taborda*
Casting	… … … … … … …	*Paula Vélez/ Lina Franco*
Investigación	… … … … … … …	*Adriana Santamaría*

ASISTENTES: …

… "…ALKASELTZER de 25 años, tiene una cámara de video en la mano y está en la calle con otros amigos mientras se graban unos a otros. ALKASELTZER saca una botella de aguardiente de una mochila y da un sorbo. Es de noche y los AMIGOS de

Alirio beben junto con él en la terraza de un centro comercial donde hay un Karaoke y donde hay algunos espontáneos cantando canciones populares. Uno de ellos empieza a rascar un moño de bareta y luego los vemos a todos fumándose un JOINT. ALKASELTZER da un plon al bareto y suelta una bocanada de humo. De repente el humo cubre toda la imagen y ALIRIO y sus AMIGOS se desaparecen entre la nube.

Es de día. La luz de la mañana brilla fuerte en la ciudad. La gente se dirige presurosa hacia sus trabajos. ALKASELTZER visita diferentes amigos y les propone que se pongan a trabajar en un guión que carga bajo el brazo, ALKASELTZER tiene aspecto de borracho, y todos se niegan sacando innumerables disculpas…"…

Deja a esos pobres peces en paz

Por mi parte, yo había quedado en el vacío. No era nadie. Era un pobre diablo que se creía otro ser. Me creía El Sardino Alkaseltzer. Pero no era El Sardino Alkaseltzer. O tal vez sí. Difícil saberlo. Paula Vélez y Lina me habían recogido de la calle, a donde previsiblemente volví, como ya expliqué antes. Aquellos, quienes me encontraban por los bulevares de ladrillos rojos del Centro Comercial Villanueva, de Junín, del Pasaje La Bastilla, parado bajo la sombra intermitente de los árboles, sobre los charcos de sol (como quien espera un bus que nunca va a llegar), o en los corredores grises de los cineclubs… me miraban de arriba a abajo y sacaban sus propias conclusiones. Llegué a escuchar rumores de todo tipo. Unos creían que me había metido muy de lleno en los libros de Carlos Castaneda y que me había espiritualizado y que andaba de místico. Otros afirmaban que me había consumido la drogadicción. Otros mencionaban la palabra Sida y otros decían: *Desechable,* a mis espaldas, y otros, dizque *Intelectual*. Y otros, dizque *Guerrillero.*

Ni una cosa ni la otra. O tal vez, todas juntas un poco. Pero las cosas tienen algo de cierto y algo de falso, depende desde donde se les mire. Una cosa es ver torear, y otra cosa es ser el toro, y otra muy distinta es ser el torero. Algún día miras la carretera hacia atrás y ves cementerios de elefantes donde sólo había parques de diversiones. De aquello, sólo puedo decir que estaba en proceso de borrar algo, acaso mi ego, mi dignidad y mi moral como quien quiere lavar el mar. Pero nunca me arruiné espiritualmente. Nunca vendí mi alma al diablo materialista ni nunca me gustaron las reglas de una sociedad que sabía leer las cosas en sentidos demasiado literales.

Movie Land People

El caso es que era uno de esos momentos en que no sabés qué pasa con tu vida. Había perdido el libreto. Estaba desorientado. Acosado por el hambre y la falta de techo. Me parecía a ese sujeto del comercial del Ministerio de Salud, en el que a un man se le va chupando la cara como a una momia; como si le hubieran metido una aspiradora por el culo hasta quedar como un sidático en su fase terminal; como un Jesucristo suburbano,

ojeroso y reseco. La cara puro hueso y piel; nada de músculo; nada de tejido adiposo; como Richard Aschroft en el video de Sweet Bitter Symphony.

Mucha gente me había ofrecido trabajo en oficinas y cosas así, pero yo estaba adicto a la heroína del cine. Ese universo me había embrujado. La gente de la televisión también se acercó con propuestas de magazines y esas vainas. La radio. La prensa. Las agencias de publicidad. Pero, además de saberme un holgazán empedernido, yo no quería la comodidad de esos trabajitos, pues hacía tiempo había sacrificado comodidad y progreso por sabiduría y lucidez. Inspirado a partir de las aventuras cassavettsianas, lo último que quería era confort. El camino de los excesos de la cámara al hombro me llevaría al palacio de la sabiduría de la Verité. La estabilidad era para la gente idiota de la farándula y de las oficinas. Y yo no quería ser tan aburrido, tan muerto. Yo quería que las cosas bellas de la vida me siguieran arrebatando, sacándome de mi lugar. Yo era una pinta del cine. Una pinta del cine under. Yo era como El Sardino Alkaseltzer. Juan Carlos Peláez, el Tuso, mi anterior personalidad, hubiera estado encantado de aceptar la mejor propuesta; su sueño desde pelaito era tener una oficina y ser un ciudadano decente como los detectives en esas películas policíacas. Pero mi destino había sufrido un desvío en la ruta, un cambio hacia una suerte de universo paralelo. Y entonces ahora, quería resetear el casette, formatear el disco duro de la vida y pensar que todo había sido un ensayo de laboratorio. Fantasía o realidad, la virtualidad era algo que me tenía sin cuidado. Aquella aventura llamada El Sardino Alkaseltzer era algo nuevo, impredecible y muy heroico como un tango. Estaba fascinado.

…"… *En la calle, ALKASELTZER hace varias llamadas tratando de convencer a alguien, que lo acompañe a mirar unas locaciones, pero ALKASELTZER solo recibe negativas al otro lado de la línea.*

ALKASELTZER Está sentado en una silla y a su lado algunas palomas comen migajas que la gente les tira. De vez en cuando, ALKASELTZER toma un sorbo de cerveza. ALKASELTZER riega un poco de licor en el pavimento a ver si las palomas se atreven a tomar, pero ninguna se acerca hasta donde está ALKASELTZER. ALKASELTZER saca la cámara de video de su mochila y empieza a grabar las palomas. Un policía se acerca y expulsa a ALKASELTZER del parque diciéndole que en ese sitio no se puede tomar…"…

Vive rápido, muere joven y tendrás un hermoso cadáver

Total, había arrojado mi vida por la borda. Ya casi nadie en el pueblo me conocía como Alirio Peláez ni como Juanca "el Tuso", y éso me ponía un guión en las manos donde todas las hojas estaban en blanco, y donde las páginas estaban completas y donde no había enmendaduras ni tachones. Era tiempo de empezar a escribir la otra película de mi vida. Ahora era *El Sardino Alkaseltzer*.

... "...ALKASELTZER recorre con su moto las calles muy transitadas de la ciudad, pero se estrella contra un taxi. La cámara sigue las incidencias del aparatoso accidente. ALKASELTZER queda gravemente herido, la moto se vuelve mierda, el taxi sufre graves daños de consideración en una de sus puertas y dos de sus ventanas se rompen. Adentro del taxi hay heridos. Al final vemos que una botella de aguardiente ha rodado de la mochila de Alirio. También la cámara de video se ha averiado; los sobres y demás papeles de su trabajo, quedan desparramados por la calle. ALKASELTZER sale de un hospital en muletas y con una pierna enyesada. ALKASELTZER comparece ante el juez y el dueño del taxi. Vemos a ALKASELTZER dándole dinero al dueño del taxi…"...

Me negaba a aceptar que El Sardino Alkaseltzer no hubiera sido como una fiesta y, sobre todo, como una fiesta irrepetible. Albergaba la esperanza de que la fiesta de la obra perfecta se podía perpetuar como se reproduce el modelo master de una bella especie. Trabajé con todos aquellos virtuosos del video independiente que grababan por aquellos días; Rodrigo Mofa, quien grababa su CREÍ QUE NUNCA ME FOLLARÍA TU CÁDAVER, un Thriller policíaco de 25 minutos donde se retrataba la estupidez de los que viven de las noches rápidas.

Con los Matera Salvaje, quienes rodaban en 16 m.m. un documental sobre las hormigas en las aceras de la ciudad. SIN TÍTULO.

Carlos César Arbeláez y su LA EDAD DEL HIELO, William Zapata y su VALIUM COLECTIVO, Carlos Orlando y su CINE CLUB LUMIERE, Fernando Moya y su FAZAÑAS IMPOSIBLES, un retrato de 27 minutos sobre la vida y obra del maestro León de Greiff…

Y por otro lado, me negaba a trabajar con aquellos niños genios que habían ido a estudiar a Cuba junto a García Márquez y a Fidel, pero que habían vuelto a Medellín a venderle su alma al diablo y que, además, tenían el odioso don divino de que todo lo que ponían en sus películas les funcionaba. Siempre detesté éso. Nunca me gustaron los filmes perfectos ni las grandes ideas, pues entre otras cosas, me parecían malabares de artificio. La verdad tenía que ser imperfecta. Y las películas bonitas sólo me lograban despertar ese sentimiento jabonoso de la envidia, más no, algún signo de realidad. Mientras al resto del mundo se estremecía con las ideas geniales, cultivadas desde la cuna, a mí me parecían repetitivas y alienadas hasta el cansancio. En los otros rabiosos videastas independientes no había ni siquiera presupuesto para un café ni tradición académica, pero contaban con el atributo siempre estético de que no le cargaban agua a nadie. Ni a los esquemas ni a lo preestablecido. Sólo grababan en lo que creían y eso se acercaba más a mi idea de lo que debía ser el cine. Uno debía casarse con sus malas pulgas cuando de belleza se trataba.

Según creo, eso ha cambiado mucho. Según creo, con esto del fin de la historia y de la hegemonía del capitalismo y esas cosas, los artistas en el pueblo se han vuelto más timoratos. Si se quiere. ... *"...ALKASELTZER aún tiene muletas y está enyesado. Luego, en la siguiente escena, vemos a ALKASELTZER sin yeso, pero con muletas, encerrado entre rejas, en una cárcel, con otros presos a su alrededor. Luego vemos que*

un policía abre la celda y deja salir a ALKASELTZER. ALKASELTZER, ahora sin muletas, lleva la moto al taller y le muestra lo que ha quedado de ella al mecánico. EL MECÁNICO menea la cabeza en gesto de desconsuelo, mientras revisa la moto. ALKASELTZER lleva su cámara a donde un técnico electrónico, pero el técnico electrónico menea la cabeza también en gesto de desconsuelo y le dice que va a hacer todo lo posible por salvarla, pero que con esos aparatos nunca se sabe porque son muy delicados…"…

SEGUNDA PARTE

PAULA VÉLEZ

La pálida (cinema verité)

No obstante, la fuerza del hambre era implacable y terminé llamando a Paula Vélez para pedirle el número de alguien de Tele Medellín, quien necesitaba a otro alguien varado, para trabajar detrás de cámaras. Ese alguien varado bien podría ser yo. Había aprendido bastante de Camarografía y de Edición y Montaje durante El Sardino Alkseltzer. Total, que Paula Vélez me había recomendado muy bien y me seguía insistiendo que aceptara el trabajo, muy a pesar de mis negativas.

- ¿No conocés a alguien que necesite un actor o un director o algún guionista? - Le dije.

- Está difícil. - Me había contestado Paula. - En esta ciudad todo el mundo quiere dirigir y actuar. En cambio faltan técnicos que no sean los típicos iletrados venidos a cargacables que después se convierten en gerentes. Pero voy a averiguar y te aviso.

Su primer comentario me pareció salido de lugar.

- Para tu información, Paula, el cine como su hija la televisión, es un fenómeno popular, nacido por fuera de la academia. Almendrós empezó desde abajo. Nunca fue a la universidad. ¿Y qué me decís de Fellini?

- Perdón; ¿me estás hablando de la época cuando las películas se hacían en celuloide? …para tu información, Alka, estamos en la era digital. La prehistoria del cine es de Dany Boyle pa´ atrás. Fellini era un francesito medio paria, medio perdido por las calles de Hollywood, y para la historia no deja de ser un primitivo un poco listo de la sociedad de la información. Pero primitivo al fin y al cabo. Ahora la gente se educa, los directores de cine van a la escuela. Hace unos años nadie sensato creía que el video podría reemplazar al celuloide y ahora todos quieren grabar en video. Los tiempos cambian, mi querido Alka.

- No entiendo qué tiene que ver lo uno con lo otro. Además Fellini era italiano y no francés. Y nunca fue a Hollywood.

- Una cosa no quita la otra –.

Paula me estaba desatinando el parche. Le gustaba burlarse de mis discursos.

- Quiero decir que el arte del cine evoluciona en forma aleatoria,- insistí - y en diferentes direcciones, radicalmente opuesto a las otras artes que evolucionan en el mismo sentido

lineal de la historia. La evolución del cine es como el tiempo de los sueños, sin un antes ni un después.

Lo había leído en la Enciclopedia del Cine. Esa que su padre exhibía en la sala de la casa.

Paula se embarcaba ciegamente en atentados contra la comunicación de este tipo por mera inercia y acrobacia. Por jugar el punto y arruinar el partido antes que perder el match. Por reivindicar sus derechos como feminista en ciernes. A ella le interesaba demasiado el tema del cine no más que para estar a la altura de una conversación que en el fondo despreciaba.

Y el tiempo pasaba y nadie necesitaba un actor underground. Así que decidí llamar una vez más a Paula:

- Tenemos que hablar - Me dijo Paula. Tenía un tono muy serio y preocupado.

Seguramente estaba charlando.

- ¿Qué pasa? - Le dije.

- No te lo puedo decir por teléfono.

- ¿Qué pasa?

Odiaba cuando Paula se ponía como misteriosa.

- ¿Vení aquí a la casa y acá hablamos?

- Paula yo no quiero ir a tu casa.

- Mi papá está en la finca y viene la otra semana.

- Decímelo ya. No veo la diferencia.

- No puedo, Alka, en serio. Me gustaría verte a los ojos para contártelo.

Cuando Paula Vélez me hablaba de esa forma podría tener una buena, ó una mala noticia. Probablemente podría querría hacer el amor. Por esa época andábamos bastante encarretados con ese tema, bastante encoñados, y al respecto, ella era imprevisible. Además, le había sentido cierto amago de risa que me había entusiasmado: podría tenerme alguna noticia de algún trabajo como actor, o como director. Nada quitaba.

Colgué el Teléfono Público AMIGO de las Empresas Públicas de Medellín y me fui a la Placita de Flores y compré unas rosas muy baratas. Me imaginaba a Paula Vélez y a una buchona de Antioqueño a su lado, como en ese afiche recurrente que solían colgar en las

cantinas. Una junto a la otra. Me imaginaba a Paula abriéndome la puerta con una sonrisa, y ella recibiéndome las flores y poniéndolas en agua junto a la botella de aguardiente. 15 días antes habíamos tenido una batalla tipo Ally McBeal que casi había dado al traste con nuestra amistad. Total, estábamos cargados; llevábamos demasiado tiempo sin tener sexo. Y aunque ella se iba a ir de la ciudad, la ocasión se presentaba como un momento necesario para reconciliarse.

¡Qué tanto le gustaba el guaro a Paula! Le fascinaba emborracharse en el día con guaro, y por las noches con ron.

Nunca voy a olvidar aquella mañana.

Por la ventana de las cocinas salía el ruido de las ollas pitadoras y el aroma de las canciones de la Voz de Colombia.

A la casa de Paula llegué caminando. Se trataba de uno de esos conjuntos residenciales donde todos los apartamentos tiraban a parecer muy singulares lográndolo realmente muy poco. Afuera, quemaba el sol y había un señor cortando la grama de la urbanización con una máquina de podar. Era un día infernal, y estupendo a la vez, como sólo lo podías presenciar en Medellín. Adentro, Paula sostenía alguna ropa recién lavada y la estaba colgando en el balcón, el único lugar del apartamento a donde pegaba de pleno el sol. Luego dispuso una bolsa vacía de Almacenes Ley en el cesto de la basura y luego se puso a trapear el piso de la cocina.

- Parecés *David Gaham* en el video de *'Policy of Truth'* - me dijo Paula cuando me vio aparecer en el umbral de la puerta.

- Me quedo con *Puff Daddy* en la *American Music Award*.- Repliqué.

Yo llevaba una camiseta de segunda mano que había comprado en una feria de la Liga contra el Cáncer. La usaba por primera vez y Paula se percataba muy bien de aquellos detalles.

- ¿No había un color un poco más masculino?

Traté de ignorarla.

-¿Qué has hecho? - dije.

- Guisiar toda la mañana. Éso me la paso haciendo todo el día en esta santa casa: guisiar y guisiar.

Y arrojó la trapeadora en un rincón.

Paula estaba tomando ron en un vaso transparente donde flotaban dos hielos y un limón. Lo supe mientras vaciaba mis bolsillos sobre la mesa. Un Kilométrico; llaves de la casa

de mi madre; reseñas cinematográficas de películas; programaciones de cineclubs; la escaleta del Sardino Alkaseltezer, escrita por Paula, en una libretita que yo había doblado y cargaba conmigo a todas partes: "…*ALKASELTZER bebe con sus amigos en un bar. LOS AMIGOS DE Alirio se despiden de él, y Alirio se queda solo en el bar y pide otro trago. El cantinero le sirve, ALKASELTZER se lo toma y pide otro, pero el cantinero se niega y dice que ya va a cerrar y empieza a echar a ALKASELTZER del bar. ALKASELTZER se niega a irse y entonces es echado a la fuerza. ALKASELTZER recibe algunos golpes en la cara y en el estómago. ALIRIO totalmente borracho se queda dormido afuera del bar en plena calle.*

Al otro día, ALKASELTZER se despierta con la cara llena de moretones y teniéndose el estómago con una mano, toca la puerta de unos cuantos amigos, pero nadie quiere saber de él "ni de su película a esas horas" de la mañana. Algunos le ofrecen desayuno y otros conversan con él un rato antes de irse a sus trabajos. Otros tantos le prestan dinero. ALIRIO vuelve a la calle, compra un par de cervezas y se pone a beber y a escribir cosas por ahí con un papel y un lápiz. ALKASELTZER visita a su exnovia, quien lo recibe con FELIPE, el hijo de los dos, entre los brazos. Es temprano en la mañana. ALIRIO trata de seducirla, pero su EXNOVIA rechaza a Alirio porque está borracho. LA EXNOVIA le dice a ALIRIO que no quiere arrastrarse con él hasta el mismo "hueco" donde ALIRIO se encuentra; que respeta su estilo de vida, pero que no quiere ser parte de eso; que si la juventud es una época donde uno se puede permitir toda clase de errores, ella prefiere ser adulta. ALIRIO le contesta diciéndole que la juventud es una etapa netamente experimental. Que prefiere enloquecerse ahora cuando está joven, porque cuando esté viejo nadie le va a perdonar nada. ALIRIO le pide que trabajen juntos en su película, que ELLA es la inspiración. ELLA le contesta que podrían morir en el intento y que no quiere tomar más riesgos en su vida. La EXNOVIA confronta a ALIRIO por su egoísmo y por su arrogancia frente a la vida, por su cobardía y por su miedo a crecer y por el hijo que tuvieron juntos. ALIRIO le ofrece algo de poco dinero que le queda, pero ella se lo rechaza diciéndole que él lo necesita más que ella, que lo guarde y que se compre una cerveza…"…

- A vos no te gusta el ron por las mañanas.- Le dije Paula.

Sobre la mesa del comedor, además del ron, había un Compact-Disc de *Radio Futura*, pero en el equipo de sonido Paula había sintonizado *Latina Estéreo*. La cosa parecía jodida. Paula sólo ponía "*Latina Estéreo*" cuando se ponía mal, cuando estaba triste, cuando manejaba el Lada de su papa y salía a roletiar por las calles de La Castellana para que no la cogieran las seis de la tarde adentro de su casa. Decía que la luz crepuscular la hacía poner melancólica y que la salsa de *Latina Estéreo* le recordaba los paseos felices con su cucho por la costa atlántica. Su padre solía grabar decenas de casettes con los especiales de *Salsaludando* y ponerlos en la guantera antes de irse de vacaciones.

A esa hora, Paula Vélez solía escuchar nada más que el programa de Julio Sánchez Cristo, pero aquella mañana estaba escuchando *Latina Estéreo*.

Atrapé el disco de Radio Futura. Era el "Memorias del Porvenir". Obra cumbre. Una gorda de Botero nos observaba desde el fondo de la sala. Paula Vélez era la típica estudiante universitaria que podía escuchar un casete de vallenatos en su walkman y al mismo tiempo estar vistiendo una camiseta de Charles Manson. Escribía poemas malditos, pero en su casa había un cuadro de Botero y un Sagrado corazón de Jesús en su habitación. Su vida era una actuación a contrapelo. Asimismo, aquel paisaje no me extrañó:

- La canción que más me gusta es *Anabeel Lee*. - dije examinando el CD.

- Pensé que era *Veneno en la Piel*.

- Sí, pero entre *Radioactiva* y *El Pub* se encargaron de volverla mierda.

Entonces Paula me arrebató el CD y fue hasta el equipo de sonido y puso el corte 10. Adoraba esas cosas en Paula; me ponían en el cielo. Era una de esas amigas que se preocupa demasiado por complacerte. La amistad ocupaba un muy alto rango en su estima.

Paula tuvo que seguir las canciones con el dedo índice, una por una, en la carátula, pues aquellas no estaban numeradas sino enlistadas, una debajo de la otra, así:

ESCUELA DE CALOR
SEMILLA NEGRA
HAN CAIDO LOS DOS
EL TONTO SIMON
NO TOCARTE
A CARA O CRUZ
LA NEGRA FLOR
PASEO CON LA NEGRA FLOR
37 GRADOS
ANNABEL LEE
EL CANTO DEL GALLO
VENENO EN LA PIEL
CORAZON DE TIZA
EL PUENTE AZUL
LA ESTATUA DEL JARDÍN BOTÁNICO.

Sonaba una salsa de Los Hermanos Lebrón, pero después empezó a sonar Anabel Lee.

- Es buena, pero me quedo con Corazón de tiza. - Dijo Paula y arrojó el CD sobre la mesa.

- El álbum se llama Veneno en la piel.- le corregí.

- Estoy hablando de la canción- dijo, y luego se puso a divagar en un tema de conversación que hablaba de un color adecuado para su pieza. A mí, también, era lo que más me gustaba de *Radio Futura*. Hoy en día, cuando escucho esa canción siento un vientecillo soplándome la cara, un secreto dulce. Trato de ponerme un poco nostálgico, pero no puedo aunque el casette del corazón se devuelve a aquellos días sin futuros tristes donde no había nada qué salvar. Aquellos tiempos en los que apenas era suficiente aliviar el antojo de comprar papel colgante para tu pieza y tratar que tus fines de semana no fueran demasiado tristes.

- ¿Pa' onde vamos esta noche? - Dije.

- Te tengo malas noticias. - Dijo Paula Vélez en un tono muy grave. Se estaba tomando un trago de Ron Medellín Añejo y estaba preparando otro de los mismos para mí. Las flores reposaban sobre la mesa. El ron caía dentro del vaso como un pequeño salto de abismo oceánico y estaba formando pequeñas tormentas submarinas. El hielo jugaba a la lucha libre con el limón.

- No me ha venido el periodo - dijo Paula Vélez - Me hice una prueba y tengo cuatro semanas de embarazo.

El último colombiano virgen

Viernes 3:45 p.m.
Paula Vélez cuelga el teléfono en su casa. Es la décima vez que hablamos desde que salí de su casa.

Viernes 3:45 p.m.
Yo, El Sardino Alkaseltzer, cuelgo el teléfono en el Centro Comercial San Diego. Es la undécima vez que hablo con Paula en el día, y ya se me acabaron las monedas.

Viernes 3:45 p.m.
Paula Vélez está en embarazo y quiere abortar. Yo no quiero tener un hijo. Pero no me preocupo demasiado.

Viernes 3:45 p.m.
Alguien enciende un cigarrillo en un barrio alto. Un avión está llegando al aeropuerto internacional José María Córdoba. Miles de estudiantes reciben alguna clase a esta hora en un salón de colegio. Los equipos de fútbol entrenan en sus sedes. Los noticieros preparan sus ediciones nocturnas. Alguien de Tele Medellín contrata a otro alguien varado que no es El Sardino Alkaseltzer para producir un seriado. Paula Vélez llama a Lina Franco por tercera vez en el día. El papá de Paula Vélez cierra un trato en su finca de Llano Grande. Mi cucha, la cucha de El Sardino Alkaseltzer, se pregunta dónde andará su hijo. Mi cucho se persigna entrando a la Iglesia Metropolitana. Alguien invita a salir a

alguien. Alguien hace el amor con alguien con la ropa puesta. Alguien le acaricia las tetas a alguien. Mauricio, el director de El Sardino Alkaseltzer, compra revistas en algún kiosco de la ciudad. Dos nubes chocan en el cielo y forman una silueta de pájaro prehistórico. Una mujer se enamora en una plaza de París. El presidente Bill Clinton prepara pormenores de su próximo paseo el fin de semana. Una supernova explota en algún punto del universo. Un hielo ingresa al cuarto vaso de ron que se toma Paula Vélez en el día. La bolsa de valores de Nueva York cae por primera vez en los noventas. Las cajas registradoras de todos los almacenes del mundo están atestadas de gentes. Un viejo se muere de la tristeza, solo, en un viejo bar de Medellín. Familias felices recorren los Centros Comerciales.

Debo conseguir plata para el procedimiento.

Viernes, 3:45 p.m.
Siete mil mujeres abortan a esta hora en diferentes lugares del mundo.

Viernes, 3: 46:00
Debo llamar a Paula, a ver si me tiene buenas noticias.

- ¿Qué noticias me tenés?

- Todo igual.

- ¿No te viene?

- ¡Alka! Estoy en embarazo.

Del diario de Paula Vélez

"... 22 años. Trigueña. 173 cm. de estatura. Espera que su amigo, Alka, la llame. Tal vez le diga que tengan ese hijo. Es un hijo. Una persona. Hay quien sostiene desde una parte de la comunidad científica y religiosa, que a las dos semanas el cigote ya presenta una actividad cerebral. ¿Existe un alma allí? ¿Un espíritu que apenas viene en camino? ¿Qué pensaría el papá de Paula Vélez de todo esto? ¿Y dios? ¿Y el cura?

Tomar no soluciona las cosas, por el contrario, las empeora. Pero el trago pone un velo nebuloso sobre tu mundo circundante, como cuando te agarras a correr y miras de reojo a tu lado. Como el mundo hecho mancha. Como si pudieras hacer que todo desapareciera y estuvieras en medio de un proceso de borrado, a mitad de camino entre la calle Nowhere y la plaza Everthing...".

Como en el guión de El Sardino Alkaseltzer:

"... ALIRIO va a reclamar su moto, pero termina vendiéndosela a su mecánico por unos cuantos pesos. ALKASELTZER reclama su cámara de video y se pone a grabar cosas por

ahí en la ciudad: techos, edificios, gente, árboles, y cosas así. Mientras tanto, ALIRIO, de vez en cuando, se da un sorbo de cerveza... ALIRIO cojea. Su pierna no le ha quedado bien después del accidente. ALKASELTZER vuelve a Alcohólicos Anónimos y trata de recuperarse de su enfermedad. ALKASELTZER continúa con su trabajo como mensajero de la misma compañía, pero esta vez, ALKASELTZER hace su trabajo en bicicleta. ALKASELTZER hace un casting para su película y lo vemos trabajando totalmente sobrio, entrevistando a diferentes transeúntes que caminan por los parques. ALKASELTZER comparte su experiencia alcohólica en una reunión de Alcohólicos Anónimos…"...

La estética de la película oscilaba entre las manchas, los desenfoques y la claridad total. La confusión y la lucidez. La ventisca y La luz y la oscuridad. La inocencia y lo clarividente. El Mito de la Caverna versión Medallo 1995.

"...Juanca no ha llamado. Debería llamarla cada minuto en un momento como estos. Él quiso quedarse todo el día junto a ella, y ella no lo creyó necesario. Pero con que la llamara todo estuviera mejor... "

...Paula no estaba enamorada de Alirio, pero Alirio es su amigo y la debería llamar. Tener un hijo de Alirio sería maravilloso, pero si Alirio estuviera enamorada de ella y quisiera que vivieran juntos. Tomá un trago, Paula. Tomá, pero uno sólo más, nada más. No corras, Paula. No corras, que es peor..."

No more ¨I love you's¨

- ¡Alkaseltzer! ¿Por qué no me habías llamado?

- Por dios, Paula te llamé hace diez minutos. Brego a levantarme el billete.

- Alirio, ¿Te imaginas un hijo de los dos?

- Paula, yo no quiero un hijo ahora. Además vos no estás enamorada de mí y yo no estoy enamorado de vos. Nos queremos, eso sí, pero no vamos a tener un hijo por éso.

La idea de un pelao mío me aturdía demasiado. En realidad no es que me gustaran especialmente los niños. Creo que hasta los detestaba; siempre por ahí corriendo y gritando y llorando y jugando y haciendo pataletas como nunca dejan de hacerlo ni siquiera cuando pasan por la vida adulta.

Por otro lado, mi mente estaba en otros mundos. Sólo rescataba y agradecía el hecho de que la especie me reclamara lo suyo a través de Paula. Una mujer hermosa con los senos muy templados y la piel muy bronceada y las piernas muy largas y los ojos muy canelas y los dientes muy blancos y el carisma muy refinado y el intelecto muy bien cultivado y sus maneras muy pulidas y el espíritu muy elevado, muy original, y la voz muy celestial, y el

alma muy sagrada. Parecía que la Virgen María te estuviera pidiendo un hijo en todo caso.

Colgué el teléfono y trabé amistad con un vendedor de periódicos. Mi soledad familiar, y mis recurrentes decepciones con los amigos, me habían hecho valorar la charla de la gente desconocida sin importar su posición en el mundo; y la gente de la calle, de manera específica, tenía sus corazones dispuestos.

- Una polla me acaba de avisar que espera un hijo mío, parce. Déme El CHIBCHOMBIANO. Estoy más o menos de afán.

- ¡Felicidades!- Me dijo cambiando de tema después de haberme soltado un discurso, a su manera, sobre las *Elecciones* y la necesidad de elegir un alcalde que limpiara las calles de ladrones, mariguaneros y bazukeros, como estaba haciendo Giuliani en Nueva York "Y vea que Nueva York es Nueva York"

-Los hijos son una bendición de dios y donde hay niños hay gracia divina - concluyó.

El vendedor incorporóse de su asiento improvisado con una caja de tomates, y seleccionó un ejemplar de EL CHIBCHOMBIANO, entre otros periódicos de la ciudad. Le pagué con el último billete de quinientos pesos que me quedaba y que me había prestado Paula Vélez. La cara del libertador Simón Bolívar lucía más arrugada que nunca. El vendedor recibió el billete, lo desarrugó y me devolvió tres monedas de cien pesos.

Abrí la sección CLASIFICADOS y busqué algún aviso que me diera pistas sobre alguna clínica clandestina de abortos. A veces las camuflaban bajo títulos eufemísticos y negocios fachada, del mismo modo que solicitaban mujeres jóvenes para trabajar en la prostitución: - SE SOLICITAN MESERAS JÓVENES Y BIEN PRESENTADAS. - LA CLÍNICA DEL AMOR LE AYUDA A SOLUCIONAR SUS PROBLEMAS DE PAREJA. Medellín era una ciudad de dos millones de habitantes que no había sido capaz de darle la cara a sus demonios *sexuales* sino a través de máscaras y de formas de vida light, que representaban la *hidea* del progreso material mientras el *hespíritu* ciudadano se *desintegraba* cada día bajo el manto del *faxismo* oficializado, *hinstitucionalisao*' y *legitimisao'* por los medios de comunicación.

- ¿De todas las épocas de su vida, cuál ha sido la mejor? - Le pregunté al vendedor de periódicos, pero no quise escuchar lo que me estaba contestando. Yo andaba demasiado absorto. Y con un coágulo de sentimientos en el corazón boté el periódico a un tarro de basura, sabiendo que lo que yo necesitaba era comprar un periódico más consecuente con las verdades de los hombres, como EL DESPACIO, por ejemplo. Allí frentiaban el corte anunciando clínicas de abortos sin misterio. O, tal vez, necesitaba llamar a alguna amiga que supiera de esos trances. A decir verdad, casi todas mis amigas habían pasado por una experiencia de abortos. Y me las habían relatado, pues yo tenía la capacidad de convertirme en el paño de lágrimas de la gente. Siempre he preferido escuchar a los demás. Poco me ha gustado ventilar mis rollos, ni mis anécdotas, por más triviales que sean. Como quienes van a la iglesia a confesar sus pecados. O ante el psicólogo a

derramar sus penas. En toda circunstancia y lugar, he usado cierto tipo de actitud teatral como modo de expresión. De alguna manera todos vivíamos actuando en aquel entonces. Así pusiera cara muy seria, yo siempre estaba ejecutando algún papel. Por eso, aquellos que me conocían, sabían que era inútil tomar en serio todo lo que decía, pues siempre estaba bajo las vestiduras de mis personajes o pasando mis sentimientos por el filtro de la pantomima. Y/o en su defecto, por el filtro de la vida hecha chiste. Pero en esencia, me pasaba la vida escuchando. Y mientras la gente se empeñaba en decir la verdad como ellos creían que era, yo trataba de distorsionarlo todo con la farsa de mis puestas en escena, a lo payaso, que era también otra forma de llegar a la verdad. Reía por fuera y lloraba por dentro.

Le había prometido a Paula que yo me encargaría de encontrar el sitio para llevar a cabo el aborto. Estaba demasiado confundido como para aceptar mi amor por ella. A mi mente venían las palabras de la conversación que tuvimos la primera vez que hicimos el amor:

-¿Y vos que es lo que querés de esta relación? - Me había dicho Paula.

Estábamos sentados en una de las bancas de la Avenida La Playa, frente a Helados MIMO'S, esquina del Palo con La Playa. Y sorbíamos aquel par de botellas *Cerveza Club Colombia*. Y nunca voy a olvidar el olor de aquella piel ni el color de aquella tarde muy a lo *diálogos-de-Woody-Allen-y-Diane-Keaton-en-la-película Manhattan*. Y había llovido horas antes y las calles estaban mojadas y olía a humedad y el viento jugaba con el pelo de Paula Vélez como en el logotipo de Conzil, y ella trataba de mantenerlo quieto en un sólo punto. Y sus dedos tenían anillos de plata muy bien esculpidos por los artesanos del mercado de San Alejo, y los anillos tenían piedras preciosas de color rojo, y azul y verde y todo era demasiado perfecto.

-¿Cuál relación, Paula? Vos y yo somos buenos amigos.-

Me estaba cagando del miedo.

- A mí me gusta que estés todo el tiempo a mi lado, y así quiero que estemos siempre. Uno cerca del otro. Pero no le pongamos título a esto. Estemos juntos. Eso es todo. Sin títulos.

- Listo. Estemos juntos.- Dijo Paula y miró hacia la calle, con el foco perdido, como esquivando algo de la conversación que le era difícil aceptar.

Paula Vélez y yo estuvimos mentalmente conectados durante muchos años; nos pensábamos mucho mutuamente y hasta podíamos aterrizar en lugares comunes de la razón, cuando nos lo proponíamos, pero nunca estuvimos, ni emocional, ni intelectualmente estimulados como podría creerse; lo nuestro era una suerte de conexión supra-sensorial que no nos dejaba estar tranquilos. Era como si intentara sacármela del corazón tratando de meterla adentro de mi cabeza. A veces me descubría sosteniendo conversaciones imaginarias con Paula y me decía, Dios mío, ¿Qué me está pasando?. En aquel entonces tenía una especie de sensación, de seguridad, acaso un pálpito, de que

Paula siempre iba estar a mi lado. Pero la confianza mata. Y muy a pesar de mis sospechas y deseos ocultos, nuestra amistad nunca se transformó en un amor declarado. Hubiera podido entablar conversaciones bizantinas con Paula hasta ponernos viejos, y arrugados, en el mismo parque, y en la misma cafetería, yendo a comprar los mismos cigarrillos de siempre, en la misma tienda de siempre, durante las mismas mañanas de siempre. Al respecto, ella solía decir que éramos unas analfabetas en el amor, y que de nada servía ir a la universidad si antes no nos graduábamos en el arte de querer a los demás. Pero aquella tarde, Paula sólo hizo silencio. Tenía una minifalda y unos tenis *Adidas* sin medias con una esclava artesanal en el tobillo. Así se vestía ella; era ese tipo de mujer; como una suerte de Susan Sarandom en Thelma y Louise dando un paseo por el centro de Katmandú. Muchos la hubieran mirado mal en aquella Medellín medieval de finales del siglo veinte. Eso, si fuera otra mujer. Pero aquella tarde, y todas las demás, era Paula Vélez con su extraordinaria frescura americana que convertía en nativos de tierra salvaje a todos los parroquianos a su paso. Y el nativo más encantado era yo, convertido en salvaje antediluviano. Aunque también podía ser una rana convertida en príncipe. Y ahora esa conversación cobraba un valor especial, porque si yo hubiera tenido las güebas y las neuronas para ponerle un "Título" a la relación, hoy no estuviera aquí contando esta larga, jarta, historia, digna del mejor de los olvidos. Una cosa era tener un hijo por el simple impulso de reproducirse, pero otra cosa era tener el hijo de una mujer como Paula. Haber hecho el amor con Paula había sido como haber hecho el amor con la mamá de Jesucristo, sí señor. Paula era como la mismísima Virgen María para mí. Pero el resto del día transcurriría con los sobresaltos correspondientes de quién ha comprado el ticket de un bus que va para tierra caliente y que termina viajando en un tren con rumbo al Páramo de las Papas.

Pobres, pero ingleses

Muchas cosas pueden pasar en un viaje. Derrumbes, retenes guerrilleros; retenes paramilitares, secuestros masivos, ataques de amnesia, ingestas de escopolamina… en el viaje de la vida, en particular, todo eso y mucho más podía suceder. Pero aquella tarde algo estaba entre mis dedos, y yo sentía que no lo podía retener como cuando metés las manos en el agua y agarras un pez. Como cuando un jabón se te resbala de las manos.

A eso de las 7 de la noche había llamado unas diez veces a Paula. Tenía la esperanza de una noticia con olor a menstruación. La ciudad sufría de esa ansiedad característica de los viernes en las metrópolis del mundo. Los carros se afanaban en llegar a sus destinos más rápido de lo usual y prendían sus luces mucho antes de que cayera la noche, como queriendo significar: ¡Es viernes! ¡Es viernes! Pitos, gritos, accidentes, contaminación, muchedumbres en las aceras. Era un sentimiento que sólo los ciudadanos de la era espacial podían entender, los primitivos de una era digitalmente nuclear.

Paula me había dicho, hacia las cinco de la tarde, que Lina Franco sabía de un lugar a donde abortar. Era caro pero seguro. Yo le hablé de unas yerbas medicinales que me había recomendado un amigo bioenergético de la Universidad de Antioquia:

-Esa carrera no existe todavía en las universidades de Colombia- me dice Paula.

-Bueno, en realidad el hombre es graduado en Medicina, pero se dedicó a estudiar el rollo de la medicina no tradicional. Podríamos probar. Nada se pierde.

-Me niego a tomar yerbas, así como tampoco creo en esas piezas de museo que son los médicos.

- No se trata de simplemente yerbas, Paula Vélez. Este tipo sabe. Tiene una clínica en Laureles. Estamos hablando de medicina natural, contacto total con la naturaleza, encuentros cercanos con la Pacha Mama.

Al final, Paula probó con las yerbas y decidimos dar un compás de espera de una semana, a ver si le venía ese líquido rojo entre las piernas; tan deseado como un vino sagrado, acaso como jugo de moras o como sopa de tomate o como la sangre del hijo de Abraham. Pero la regla nunca vino y había que tomar cartas urgentes en el asunto, había que acabar con aquella situación. Ahora sólo restaba levantarse el billete para pagar doscientos cincuenta mil pesos a una egresada de la Facultad de Medicina que trabajaba por debajo de cuerda. Si pasaban unas semanas más, el aborto sería peligroso, ya el cigote estaría demasiado desarrollado. Paula tenía miedo.

No sé qué me pasó. Los días transcurrieron, cortos, largos, penosos, aburridos. A mí se me borró Paula en el mapa de la ciudad. Fue el mecanismo maldito de mi mente que me atacaba sin piedad. He sido un miedoso y le he esquivado a los problemas. Mejor dicho, les he dado la espalda. Esquivarlos era hacerles frente. Los negaba y los rechazaba de plano como si hubieran sido parte de un libreto que podría arrojar a la basura. Como quien sale de casa y tiene la alternativa del cotorreo inútil de la esquina. Borraba gente y lugares indeseados como borrando escritos de tiza sobre un pizarrón. Conocía muy bien aquella ciudad y sabía adonde escaparme. Así que me perdí entre calles sin nombre, por pasadizos de centros comerciales, en cafeterías clandestinas, sobre terrazas desiertas.

El barrio de los acostados

Los doscientos cincuenta mil pesos me los conseguí. Primero, fui a casa de mi madre y le robé treinta lucas en efectivo de su mesa de noche. Luego fui hasta su closet y me le alcé su tarjeta débito de Conavi. Conocía la clave y pude sacar otros cien palos. Luego se me presentó la oportunidad de sonar a una pinta y lo pude tumbar ahí en pleno *round point* de San Juan, pero lo cierto es que me cagué del miedo. Siempre había sido un torcido pero no un asesino. Total que agarré los cincuenta mil pesos, que me habían dado los juanchos del barrio para gastos de representación, y los junté con la otra plata. 24 horas antes yo había ido a pedirles trabajo y ellos me habían dicho: “Necesitamos acostar a este man”, y fue ahí donde me habían pasado los 50 mangos.

Ya mis bolsillos se sentían llenos. Y con los bolsillos colmados de billetes me fui para el Éxito de Laureles a meditar y a pensar cuál sería el paso a seguir. Tomé un taxi y me

alejé de aquel barrio donde vivía la cucha, y donde yo había crecido. Al pasar por La Oficina, la esquina donde se parchaban mis amigos de infancia, le dije al taxista que parara un momento. Me bajé como quien se baja de su caballo para tomarse un trago de cantina y me acerqué a los chicos, todos niños de buena familia venidos a malosos, unos practicantes del Arte de la Esquina demasiado traídos de los cabellos. Les dije que "todo bien" con el paciente, que le estaba buscando la caída y que para la noche estaría listo; ellos me miraron con recelo; "Pero voy a necesitar otros veinte mil", les dije, "Yo sé que ustedes se van a reluquiar con este cliente".

"*Todo bien*, *Sardino*", me dijo uno de ellos, mientras paraba de tecniquiar con un balón de micro. Se mandó la mano a la billetera; la sacó y me pasó dos indias. Tenía sudor bajo las axilas; estaba pisando la pelota, un balón Mikasa amarillo. Otro de ellos estaba pegando un bareto, *"pero necesitamos que se pierda; no lo queremos ver más en este parche. Es más, ya no hay necesidad que acueste al juacho, pero no lo queremos ver a usted más por aquí* ". "*Todo bien*", dije, y abordé de nuevo el taxi.

Claro que sí me iba a perder para siempre de ese parche. Les eché un último vistazo por la ventanilla del carro y los chicos del *Arte de La Esquina* habían armado una recochita con aquel balón que pivoteaba inadecuadamente y, parecía, que se estaban poniendo a jugar Gafiao'. Ellos eran los que no iban a salir nunca de esa esquina y yo me les iba a torcer con el billete. Ellos se iban a envejecer y a engordar en la misma esquina armando recochitas. Los había derrotado la vida y yo aún seguía dando la pelea. Atrás quedaban los vecinos cotillas, las ropas al sol, la algarabía de los niños, las bandadas de palomas y los ecos tristes de los vendedores. Atrás quedaba un barrio al que se lo había llevado el diablo, a pesar de tener las mejores perspectivas; un barrio donde, al principio, no había nada y donde Dios había dicho háganse la tierra y los árboles, y donde luego habían llegado las máquinas excavadoras y los constructores y los edificios y luego los profesores universitarios que habitaron esos edificios y, luego, los mafiosos que le compraron a esos profesores y que corrompieron a los hijos de las pocas personas decentes que quedaron y, luego, los sicarios al mando de otros sicarios y, luego, los campesinos que llegaron en busca del sueño del narcotráfico y, luego, las ventas de comida en las calles y luego los deshechos y la grasa sobre el pavimento y, luego, las ratas invadiendo todo tipo de espacios públicos y privados y, luego, las matanzas entre pilluelos y, ya, Dios no tuvo más remedio que sentarse a llorar, porque, una vez más, otra de sus creaciones se había ido a bailar con Lucifer.

"A Laureles, por favor buen hombre. Al Éxito", le había dicho al taxista. Y automáticamente le di una propina de mil pesos. Sentir la billetera gorda me producía cierta mezcla de generosidad y poder. Sobrepasamos la escuela pública y la cancha de fútbol donde, de niño, yo solía hacer ciclo-cross. Luego vi quedarse, atrás, los edificios rojos donde se venían a vivir las niñas ricas, y las estaciones de buses, y los talleres de mecánica, y las tiendas, y los techos de barro, y los perros ladrándole a los camiones de basura y las antenas parabólicas y los borrachos dormidos en las esquinas y las solteronas santiguándose en las ventanas y los colegiales regresando a sus hogares, y los vagos que jugaban a elevar sus cometas y a matar golondrinas, y los novios comiéndose a besos en los portales.

Al pasar por el Cementerio Universal, a las afueras del barrio, pensé en algunos suicidas famosos de mi infancia. *La Pinta*: se enterró un cuchillo carnicero en la cocina de su casa. Lo había hecho enfrente de toda su familia y todos los amigos fuimos a verlo nadando en los charcos de su propia sangre. *Álvaro*: su hermano lo encontró colgando de una corbata en el techo del baño, pero su alma ya había estado espantando un mes antes de su muerte. *El Pescao'*: fue hasta el techo del centro comercial Millanueva y se lanzó al vacío un miércoles de ceniza. Había caído en la plaza del carrusel, justo cuando el mall se atiborraba de niños. Fijé los ojos en la fosa común donde habían tirado a mi primo Omar y me di cuenta que también pensaba en mi madre. En ese cementerio, casualmente, había sido sepultado mi abuelo treinta años atrás. "El Papito Ernesto", como ella le decía. Un sujeto muy rico que había perdido el seso después de ver morir a su esposa, o sea mi abuela. Dejó de comer. Se levantaba cada mañana y ya no cuidaba de sus tres fincas. Sólo se sentaba en las sillas del corredor con la mirada perdida en el infinito, así, los ojos puestos en el horizonte donde las montañas se tejían con otras montañas. Sus hijos, o sea los hermanos de mi madre, le preguntaban cosas y él ya no respondía. Poco a poco empezó a llenarse de silencios y ya no se bañaba. Luego empezó a andar descalzo por las calles del pueblo, a no decir nada, a extraviarse en sí mismo. De vez en cuando, lo encontraban andando por alguna carretera secundaria, en recovecos, y entonces, lo internaban en el hospital. Allí, cierta mañana soleada de una navidad cruel, lo intervinieron y el Papito Ernesto nunca se recuperó de la cirugía. Lo habían traído a Medellín pero fue demasiado tarde. No sé por qué, ahora, montado en un taxi, lanzando mi mirada cual red de pescar sobre las tumbas de un cementerio público, veía mi propia historia en aquella historia de mi abuelo, mi propio destino en el destino de *Papito Ernesto*. Yo era Papito Ernesto caminando por la calles de mi dolor, sólo que sin una amada por quien perder el seso; y también era ese personaje central de SUBURBIA parado en las esquinas de mi desesperanza, nada más que sin un inmigrante hindú a quien odiar. Y era El Sardino corriendo por las praderas de la creación; sólo que sin un rol el cual interpretar.

El barrio quedaba atrás. En mi mente todavía rebotaban las historias de mi madre. ¿Quién se había quedado con la herencia de Papito Ernesto?; ¿Qué había pasado con esa fortuna acumulada durante décadas en honor al amor de una mujer? "*Nada mijo, nada pasó. Sólo lo vendieron todo y se repartieron la plata entre los hijos mayores y luego se la bebieron en la cantina del pueblo, con las mujerzuelas y los amigotes. Como yo era la menor, la chiquita de la casa, a mí no me dieron nada y entonces fue ahí, a la edad de ocho años, donde empecé a rodar y, fue así cómo, un día, terminé aquí en la gran ciudad, sin conocer a nadie, sin un peso en el bolsillo, sin un pasado, sin un punto de apoyo en el mundo*".

En el nombre del odio

Una vez en el Éxito, me dirigí a la sección *Música.* Era un ritual de iniciación que ejecutaba instintivamente. Allí estaban promocionando el último lanzamiento de Gustavo Cerati, llamado *Colores Santos*. Siempre era un acontecimiento afortunado saber que

Cerati estaba estrenando un álbum, ya fuera en solitario, o con la banda. Me hacía tan feliz Cerati. Su música respiraba esa atmósfera envolvente de las maderas finas. Y sus frases eran tan ambiguas y visuales que uno las podía editar en su propia cabeza y apropiárselas adaptándolas a cualquier situación de la vida. Adentrarse en las canciones de Cerati era como arrojar las piezas de un puzzle hacia arriba y verlo caer armado. Así que compré *Colores Santos* y, de paso, me hice al *Dínamo* y a otros dos álbumes de rockeros argentinos; (así definía yo, el panorama del rock en argentina en aquel entonces: Cerati se podía nombrar y los otros eran simplemente *rockeros argentinos*). Luego, me fui para la sección de *Soundtracks* y me puse a imaginar escenas hipotéticas con aquellos temas de fondo. Me gustaba jugar a aquello. Por ejemplo, soñaba que iba por la calle con Paula Vélez y de repente llegaban los extraterrestres e invadían la tierra. Se descolgaban por millones de las naves espaciales y por las paredes de los edificios y empezaban a raptar gente de las casas y de los espacios públicos. Todos venían vestidos como los malos de *La Guerra De Las Galaxias*, de George Lucas, así, con uniformes blancos y cascos gigantescos. Entonces, mientras nos subíamos a los platillos voladores, los extraterrestres nos daban la oportunidad de llevar con nosotros a cien de las personas que más quisiéramos en la vida. Paula y yo hacíamos una lista y nos deleitábamos más con las personas que odiábamos que con las personas que queríamos, pues aquellos, a quienes odiábamos, se postraban a nuestros pies justo en la puerta de la nave y nos rogaban que por favor los llevásemos, que no se querían quedar en la tierra. Luego, nosotros accedíamos en un gesto de buena voluntad, y los incluíamos en nuestras listas, y nos íbamos todos en cientos, miles, de platillos voladores dejando el planeta azul atrás, mientras nuestros enemigos nos idolatraban y se portaban respetuosamente por lo generosos que habíamos sido con ellos.

Hay que imaginarse lo que eran aquellas elucubraciones con la música de *Until the end of the world* como telón de fondo. Meros viajes. Y así todo el día. Las horas volaban en *Almacenes Éxito* con los soundtracks y con los conos de ron con pasas y con las canciones de Gustavi Cerati, hasta que los soles tristes de la memoria por fin se ponían y entonces había que volver a la calle, y regresar a un mundo donde la otra película, precisamente, consistía en enfrentar la realidad de que no habían ovnis y de que no iban a venir extraterrestres por ti: la realidad de que la última oportunidad de encontrar una galaxia lejana, a la cual huir y construir tu propia casa, estaba en este planeta. Y así se terminó la jornada. Calles solitarias. Olor a yogurt de fresa y *Choco-Ramo*. Sonido de duchas frías. Hojas secas bajo tus zapatos.

TRES

LUIS LANGUIS GRISALES

El Punk murió el día que The Clash firmó con la CBS

Dos semanas después, yo caminaba sin rumbo fijo por los alrededores del Parque del Poblado. Subí por la Diez y quise entrar a *Berlín 1930 Bar* a tomarme una cerveza, pero había una fiesta de arquitectos y también estaba lleno de viscosos postmodernos desconocidos. Una cosa era el infierno con algún amigo adentro y otra cosa era el infierno sin nadie a quien saludar. Así que seguí mi camino y crucé la calle para echar un vistazo a la movida en *Blue Rock*. Allí también parecía haber una fiesta privada. Era la época en que las universidades hacían sus jornadas institucionales, así que el Poblado estaba lleno de universitarios y, especialmente, de universitarias jóvenes y bonitas y borrachas y disfrazadas con uniformes de competencias de carros y de juegos múltiples. Aquello no era lo mío. Pero de todas formas entré y saludé a Carolina Piercing Monsalve, la que atendía en la barra, y le pedí una cerveza. Carolina solía estar muy seria en su trabajo y aquella noche sí que tenía bastantes motivos para estarlo, pues los universitarios se agolpaban desesperados contra la barra y gritaban clamando por un trago. No había caso. Imposible conversar con Carolina. Salí de allí como un propulsor despedido por su cohete, como el trasbordador Columbia haciéndose pedazos en la estratosfera. Seguí mi camino por la calle 10 y luego crucé hacia la calle 9. En la 9 me encontré con el mall de la esquina del Parque LLeras y lo pasé de largo. Odiaba esos lugares. Siempre tan iluminados con esa luz blanca que te hace sentir como si estuvieras en un hospital o en una inspección de policía.

En el Parque Lleras tampoco encontré a nadie conocido.

¿Qué le pasaba a Medallo? ¿O qué me pasaba a mí? En una ciudad donde constantemente tu vida adquiría la dinámica de máquina fotocopiadora, se tornaba ridículo que de repente todo te resultara extraño.

¿Estaba caminando por una ciudad fantasma? ¿Dónde estaban los viejos amigos, y las amigas y las novias y esas caras familiares que poblaban mis imaginarios urbanos?

Había ido al Parque del Periodista, había pasado por el Parque de San Antonio, había estado en las tiendas de Carlos E. Restrepo, me había bebido media botella de ron en el Tibiri y otra en El Pub, y hasta había entrado a Bartolomé y a Niágara y a Canciello y a La Boa, pero no me había encontrado a nadie con quien pasar un rato y hablar de chismes mutuos como en los viejos tiempos. Supongo que ese es el curso de las cosas. Un día cualquiera te despertás y resulta que sos un marginal entre tu propia gente.

Como último recurso fui a *Abril Bar*, un sitio para nada excéntrico, y allí estaba Luis Languis Grisales.

Gobernaban los difuminados. La luz basada en ambientes claroscuros estaba a la orden de la noche. Se sentía una buena atmósfera en ese tipo de lugares. Podías oler la decoración hecha en madera combinada con metales muy light, y la gente de las mesas era bastante cool.

Luis Languis Grisales siempre era el último cartucho a quemar. Era como tu colección de música. Cuando todos se fueran y la misma vida te abandonara y ya no quedara nadie a tu lado, siempre iba a quedar tu colección de música. Ahí no había pierde. La música no iba a dejar que te sintieras solo y Lucho Languis Grisales, de alguna manera, era así. Siempre lo podías encontrar detrás de la barra de un bar, sirviendo cocteles y cervezas y tragos de ron en los mejores bares de la ciudad. Antes había sido el Café de Laureles, luego Barnaby Jones, Luego Café Moka, Luego Abril Bar, y luego Stereomatic, y luego no sé cuántos sitios más, donde se trabajaba por 15 mil pesos la noche.

Ahora era *Abril*.

Recuerdo una época en la que muchos de los desparchados estudiantes de Comunicación Social iban los viernes a visitar a Lucho en el Café Moka. Yo también era un desparchado, pero no estudiaba Comunicación Social. De todas maneras, era ésa la era post-Pablo Escobar en la que el problema para nosotros no era el dinero sino la soledad y la falta de fe. Una época donde no había que preocuparse por madrugar a trabajar. Entonces, todos (tengo memoria de entre quienes íbamos a visitar a Lucho: Luis Carlos Fastidio, un estudiante de Ingeniería Industrial, y su novia Fania; Mauricio Arribismo Mosqueta y su novia Mara; Sandro Y Tu Mamá También Osorno y su novia Ángela Courtney Urremo, entre los fijos. Esporádicamente iban de visita otras amigas y amigos, conocidas y desconocidas) todos esperábamos a que Lucho terminara su turno a las doce a.m., le ayudábamos a entrar las mesas del patio y a subir las sillas sobre las mesas. Lucho recibía su parte de las propinas y nos íbamos a tomarnos todo el tequila de los bares.

Yo vivía como adicto a aquel ritual en el altar de Lucho. Empecé a visitarlo los jueves y luego hasta los lunes y martes y miércoles y domingos cuando la ciudad de Medellín era un funeral de muerto sin dolientes y, Luis Languis, como siempre, estaba dispuesto a recorrer conmigo las calles vacías en búsqueda de un bar o de una fiesta a donde saciar la sed. Teníamos identificados los bares que hacían noches especiales para atraer la clientela en días hábiles. Nuestros miércoles eran de Reggae en la calle San Juan, nuestros jueves, de Rock en español, en el Pub , variante a Las Palmas Kilómetro 8; nuestros domingos en La Comedia, junto al Museo de Arte Moderno de Medellín, los martes íbamos a Selva Bar (antes de que cerrara) a medio camino entre el Centro y el Poblado en pleno corazón del sector industrial de San Diego, muy cerca de la Avenida de Los Industriales; y los lunes los pasábamos tocando en las puertas cerradas de los estanquillos o caminando por ahí, bajo las apacibles noches del barrio Laureles, hablando de música, de fútbol y de mujeres. Pero invariablemente siempre íbamos a rematar a la Placita de Flores en el barrio Boston, donde la venta de licor era carnaval de toda la noche. A veces, íbamos también a fiestas en las casas de los estudiantes de Comunicación Social en el Barrio

Estadio, pero nos aburríamos mucho. Fingíamos que nos divertíamos, pero lo nuestro era la calle.

La noche de mi caminata por el Poblado, Lucho hacía sus experimentos en la barra de Abril, pues cada día se inventaba algún trago. Servía triple' C, limón y ron y whisky en una coctelera. Él mismo hacía esa vieja mueca conocida por la humanidad de: qué-es-esta-mierda. Sonaba El fuego inolvidable de U2 y yo me tomaba una Rubia Suicida que yo mismo había bautizado cuando habían inaugurado aquel bar. Hablábamos de todo un poco, de un programa de radio que él y yo hacíamos en AM., llamado *El llamado de la selva*, y de la posibilidad de conseguirle un espacio en FM.

- ¿Qué te pasa, loco? Te veo como bajado.

- No encuentro trabajo, loco. Y estoy mamado de vagar por las calles, pero no quiero irme a sentar a una oficina, a disfrazarme de empleado público.

- Si a mí me tocara ponerme un cachaco, no tendría problemas para hacer la farsa. Preferiría eso con tal de dejar esto.

Luis Languis hablaba de la posibilidad de graduarse, pues estaba estudiando en la universidad. Trabajaba por las noches, bebía conmigo al amanecer y estudiaba en el día. Fuera de eso, le alcanzaba el tiempo para ser miembro de un club de caminantes; verse dos o tres películas a la semana; ir a las proyecciones del Lunes del Rock en la Facultad de Medicina; jugar fútbol, enamorar amigas, grabar música, asistir a sus citas odontológicas e ir a nadar a la Piscina a la U. de A.

¡A qué horas dormía Lucho!

Por algo fue que yo lo empecé a llamar "Languis Grisales" sin saber cuándo ni por qué.

Obtener el título, le hacía mucha ilusión a Lucho. Había estudiado Ingenierías en la Universidad de Antioquia, pero su deseo interno era estudiar Periodismo. Desde entonces andaba sólo con amigos de la Facultad de Comunicaciones que había conocido en su trabajo de bares. Nunca hablaba de sus ganas de estudiar periodismo, pero lo expresaba a través de su constante presencia en aquellos círculos y por su dominio de temas especializados en la materia. Luis Languis Grisales sabía más de cine y de medios de comunicación, que muchos otros periodistas graduados que conocí. Al final, cuando su madre murió, Lucho tomó la decisión radical de transferirse de carrera, y de universidad. Fue automático. Fue como decir, "bueno, mi madre ha muerto, ahora puedo dejar esta mierda de las ingenierías". El hombre cambió de tiempo y de lugar y un poco también de naturaleza, pero no demasiado. Pasó de una universidad pública a una universidad privada. Se consiguió una novia estable y decidió ser *novio-chévere* aunque ello no le cuadraba exactamente con su personalidad de macarra asolapado y mujeriego. Pero en esencia, Lucho siguió siendo el mismo bacán ilustrado al que todos querían, exalumno del distinguidísimo Colegio San José, y melómano a morir. Creo que su único defecto era ser hincha del Atlético Nacional. Por lo demás, el hombre me caía bastante bien. Lucho

era un mancito con alas; por lo menos hasta que decidió sostener su teoría de que podía meterse la camisa por dentro y vestirse de cachaco y actuar la farsa del empleado público. Una de nuestras filosofías personales era, entre otras, que la única forma de pagar las deudas consistía en conseguirse uno de esos tediosos trabajo de 8 a 12 y de 2 a 6, donde te pagaban religiosamente un cheque cada quince días, y no cada tres meses como en los trabajos free-lance del gobierno (Era un destino natural para los artistas terminar trabajando con el gobierno).

Y el problema con las farsas, es que uno se mete tanto en ellas, que termina por creérselas y, de alguna manera, éso fue lo que le pasó a Luis Languis Grisales, aunque, como ya dije antes, Lucho había aprendido lo duro que es ganarse la vida con un trabajo no calificado. Así, después de todo, estuvo bien que le vendiera su alma al diablo. Además, Lucho tenía unos amigos tan aburguesados que era difícil sostener las cuentas de aquel nivel de vida, dizque yendo a dar la Vuelta a Oriente en Harley Davinson y esas cosas. Yo mismo no sé cómo anduve con ellos durante tanto tiempo. Total, Luis Languis Grisales supo que en este mundo se aguantaba menos hambre cortándose las alas y yéndose a trabajar a una oficina, sumando asuntos en los que uno no creía. Y lo hizo. Lucho era lo suficientemente astuto para saber que el sistema era más poderoso que cualquier otra consideración filosófica.

De todos modos, lo nuestro había sido amistad a primera vista e iba a durar para siempre:

- Yo no sé, loco, no me veo trabajando en otra cosa que no sea el cine, vos sabés.- dije mientras me tomaba un sorbo de Rubia Suicida. - Ni siquiera se trata de la ropa que me tenga que poner. Y ni siquiera sé lo que estoy diciendo.

Cinco días atrás, yo había abandonado un empleo en la sección Mamón del periódico El Chibchombiano de Medellín. El trabajo me lo había conseguido por Ramón Tangarife, un amigo que había trabajado en El Sardino Alkaseltzer y que tenía un programa en la misma emisora donde Luis Languis Grisales y yo grabábamos *El Llamado de la Selva*. Ramón era el director entrante de Mamón y me había dicho, *“Ey, Alkaseltzer, y si estás buscando trabajo, ¿por qué no venís y probás en el periodismo electro-telefónico?”*, *“¿Qué*?”, dije, *“¿Qué es es*o?” *“yo no sé nada de periodismo*” insistí. “*Por favor, Alkaseltzer*”, dijo Ramón. Se fumaba un cigarrillo, “*Todo el mundo es periodista, la Comunicación Social es consustancial a la naturaleza humana*”, así hablaba Ramón: todo rebuscado. *“Además, yo te he visto haciendo radio y te vi actuando, y el que hace radio y actúa por naturaleza, hace periodismo por profesión. Vamos a tomar tinto y te cuento sobre el periodismo electro-telefónico”*.

Y el periodismo electro-telefónico consistía en hacer un trabajo de inteligencia casi militar, muy al estilo CIA a través de la línea telefónica y el Internet. Luego, agarrabas toda esa información de lo que pasaba en el mundo, y en la ciudad, y la montabas en un computador, adonde el ciudadano común llamaba a preguntar lo que se le ocurriera. Una voz, pregrabada por nosotros, daba una serie de opciones en forma de código y el oyente obtenía su elección como sacando efectivo de un cajero electrónico.

Pasabas todo el día haciendo llamadas y navegando en Internet y redactando noticias y grabando tu voz y averiguando datos. Pero, básicamente, pasabas encerrado y sentado, como un vigilante, como un despachador de banco. Lo único bueno es que de entrada te daban una tiquetera para almorzar y comer en el restaurante del periódico, y la comida allí era sabrosa y abundante.

Total, yo era muy hábil en la cabina grabando los reportes de entretenimiento y noticias internacionales. Les ponía música de fondo y entonación y esas cosas que aprendí del cine. Pero me aburría mucho investigando y redactando los textos bajo el esquema de la pirámide invertida y el encabezado y el remate y todas esas vainas que producen los periodistas cual obreros que trabajaban en sus máquinas de hacer salchichas. Y entonces, Ramón Puchito Tangarife tenía que estar corrigiéndome todo el tiempo. Al tercer día, yo cumplía el turno nocturno, y estaba bastante estresado tras una jornada de trabajo de doce horas, sentado frente al computador empacando mis salchichas. Había aprendido de todos modos a inventarme las noticias y a falsear algunos cuantos datos. Todo el mundo hacía eso en la redacción; lo supe en mi segundo día de trabajo. Algunos periodistas lo hacían a menor escala que otros, pero todos lo hacían. De lo contrario, ninguno de ellos hubiera podido dar abasto con tanto trabajo. El truco consistía en no dejarse pillar el truco. A lo sumo, terminabas, mínimo, fusilando noticias del Internet. Recuerdo que en mi primer día, antes de que Ramón me soplara el secreto, no alcancé a evacuar ni el 20 por ciento de la información encomendada, pues fui un periodista principiante, inocente y honrado, durante todo el día y toda la noche. Ya para cuando pude poner en práctica todas las técnicas de la "reutilización", me sentía realmente descontrolado. Aquello no era para mí. Me refiero a lo de las salchichas. Lo del reciclaje me estaba empezando a parecer divertido no obstante. Sin embargo, le dije al chofer del periódico que aquella madrugada no me tendría que llevar hasta mi casa al otro extremo de la ciudad. Simplemente, me tendría que dejar en Envigado a cinco minutos de allí. Necesitaba un break a comerciales. Esa es la eterna historia de mi vida. El ciclo que me define por excelencia. Cada cierto tiempo necesito irme a break y tararear los jingles de éste, nuestro paso por el mundo.

Una vez en el parque de Envigado, compré un tamal de milqui, abordé un taxi y me fui a desestresarme a Bar-Nabi-Jones. Era el día de la clausura del sitio y muchos conocidos andaban por allí. Claro que a esa hora, cuatro y treinta de la mañana, sólo había cadáveres y sobrevivientes de una farra medieval. Yo por ponerme a su nivel, me clavé media botella de tequila de un sólo trago y a las siete de la mañana estaba totalmente borracho y empericado, tenía el autofocus activado, zoom in y zoom out, mi piloto automático en marcha; comíamos buñuelitos en una estación de gasolina con Languis Grisales y otros sujetos que apenas me resultaban distinguidos, pero no distinguibles. Yo te distingo, yo te distingo, les decía. A las ocho nos habíamos embarcado en otra fiesta, y a la una de la tarde alguien me hablaba sobre un casting para una película bogotana. A las tres llamé a Ramón Tangarife al periódico y le dije que no iba ir a trabajar y que de todas maneras no iba a volver, porque el cine era lo mío, y que tenía una propuesta en ese sentido. Mentía. Sólo buscaba una excusa para librarme del Chibchombiano y toda su cultura de verdades a medias. "No hay problema, parcerito", me dijo Ramón, y se despidió muy amablemente advirtiéndome que el lunes podía pasar por la liquidación.

El cheque y la cantidad de ceros a la derecha casi me hacen caer de espaldas. En sólo tres días me había ganado por concepto de horas extras, más dinero del que podría ganar en un mes en otro medio de comunicación de la ciudad. Éso me hizo pensar por un rato. Había renunciado del periódico más rico y poderoso del país. Y ni siquiera había sido por ningún tipo de convicción real sino imaginaria, excepto por algún tipo de animal invisible que tenía agarrado a mi espalda.

El cine es la demostración perfecta que la vida es un cúmulo de ratos inútiles sin editar

El animal grande e invisible que tenía agarrado a la espalda controlaba todos mis movimientos por entonces. Trataba de explicárselo a Lucho en la barra de Abril, pero creo que difícilmente me entendía. Lucho creía que le estaba hablando de algún libro o de una película o algo por el estilo. Pero yo en realidad sentía que tenía un animal pegado a la espalda, y era grande y peludo, como una suerte de oso perezoso o algo así.

- ¿Cortázar? - Me dijo Lucho.

- No, Cortázar no, loco…

- Vos y tus ideas para un guión.

- No, loco, es algo real que cargo todo el tiempo en la espalda y que me controla. No sabría cómo explicarte, pero sé que vos me entendés.

Y Luis Languis Grisales me podría entender. Si había alguien conectado a mi mundo era él, aunque lucho era racionalista, metódico y medio pragmático como una mujer, maniático hasta el límite de lo obsesivo. Pero en cierto sentido, éramos iguales de abiertos a los intríngulis mágicos del universo. Nuestra única diferencia estribaba en el carácter ético y moral en términos esenciales, más no jerárquicos. Ninguno era más malo que el otro. Lucho era el tipo de persona que podía ver a un perro muriéndose en la calle, y hacía chistes o se cagaba de la risa burlándose de él. Yo por mi parte, era el tipo de persona que veía un perro muriéndose en la calle y lo agarraba a patadas para que le doliera más. Éramos como dos aguas del mismo río que van a distintos mares. Al final, terminábamos enterrando al perro, hablando de lo bueno que era y de lo terrible que había sido su desaparición, y de pronto, terminábamos hasta llorando y tomándonos unas cervecitas en su honor. Por eso, cuando teníamos cierto desencuentro epistemológico, simplemente nos concedíamos un voto de confianza mutua, sabiendo que el otro era lo suficientemente pilo como para intuir lo que estaba hablando el uno, y así nos acabábamos de desentender completamente. Pero el delirio era lo nuestro.

Y con el animal colgado a mi espalda, esperé a Lucho hasta las dositreinta de la mañana para irnos de copas. Lucho era el que encendía y apagaba la luz. Lucho era el cuidandero y le gustaba ese papel. También era el que ponía la música. Abril no era nada sin Lucho.

Banda aparte

Y con el animal pegado a mi espalda, grande y perezoso, baboso y peludo, nos fuimos Luis Languis, y yo, de bares. En realidad no había nada abierto. Las calles del Poblado estaban desiertas y la noche era una convención de árboles silenciosos cuyas hojas se mecían arrulladas por el viento: de vez en cuando las hojas caían a las aceras y a la calle, y eran pisadas por algún Mazda o alguna Care'vaca que pasaba a toda velocidad. Íbamos en la Towmny de Lucho y dimos un borondo por el parque. Allí sólo se veían unos cuantos borrachos apostados en sus carros, rotándose entre sí alguna botella de vino *Tres Patadas* y alguna que otra botella de aguardiente Antioqueño. También había un par de pollas sentadas en la banca de la caseta de los taxistas, esperando un servicio. Uno llegaba a la caseta y pedía un móvil y se sentaba en la banca de al lado, a esperar que el taxi viniera. Las muchachas evidentemente habían disfrutado la fiesta, pero se veían agotadas y aporreadas por el licor, sus caras estaban tostadas como cuando pasabas todo el día expuesto bajo ese sol de pueblo montañero. Lucho y yo pasamos de largo sin decirnos nada. Más tarde, cuando íbamos por la Avenida El Poblado, en dirección a San Diego, Languis hablaba de lo aburrido que estaba de trabajar en bares por la noche y de lo entrañable que era para él estar delante de la barra, y no atrás. Yo deseé en aquel momento, ser el dueño de una compañía o algo así, para decirle, "¡Ey viejo! No te preocupes Lucho, venite a trabajar conmigo y yo te doy un horario de 8 a 12 y de 2 a 6, como la gente normal".

Siempre eran más de diez años los que Luis Languis Grisales llevaba trabajando en los bares de la noche antioqueña. Y yo no era ningún dueño de ninguna compañía ni mi padre tampoco. Así que no dije nada. Los aristócratas de la clase trabajadora accedíamos a otro tipo de privilegios como la libertad temeraria, por ejemplo.

En el sector de San Diego, a la altura del round point de la 33, paramos a comer algo. Allí se apostaban algunos vendedores de comidas rápidas, y los festejantes de los sitios nocturnos de Las Palmas y el Poblado se desbocaban salvajemente a tragarse cuanta hamburguesa y perros calientes y chuzo de cerdo cupiera en sus panzas. El sector se llenaba de carros parqueados a la vera de la calle. Eran cientos de borrachos los que llegaban allí a esa hora. Vimos una pareja ebria hablando torpemente de asuntos que parecían muy importantes para ellos y sentí envidia y también un poco de sed. Ella tenía una botella de tequila en la mano y llevaba puesta una camiseta del Atlético Nacional. Le dije a Lucho que fuéramos a buscar una botella "de algo" después de comer y, Lucho, como siempre, no se hacía de rogar para ese tipo de invitaciones. Nos estábamos montando a la Towmny y poniéndonos nuestros cascos y abotonándonos nuestras chaquetas, cuando vimos a Paula Vélez bajándose de un auto. El carro se estaba parqueando al lado de la estación de gasolina y deseé que Lucho y Paula Vélez no se reconocieran. Ambos, pero especialmente Languis Grisales, pertenecían a ese grupo de seres humanos, especímenes sofisticados de primates, donde unos ejemplares son socialmente más evolucionados que otros. Luis era alguien muy popular, tanto como la Coca-cola, que gustaba de saludar en los pasillos a todo cuanto cristiano se le atravesara

por su campo visual. Mis primeros recuerdos de Lucho provienen de las jornadas de casting en el Studio, cuando tomábamos coffee-breaks y re-escribíamos El Sardino Alkaseltzer. Lucho merodeaba por ahí conectado a un walkman, siendo amigo de todo el mundo, saludando cordialmente y haciendo uso de la gala de ser un ciudadano muy conversador. Luego, solía encontrármelo a la salida del Studio, donde visualizábamos aquellas películas viejas del cine negro norteamericano y, así, sin ser amigos ni nada, sin ser presentados de antes, levantaba la mano y hacía un gesto de saludo muy cordial, agitando el brazo varias veces, como hace la gente querida, formal, como los artistas exitosos cuando se encuentran con otros artistas exitosos. Claro que Lucho podía entablar conversaciones hasta con las piedras y Paula Vélez era un poco del mismo modo, especialmente si su interlocutor era alguien como Lucho. Ella era, de pronto, en su condición de mujer refinada, tan elegante como se podría ser en Colombia,… era un poco más selectiva. Pero de toda manera bonachona, una mujer que cualquier sibarita de mi ciudad hubiera deseado, pero que nunca hubiera alcanzado. Por mi parte, yo era un antisocial en ese sentido, yo era tímido, asustadizo, un poco acomplejado y siempre tenía algo pecaminoso que esconder, como en este caso, el rollo del embarazo con Paula Vélez. Por otra parte, yo provenía de un lugar donde aprendés de todo, menos del amor convencional. Yo conocía otra forma de establecer lazos de intimidad con los demás, como las peleas, por ejemplo. Cuando los lugares de encuentro se agotaban con la gente querida, sólo quedaban esas opciones. Bien solía pensar que en el campo de la creación, la violencia era una prueba de amor, tanto como el afecto mismo; sólo que de hacerla bonita se trataba. Una pelea era tan comunicativa como una palabra dulce o una caricia, con el mismo grado de dificultad, aunque con diferentes efectos. Lucho y Paula podían ser un poco caza-solas, podían ser competitivos y segregacionistas, pero sabían de esas pequeñas poses que hay que practicar en la superficie de las convenciones sociales para vivir enamorados de la vida y de sus semejantes; tales eran: ser saludables, ser amables y conversadores. De modo, que aquella noche se reconocieron y yo me dejé invadir por un pensamiento de *aquí-no-ha-pasado-nada*. Mi mecanismo de protección interno para salvar mi alma del infierno de los bebés abortados. Lucho levantó el brazo y lo agitó en dirección a Paula. Paula cruzó una calle y se acercó y saludó de beso en la mejilla a Lucho, y Lucho abrazó a Paula Vélez, y Paula Vélez me saludó a mí, llamándome por mi nombre. "*Quiubo*", dije. "*¿Qué más*?", me dijo. *"Todo bien*", le dije, "*¿Y vos*?", le pregunté. *"Bien, sí…bien*", me respondió, no muy segura del todo. *"¡Ah, bacano*!", le dije. "*Estás como serio"*, dijo, "*¿…No*?", y formuló una sonrisa repleta de ternura y comprensión. Luego remató, "*¿Estás triste*?", seguramente manteniéndose en la perspectiva de que éramos, básicamente, bastante buenos amigos. Amiga y amigo que iban a tener un bebé juntos. Lo mas parecido a una deseada familia de crianza. "*Está bajado porque quiere ser estrella del cine y no puede*", dijo Luis Languis Grisales. Se estaba burlando. Siempre lo hacía. Era esa suerte de amigo que te respetaba en privado y se burlaba de vos en público. Era bastante envidioso con las finas aspiraciones de los demás, pues Lucho era una persona de inclinaciones espirituales elevadas. Y en ese sentido yo me sentía muy identificado con él. Éramos igualmente hipócritas, unos hipócritas solidarios. Y sabíamos comer callados.

Pero yo estaba dispuesto a cruzar la línea y Lucho tenía en mente otras cosas para su vida y, de todos modos, envidiaba en aquel instante lo que yo pudiera tener con Paula. Era un

poco la misma envidia de un cronista deportivo ante el quehacer de sus entrevistados. Los tres sabíamos que el cine a todo nivel, era una cosa impensable en un país como Colombia. Si te largabas a preguntar sobre el cine colombiano a los que se embutían un perro caliente en aquel parqueadero, todos se iban a encoger de hombros como si les estuvieses preguntando sobre la vida en Marte o por la problemática de los viajes en el tiempo. Eran temas que no daban a lugar en charlas de descendientes de antiguos clientes del Bar Ganadero y del Bar Pilsen, de antiquísimos ordeñadores de vacas y de viejos emboladores de zapatos venidos a magnates y a hacendosos industriales y a posteriores dirigentes políticos, dueños de los medios de comunicación. Medellín era una ciudad demasiado adecuada para la gente de negocios netos, comerciantes prósperos que sabían transar con sus semejantes.

Paula me había vuelto a sonreír y era una sonrisa triste y compasiva de Sor Teresa de Calcuta.

La hostilidad de Lucho había sido bastante verdadera y sutil. Lucho era un experto esbozando esa suerte de agresividad pasiva que nadie puede percibir. Tenían que pasar muchos días para uno sentirse herido con las puñaladas invisibles de Luis Languis Grisales. Sin embargo, su verdad no dejaba de ser hostil, y como toda hostilidad, absurda. Hubiera preferido, ésa, su otra cualidad: la elegancia mentirosa del respeto.

Pero, en aquel entonces, yo sabía sólo disparar mis balazos invisibles; ruidosos y visajosos y aparatosos impactos de cañón. Hasta en ello Lucho establecía relaciones de competencia. Lo de él eran las puñaladas invisibles. Lucho era un Jack The Ripper emocional y yo, digamos un cóctel molotov con dirección a convertirme en un anarquista bastante selectivo de la moral establecida. Hasta ahora habíamos logrado un poco de honestidad, y llevar nuestra hostilidad al terreno de la privacidad de los intercambios musicales. Pero nunca habíamos podido superarnos el uno al otro, porque definitivamente yo, a Luis Languis, acaso lo he envidiado. Yo no me preciaba de ser un tipo competitivo en el aspecto instintivo de la palabra. Nunca tuve hermanos y el mundo entero siempre fue mío bajo las faldas de la cucha. He sido, como se dice socialmente hablando, un jugador que compite por cortesía, por miedo a la marginación, por querer estar dentro de la cancha, y no por fuera del estadio.

Muy lejos de la imaginación de Luis Languis Grisales estaba el hecho de que Paula Vélez y yo hubiéramos pasado una frontera más allá de la estrecha amistad. Por eso, miraba como extraños ciertos síntomas, ciertas señales que salían de nuestros cuerpos cual emisiones digitales de un satélite.

-¿Y a ustedes dos qué les pasa?

Lucho lo decía con celos mimetizados, con la ojeriza de quien se pierde la fiesta de cumpleaños de su mejor amiguito. Solía regañar a Paula Vélez y maldecirme a mi, elegantemente, cuando ella reaccionaba a mis estímulos de guerrero intelectual. Le era inadmisible que las mujeres se me acercaran, y que yo, con esta cara deforme y con este aspecto de extracción popular de hincha del Deportivo Independiente Medellín, pudiera

seducir profundamente a las mujeres si me lo proponía, si esgrimía alguna de mis melodramáticas líneas asesinas. Solía despertar ese tipo de sentimientos entre mis amigos, incluso entre los que más me querían como Lucho. Por una parte todos se decían: "*¿pero qué le ven las mujeres a este deforme*?", pero por otro lado, también les proporcionaba esperanza:"*Bueno si este espantapájaros puede, yo también puedo*". Claro que a la larga, Lucho cabía en el rango de mis amigos inteligentes y educados. La gente culta y bonita, la gente que de verás me importaba, nunca se fijó en este aspecto de mi personalidad, y le prestaban atención, en cambio, al brillo de mi corazón. En la óptica particular de Luis Languis Grisales, mi experiencia resultaba ser el triunfo de la lengua sobre el pipí y de la sangre nativa sobre la sangre del colono, pues Lucho, con su piel blanca de español conquistador, era la cuota europea del siglo veinte en continente americano, camuflada entre los criollos. Lucho tenía mucho de porte y sensibilidad, pero poco de malicia indígena. Yo de aquella invasión marca-1492, tenía nada más que mi castellano y un pequeño gesto de calzar zapatos y vestir camisetas muy al estilo de los estupendos videos que sabían pasar para la época en el canal de música Mtv.

¿Qué raza subestimaba tal situación?

Dos machos compitiendo por imponer su semilla.

Una vez más, Lucho perdía una competencia con nuestro legado más preciado: el lenguaje. Mi arma más filuda, mi bala de oro.

Los regaños de Lucho a Paula Vélez, y a mí, cuando yo le decía a ella frases románticas pero ofensivas, crudas pero poéticas, no nos afectaban a ninguno de los dos; sólo él salía un poco afectado. Claro que Paula Vélez lloraba y yo reía. Era una risa interior. Y la fiesta se arruinaba. En eso Luis Languis Grisales tenía toda la razón. Yo no tenía el derecho de indisponer a Paula con mis frases de "telenovela barata", esgrimidas en los momentos públicos. Si estando a solas la llenaba de compañía, estando rodeados le debí ofrecer mi ternura. Recuerdo que mi cucho decía la siguiente frase: *no hay peor soledad que la que se siente entre la multitud*. Pero de él, también aprendí a ser una luz en la calle y una pura oscuridad en la casa. A su vez, el cucho seguramente también había sufrido las mismas vergüenzas culturales que yo sufrí en mi niñez en medio de una sociedad callejera, para la cual, las expresiones de afecto eran muestra inequívoca de debilidad. Por eso no lo culpo y estoy muy lejos de comprenderlo. Sólo me queda el camino de amarlo con toda mi alma, por equivocado, por ser un poco como yo. Por eso, cuando Lucho veía a una Paula Vélez achicopalada en las fiestas y me decía…"*¿Y ahora qué le hiciste*? *¿Quién sabe qué frase barata le dirías*?"…Yo le contestaba…"*No me jodás, loco*". La presencia de una Paula Vélez triste siempre arruinaba las fiestas. De alguna manera, todos se enamoraron de Paula en su momento y a ella como a todo buen objeto del deseo, nunca se le permitió la tristeza. Sólo yo me sentía satisfecho con la melancolía de ella, pues me parecía hermosa como un break de comerciales a la hora adecuada.

CUATRO

LUCHO, ELLA Y YO.

No era ése el caso en la glorieta de San Diego. Aquella madrugada, nos sentíamos un poco Rolling Stones, un poco Massive Atack, un poco una botella de vino barato Tres Patadas, un poco un semáforo, un poco un edificio, un poco un club de Trance a las tres y media de la mañana, y el aire fresco sabía a sánduche; un poco a caldo de gallina *Knorr*. Paula Vélez vivía cerca, y también dijo que ella tragos rojos no tomaba. Lucho trataba de convencerla de que, a esa hora, no habría nada abierto para comprar guaro, excepto la Placita de Flores. Mientras tanto, yo charlaba con la pinta que nos vendía los perros calientes. Nos habíamos hecho caras-familiares. Pobrecillo, tenía en algún lado de sus palabras una juventud extraviada, una muy *indie* inocencia robada, toda una vida vendiendo perros calientes mientras otros disfrutábamos de las mieles del conocimiento y de los placeres de la noche. Yo lo estaba invitando a la casa de Paula para tomarnos unos tragos, pero él me decía que era un excelente viernes para ganar billete. Debía quedarse al frente de su negocio. "Pobrecillo, tan joven y en esas", pensaba yo para mis adentros. Paula Vélez se acercó hasta el puesto de perros calientes y dijo que ya nos íbamos a su casa. Íbamos a llegar a pie. Lucho se había adelantado en la moto y yo debía acompañarla a ella; sus amigos del carro se habían despedido.

En el camino, por plena acera de la Avenida El Poblado, Paula empezó a contarme cómo había resuelto la situación del aborto: unas compañeras de la universidad consiguieron una clínica clandestina, pero muy bien recomendada, y profesional y limpia. Ellas mismas le habían prestado la plata y la habían acompañado a hacerse la operación. Fueron con ella hasta la clínica, la esperaron mientras estaba adentro y la cuidaron el resto de la tarde después de salir del aborto. No hubo efectos secundarios y tampoco demasiado dolor. Sólo una molestia en el coño por unos cuantos días, pero Paula no era una mujer de dramas. Su generación no se lo permitía. Había sido como irse a sacar una uña enterrada o curarse una muela.

Ahora el asunto parecía olvidado.

Los almacenes al lado de la autopista estaban cerrados y con las luces apagadas. Era un sector comercial y sólo unos cuántos avisos de neón brillaban en la noche y se reflejaban en el pavimento. Había pasado por la ciudad un pequeño chubasco, una suave llovizna casi imperdonable por su falta de carácter, una lluvia en todo caso, moja-bobos. Paula se sentó en las escalinatas de una tienda de muebles y yo me senté a su lado. Los semáforos nos hacían guiños con sus luces amarillas de precaución. Ella empezó a llorar. Puso su cabeza sobre mi regazo y decía entre sollozos: "*Por qué no estuviste ahí, por qué no estuviste ahí, si yo te necesitaba*". Sentía su cara sobre mis bluyines. Se estaba restregando las lágrimas. Yo no pude más que abrazarla y mirar al cielo. Era incapaz de sentir algún tipo de compasión. Mi forma de relacionarme con Paula no tenía nada que ver con ello. Yo sentía compasión por los locos o por los presos, o por los alcohólicos, o

por los animales que despellejaban vivos en la estepa siberiana para vender la piel. Pero hubiera sido incapaz de desarrollar algún tipo de sentimiento, negativo o positivo, por una mujer que había acabado de abortar. Había unas cuantas estrellas titilando en la lejanía de un cielo poco despejado, como pequeños rotos dentro de un balón. Un camión de la basura avanzaba lentamente por la calle y se detuvo frente a nosotros a recoger unos deshechos industriales que había a las afueras de Xerox, la multinacional de fotocopiadoras. Un hombre negro se apeó del carro y se acercó a los cubos de basura y los alzó todos de un solo envión; eran tres. Luego los arrojó a la boca del cocodrilo naranja, y éste se tragó la basura a zampasos. El negro subía y bajaba una palanca. Subía y bajaba. Y regresó los cubos a donde estaban y volvió a subirse al camión. El camión partió llevándose tras de sí el estruendo de toda la operación. Y la noche quedó a solas con el ruido de las estrellas; ellas hacían su fiesta allá arriba en el cielo. Paula lloraba. Sus sollozos eran hacia adentro y yo me limitaba a ser testigo silencioso. Ya no la abrazaba. Era como un cachorro que vigilaba el cadáver de su madre muerta. Yo me miraba la punta de los zapatos. Estaban húmedos y tenían un diseño bastante europeo. Eran clásicos, como italianos, como provenientes de una era antes del nuevo orden internacional. El camión de la basura se fue y yo me quedé leyendo un graffiti que había en una pared:

*"**Pregunta**:*
- Cuál es la diferencia entre Ignorancia e Indeferencia?

***Respuesta**:*
- No lo sé y no me interesa."

Luego, yo me puse a jugar mentalmente con las placas de los carros que pasaban. Paula seguía llorando. En mi fuero interno decía una palabra silenciosa de acuerdo a la primera letra de cada placa. Por ejemplo: ¡KT 4351 = KATMANDÚ! / ¡GR 2571 = GUAJIRA!, y así sucesivamente. Era un juego de niños que yo solía jugar con mis compañeros de la escuela. Nos hacíamos junto a las ventanas del aula de clases a ver el tráfico y gritábamos: ¡Bogotá! ¡Cali! ¡Roma! También lo hacíamos con frutas y con programas de televisión o con equipos de fútbol. Al final ganaba quien mayor número de veces pudiera gritar de primeras. Era algo muy competitivo. Tal vez por eso nunca gané. Y tal vez por eso, de vez en cuando, me descubría a solas jugándolo; como aquella noche al lado de Paula. Luego, ella se levantó y se secó las lágrimas mientras decía, "*Acá no ha pasado nada*".

En el resto del trayecto a casa de Paula, traté de explicarle algo sobre una especie de filosofía de la libertad y del miedo a perderla y de lo intrascendente y necesario que podía resultar algo tan cotidiano como un aborto en esos tiempos de turbulencia ideológica y, a la vez, de "música ligera". El mundo estaba “superpoblado”. Una lluvia estrecha se desató y en cuestión de segundos estábamos empapados. Paula no parecía muy convencida con mis argumentos. Caminamos otro poco y después abordamos un taxi.

Adentro, juntábamos algunas monedas para pagar la carrera. Nos buscábamos en todos los bolsillos. Paula Vélez siempre estaba preocupada por mi economía. Al respecto, perdónenme la egolatría, nunca volví a conocer a mujer como ella, excepto mi cucha. El taxista venía escuchando una emisora de *crossover* y después de unas cuantas salsas románticas y merengues, sonaba Losing my religión de REM. Cantamos los tres, y antes de que terminara la canción habíamos llegado a la casa de Paula Vélez. Lucho estaba afuera de la casa tratando de escamparse de la lluvia bajo los guayacanes de la acera. Paula Vélez le pagó al taxista y nos bajamos. Una vez en la puerta, nos enteramos de que Paula había perdido las llaves de la casa, así que tuvimos que esperar bajo la lluvia hasta que se nos ocurriera algo. Fuimos a comprar vino *Tres Patadas* con Lucho y, cuando volvíamos, ya había escampado. Los tres estábamos emparamados y hacíamos chistes y de alguna manera nos habíamos animado con el vino de trescientos pesos la botella, aunque Paula Vélez hubiera dicho que ella tragos rojos no tomaba. También nos estábamos intercambiando chismes de los amigos mutuos y eso nos hacía sentir muy cercanos, muy la versión *unplugged* de *Té Para Tres*. Hacía frío. Las medias y los pies adentro de los zapatos estaban demasiado húmedos. Volvimos a la casa de Paula y nos sentamos en las escalas de la entrada. Me sentía muy bien allí con mis dos amigos. No había lascivia en el ambiente. No en el preciso momento. Lucho y yo hablábamos, y Paula escuchaba. La botella iba y venía. Paula y Lucho hablaban, y yo escuchaba. Paula y yo hablábamos, y Lucho escuchaba. Yo miraba a Paula cuando Lucho hablaba, y Paula me miraba a mí cuando yo hablaba con Lucho, pero Paula se detenía a hablar mucho con Lucho, pues ambos eran bastante amigos y Lucho tenía una vida llena de anécdotas sociales que eran muy dignas de escucharse. Para ese entonces Paula Vélez se había convertido en la mejor amiga de Merce', la eterna novia de Lucho, y era muy cercana a la pareja de novios. Parecía muy interesada en el éxito de aquella relación y todos los datos, que Lucho arrojaba por su boca, tenían que ver con ese interés. Paula después me lo confesaría. Pero, mientras tanto, ella daba un primer sorbo a la botella e insistía que los tragos rojos no eran para ella. La calle estaba repleta de flores amarillas que habían caído de los guayacanes y ahora eran arrasadas por la lluvia derramada. Había amainado. A lo lejos se escuchaba el sonido de los desagües escurriéndose por la ciudad. Lucho le propuso a Paula que nos fuéramos a escuchar música a la casa de él. Tenía una colección del mejor Rock-Inglés-posible, en Medellín y sus alrededores, y yo meto las manos al fuego por ello. Antes y después de la muerte de su madre, la casa de Lucho siempre fue el rematadero oficial de nuestras rumbas. Pero, aquella noche, Paula Vélez prefería esperar a su hermano, quién no tardaría en llegar. Antes, ya habíamos gritado varias veces su nombre por la ventana y nadie había dado señales de vida adentro de la casa. Paula Vélez vivía con su hermano y tenían una habitación alquilada a un sujeto que vendía lotes en la costa. Cinco minutos después, arribó un taxi por la calle y de él se bajó el hermano de Paula Vélez y el ambiente se puso un poco tenso. Daba la casualidad que los hermanos de mis novias solían odiarme; aunque no expresamente, no oficialmente. He creído descubrir una pauta, un patrón de tensión de mis amantes para con sus hermanos. Cuando éstas llevaban un nuevo ejemplar, macho, a sus casas, había algo raro, una energía densa que se tomaba por asalto el ambiente. En otras palabras, los hermanos de mis novias siempre me han parecido unos pesados, y he comprobado que en el fondo, tenían razón; debe ser muy berraco albergar deseos confusos por tu hermana y, al mismo tiempo, reprimirlos y, encima de todo, que venga otro marica a fanfarronear con ello. Yo solía

recibir toda suerte de ataques de mis cuñados a través de comentarios desagradables. El hermano de Paula no toleraba que mantuviera una actividad sexual con ella y que, sin embargo, no le garantizara amor eterno. Ni a ella ni a la familia.

El sujeto aquel se estaba aprovechando de que yo renegara mucho de los míos. Me parecía desolador que yo no tuviera una tradición académica por parte de mis parientes, ni cercanos ni lejanos, y así se lo había manifestado en una conversación casual al hermano de la Vélez.

La noche del vino barato, el hermano de Paula sacaría a relucir sus garras de buitre hambriento:

- Oíste, Alirio, ¿Sabés que tengo hermano Ministro? Lo designaron ayer. –

Se trataba de un hermano medio, que ellos casi nunca veían. Una escaramuza antediluviana de su madre.

El cuña' me estaba masacrando y yo no me estaba dando cuenta. Ni siquiera Paula se había preocupado por dejarme saber una noticia tan relevante como aquella. A Paula le resbalaban ese tipo de temas y los títulos la tenían un poco sin cuidado.

- Ah, ¿Si? ¿O sea que tu hermano ahora pasa a engrosar la lista de hijueputas que se vienen jodiendo al país hace como 500 años? – dije.

Yo sabía que la tendencia a escalar posiciones era una predilección de carrangas, y que era inversamente proporcional a la dimensión espiritual de los grandes. No me podía dejar. Nadie iba a venir a ponerme la pata.

Pobre Paula. Sostenía una relación de amor-odio con su hermano. Y con hijo ministro y todo, su señora madre se había venido a trabajar unos años a la USA y, entre ellos dos, llevaban las riendas de la casa con la plata que su madre les mandaba de Estados Unidos. Mientras ella se rompía el espinazo lavándole la mierda a los gringos, ellos se divertían y se envolvían en gloriosas guerras mañaneras. Paula tenía en mente un plan para la administración del dinero y su hermano tenía otro; y esto alborotaba los monstruos alojados en el vínculo familiar.

Todo aquello era accesorio para Lucho y para mí esa madrugada. Nos sentíamos tan livianos que, una vez instalados en los muebles de la sala de la casa de Paula Vélez, nos pusimos a hablar del último CD que Lucho había comprado. Se trataba de *The Dysfunctionals*. También nos sacamos algunos trapitos al sol sobre *El Llamado de la Selva:* Lucho me acusaba de "ochentero", de ser demasiado *New Wave*, demasiado *Rock en Español.* Y para mi concernimiento, Lucho tenía razón. Pero yo le esgrimí un poco de cosillas acerca de la distorsión manchesteriana; le dije que tal vez, por eso, cada uno teníamos nuestras propias *secciones* en el programa, para que no nos pisáramos las mangueras. Además, le dejé saber que, como director, yo creía en el triunfo de la

electrónica, y que podríamos hacer de *El Llamado de la Selva* un lugar de *confluensia* para todas las *espresiones que avarcaran el espetro* rock.

A eso de las cuatro se nos acababa el vino, y Lucho y yo estábamos aplastados en el mismo sofá, donde veríamos a Paula Vélez, muchas noches después, haciendo el amor con uno de tantos arrancados que trabajaron en El Sardino Alkaseltzer. A los dos nos dolería igual. Y como aquella misma noche, y muchas más, Luis Languis y yo salimos a andar las calles, so pretexto de conseguir licor. Pero aquello no era más que una treta para escapar, huir de la tontería y la farsa social, esos antiguos ritos llamados fiestas, que no servían sino para disfrazar la soledad de los hombres. Claro que había fiestas de fiestas. Y Lucho y yo no le teníamos miedo a la intemperie, a estar afuera de la cueva en una noche llena de lobos. Éramos unos caza-solas y estábamos hartos de la doble moral de nuestras amigas, quienes se emborrachaban con vino barato al escondido de sí mismas, y también de sus hermanos.

Situaciones límite

Esa madrugada era otra madrugada entre otras, igual a muchas madrugadas y a otros días y a otras noches y a otras tardes y a otras mañanas llenas de preocupaciones y de rentas pendientes y recibos por pagar y *teenagers* violadas por sus novios, y de no tener ganas de seguir, *Dios mío, un día más, cómo es posible que continúe esta pesadilla*, y de adolescentes que se drogaban treinta veces al día en cualquier barrio de Medellín y guerras y hambrunas, y mendicidad, y de gente que vivía y se moría en la oscuridad, y masacres políticas, y botaderos de muñecos. Pero Lucho y yo tratábamos de hacer lo nuestro en aquel momento, en aquellos días, creyendo que todavía había esperanzas, jugando a la inocencia de Plaza Sésamo con la que habíamos crecido, soñando que tal vez podría devenir para nosotros un mundo lleno de amor y de hermandad, de convivencia con la naturaleza a la manera de nuestros antepasados indígenas, pero sabiendo que a la vuelta de cualquier esquina podría saltar la sombra del asesino interior, dispuesto a *proseder* con tal *hastucia*, que podría liberarnos del dolor que presupone *hasegurar* una suerte de *superbibencia cicológica*.

Las cosas estaban de la siguiente manera: en el medio de nuestros crímenes de amistad solía emerger la imagen femenina de Paula Vélez. Los sicarios mataban en nombre de sus madres. Los soldados en nombre de su patria. Y Lucho y yo podríamos hacerlo en nombre de Paula Vélez. Pero siempre en un plano teórico, porque ahora, en la praxis, Paula Vélez follaba con otros, más no con Lucho ni conmigo, y Lucho y yo habíamos decidido hacernos los güebones hablando de Ian Brown, el vocalista de los Stone Roses y de lo cool que sonaría *New Year's Day,* de U2, el 31 de diciembre en *El Llamado de la selva*. Follar con Paula, aparte de ser una reafirmación de nuestra virilidad, podía ser la máxima expresión de nuestra amistad con ella. Lucho y yo, secretamente, íbamos por ese trofeo, sin ponernos en evidencia el uno con el otro. Claro.

CINCO

LUCHO Y YO

Y ahí estábamos Lucho y yo, sentados en una tienda del centro de la ciudad, esperando a que amaneciera. Teníamos toda una vida por delante. Podíamos aún triunfar, conocer el éxito y el amor, viajar, tal vez ser famosos…no sé… ir a lugares insospechados del espíritu humano, nuevos deleites; marihuana; vino; tequila, guaro, whisky, vodka, ginebra, cerveza Águila. Cocaína tal vez. Paris, Barcelona, New York, Berlín. ¿Baires?

Aunque despertar, a veces, se tornaba intolerable. Agua lluvia. Sequedad de labios. Latas vacías y charcos. Bajo el cielo azuloso de una Colombia crepuscular, continuábamos una conversación empezada cuando habíamos caminado por las calles del Poblado, al lado de Paula Vélez. Nos parecía idiota el malgasto de papel en cuanta boludez se le ocurriera al género humano, pues los únicos que sufrían a la postre eran los árboles. Por eso, mirábamos con regocijo el advenimiento de un mundo computarizado, donde la tala de árboles fuera una actividad subvalorizada, porque los mensajes impresos ahora pasarían al soporte electrónico.

" Yo no me preocupo demasiado por eso, loco", le dije a Lucho -*" Quizás algún día la tierra se canse de tanto maltrato por parte del hombre y lo haga desaparecer, sólo basta una sacudida a lo perro recién bañado y listo, seremos historia".*

Lucho, que era un tipo abierto, dijo que no había pensado en algo como éso, pero que de pronto, yo podría tener razón.

El planeta esa mañana, para Lucho y para mí, era una entidad pensante, mucho más sofisticada que el hombre, capaz de borrarnos de un sólo remesón cuando lo quisiera. Pero el planeta "nos estaba dando una segunda oportunidad" a nosotros los humanos.

- Es hora de empezar a pensar con el hemisferio derecho de nuestros cerebros.- Dije.
- Los zurdos piensan con el hemisferio derecho.

- Sí, son privilegiados los zurdos, pero no lo saben. Son como los izquierdistas que sospechan que tienen que luchar por algo y contra algo, pero no están seguros para qué ni cómo. ¿Sabías que las sociedades precolombinas estaban enteradas sobre este asunto del hemisferio derecho?, estaban más consustanciados con la naturaleza. Vivían en otra dimensión. Ellos le pedían permiso a la *Pacha Mama* para todo. Hoy en día, el hombre occidental no tiene ni puta idea de lo qué es un árbol.

Entonces, Lucho miró hacia los árboles de la calzada y empezó a silbar como las aves de la selva. Allí habían algunos pájaros que no veíamos, pero que oíamos mientras le contestaban a Lucho sus llamados con otros silbidos. Por un momento fuimos dos indios

huitotos en plena ciudad. Luego terminamos hablando de cuáles eran las voces del rock más comprometidas y las que más nos gustaban por su sinceridad a pesar de que no fueran precisamente virtuosas. Para Lucho uno de los mejores álbumes de la historia era el *London Calling,* por su actitud, aunque a la hora de hacer un top-ten no estaba muy seguro. Ubicarlo en el lugar número 1 "sería una extralimitación". También se le ocurría pensar en Placebo y también tenía sus pecadillos como el del gran *Boss* Bruce Sprinsgteen, por ejemplo.

Quisimos, entonces, que el tema de la Pacha Mama fuera el tema central de nuestra próxima emisión en El Llamado de la Selva, nuestro programa de radio. Lucho se encargaba de realizar la sección llamada *VENDO MI ALMA*, la cual hacía un análisis más o menos pormenorizado de la actualidad político-ecológica del mundo. Así que él se comprometió en libretiar el programa aquel fin de semana. Generalmente yo lo hacía, pero esta vez sólo le metería la mano a los titulares y a mi sección que se llamaba *Muy el punteo de While my guitar gently wheeps*. El resto de El Llamado de la Selva correría a cargo de Lucho. Era nuestra manera de desvestir y relegar los demonios ocultos de una rivalidad velada, a través de algo civilizado. Siempre nos dejábamos invadir por una suerte de tonada musical; teníamos nuestras preferencias; tal vez U2 o Peter Gabriel; y sabíamos salir al aire con emisiones siempre muy inspiradas. Para cuando celebrábamos el primer aniversario del *Llamado* en FM, *A sort of homecoming* era como el tono del programa, y también de nuestras vidas.

SEIS

LA CUCHA

Instalaciones Foráneas

La Placita de Flores estaba llena de gente conocida, antiguos amigos del tiempo de El Sardino Alkaseltzer. Podría decir que todos andábamos alicorados. "La Placita" era el lugar de refugio de los animales más nocturnos de la ciudad, aquellos que precisábamos desesperadamente de celebrar el mero acontecimiento de sentirse vivo. Éramos el cañonazo del rock and roll y las luces no bélicas en la oscuridad. Éramos como una noche irakí buscando el amanecer, como un sonido de disparo, como aviones sedientos de gasolina, y la Placita de Flores era nuestra estación de servicio las 24 horas del día. Medellín dormía. Los vendedores de lechuga y tomates, piña, yuca y papas, zanahorias y naranjas y cebollas, cilantros y flores, carne y yerbas medicinales, abrían sus tiendas mientras los camiones descargaban sus productos agrícolas traídos de los campos húmedos de la fría sabana de Santa Elena y, mientras tanto, los dueños de las cantinas lidiaban con los borrachos y trataban de cerrar e irse a casa. Bebimos y cruzamos palabras ebrias con algunas caras conocidas. La plata escaseaba después de mil brindis. Entonces, Languis Grisales y yo nos robamos veinte lucas del bolsillo de un borracho que se había quedado dormido sobre una mesa. No buscábamos robar, pero tampoco podíamos desaprovechar el papayazo. Pedimos otras dos cervezas, recibí la devuelta, le di diez lucas a Lucho y recordé que esos diez mil pesos era lo único con lo que contaba yo en la vida. Esos diez mil pesos eran mi hogar, mi casa, mi ropa, mi comida; mi duchazo del otro día; eran mi amante, mi profesión, mi oficio, mi quehacer, mi destino y mi origen. Era triste saber que las personas somos sólo dinero. No tenía en ese momento más que esos diez mil pesos y la compañía de mi amigo Lucho, quien a propósito se moría del sueño y ya se quería ir a su cama. Es preciso prestar atención a lo que voy a decir: si alguien como Lucho se quería ir a dormir, era porque la fiesta de veras se había acabado.

Quien atendía la tienda ya estaba cerrando, y Lucho odiaba ese momento, y yo también. Lucho no gustaba de ser el último cliente, uno de esos mareos que iban a Abril bar, y que él solía conocer muy bien y que lo dejaban pegado hasta las dos de la mañana con el bar abierto, ocupando la mesa más barata del sitio, mientras todo el mundo en la cocina esperaba que ese cliente se acabara aquella única cerveza de toda la noche. Lucho sabía lo que era echar los clientes al final de la noche.

No era nuestro caso del todo, en cualquier forma. Nosotros habíamos consumido cerveza Pilsen generosamente aquella madrugada y no éramos los últimos clientes, había otra docena de alcohólicos de esos que suelen despedirse de últimos en las fiestas y que suelen hacerlo durante varias horas. Desde las doce de la noche ya se estaban yendo. Pero Lucho con sinceridad ya se quería ir, y yo necesitaba evolucionar algo relacionado con

mi empleo. Allí había mucha bohemia de la tele y eso era bueno. Así que me le acerqué a Tyron Luces, quien había hecho una asistencia en El Sardino Alkaseltzer, y le pregunté si tenía por ahí un camello. Le dije que estaba embalao'. El hombre como que me llevaba en la buena, porque me dijo que sí, que había un trabajo pendiente y que si quería ayudarle con la cámara en un Institucional de Comfenalco. Dijo que le interesaba aprender algunos trucos de mí. Aquel sábado, quedamos en que yo lo llamaría, y entonces, Lucho y yo nos despedimos de Tyron Luces y de otros diez especimenes de la fauna local, quienes ya armaban parche para la casa de John Guanábano y nos estaban invitando. Pero aquello era puro parche de salsómanos, y Lucho y yo odiábamos la salsa, a no ser que fuera esa que iba encima de las hamburguesas y de los perros calientes. No sé. Tal vez la salsa nos ponía en contacto con toda la maluquería del pueblo. La teníamos asociada al fenómeno del sicariato y al de los taxistas y las putas y los marihuaneros y los maricas y los futbolistas, y nosotros no queríamos eso. En aquel entonces, nosotros queríamos otras cosas para nuestras vidas. Claro que las cosas han cambiado. Hoy en día la salsa ha ganado status. Las modas han mutado. A la salsa ya la escucha gente de bien; gente de mundo. Pero en aquella ciudad, la salsa representaba asuntos que para nosotros no eran nada agradables. Por encima de todo, lo de nosotros era el rock. Vivíamos ilusionados con las ideas de un nuevo orden mundial y el rock, el buen rock, digamos tipo Real World, por ejemplo, (que tenía mucho de salsa y de fusión) iba más de la mano con la posibilidad de las nacientes lógicas del pensamiento. Era más contestatario si se quería. El rock era nuestra única tradición no heredada y eso era invaluable. El pop anglo proyectaba el mundo hacia el futuro, al contrario de la demás música popular latina, que proyectaba la historia hacia el pasado. Creíamos preciso tener una posición crítica frente a las cosas, tirar línea; queríamos lecturas menos alienadas que las de la salsa. No cantarle siempre a las mismas bobadas de siempre. Y si lo tuviera que explicar de un modo más sencillo, diría (yo no sé Lucho), que yo no quería cosas que me hicieran dormir, y la música salsa y su incapacidad de evolucionar, de renovarse a sí misma, su miedo al cambio, su esencia retrograda y su incompatibilidad con el videoclip, me producían sueño, como el Jazz y las otras mierdas que se ofrecían en el aire de la paisalandia.

"*El día que la salsa se use pa' cortiniar los desfiles del Full Frontal Fashion, ese día compro un compact del Gran Combo*", le decía a Languis; esa era mi premisa.

De todos modos, eran otros tiempos antes de que el rock se agotara a sí mismo. Luego, la edad cambiaría nuestro concepto del ruido y la velocidad y nos volveríamos más… tolerantes.

Por lo pronto esa mañana, Lucho y yo necesitábamos velocidad, queríamos dormir pero estar despiertos a la vez. Después de comer buñuelitos calientes en un Todo a 250 de la Avenida La Playa, Lucho me ofreció su casa para dormir. Siempre lo hacía porque sabía que mi madre vivía demasiado lejos como para que yo pudiera pagar un taxi, y también lo hacía por cortesía, y porque sabía lo de mis rollos con la cucha. Solíamos ir a su casa y nos quedábamos escuchando las canciones inmarcesibles de su excelsa colección de rock: Sonic Youth, Charlatans UK., Pavement, Love and Rockets, Bauhaus, Radio Futura, Ultravox, Los Planetas, Stone Roses, The Cars, Joy Division. Hablábamos de nenas y las

llamábamos y las despertábamos al amanecer y les dedicábamos canciones por el teléfono y les confesábamos sentimientos ocultos, que a la semana siguiente queríamos olvidar. Cuando las mujeres se cansaban de escucharnos la lora, entonces llamábamos a los amigos, pero a ellos no les dedicábamos canciones. A ellos les revelábamos nuestros más íntimos odios y luego los invitábamos a beber. Lucho siempre tenía alguna caleta en su casa para rematar nuestras noches de bares. Sacaba una botella de whisky casi siempre, y muy de vez en cuando, aguardiente.

El crepúsculo del amanecer me hacía recordar la melancolía de Paula Vélez. Había algo en ese cielo azul-Jabón-Rey-grisoso que se me iba al alma. Quise irme a la casa de la cucha, pero sabía que era una de aquellas mañanas en las que tratar de dormir podría ser un trance infernal, porque te descubrías profundamente solo. Era una hora en la que todos los seres humanos deberían estar acompañados por alguien quien los amase y les pusiera sus piernas entre las suyas. Seguramente, eso era lo que Paula Vélez sentía con respecto al otro crepúsculo, el del anochecer. Me le zafé a Lucho con alguna mentira y lo dejé ir, solo, a su casa, dándole antes algunas recomendaciones acerca de *El Llamado de la Selva*. Vi a Lucho desaparecer entre la quietud de las avenidas y me quedé quieto, en primera, bajo los árboles. Saqué la libretita de Paula Vélez y me senté en unas escalinatas a leer su versión del Sardino Alkaseltzer: "*ALKASELTZER les está leyendo su guión a sus amigos en la terraza del centro comercial. ELLOS escuchan atentamente pero después se empiezan a burlar y luego un poco más serios le dicen que la historia es un poco floja e inverosímil. Que toca temas imposibles. Cada uno de los AMIGOS de Alirio pide una cerveza pero ALIRIO se niega a tomar licor y dice que se tiene que ir porque está siguiendo el programa de alcohólicos anónimos. LOS AMIGOS de Alirio se ponen a bailar y tratan de convencerlo de que se tome una, "no más", y de que baile con ellos, pero ALKASELTZER se niega, les dice que esa música no le gusta, y se va a caminar solo por la ciudad. LOS AMIGOS de Alirio se quedan en el centro comercial bailando vallenatos y salsa romántica y cantando canciones populares a través del karaoke. ALKASELTZER entra a un bar, saluda a algunos conocidos que le ofrecen trago, pero él los rechaza. ALKASELTZER se va del bar y una vez en la calle compra una caja de cervezas y va a tomársela solo en su habitación. Es de día y el sol brilla. ALKASELTZER se dirige a la casa de su ex novia y justo cuando está a punto de entrar en el edificio, descubre que ELLA sale de su apartamento con uno de los AMIGOS de Alirio. ALKASELTZER decide seguirlos sin dejarse ver. LA EX NOVIA de Alirio y su AMIGO van a un café y los descubre besándose. Luego ELLOS salen del café y se meten a un cine.*

ALKASELTZER compra un revólver en un barrio suburbano de la ciudad.

ALKASELTZER se come una empanada en un parador del centro. ALKASELTZER entra al cine y mata a su ex novia. ALKASELTZER, de nuevo en el parador, muerde otra vez la misma empanada y se la acaba de un solo envión. La EXNOVIA DE ALKASELTZER y EL AMIGO ven una película adentro del cine. LA EXNOVIA y el AMIGO salen del cine y ALKASELTZER los sigue por las calles de la ciudad sin dejarse pillar por ellos…"…

Deseo S.A.

Compré una botella de ron con lo que me quedaba de las diez lucas, y tomé un taxi con rumbo a la casa de Paula Vélez. Necesitaba verla desesperadamente. Desde una esquina de su barrio marqué un número de siete cifras y le dije que me perdonara, que necesitaba hablar con ella, que necesitaba estar con ella. El licor en mi sangre me tenía en un estado de exaltación. Sentía la existencia en carne viva; estaba enamorado de Paula Vélez y la sensibilidad del día, como los primeros síntomas de la resaca, se sentían en la sangre intoxicada. Era como si la sangre doliera.

-Yo no tengo nada que perdonarte, Alka. - Me dijo con ese acento tan paisa de las mujeres que vivían en la región plana de la ciudad.

-Paula, yo sé que abortar es de lo peor que le puede pasar a una mujer y yo te dejé sola, pero lo que yo siento por vos es muy grande, y me estoy sintiendo muy mal.

-Por favor, Alka, eso era un problema mío y yo lo tenía que resolver por mí misma, y yo lo resolví. Vos no tenías nada que ver.

Estaba mintiendo. Yo la vi llorando en plena Avenida El Poblado.

- ¿Pensás que debimos haber tenido ese hijo?- le pregunté.- ¿No sentís pesar por ese bebé muerto?

- Por favor, Alka, ahí todavía no había hijo. Un bebé es algo mucho más que un grupo de células muertas. Un hijo es un proyecto concertado por dos personas durante muchos años de amor y entendimiento. Un aborto es un procedimiento biológico necesario, tan normal como cualquier otra necesidad fisiológica.

Un poco aliviado me vi con licencia para decirle a Paula que tenía una botella de ron en la mano, que estaba a dos cuadras de su casa, y que si podía ir a verla para charlar un rato. A ella le encantaba recibir visitas de ese tipo por parte de sus amigos.

- Pues en realidad...

Hubo una larga pausa de silencio; algo que se parecía demasiado a la eternidad. Paula sonaba irónica, sarcástica, o ¿era impresión mía? Ninguno de los dos decía nada y el aire estaba frío. Yo tiritaba, pero no me daba cuenta. Al fondo, al otro lado de la línea, se escuchaba una canción de Caifanes en sus últimos acordes. Luego empezó una de Héroes del Silencio. Toda suerte de conjeturas pasaron por mi cabeza. Me sentía como uno de esos personajes caricaturizados de *QUÉ NOS PASA*, donde alguien sufría de celotipia crónica. ¿Lucho? ¿Mauricio? ¿Ernesto? ¿Esteban? …Lucho era incansable. Por algo le decíamos "El Languis", pues Lucho era la fiesta después de la fiesta, era el rey de los languis.

- Pues... si querés, venite…

- ¿Estás segura que no interrumpo algo?

La voz de Paula no lucía muy segura:

- No, fresco.

La curiosidad, ese tipo de curiosidad revuelta con celos, me torturaba y me disparó a la casa de Paula Vélez.

En la sala estaba Gustavo Londoño, el cámara de El Sardino Alkaseltzer. Estaba sin camisa y descalzo. Nos saludamos, hablamos un poco de El Sardino Alkaseltzer y nos actualizamos sobre los chismes de la gente que había trabajado en la película y estuvimos tomando de una botella de guaro que ellos estaban a punto de terminar. Hacíamos silencio. Evidentemente yo sobraba. Nada de lo que había allí me pertenecía y nunca fue mío. Ni aquel sofá ni aquellos libros de Cortázar, y de Capote, y de Dickens entre otros que reposaban en la biblioteca del papá de Paula. Al cabo de unos minutos, yo mismo no soportaba mi propia presencia ahí, y me despedí y me fui con mi botella de ron bajo el brazo. Había notado que Paula no había hecho nada para que me sintiera bienvenido.

En la calle, lejos de la casa de Paula Vélez, arrojé la botella de ron contra un muro; utilicé todas mis fuerzas y la botella se estrelló haciéndose pedazos manchando la pared. Sentía el animal pegado a mi espalda y pesaba como el diablo. Su pelamenta me daba comezón en el cuello. El cielo empezó a resquebrajarse y una medellinense lluvia menuditica me mojaba. Quise tomar de nuevo un taxi, esta vez a casa de la cucha, pero la plata no me alcanzaba. Sólo me restaban algunas monedas suficientes para pagar un pasaje de bus. Así que me senté en una esquina a esperar un *TSS Medellín-Envigado*. Hacía frío. La mañana lloraba y a mí no me salían las lágrimas.

Hijos de la culpa

Dos horas después, en la casa de mi madre, me fue difícil conciliar el sueño. Cuando ya empezaba a traspasar la frontera del Rápido Movimiento del Ojo, la tortura china de mi cucha se hizo presente.

Ella acostumbraba identificar el momento en que te quedabas dormido para expresar sus malestares con vos, o con la vida misma. Sus lenguajes iban desde el castigo inmisericorde de los trastos de la cocina, hasta la cantaleta descarnada al pie de tu cama, pasando por los reproches en pena, los insultos, los gritos, las quejas, los malos augurios de que tu vida iba a ser una mierda de ahí en adelante, porque de hecho ya lo era. Eras el ser más equivocado de la biosfera. Lo peor de lo peor. Vos creías que más allá del velo del sueño semi-profundo en el que te encontrabas, el infierno ardía y que alguien sufría con ello. Sabías que el mundo era un lugar demasiado triste para vivir, porque los informes de tu cucha así lo te lo reportaban. Era una corresponsalía desde el lado cruel del amor. Lo que no alcancé a comprender en la calle sobre la guerra y la desaprobación, lo supe por mi madre cuando ella vigilaba y yo dormía. Todo lo que sé sobre la tortura

sicológica, lo aprendí en esas mañanas en las que ella me despertaba con sus monólogos. Destrozaba tu mundo exterior para robarte las ganas de despertar, y al mismo tiempo, lo hacía con el estruendo suficiente para poder hacerte saltar de la cama.

Y sin ganas de despertar, me despertaba. Nunca me fue admisible tolerar aquel comportamiento de ella. La tortura sicológica era para los militares y la publicidad, pero no para las madres.

¿Por qué no era capaz de decirme las cosas cara a cara, cuando yo no estuviera dormido?

Salí de entre las cobijas y se lo dije. Se lo grité y se lo volví a preguntar. Pero mi madre no era el tipo de mujer que oía argumentos. Nunca le habían enseñado a intercambiar ideas. Sólo a imponerlas. Venía de una influencia escolástica en la que todo era pecado cuando de lúdica y buen humor se trataba. Una sociedad avergonzada y pecaminosa, reprimida sexualmente; arribista y doble moral, en la que acumular cosas materiales era el valor supremo; aculturizada por los medios de comunicación y los modelos de progreso importados desde Estados Unidos.

Y con todo aquello, lo que la cucha trataba de hacer, era llenar un vacío de autoridad en mí; quería subsanar una falta de esa fortaleza necesaria para sobrevivir en la jungla. Autoridad-y-fortalezas que yo no tenía, precios demasiado caros para mi innata fragilidad.

La cucha era una persona contradictoria. Predicaba el respeto para sí misma y nunca lo ponía en práctica para los demás. Era insoportablemente inconsecuente. Ella trataba de demostrarme que había una parte irracional que lo controlaba todo en el destino humano, parecía tener un plan de educación mientras me hacía daño. Pero ella era así. Nada de aquello estaba diseñado con antelación. Mi madre vivía improvisando, y de todo su ruido aprendí que no todo en este mundo proviene del orden, sino que una buena parte de la vida, quizá la más fundamental, estaba hecha de caos y sinrazón. Ella me estaba preparando para un vasto universo existente más allá de la ciencia y la religión; la cucha se ponía por encima del lenguaje, ella me estaba preparando para el verdadero dios de la supervivencia. Su anarquía doméstica, sin embargo, nacía como contraposición inconsciente a la influencia mediática de la cultura occidental, donde siempre triunfaba la materia sobre el espíritu como en esos episodios de *Zafiro y Acero* donde la acción terminaba por imponerse a la meditación. Pero ella no lo sabía; ella lo sospechaba. Su tragedia tenía el origen militar de esa cultura del terror, en la que las mujeres y el resto del mundo sólo profesaban las razones de los machos, pero al mismo tiempo, practicando el matriarcado. El cosmos era ancho y extenso. Y mi madre habría de combatir como gato patas arriba aquella instalación foránea contraria a su espíritu libre. Ese fue su gran conflicto personal, su gran guerra involuntaria. Víctima de los eternos comentarios excluyentes del entorno, mi madre solía admirar paisajes que la mayoría sus vecinas se perdían, enceguecidas por el esplendor pirotécnico de sus opulencias. La cucha tenía que mirar hacia arriba y disfrutar del cielo azul, muy a pesar de sus deseos, pues ella como toda mujer, era un ser eminentemente terrenal, y envidiaba a aquellas señoras las cuales podían mirar hacia abajo, a la altura de sus ojos, y contemplar el oro que caía de sus

bolsillos. Para ella, como para cualquier ciudadano normal, aquello representaba una desgracia, pues el dinero en la tierra era felicidad, y era también todo lo contrario a la soledad. Una vez más el hombre atestiguaba el triunfo de lo duro sobre lo frágil.

La cucha nunca se hubiera imaginado cuánto de sus instintivas formas de mirar, iban a influenciar lo que estoy escribiendo ahora. A falta de recursos económicos, un alma se tiene que conformar con alimentarse del espectáculo que le ofrecen las ventanas de su propia casa, y en ese tiempo, como ahora, las calles estaban llenas de edificios quietos y de horas desiertas, donde la noche era el único habitante sedentario, porque en esa época todos los transeúntes eran nómadas o simplemente espectadores de paso, difíciles de capturar al vistazo, y a su vez, pareciera que aquellos, quienes de vez en cuando pasaban enfrente de nuestra casa, tampoco observaban nada especial en ella. Un edificio quieto era un edificio quieto, y mi madre y yo pasábamos montones de horas en el balcón de la casa para descubrirlo. Vimos llegar a los primeros habitantes: profesores universitarios, funcionarios públicos. Vimos las primeras reformas de las casas: fachadas grises tornadas rojas y amarillas. Vimos al barrio transformarse: lotes baldíos, ahora convertidos en urbanizaciones. Urbanizaciones, otrora lotes baldíos, ahora convertidas en ratoneras; verdaderos refugios de malandros; antros. Vimos a los chicos malos y a las muchachas de buena familia; al santo sepulcro y al policía. Todos ellos yendo hacia la iglesia. Vimos la construcción de supermercados y los primeros disparos. Vimos los hinchas en dirección al estadio. Lo vimos todo, vimos quiénes tiraban la primera piedra, pero nunca a quiénes habían iniciado el fuego. Afinar el ojo en busca de movimiento afuera, era terminar encontrando las convulsiones de la quietud, adentro. Sólo cortinas arrulladas por el viento. Eso era lo bueno de mirar bien.

Tanta matemática, tanta filosofía, para al fin descubrir el hecho de que el mundo, en esencia, es un lugar demasiado sórdido.

Sí. Ella, mi madre, la cucha, no era una mujer adinerada y nunca lo había sido, y le había tocado aprender a mirar. Al principio, para estar alerta, y luego para entretenerse. En el universo de la supervivencia informal habían varias reglas de oro y una de ellas, quizá la más importante era: "observa primero y actúa después. Relájate y disfruta". Había llegado a la ciudad siendo muy niña, proveniente de un lugar hasta ahora indeterminado para mí. Hay una parte de su historia que se me escapa. En todo caso, ella hizo parte de esa tradición desplasionista con la que se construye día a día nuestro transcurrir metropolitano. Ella solía decir que había perdido toda memoria sobre su pasado, pero a veces los recuerdos le venían como un vago perfume y ella me impregnaba con ellos. Si yo hubiese hecho una película sobre la historia de mi madre, hubiera mostrado las imágenes de una mujer llegando a la terminal de transportes de Medellín. Una obviedad. Claro. La mujer se baja del bus de servicios intermunicipales con una pequeña maleta de viajes en la mano. Junto a ella viene un grupo de pasajeros de apariencia campesina, camisas a cuadros, manchas de barro y de sangre, botas pantaneras. Todos desalojan el bus perezosamente, como si hubieran acabado de llegar de un viaje muy largo. Lucen cansados, ojerosos y con el pelo revuelto. A pesar de su aspecto humilde, la mujer se destaca entre los demás pasajeros porque trae puesto un vestido de flores muy elegante, ajustado a su medida con mucho esmero, y además, es la única de las mujeres del bus que

calza zapatos de tacón alto y es la única que viene bastante maquillada. Es una mujer muy bonita en todo caso, pero demasiado arreglada para la ocasión. El resto de las mujeres calzan zapatos tenis y usan bluyines o sudaderas y camisetas. Los pasajeros reclaman sus equipajes en el maletero y el chofer recibe los tickets del viaje y su ayudante recibe los comprobantes de las maletas y entrega los equipajes a los pasajeros. Luego todo el mundo termina de recibir sus equipajes y el conductor y su ayudante abordan el bus y el bus se va. Mientras tanto, otros buses llegan a la estación y vemos el mismo operativo en otros pasajeros de otros buses. En el puerto de llegada vemos a algunas personas que se abrazan con los pasajeros que han acabado de llegar. La mujer con el vestido de flores permanece parada en medio de la multitud con su maleta en la mano mirando en diferentes direcciones, como buscando a alguien. Ella luce un poco desconcertada, es joven y atenta. Sus compañeros de viaje empiezan a alejarse hacia diferentes lados; algunos se dirigen hacia los teléfonos públicos y hacen algunas llamadas, y otros van hasta el lugar donde otros viajeros abordan algunos taxis, y ellos a su vez abordan otros taxis. Otros, se dispersan acompañados por sus anfitriones. La mujer descarga la maleta en el suelo y mira el cielo. Hay nubes blancas y el cielo es muy azul el set de Fox Sports en español, muy azul Jabón Rey Remojado; un poco azul Prueba de Embarazo. "El cielo está azul María Auxiliadora", dice ella. La luz del día brilla en aquella ciudad. La mujer va hasta los teléfonos públicos y hace una llamada. Luego cuelga el teléfono y se dirige hasta una sala de espera, donde hay algunos viajeros sentados, y ella se sienta en una de las sillas entre los demás pacientes. La mujer mira para todos lados y analiza cada objetivo visual con mucha atención. Se detiene especialmente en los almacenes de ropa y de comida a su alrededor, y en las cafeterías, y en la gente que lee junto al puesto de revistas. Ella observa de vez en cuando que algún pasajero viene hasta la sala de espera y se sienta en alguna silla y otras veces algún pasajero a su lado se incorpora y se aleja de la sala de espera. Sabemos que son pasajeros porque todos llevan algún equipaje en la mano.

Esta no hubiera sido exactamente la historia de mi madre, pero de alguna manera hubiera pretendido serlo. Como la metáfora de su vida, hubiera podido ser una película basada en su historia.

Entonces la mujer cruza las piernas, mira hacia el suelo y empieza agitar el pie que está en el aire porque ella hace carrizo. Luego sale de su ensimismamiento y vuelve a poner mucha atención en cada una de las personas que se acercan hasta la sala de espera. Total, que el tiempo pasa y la mujer lee los carteles publicitarios en voz baja, trae su equipaje al lado y una maleta clásica con estampados de aves. Los viajeros en la sala de espera van y vienen, y ella está muy atenta en las imágenes a su alrededor. De vez en cuando llega un bus y descarga a sus pasajeros y se va. La mujer va hasta el puesto de revistas, compra una revista de Cosmopolitan y vuelve hasta la sala de espera y se sienta a ojiar el impreso.

Cae la noche. La noche sabe a fósforos El Rey. El cielo huele a pasteles azules-tricolor-patrio, a pasteles azules bandera de Colombia. La sala de espera está vacía. Me refiero a que no hay gente. Sólo hay sillas. Ahora la luz es artificial, proveniente de las lámparas de los almacenes. La mujer de las aves en la maleta entra a cuadro con la revista en la

mano. Mira para los lados en dirección al lugar donde llegan y se van los buses. La calle luce desierta. Si había algo que caracterizara a Medellín, como entidad nocturna, era la luz amarilla del alumbrado público regada sobre las autopistas, el color rojizo de los edificios y el verde de los árboles. Árboles verdes. Siempre verdes. La mujer va hasta los teléfonos públicos y hace una llamada. Luego la vemos caminando por los pasillos delante de las vitrinas. Los almacenes están cerrados y muestran todo tipo de productos, desde ropa hasta artículos para practicar la pesca pasando por comida enlatada y libros y souvenirs. Los únicos sitios abiertos son algunos restaurantes. La noche es contundente. Noche negra camiseta arbitro de soccer, noche negra vinotinto de ataúd, noche negra malos recuerdos, malos tratos. El cielo es en todo caso muy camiseta de metalero.

De ahí en adelante, vamos a ver esta mujer recorriendo a una Medellín solitaria.

La historia de la película se hubiera desarrollado en siete domingos diferentes, en esos días donde las calles estaban especialmente deshabitadas. El personaje hubiera sido enfrentado a la arquitectura colonial de la ciudad en recorridos aleatorios. Techos de barro. Fachadas españolas. Terrazas con ropa al sol. Tardes frescas. Paisajismo urbano. Y al final, la historia hubiera dejado un buen sabor de boca para el espectador, pero no a la manera de la típica película hollywoodense, del anti-héroe pintoresco venido a héroe de tercera categoría. Sino, que hubiera querido plantear el comentario de una cinta más reflexiva políticamente hablando.

Yo no se sí esta película hubiera sido del todo representativa para la cucha, pero hubiera sido una película sentida y muy digna y de todos modos se la hubiera podido dedicar ella. Quién no querría hacer una película para dedicar a su madre con grandes tomas de localismo y con una trama sosegada, calmada, suave, sentimental, como los dramas franceses que veíamos en el Teatro Libia. La película de mi madre hubiera sido ese tipo de película bonita, muy neo-realismo italiano, muy Novicia Rebelde, que tanto le gustaba a ella y que solíamos ver junto a mi padre, antes de los tiempos del múltiplex, cuando ir al cine era el mejor acontecimiento de la semana, tan importante como ir a algún evento familiar y no el simple ritual consumista de estos tiempos, tan trivial como comer huevos, o como ver las noticias en el Noticiero Criptón para matar el tiempo.

The whole picture

Hubiera podido escribir un guión por cada personaje de mi historia personal. Ya sabemos que la vida podía ser una colección de instantáneas si se le miraba bien; y el formato *fotogramas* me quedaba bastante cómodo para hablar sobre esa gente que uno tenía en la bandeja de entrada. Yo tenía el alma llena de colores y formas y sonidos y de momentos vividos en el pasado. Para llegar a buen puerto, nada más tenía que editarlos, darles un orden que me hubiera hecho un sujeto entendible a los demás, pero sobre todo, que me hubiera hecho entendible a mí mismo, porque todo lo que sentía adentro era sicodelia y confusión, y yo mismo era como la ruta de un avión secuestrado; acaso con una suerte de animal peludo agarrado a la espalda.

Nada de nervios

La realidad a veces podía ser todo lo incoherente que vos quisieras, era cierto; pero también podías seleccionar los pedazos de vida que desearas y podías hacer un modelo personal de las cosas a través de un montaje que se pudiera entender. En lo personal, definitivamente, yo iba mucho mejor pensando en imágenes. Sólo que las palabras eran más baratas que las imágenes, y en el preciso momento era todo lo que tenía. Así que allí, en la casa de mi madre, delante de ella, después de haber pasado una noche apoteósica con Luis Languis Grisales y con Paula Vélez, yo habría de pensar lo siguiente: ese personaje de la mujer del vestido de flores, debe ser una heroína que llega a la ciudad en busca del ideal del hogar, un concepto que le fue arrebatado desde siempre a mi madre por la violencia campesina, en este caso, la violencia en el interior de su familia. Golpes. Gritos. Humillaciones verbales. Inocencia robada. Con el paso de los años y en medio de la supervivencia, ella cree encontrar por fin su ideal del amor a través de las promesas de un hombre, pero ello nunca sucede. Hubiera sospechado que mi madre aceptó a mi padre por otros intereses diferentes al amor. Luego con el tiempo, se enamoraría de él a la manera como la cotidianidad compartida va ligando a las personas. Al principio por intereses extra-pasionales, luego por convivencia, y después por costumbre. Ella creía que el dinero y la honorabilidad y el status y el buen gusto, podrían proporcionarle ese hogar que siempre había anhelado. Pero el dinero no compraba clase y buena cultura y mucho menos amor. Todo lo que la cucha necesitaba, venía en la sangre cuando nacías y luego te lo sellaban en la educación. Al final, su vida es un cúmulo de decepciones. Y entonces ella decide construir su propia historia de amor por sí sola, adentro de su mente, y se da cuenta que la búsqueda de un hogar para ella no fue menos que la búsqueda del amor por los caminos equivocados del materialismo, de perder la vida por una casa y de progresar económicamente a toda costa, dejando de lado todo lo demás. Sin embargo, importante es saber que mi madre estuvo locamente enamorada antes de conocer a mi padre, y el amor fue su único ideal de felicidad por mucho tiempo, cuando vivía por los lados del barrio Sevilla, junto a la clínica del Seguro Social, mucho antes casarse con mi padre. El rival del cucho había sido un hombre de campo, llamado Libardo, que le prometió pasar a buscarla una tarde para irse juntos muy lejos de la ciudad. La cucha estuvo esperando al afortunado Libardo toda la tarde en mención, y luego todo el día al otro día. Y luego toda la semana. Y todo el año. Y el hombrecito nunca apareció. Tres años después ella sabría que su Libardo se había ido, sin ella, al pueblo a donde él le había prometido que la iba a llevar, y también supo que se había casado con otra mujer. Mi madre me contó no haber amado tanto, nunca después, como había amado a aquel sujeto. Hasta que se casó con el cucho (mi viejo) y hasta que me tuvo a mí. ¿Pero sabén qué? Yo pienso que mi madre todavía espera que ese señor, llamado Libardo, la pase a buscar. Tal como esperamos todos algún día que un gran amor pase a buscarnos para que nos lleve lejos de nuestras miserias inmediatas.

La película de mi madre, hubiera sido una película contada desde el punto de vista personal de la cucha, pero el final de la historia hubiera sido una idealización mía sobre lo que debía ser la existencia, de acuerdo a los parámetros del amor. Y en conceptos sonaba muy bien. Pero el cine era algo más que ideas. El cine era, si se le miraba bien,

era nada más que un defecto; era la persistencia del tiempo en la retina, la ilusión bidimensional del movimiento formada por imágenes estáticas y sonidos sincronizados. El cine en sí, no era más que una historia de hora y media, puesta en un casette de video.

Así que allí estaba yo, en la casa de mi madre, soñando con otra oportunidad como la de El Sardino Alkaseltzer para plasmar mis sueños más salvajes. Necesitaba traducir en imágenes mis abstracciones sobre la historia de la cucha y sobre muchas otras glorias ruinosas que rondaban por mi cabeza. ¿Cómo lograr un artificio concreto, hecho de luz y de sombras, de electricidad y movimiento, de silencios y ruidos, pero tan sólo perceptible al sentido de la vista y del oído… pero tan real como lo había sido para mí El Sardino? Necesitaba un lápiz y un papel para empezar; describir las acciones de mi heroína; y a lo sumo, necesitaba una cámara para materializar esas descripciones. Quería grabar a la cucha. Y lo ideal era que yo actuara también en esta película. Pero hasta ahí llegaban mis impulsos, pues en aquel momento, no tenía dinero ni para comprar ni siquiera un lápiz.

Yo lo que necesitaba era un trabajo.

Metiendo cien años de soledad en un minuto de tristeza

Pocos pueden comprender el vacío que se experimenta después de terminar una película. De repente, tenías tus veinticuatro horas del día repletas de líos por resolver, asuntos de producción, preocupaciones estilísticas, problemas dramatúrgicos, enredos del corazón, contradicciones logísticas, inconsistencias narrativas. Y de repente, también, estabas rodando tu última toma, la del último shot, la del último día de grabaciones, y decías, "OK, vamos a hacerlo", y sabías que todo el equipo técnico rezaba para que ésta fuera la toma definitiva después de ensayarla cientos de veces, y sabías, que todos estaban muy, pero muy cansados, al borde del desmayo, y que quizá te estaban odiando porque habían descubierto cierto guiño de auto-sabotaje en el actor principal. Y de repente oías al director mismo diciendo: "¡Corten!", y ahí estabas vos en aquella locación deseando que nunca se hubiera terminado, preguntándote: " ¿y ahora qué? ", sufriendo el síndrome de esa fuerza cohesionadora de todo grupo, que se percibe después de pasar muchas horas en manada, y donde los miembros tienden a permanecer juntos y les cuesta trabajo separarse.

Así que allí estábamos, todos, mirándonos las caras sin saber pa´onde pegar. Cortázar decía en su cuento, El Perseguidor, que el tiempo era una bolsa de plástico a la cual le cabía toda la vida que uno le quisiera meter. Si le metías mucha vida a un minuto de tu existencia, la bolsa se estiraba y se estiraba. Dependía de vos si le querías meter mucha o poca vida a la bolsa. Cien años le podían caber a un minuto. Pues bien, hacer cine para mí era de verdad como tener la bolsa inflada a full. Era como pegar un bareto y fumárselo. Era como volar. Oías decir aquella palabra, ¡ACCIÓN!, y te sentías flotar, el tiempo desaparecía, un avión surcaba el cielo y vos lo veías alzarse entre los edificios, muy alto, hacia las nubes, y sentías que estabas reinventando el mundo, aunque fuera sólo mientras el director decía "¡Corten!, se imprime". Y allí estaban también esas locaciones donde había sucedido todo, y te preguntabas, "*Mierda, ¿Y cuando todo esto haya acabado*?,

Estos lugares serán los mismos espacios triviales que siempre han sido; las mismas aceras desoladas, los mismos parques, los mismos edificios, ya no estarán las cámaras ni las luces ni la gente de producción, ni los curiosos que vienen a ver la película, ni la escenografía ni el eco de nuestras voces rompiendo el silencio ensordecedor de la noche, discutiendo una idea para un plano, diciendo: RODANDO!, SILENCIO!".

Más sin embargo, esos lugares habían sido capturados en una cinta de video y viajarían en el tiempo y en el espacio, a otros lugares donde se disolverían con los otros lugares a donde serían exhibidos. Ésa era la magia del cine. Al día siguiente estaría esa bolsa llamada tiempo entre tus manos, dispuesta para ser llenada otra vez. Y vos estarías sin nada de vida para ocuparla. Porque si bien las películas en proceso eran puro chute en tu sangre, puro flash; las películas terminadas te sacaban las entrañas, te chupaban por dentro. Porque terminar una película colombiana en aquella época era así; te exprimía; te dejaba sin amigos, sin casa, sin carro, sin reputación, sin trabajo, sin familia y si estabas de suerte salías con un poco de aire para respirar, el suficiente para seguir arrastrando los pies.

En el caso particular de El Sardino Alkaseltzer las cosas no habían sido tan profesionales como en el cine convencional, aunque nosotros lo intentábamos. Tratábamos de ensayar con los actores antes de las grabaciones, pero los actores y las actrices eran nuestros propios amigos y no actores profesionales. A falta de recursos para trabajar en celuloide, tratábamos de usar una cámara de video por lo menos profesional. Mauricio, el director, decía que el guión era tan bueno que merecía buscar alguna subvención y ser grabado en 16 milímetros, y no en video. Había varias diferencias importantes entre el soporte celuloide y el soporte video. La primera de ellas era que el celuloide estaba hecho de cierta sustancia gelatinosa cuya cualidad era la sensibilidad a la luz. Los formatos a saber, eran: el 35 milímetros, el 16 milímetros, el 8 milímetros y otros menos conocidos. El video por su parte estaba diseñado para la electricidad y no para la luz como el cinematógrafo. Su proceso era un proceso fotoelectrónico y el proceso del cine se podía considerar fotomecánico. En el video entraban a participar las lecturas electro sensibles de una estructura de microchips llamados CCDs (algo a lo que los especialista llamaban barrido electrónico) sobre los aluros de plata contenidos en una cinta de video. Éso hacía que el material audiovisual grabado en video tuviera un plazo perentorio de entre cinco y veinte años de vida. Las imágenes grabadas en video después de este tiempo se empezaban a desgastar. Los aluros de plata se oxidaban en condiciones no demasiado tratadas para el caso. La cinta se resquebrajaba por sí sola y la imagen se llenaba de drops. Cuando la cinta de video se introducía en una máquina de lectura después de ese tiempo, su fragilidad no resistía los cabezales y la imagen se deterioraba aún más. A veces la cinta se reventaba y se moría el material. Tal vez por eso, Mauricio Jagger Naranjo había insistido en *filmar* el guión del Sardino Alkaseltzer y no *grabarlo* en video como sugirió Paula Vélez. Era primordial, para Paula, resaltar el hecho de que una versión en 16 milímetros podía costar cincuentas veces más de lo que costaría hacerla en video. Mauricio había hecho relevancia en las posibilidades comerciales del material "cine" a nivel internacional; no era lo mismo vender un trabajo en video que venderlo en celuloide. Pero Paula esgrimiría un argumento contundente: el cine era un lenguaje y no una suerte de "*pop corn* salido de una máquina para hacer palomitas". Además el cine

estaba hecho en la sala de montaje, en la edición, en la concatenación de un plano con otro, en el manejo del tiempo, en los planos de reacción más que en la acción misma; en las entradas y salidas a cuadro; en la sintaxis resultante de la unión de dos imágenes, el cine era significado y yuxtaposición, en fin, el cine estaba en el dominio de una gramática visual y en el arte de narrar. El hecho de usar el preciosismo visual estaba determinado en la naturaleza de la historia *per-se*. Para Paula Vélez, "El Sardino", simplemente, ameritaba una estética sucia. Su esencia no daba para grandes derroches fotográficos. Además se podría grabar en video e inflar luego a 16 milímetros: quedaba, pues, el recurso del *blow up.*

Ante aquello, Mauricio Jagger Naranjo no tendría más alternativa que ceder. Le preocupaban todavía otros problemas del guión, como por ejemplo la delimitación entre El Sardino Alkaseltzer de clase media y El Sardino Alkaseltzer de clase obrera. En los guiones era muy importante definir qué clase de película se quería rodar. Las historias de la clase media tenían sus propias peculiaridades y las historias de la clase asalariada todavía buscaban un marco estilístico que las delimitara concretamente. El Realismo Social tenía todavía muchos puntos de fuga. Y todo esto era bueno. Ello indicaba que quedaban muchas películas por hacer. No sabíamos en realidad si el guión de El Sardino Alkaseltzer era una historia de la clase asalariada o una historia de la clase media, pues sus personajes se movían en espectros sociales bastante amplios. Por lo demás, Medellín era una ciudad donde la clase media no estaba claramente definida. A diferencia de los países desarrollados, en Colombia las capas sociales se dividían entre pobres arribistas por un lado, y carrangas resucitadas por el otro. Los primeros luchaban fervientemente por suplir sus necesidades básicas, y ganar status, y reconocimiento, a través de una persecución enfebrecida por el dinero; los segundos eran los herederos de la conquista española, y más tarde, los portadores del legado mafioso. En todo caso, los ricos de Colombia eran los mismos indios que de un siglo para otro habían dejado de ser pobres y habían sido cruzados por la sangre blanca. Ahora, esos indios eran ricos y estaban cruzados con sangre conquistadora y eran la oligarquía, pero seguían siendo indios cruzados al fin y al cabo; como chandas cruzadas con perros de raza pura. Colombia era un país masificado a cuyos dirigentes les importaba poco el desarrollo intelectual de su país, y muy pocos allí nos habíamos refinado demasiado. El apetito espiritual de un colombiano promedio, se limitaba a los sangrientos noticieros de la televisión y a las incidencias de la telenovela de turno y a los goles del equipo de fútbol local. A esta gente bruta, pero con plata, nos solían denominar las carrangas resucitadas. Pero en esencia, las diferencias eran casi imperceptibles en comparación a como lo son las diferencias sociales aquí en Nueva York. Y si había algún burgués de alcurnia en el pueblo, estaba mimetizado entre las esferas corruptas del poder y no representaba ninguna apariencia visual en el paisaje local, y no era demasiado noble tampoco, pues los españoles que habían emigrado a América no habían sido precisamente lo más selecto de aquella sociedad. Por el contrario, quienes mataron a la América precolombina habían sido forajidos y embusteros, ex-convictos e iletrados del viejo continente. Sabíamos que esa clase alta invisible, eran los mismos colonizadores de hace quinientos años que seguían manejando los hilos de las marionetas a las puertas del siglo 21. Una fracción de europeos que no se había devuelto para su continente y se había quedado camuflada dentro de nuestra sangre. Sabíamos, que al interior del estaf de El Sardino Alkaseltzer los

dilemas de una supuesta clase alta no representaban ningún interés artístico para nuestra zona de enfoque.

This is not America. (But we are calling all angels)

Mauricio Jagger Naranjo estaba cansado de hacer trabajos experimentales amparados por la iglesia del *underground.* Ahora quería aproximarse a una manera más purista de hacer el cine. Él creía que ya estaba a tiempo de manipular ciertos elementos especializados de la buena factura cinematográfica. Y aunque las preocupaciones logísticas también eran lo suyo, quería delegar un poco de este aspecto a sus productoras. Confiaba en ellas, las consideraba bastante listas y muy apasionadas y, a veces, bastante inspiradas. Así que dio carta blanca a Paula para que resolviera lo de las cámaras. Tocaba. Él se concentraría en el arte puro de la dramaturgia, en hacer una obra intimista y profesional a la vez.

Teníamos varias opciones en video: grabar en una cámara tres-cuartos de pulgada, un formato profesional, especial para grabar noticieros; o grabar en Super-Vhs, un formato semiprofesional de video; o grabar en las, recién salidas al mercado, Digital Handycam. Esas fueron las tres propuestas de Paula Vélez y Lina Franco, todas unas especialistas en la materia. Insistieron en recalcar que ya vendrían nuevos sistemas digitales de conservación de los materiales en video, y nuevos modelos de video digital de alta definición muy proclives a reemplazar la nitidez y la profundidad del celuloide, pero que, mientras tanto, tendríamos que conformarnos, mientras aprendíamos, pues nosotros éramos todavía unos aficionados. Tal vez en un futuro podríamos darle otro tratamiento técnico a El Sardino Alkaseltzer. Mauricio, el director, diría que si así estaban las cosas, "podríamos darle un aire más experimental a la producción y podríamos hacer una mezcla de formatos".

Paula y Lina, le dijeron a Mauricio que ellas no creían en efectismos y que para ellas toda maniobra estilística o técnica debía estar justificada con el pulso interno de la historia. Así era el cine. El guión y la psicología de los personajes eran uno solo. Pero que si todos estábamos de acuerdo en mezclar formatos, ellas asentían la idea, pues les resultaba más fácil conseguir diferentes cámaras prestadas por un día, que conseguir una sola cámara prestada por varios días. Las productoras eran las encargadas de conseguir todos los recursos técnicos y humanos para la grabación. Lo ideal era que hubiéramos trabajado con un productor ejecutivo por un lado y con un productor de campo por el otro. El productor de campo era quien se encargaría de administrar los recursos durante la pro y la post producción del Sardino, y el productor ejecutivo era quien se encargaría de conseguir el dinero y negociar la distribución comercial y la rentabilidad de la película. Pero como no sabíamos demasiado del asunto, las productoras lo hicieron todo junto por sí solas. Habían aprendido un poco del tema en Cuba, en uno de esos cursos de verano a donde iban los riquitos más desparchados y más snobs del mundo entero. La cámara de *3 Cuartos* era de la Universidad de Antioquia. La cámara de Supervhs era del tío de Lina Franco, recién llegado de la Escuela de Cine de Alemania, y la Handycam era el regalo de grados de una de las actrices del estaf, una estudiante de danzas que vivía en Bello, que lo miraba todo, y lo grababa todo también. Ella nos prestaría la cámara, y nosotros la

dejaríamos actuar sin necesidad de pasar por un casting. La componenda, el serrucho, el tráfico de influencias reducido al viejo axioma infantil de que, quien era dueño del balón nunca chupaba banca, pero que por ser el más tronco, no mandaba en el juego tampoco.

Tuvimos complicaciones con la mezcla de formatos. Pues era muy difícil manejar la estabilidad de una Handy'. Tavo, el camarógrafo, decía que las cámaras pesadas tenían más estabilidad y era cierto. En los resultados lo pudimos notar. Las tomas hechas con la Handy, aparte de lucir más granolientas y desteñidas, salían más movidas, pero de alguna manera a todos nos gustaba ese efecto. Iba con la estética de nuestros días. Ello tenía que ver con la resolución de la imagen y número de líneas por pantallazo. Íbamos a tener problemas con los sistemas de transmisión si íbamos a pasarlo por la TV, porque, cuando una imagen aficionada salía al aire, podía desvanecerse por razones de debilidad. Pero no nos importaba. Lo que importaba era que pudiéramos contar la historia. Claro que para ese noviembre de 1997, nadie estaba listo en realidad. Mauricio Naranjo sentía el guión todavía muy crudo. En el desglose de producción, Paula había puesto una fecha de rodaje que se posponía y se posponía. Llevábamos catorce meses preparando la película y todos estábamos ansiosos, queríamos terminar de una vez por todas la historia de la historia. Cuando uno se metía en este tipo de proyectos siempre quedaba solamente una tarea pendiente: terminar la maldita película. Si te retirabas, el infierno de la idea de algo inconcluso, te incineraba la conciencia. No había vuelta atrás. Era demasiado tiempo invertido en aquella causa. Había que rodar y editar, y luego irse a casa a dormir, y luego de vacaciones como auténtica gente de cine. Estaban listas las locaciones, los actores, las plantas de luz, las plantas de piso con las posiciones de cámara, los ensayos, la seguridad, la planimetría, la comida y el transporte. Faltaban dos días de cámara, la confirmación de un sonidista y algunos patrocinios para la etapa de postproducción. Habíamos ultimado que El Sardino iba a ser una historia de clase media. Pero no al estilo de los Easy Riders norteamericanos ni al estilo de Spielberg, ni del cinema verité cassavetiano, ni del expresionismo alemán ni del neorrealismo italiano ni del hiperrealismo de dogma 95, ni al estilo del boom español de los noventas. Sino al estilo de esa Nouvelle Vague donde los personajes eran anti-héroes cultos e ilustrados. Esa Nueva Ola Francesa con sus dilemas ético-filosóficos de alta academia. Tal vez no la clase-media-obrera de Trauffaut ni de Godard, pero sí la clase- media de Eric Rohmer y de Chabrol. Estábamos cansados de la porno-miseria del cine nacional donde el sicario se revolvía con el catedrático; el albañil con el gobernante; el mafioso con el congresista; el futbolista con la modelo; el gamín con la superestrella. Aquello era un atentado estilístico. Nuestra película-clase-media, debía ser una historia repleta de problemas imaginarios, donde los personajes habrían de preocuparse por la esquizofrenia, el snobismo, el kitch, el glamour, los placeres exquisitos, la búsqueda del paraíso en la tierra, el secreto de la eterna juventud, las anfetaminas, la doble moral; la promiscuidad; la depresión, el deconstructivísmo, el hi-tec; el constructivismo; el apartheid; el antisemitismo; el jet-lag; el Oriente Medio, el nuevo orden, la historia oficial, el pop-art; el establishment. Todos estos, problemas imaginarios que rondaban más que en las conversaciones de cierta franja social… no una historia repleta de problemas donde los héroes luchan por pagar su renta y conseguir el pan de cada día y matan al prójimo con sus pistolas cargadas de culpa religiosa. No queríamos una película llena de pobres, pues el único drama de los pobres era sobrevivir, resolver las necesidades básicas; comer, vestirse y resguardarse de la lluvia por las

noches. La clase obrera no tenía fantasmas mentales. Sólo una cantidad de mitos y tabúes absurdos.

Los demonios de la *media-class*, en cambio, serían muy importantes para los efectos buscados en El Sardino Alkaseltzer, pues había cierto aspecto de la problemática de la agónica clase media colombiana, que nos parecía inexplorado. Sólo unos cuántos melodramas se habían atrevido a tocar ciertos tópicos velados por la nata de los clichés. Por demás, la cinematografía nacional era una desparramada hilera de ángeles caídos. En alguna medida, ciertas tramas habían logrado reflejar el horror de nuestra pesadilla-estrato-3-, a través de películas tan dudosamente logradas que parecían espejitos empañados. Pero "El Sardino" era la cinta que iría a sacarnos del atolladero y a llenar nuestros corazones de optimismo renovado. Por fin, íbamos a demostrar que no estábamos solos en el pozo oscuro de aquella nueva ola local, aristocrática, pero sin juglar. Había muchos como nosotros sin ver la luz del proyector al final de la caverna. Gentes que se dedicaban a vivir esa vida de templar el arco de la creación durante las horas del día y habitar los bares y la bohemia brava por las noches. Pero ya vendría El Sardino a prender el fuego inolvidable. El Sardino Alkaseltzer iba a ser el pajazo filosófico bajo el cual, por fin, nosotros mismos, miembros del *guetto-kolino-sin-voz*, íbamos a dar cuenta de nuestras propias sombras.

Tardes de sexo oral

Así pues, se nos estaba materializando un viejo enigma del cine, a resolver. Debíamos escoger entre el corte del director y el corte de las productoras. Por una parte, Paula Vélez creía que el cine latinoamericano era impensable sin la confluencia de todas las capas sociales dentro de una sola clase media. En Colombia, todos podíamos, debíamos, comer en la mismo plato de los fríjoles con chicharrón y arepa, sin riesgo de alterar el ritmo natural del paisaje. Yo por mi parte estaba más de acuerdo con Mauricio Jagger Naranjo, aunque mi opinión fuera adyacente en alguna decisión final.

Había que refinar el cine colombiano. Sí señor. Teníamos madera para hacerlo. Lina Franco, por su lado, no estaba muy segura, pero sentía el compromiso moral de estar del lado de Paula. El resto del equipo estaba más de acuerdo con los planteamientos de Mauricio Jagger Naranjo. Por fortuna, lo que teníamos sobre el escritorio no era ningún guión de hierro. Infinitas noches pasaría Paula haciendo las correcciones de lo que sería su propuesta como productora. Su propia versión de El Sardino Alkaseltzer.

¿Cómo encontrar un elemento aglutinador en la convulsionada historia de la sociedad latinoamericana? Ello le partía la cabeza a Paula Vélez, y recuerdo haberla visto con grandes ojeras durante los días en que hizo su propuesta de los cambios al guión de Mauricio. "Tal vez dándole algunas características de Road Movie, se pueda reflejar el espíritu pluricultural de Colombia. Este es un género con mucha movilidad y capacidad de penetración", solía decir Paula en aquellos días. Estaba como enloquecida, obsesionada, monotemática. Ella tenía una idea muy precisa de lo que, creía, debía ser El Sardino Alkaseltzer, "si logramos que El Sardino haga un viaje sin alterar la fisonomía

general de la historia, podríamos dar cuenta de la mezcla social, podríamos hacer una película para ricos y para pobres al tiempo; podríamos estar haciendo un clásico, una película universal como las grandes".

- No tiene que ser un viaje largo; puede ser un viaje por la ciudad o un borondo por el barrio. Aquí, vos salís a la calle, y en el granero de la esquina te encontrás con el rico y con el pobre.

- Me parece que estás un poco exagerada y soñadora. Y romántica también- , le dije.

- supongo que así tiene que ser.

- Sí. Pero sin perder las proporciones.

- ¿Cuál es tu motivación para hacer esta película, Alka?

- Yo no tengo motivación. Yo lo hago por descarte. Porque no tengo nada más qué hacer en la vida. Soy un eterno desparchado. Yo estaba caminando cierto día muy tranquilo por la calle, y vos viniste con este rollo de El Sardino Alkaseltzer. Y a mí me sonó primero lo del billete, y segundo, lo de que "todo el mundo te va a querer"; y bueno, aquí estoy, seducido por la idea del estrellato.

- Vos siempre tirándotelas de duro. Pero por dentro sos una almohadita de plumas.

Y entonces empecé a reírme. Siempre lo hacía cuando veía a Paula furiosa conmigo. Aquello me proporcionaba un placer inmenso.

- Aquí viene la "Paula Vélez melodramática" - dije.

- Vos y tus manías aristotélicas de clasificarlo todo y de generalizarlo todo.

- ¡Ah!, ¿yo? Vos sos la que estás generalizando ahora.

- Dejemos que "El Sardino" fluya por sí solo, sin echarle mucha matemática a la sopa.

- ¿Y cuál es tu motivación para hacer esta película?, - pregunté.

- Ya te dije que no quiero hablar del tema.

Silencio.

Después reinició. Estábamos en uno de los cerros altos de la ciudad a donde no iba nadie, y la luz solar hacía que el brillo del día estallara en las hojas verdes de los árboles, tal como sucedía todos los meses del año en Medellín. Desde esa montaña podíamos ver los barrios más alejados como si fueran dibujos diminutos, y las fachadas de los edificios parecían los *backgrounds* en blanco y negro de una caricatura a color. Los aviones

pasaban tan cerca de nosotros, que casi podíamos tocarlos. Aquel lugar era sólo de nosotros. Hasta las personas allá abajo lucían diminutas como hormigas. Paula y yo éramos los pilotos de una nave nodriza llamada "Tierra". Paula estaba tumbada sobre la hierba y yo estaba sentado sosteniendo su cabeza en mis piernas. El viento soplaba y peinaba los prados a nuestro alrededor. Ni siquiera los pájaros podían flotar más alto que nosotros y sobrevolaban a la altura de nuestros ojos como los aviones y las nubes. Traté de desviar la conversación, como me lo había pedido Paula Vélez. Estaba contándole que yo iba con mi cucho a aquella montaña cuando era niño.

- Subíamos trotando por estas laderas. - Le dije.- Mi viejo me contaba historias y cuando llegábamos acá, hacíamos algunos ejercicios de respiración. Él vivía fascinado con el aire puro de este cerro. Luego bajábamos caminando por la escarpada loma y cada mañana le oía decir al cucho antes de abandonar el cerro: "*dígale Adiós a La Cabeza del Fantasma, ¿Si ve que tiene forma de fantasma?"*

Paula echó una mirada global a su alrededor, pero insistió con el tema de "El Sardino Alkaseltzer"

- Yo quiero que en la película se vea, que a pesar de todo lo hábiles que somos pa´ matarnos a nosotros mismos, en Colombia vivimos en la flor de la inocencia.

- ¿Cuál es tu punto?

- Que todavía nos estamos creyendo el cuento de "lo bueno y lo malo", mientras el resto del mundo piensa solamente en el cuento del "dinero".

- Eso pasa en todos los países de Latinoamérica. Pero no creo que seamos "tan" inocentes. Lo que pasa es que somos el reino de la doble moral donde nos robamos a nosotros mismos, a diferencia de las potencias que básicamente se especializan en robar por fuera de sus fronteras, en especial a los países más débiles. Nosotros lo que necesitamos es una conciencia del robo nacional. Ser una patria de ladrones unidos.

- Hablemos de El Sardino Alkaseltzer.

- Lo que querés mostrar es que Estados Unidos se quiere quedar con la industria de los alucinógenos y demás. Éso lo sabe todo el mundo. No hay nada de nuevo en ello.

- Sí, pero nadie lo dice. Y mientras tanto, estos gringos nos trabajan de calle, diciéndole a las güebas de nuestros presidentes, que "la droga esto y que la droga lo otro", pero a los gringos les importa un culo si la droga es buena o es mala. Lo que les importa es eliminar a sus potenciales rivales económicos del plano internacional. Si nuestro producto de exportación fuera la cocaína, nuestra historia fuera otra. No de pobreza, sino de riqueza.

- Eso quién sabe. Porque con esta capacidad de desfalco de nuestros dirigentes…

- Nosotros mismos estamos siendo inocentes al hablar de un secreto a voces.

- De todas maneras, no quiero cruzarme de brazos hasta el día en que los gringos legalicen la droga, luego de erradicar los cultivos en la región andina, para después sembrar sus propios cultivos sobre su propio patio y montar sus propios laboratorios. Si no es que ya los tienen. Hay que ser muy agüebao' en la vida para no pillarse esa jugada. Yo no sé dónde tienen la astucia nuestros políticos.

- Ellos la tienen. Ellos conocen la situación, lo que pasa es que son unos vendidos y el pueblo no deja de ser la misma tribu indígena a la que compraron con espejitos. Nos los merecemos. Ya lo decía el Jaimito, El Cartero, de El Chavo: "*Cada Tangamandapio tiene los dirigentes que se merece*".

El clima era otoñal y la tarde estaba fresca; clara como una mañana de agosto. Pero sin sol. Tal vez el tiempo amenazaba con lluvia.

- Y sin embargo, el whisky es la droga más dañina y es legal.

Paula sacó un cuero y un moño de marihuana de su chaqueta. Lo rascamos, pegamos un bareto, y nos lo fumamos. Los días pasaban presurosos frente a nuestros ojos. A veces comprábamos los cigarrillos de marihuana y a veces los armábamos nosotros mismos. Las dos cosas eran un ritual igualmente importante, y privado, que practicábamos en el espacio más público de todos: en la calle. No éramos los únicos, pues todos nuestros amigos fumaban marihuana en la calle con la naturalidad de quien se agachaba para amarrarse los cordones. Y nuestros amigos no eran pocos, y eran de diferentes tipos. Sin embargo, esta vez estábamos arriba de aquella montaña. Lejos de alguna compañía humana, pero al mismo tiempo, adentro de la ciudad. El ruido, de los carros y las fábricas, era un murmullo sordo de ballenas tristes revolcándose en el fondo del mar, al amparo de la melodía de los vientos del sur. Allí arriba todo era paz y salvación. La eterna primavera cobraba ese aspecto de *slow motion* de las calles citadinas cuando se les miraba desde el aire. Paula y yo empezamos a hablar sobre las cosas que nos dijimos el día en que nos conocimos. Y hablamos sobre el tiempo que llevábamos de amigos, y de alguna manera eso nos calentó. Empezamos a besarnos y a pasarnos las manos por entre las piernas.

- Ya ha pasado una mana'e tiempo desde eso.

- Sí, y todavía no hemos podido empezar a grabar la maldita película.

Estábamos respirando fuerte.

- Me acuerdo que vos estabas parado en la puerta del Éxito.

- Y vos andabas buscando gente para el casting de El Sardino, e ibas con Lina Franco y yo las vi, a las dos, y dije: "*Uy, estas viejas andan enturradas, voy a pedirles bareta*", porque yo también tenía ganas de koliniarme. Nunca voy a olvidar el color de tus ojos.

Estaban rojos por la acción de la traba y te veías hermosa, así, como con la mente en otro planeta. Sonreías y Dios no entendía por qué. Fumabas peche y yo te pedí uno.

Decía aquello sin creerlo demasiado. Lo que pasaba es que quería clavarme a Paula Vélez. Empecé a restregar mis dedos en la vagina de ella y luego quise chuparle los senos, pero encima de la ropa las caricias se sentían mejor. Sus besos eran húmedos y yo me sentía mojado por su saliva rodando por mi cuello y por mi cara. Terminamos uno encima del otro, frotando nuestros cuerpos bluyín contra bluyín sin quitarnos la ropa.

- Pero, esto es sólo una parte del tema que debemos tocar en El Sardino Alkaseltzer.

Jadeábamos y rodábamos un poco por el pasto.

- Me parece que vos querés hacer una de esas películas panfletarias localistas, llenas de alpargatas y canciones de música protesta.

- Y vos querés hacer una de esas películas francesas, llena de reprimidos sexuales que se las tiran de desinhibidos…

- Lo que me jode es que los niños ricos sean los que tengan que contar las historias de los niños pobres.

Yo le pasaba la lengua por el cuello a Paula y Paula me chupaba el mío y a veces me mordía los labios. Logré sacar sus tetas al aire y chupárselas. Ella estaba abajo y yo estaba encima. La tenía dominada. Seguí frotando mi pelvis contra la suya y Paula empezó a gemir de placer. Así que desabotoné sus bluyines y los halé con fuerza y sentí que algo se rasgaba y que un botón se desprendía. Entonces Paula se desnudó totalmente y yo quise lamer su sexo. Ella me retuvo la cabeza y me haló hacia arriba. La besé en la boca y seguí haciendo círculos en su coño. No sabía si chuparle aún más sus tetas o besarla en el cuello, o por todo el cuerpo. Estaba divina y yo la sentía mía.

- Reprimidos nuestros padres…- dije.

- Los tuyos - dijo ella.

Yo estaba desesperado. La sentía húmeda. Nadábamos en la piscina del amor y teníamos sed.

- Reprimidas las comedias latinas, estereotipadas y repletas de implícitas referencias sexuales…-dije-… y de chistes fáciles…- .

- Quitate pues esos pantalones - me ordenó.

Quedamos completamente desnudos y nuestras ropas se habían regado sobre la hierba. Había un tenis allí y unos brasieres allá y unas botas rojas aquí. Desde el aire aquello hubiera sido una hermosa gris fotografía satelital. Sentía el viento frío soplando en mi

espalda. Dos personas se estaban amando en lo alto de aquella montaña. Paula Vélez olía a selva tropical, a tabú. Su piel blanca enrojecida por el sol, sus senos firmes como colinas, sus pezones rosa, casi cafés.

Cuando habíamos acabado, ella recogió un poco la ropa y la puso toda junta, en un solo punto. Permanecimos desnudos acariciándonos y conversando un poco. Podía oler su vagina mojada y quise palparla con mis dedos y la palpé suavemente. Ella acariciaba mi pene y me mojó los labios con su lengua. Luego nos sobábamos la espalda. Mirábamos hacia la ciudad. Paula sacó una botella de ron y empezamos a beber. Girábamos nuestra cabeza constantemente ante el acecho de que alguien pudiera aparecer. Yo tarareaba la canción *Hunting High and Low* y Luego *The sun always shine on t.v.*, ambas del trío sueco A-ha. Pero Paula me regañó por ser tan "previsible y cliché". Le parecía ridícula la obviedad de un hombre ordinario influenciado ciento por ciento por los medios de comunicación. Como yo.

- Lo que pasa es que te la pasás encerrado en las bibliotecas, mirando esos libros de cine extranjero. Deberías volver a salir más a menudo a la calle y echar una mirada a la esquina. La vida se parece más al cine que esa mierda que escriben los críticos. A veces no se en qué codificado lenguaje hablan.

- Yo me la paso en la calle, eso vos lo sabés. Nos conocimos en la calle, ¿no?

- Sí, pero eso era antes. Ahora te la pasás en los barrios ricos de tus amigos, viendo partidos de fútbol y navegando en Internet y escuchando esa música estilizada, mientras la realidad de tu barrio es otra. Vos no sos eso que te muestran en los medios de comunicación. Otra cosa es que no te gustés a vos mismo y querás esconderte, negarte detrás de las imágenes de un puto televisor. Pero yo no voy a dejar que El Sardino Alkaseltzer siga reproduciendo la marginación en la que nos tiene la histeria massmediática. Yo no quiero seguir siendo una invisible.

A lo lejos, se veían las comunas con sus calles desenfocadas bajo el efecto distante del smog, como si un banco de niebla se hubiera posado sobre la ciudad. El espectáculo era realmente hermoso.

- Yo soy un mancito doméstico. Siempre me he considerado más casero que callejero. Lo que pasa es que ahora no tengo un hogar para habitar tranquilamente. Pero en esencia, poco me ha gustado la calle. También sé que fui enviado a este planeta en otra misión.

Era mentiras. Siempre sentía una extraña comezón en los espacios cerrados. Paula Vélez llevaba una mochila de excursión al hombro y ahora estábamos caminando. Era viernes y aquella maleta era con la que Paula pensaba viajar fuera de la ciudad durante el fin de semana, y así, tomarse un break del ambiente urbano. Paula solía escaparse dos veces por mes hacia diferentes sitios. A veces eran pueblitos y a veces eran otras ciudades. Entonces, me dijo que me iba a mostrar su lugar secreto, y empezamos a rodear el cerro. Era una montaña de hierba mansa y con pocos bosques de árboles altos. Nos internamos en un sector de pinos, y la tierra, bajo los pies, se sentía deliciosamente refrescante. Así

que Paula Vélez se quitó sus botas y empezó a andar descalza. Sus pies eran blancos y frágiles y pequeños. Era un sendero estrecho y culebrero con plantas a lado y lado. En el trayecto nos encontramos a un ex-novio de Paula Vélez, quien iba con su vieja amiga de infancia. Paula tenía cierta capacidad de relacionarse con gente que yo solía detestar. Así que me aparté, mientras ella saludaba a su pasado. La conversación se centralizó en la amiga de infancia y entonces su ex-novio se acercó hasta mí.

- Cada tanto vengo aquí para ver morir la tarde.- Dijo.

- Sí – le contesté – tremendos rodajes se pilla uno desde acá.

Resulta que este tipejo era uno de esos estudiantes universitarios romanticones. Y Paula y él acostumbraban a escalar la montaña cuando habían sido pareja.

- ¿Y cuánto llevás de novio con Paula?- me preguntó.

- Yo no soy novio de Paula, - le dije, - estamos saliendo.

Nos despedimos de los amigos de Paula, y seguimos caminando. En un claro de luz, Paula se detuvo, tomamos un trago de ron y luego nos desviamos del camino. Diez minutos después, bosque adentro, llegamos a las orillas de un lago que yo no sabía que existía. A sus orillas relucían hongos de todas las formas y colores, y de todos los sabores también. Comíamos como la Familia Picapiedra devorándose una chuleta de brontosaurio. "Este es mi lugar secreto, mi escondite dentro de la ciudad", dijo Paula. Miré a mi alrededor y había grandes praderas de yerba roja y azul, y verde fosforescente. Grandes pájaros prehistóricos sobrevolaban el lago, y un submarino amarillo emergió de las profundidades del lago. Un gato gigante lo lamía. El submarino permanecía quieto enfrente de nosotros, y tenía pequeñas ventanas redondas por donde se asomaban viejas caras conocidas. Afectos de nuestra infancia. Un lagarto gigante salió de entre los árboles y quiso atacar el submarino, pero el submarino sacó un cañón y eliminó al monstruo. El lagarto fue devorado por el gato y las nubes se derretían como los relojes de Dalí. Luego vino un zeppelín y aterrizó en el lago y dejó algunos litros de vino estacionados en *freeze frame*, hasta que un cursor tipo Macintosh pasó por nuestro campo visual e hizo doble clic en el ícono: "*Yo qué hago escuchando The Rolling Stones a las diez de la noche*". Y el *freeze frame* desapareció.

- ¿Estás viendo lo mismo que yo?

- Sí, los Superamigos vienen en camino, están discutiendo en *El Salón De La Justicia* mientras desayunan sus Corn Flakes.

Entonces el cielo se pobló de superhéroes norteamericanos que llegaron hasta nosotros y compartieron unas cuantas caladas de porro. Todo era muy plástico y colorido. Vimos a los aviones estrellándose contra la ciudad, y a los pájaros que se incendiaban en el aire. El agua del lago se convirtió en pintura rosada.

- Creo que me patió la bareta. O el ron. No sé. No estoy muy seguro. Tal vez el sereno.

- Creo que a mí me patió la vida - dijo Paula Vélez.

Luego, la pintura rosada tornóse en una gran sopa de fríjoles, y Paula empezó a vomitar. Yo sentí unas irrefrenables ganas de cagar y la diarrea vino a través de mis pantalones como una cascada de agua tibia. Sentía que el tiempo se transmutaba en grandes formas octogonales como los paraguas de Fellini. Paula tenía un par de hongos en la mano. Aún los estaba comiendo y los arrojó al lago. Estuvimos tumbados sobre la tierra húmeda por varios siglos y, entonces, Paula empezó a llorar inconsolablemente y a mencionar nombres de gentes que yo no conocía.

- Ey, Paula, no llorés, nena.

- Es que el tiempo se me vino encima. Se me estallaron las hormonas. No quiero llegar a anciana perdiendo la capacidad de sollármela. Quiero que me guste la marihuana siempre, pero al mismo tiempo, me siento culpable cuando pienso en mis padres. Siento que les estoy fallando. Nadie puede vivir de hacer películas en Colombia. Esta sociedad no necesita una artista desempleada más y yo me estoy tirando todos los ahorros de los cuchos en una carrera-hobbie, que no sirve pa´culo.

Paula empezó a hablar de todas sus relaciones fracasadas y, en especial, habló del universitario romanticón con el que venía a ver morir la tarde a ese lugar. Largo recordó los viejos tiempos al lado de su amigo. Sus lágrimas brotaban como en la noche inmarcesible del himno de Colombia, y yo sentía que debía hacer algo, pero no sabía cómo. No sabía qué decir. De alguna manera me estaba sintiendo excluido. Yo creía, y quería, ser todo para Paula Vélez. Fuimos hasta una playa donde el sol brillaba y nos tendimos a disfrutar de los rayos cálidos del mediodía. Y, mientras tanto, nos arrullábamos por el canto débil, murmullo constante del mar. Yo saqué mis libros de Truman Capote y los leí furtivamente, pero Paula Vélez seguía llorando.

- Tengo veintidos años, casi veintitrés, y no he hecho nada en la vida. A esta edad, los grandes artistas ya habían hecho su gran obra. Mi obra en cambio, es una colección de derrotas, excepto por un pinche documental que nadie vio y que se pudre en el baúl de los recuerdos.

- Tenés que aprender a no ser tan severa con vos misma.- Le dije.

Esa estuvo buena.

- Trato de volver a mis padres, pero no puedo.

- Salvate vos, que ellos ya tuvieron su oportunidad. A ellos ya no los salva nadie. Y bien o mal, si no supieron aprovechar su tiempo, no sos quien para devolvérselo.

Pero su llanto se hizo más espeso.

- La vida se me va, y yo estoy condenada a esta ciudad sin esperanzas que me trata como a una extraña. ¡Buuuhhh!

La ciudad se llenaba de smog. Luego, Paula se puso anecdótica, y sus penas oscilaban y se repetían entre las relaciones perfectas que no pudieron ser y la bondad de su familia. ¡Pobre Paula! me parecía tan estúpida e inocente a la vez. Que yo supiera, ella no conocía el verdadero dolor de la desolación ni la humillación. Nadie la había torturado sicológicamente; no conocía la violencia moral, nunca había estado en una cárcel ni nunca había sufrido directamente los estragos de una guerra. Cómo podría escribir un guión con algún valor artístico si pertenecía a esa clase humana donde los mitos habían sido reemplazados por la civilización; una clase que se había alejado de la verdadera y esencial condición humana. Tal vez Paula tenía razón: la clase media, en cualquier lugar, era tan torpe e imbecil. Siempre exhibiendo sus calamidades domésticas a través del cine y la televisión como si fueran tragedias nacionales. Nosotros mismos éramos un subproducto de la clase media colombiana. Nuestras vidas eran tan artificiales que nuestros pequeños dramas cotidianos nos parecían de película. Y con respecto a la filmación de nuestros placeres exquisitos a través de un guión como el de El Sardino Alkaseltzer... aquello era tan inhumano como quien se sentaba a almorzar en las cafeterías del centro de la ciudad, mientras los hambrientos asediaban desesperados en busca de un pedazo de pan; como las películas gringas que iban haciendo gala de la riqueza anglosajona en cada pueblo miserable del tercer mundo donde eran exhibidas: ver a un pobre triste de Mozambique, atestiguando con el estómago vacío la alegría de un rico norteamericano en un restaurante de Midtown, era depravado y desconsolador. ¡Ah! ¡Los gringos! Eran tan *chic* vendiendo sus modelos de vida a través de la cultura de la *no cultura*. ¿Por qué no se limitaban a masturbar su triunfo materialista adentro de casa?, y ¿Por qué la tenían que divulgar alrededor del planeta, cual plaga contagiosa? ¿Tenían un plan maestro para obligar a todo el mundo a que pensara como ellos? En plena fase de la extinción de la verdad, ¿Se creían ellos poseedores de alguna? Nuestro país se debatía entre la miseria y la desesperanza y nosotros insistíamos en hacer guiones al mejor estilo de Hollywood. Y no es que las historias de la clase media nos parecieran políticamente incorrectas. Es que había que ser demasiado diestro para contarlas. Las historias de clase media eran tan difíciles como las películas de *Serie B* o los *American Pies,* porque había que hacerlas especialmente divertidas para que fueran sesudas y pudieran gustar al mismo tiempo. ¡Uno a veces tenía que ver cierta suerte de mierdas!

De repente, empezó a sonar un timbre de teléfono, pero no al modo de un teléfono celular, sino exactamente igual a un timbre de teléfono de los 70´s, donde el timbre suena “ring” y no “piiii”. Decidimos que debíamos contestar, pero no sabíamos dónde estaba el teléfono, sólo oíamos su sonido retumbando por toda la montaña. La arena de la playa era tan blanca como el azúcar. Soñábamos que estábamos dormidos, y que nos habíamos quedado acostados quién sabe en qué noche de nuestras vidas pasadas. Nos sentíamos hechos de plastilina y el sol nos derritió, y entonces tuvimos que esperar a que bajara la temperatura para que nos endureciéramos. Un gran televisor emergió del fondo del océano y nos señaló con sus antenitas. Estaba encendido en Travelling Chanel anunciando un cartelito que decía: *"agradezco al anestesista que me puso la anestesia*

general cuando estaba chico, porque aún, hoy, no me recupero del viaje". Corrimos a lo largo de la playa y en el recorrido nos encontramos con una jauría de dobermans esperándonos al final de un muelle. El televisor se había transmutado en muchos pequeños televisorcitos que nos perseguían con sus bocazas para comernos, o para chuparnos la sangre, y venían en dirección contraria a los dobermans. El timbre de teléfono seguía sonando, tronando en el aire. Debíamos buscar el camino al teléfono para contestar. Quién sabría quién estaría llamando.

Los dobermans nos alcanzaron, nos doblegaron y nos empezaron a morder, pero como éramos de plastilina sus dientes se ensuciaron de azul turquesa y desistieron de la idea, y nuestros cuerpos yacieron esparcidos por la playa. Éramos grandes troncos de plastilina diseminada. Cucarachas venían y se comían el jabón de platos de todas las cocinas del mundo. Alguien sintonizó una emisora en el cielo y estaba sonando una de *Dub Pistols*. Tuvimos que esperar a que los dobermans se fueran y que alguien viniera a reconstruir nuestros cuerpos. Se trataba de un pescador kogui quien buscaba semillas en la playa. Dimos gracias al pescador y nos internamos en el bosque con él. Dijo que la playa no era segura, y que mambeáramos unas hojas de coca que llevaba en su mochila. Mambeamos las hojas y le preguntamos dónde estaba el teléfono que estaba sonando. Nos sentíamos en la obligación de contestarlo. "*Deben seguir la ruta de la flor de las ideas fijas*", nos dijo. Fuimos en busca de la flor de las ideas fijas y en el camino nos dieron ganas de besarnos. El indio Kogui se había quedado atrás. Besé a Paula Vélez y un grupo de militares vino hasta nosotros. No supimos si eran paramilitares o guerrilleros o soldados oficiales. "*Este no es lugar para hacer eso; pueden pasear por la selva, pero no pueden besarse.*", nos dijeron. Intentamos huir pero ellos nos habían apresado para investigarnos. Luego de una exhaustiva indagatoria, llegaron a la conclusión de que no éramos demasiado secuestrables ni lo suficiente sobresalientes en el escenario político, así que nos dejaron ir. La despedida fue bastante emotiva, pues habíamos sufrido del síndrome de Estocolmo y del efecto burbuja, donde uno terminaba enamorado de la convivencia con sus captores, más no de los captores mismos. Antes de partir, les preguntamos por *"la flor de las ideas fijas*" y quisieron fusilarnos. Así que decidimos correr a riesgo de recibir un balazo por la espalda y logramos escapar haciendo eses entre los árboles. Yo llevaba a Paula de la mano, y ellos corrían tras nosotros. Entonces solté la mano de Paula porque pensé que cada uno debía salvarse por sí mismo. En medio de la huída nos encontramos a un niño que jugaba entre los arbustos. Estaba solo y tenía un balón de fútbol a sus pies. *¿"Quién eres*?", preguntó Paula Vélez. *"Soy él*", dijo el niño, y me estaba señalando a mí. Sus padres se hospedaban en una cabaña cercana, y él había salido a buscar a alguien con quien jugar. Probablemente sus padres estaban preocupados buscándolo; porque era la hora de la cena. "Nosotros no podemos jugar contigo", le dijo Paula Vélez, "pues vamos en busca de la flor de las ideas fijas". El niño dijo que había visto aquella flor y nos llevó a una fosa común donde yacían las calaveras de todos los niños de la calle y de todos los indigentes desaparecidos por las fuerzas oscuras de la ultra-derecha. Era como una piscina llena de marfil. Nos zambullimos allí y buscamos la flor, pero no la encontramos, y cuando salimos el niño había desaparecido. Una lluvia ácida mojaba la tierra y el verde de los árboles tornábase púrpura. Alguien desconectó la electricidad y todo desapareció por un instante. Vueltos a nacer, estábamos en una ciudad extraña hecha de masa para hacer arepas. Luis Languis Grisales estaba sentado a las afueras y rasgaba un magazín

cultural del periódico El Tiempo; su regazo estaba lleno de largas tiras de papel y lo saludamos de pasada, porque lo conocíamos de vista durante los ensayos del Sardino Alkaseltzer. Le preguntamos por *La flor de las ideas fijas* y le dijimos que estábamos extrañados, pues nunca hubiéramos imaginado que él gustaba de comer hongos. "*Esta masa tiene queso"*, dijo Lucho. Y entonces empezó a hablar de una banda llamada StrangeCargoHiterland y de otra llamada Frankie Ha Muerto, y de Joy División y su canción *Love tear us apart again*, y de un bar llamado "*Yo voy a donde me inviten*".

- ¿Qué vamos a hacer ahora que nuestros grandes héroes se están muriendo? Tú sabes: *Strummer*, *Harrison*, todos esos…-, pregunté.

- Sólo recordar que la vida puede ser maravillosa con cerveza y mujeres, - contestó Lucho.

- Sí. Supongo que esa es su mejor herencia, - dije.

El teléfono volvía a repicar y el diálogo con Luis Languis Grisales túvose que callar. "*Sigan ese camino*", nos dijo, y nos vimos inmersos en un pasadizo por donde había una hilera de flores de las ideas fijas. Seguimos aquella dirección y tuvimos mucho cuidado de no estropear las flores. Tenían pétalos blancos y gotas de rocío y un tallo amarillo tan largo como el cuello de una jirafa. Eran muchas flores con lunares violáceos, tan idénticas que parecían como una sola flor que se reflejaban la una a la otra, y curveaban a la distancia. Al final, la fila de flores se internaba en un océano de leche y nosotros nos sumergimos siguiendo aquella pista. La leche era deliciosa, pero después era petróleo regado por un buque carguero. Y doscientas treinta y dos brazadas más adelante, era agua salada. Decidimos hacer una apnea y bucear. Paula Vélez me señaló algo en el fondo del océano y fuimos tras ello a través de un abismo marino. El repicar del teléfono se hizo más patente y vulgar, hasta que lo vislumbramos a la distancia y nos arrojamos hacia él. Era grande como un boxeador derribado, y nos demoramos varios años en rodearlo. Pequeñas burbujitas salían de nuestros pies. Empujamos la bocina y lo descolgamos. Había una voz diciendo: "*…Y si tuviera el don de profecía, y entendiera todos los misterios y todo conocimiento, y si todavía tuviera toda la fe como para escalar montañas, pero no tengo amor, nada soy. No sé cuál es mi destino, no sé quién soy, y no tengo la menor idea de dónde vengo"*. Escuchamos detenidamente, y luego la voz se calló y el teléfono empezó a hacer tic-tac, como una bomba a punto de explotar. Volvimos a rodearlo de nuevo en un tour que nos tomaría dos suspiros profundos y descubrimos una carga de dinamita en el panel numérico con un cronómetro en conteo regresivo. Total, que nos alejamos de allí, y vimos a la distancia cómo el cordón volaba en mil pedazos, pero el teléfono quedaba intacto con su bocina desprendida.

Afuera del mar nos encontramos en una ciudad de un futuro muy distante y un teatro al borde de la playa. Adentro del teatro, estaba Dios sentado en las butacas traseras. Estaba solo. Un *home-video* de Marlene Dietrich se proyectaba en la pantalla. Un Martini imperaba a su lado. Paula Vélez y yo entramos y nos paramos en frente suyo, sobre el escenario. El chorro de luz salía del proyector y nos daba en la cara como en un interrogatorio.

-Dios, aquí estamos.

- Vosotros, ya lo sabéis. - Dijo Dios. Nos trataba con mucha paciencia. Hablábamos mientras veíamos la película y nuestras cabezas se veían en contraluz, como tres bolitas negras sobre un fondo electromagnético de imágenes a blanco y negro. - Ustedes sois cineastas. Por éso sois privilegiados.

- ¿Cuál es tu respuesta, Dios? - dije.

- Tú sabes- dijo Dios.

- ¿Qué?, - Dijo Paula Vélez.

- Yo también estoy haciendo mi propia película.

- Pero te está quedando un poco... bizarra – dijo Paula Vélez.

- La vida existe con todo su dolor para que nosotros, los videastas, tengamos argumentos suficientes y podamos dar cuenta de la belleza del mundo. Ustedes sabéis más que yo: sin dolor, no hay drama. Este rollo sería demasiado aburrido sin problemas.

De repente, yo rompí a llorar y las piernas me fallaron y caí de rodillas en el suelo. Era un dolor inconsolable, algo que me salía desde el fondo del alma. "¡Ahhhh!" Mi cara estaba vuelta lágrimas. Dios se miró extrañado con Paula Vélez, "*¿Qué le pasa*?", preguntó. "*No sé*", dijo Paula y me agarró de un brazo tratando de ayudarme a que me levantara, pero yo no podía parar de llorar y seguía arrastrándome por el suelo como una rata herida de muerte. Dios trajo un vaso de agua y me lo dio a beber, *"no sé qué se hace en estos casos"*, dijo. Así que yo me incorporé y Dios volvió a sentarse en su butaca de la última fila. Esta vez, ya no veía *home videos* sino a las modelos del canal británico Full Frontal Fashion.

Salimos de allí sin mirar atrás y sin despedirnos de Dios, un poco enojados la verdad. Pero cierto tiempo después, cuando volveríamos a pasar enfrente de aquel teatro, veríamos un cartel en la entrada que decía:

TEATRO PÚBLICO
"Si no llaman a mi puerta, sabré que sos vos".

Seguimos caminando y entramos a aquel bar junto al muelle. Adentro había un televisor con la imagen de Warren Beaty y también había un grupo de música suramericana tocando *El Cóndor* con quenas y flautas hechas de bambú. Era un Primer Plano y luego un Plano Americano y luego un Plano de Busto. Warren Beaty era un mancito muy teso que se había envejecido de un día para otro. La última vez, que lo habíamos visto, estaba

repartiendo puños en Dick Tracy como si tuviera quince años. Ahora estaba en la ceremonia de los Oscar, más arrugado que una uva-pasa, recibiendo un homenaje al merito. Warren decía, en su discurso de agradecimiento, que para él los amigos lo habían sido todo y que lo agradecía públicamente y que cualquiera se merecía una segunda oportunidad en la vida. Paula Vélez empezó a señalar a la superestrella norteamericana y a decir, "¡Dios mío! Warren Beaty, ¡como estás de viejo!", quién iba a pensar que el protagonista de la imperecedera *Bonnie and Clyde* iba a envejecer. El indio kogui apareció atrás de nosotros y dijo: "¡Diablos! Uno no se arruga tanto de un día para otro. Tienen que pasar muchas cosas en la vida para uno terminar así". Una población de gatos había crecido considerablemente a nuestro alrededor. Caminamos un poco por la playa y los gatos nos siguieron. En la playa vimos varios restaurantes con vista al mar y decidimos tomarnos una cerveza Águila en uno de ellos. En el menú se servía carne de gato en diferentes formas. Una señora gorda se comía el plato del día en la mesa contigua: sopa de gato y arroz con tortillas de gato apanadas. Encima de la mesa, un gato entraba y sacaba su hocico del plato de la señora gorda, mientras nosotros veíamos a *Warren Beaty* en diferido.

Luego Michael Kane salió al escenario, todavía más arrugado que Warren. Michael se puso a llorar al igual que Pedro Almodóvar y que Phil Collins, ganador del Oscar a la mejor canción. Aquello parecía un festival de magdalenas. A Paula Vélez también se le iban a salir las lágrimas, pero el indio Kogui le dijo que fresca, que todo hacía parte del libreto, que esos manes eran unos timadores y que le manejaba las emociones a uno a través de técnicas preestablecidas. Que era su trabajo. Que para algo se habían entrenado toda la vida.

El que sí estaba muy sonriente era Kevin Spacy. Kevin estaba tan sonriente como los gatos que se paseaban de mesa en mesa, subiéndose a los comensales de aquel restaurante hasta el cuello. Luego la transmisión se fue a break de comerciales y el dueño del restaurante cambió de canal. Pasaban un partido de la Selección Colombia y yo le dije al Kogui, "Ey, qué tal si vamos mejor a buscar putas, este juego ya lo vimos". Paula Vélez no estuvo muy de acuerdo, pero al final nos acompañó. De alguna manera le intrigaba este tipo de aventuras.

La nube de humo, que había llegado al cerro El Volador, tornábase más espesa. Al principio, manifestábase como un olor un poco dulzarrón y como un leve temblor en el aire, como cuando el calor cobrizo del mediodía azotaba el pavimento triste de un aeropuerto. Después, la nube de humo era como una melancolía, una extraña nostalgia del futuro, la sensación de que, tarde o temprano, la materia iba a pasar de un estado a otro. Mirábamos hacia la ciudad con un par de binoculares que Paula Vélez siempre cargaba en su maleta de camping. El aire sabía a Polvo Royal. Notamos cómo la nube de humo originábase en las ventanas de los edificios del centro y se metía entre los embotellamientos de los autos y jugaba por los bosques del Jardín Botánico, y marchábase a mascullar sus penas a los confines de la ciudad, entre fábricas y deshechos químicos que caían al río, y entre ventas de sandía al lado de las carreteras. Era una nube de humo que lo cubría todo y nos llenaba de calma y libertad. Se había depositado en la superficie de las cosas como un banco de niebla sobre el mar. No era ese humo de

marrano chamuscado tan común en las fiestas navideñas de nuestros barrios, ó ese humo de incendio newyorkino. Era un humo sagrado, humo de canción. Humo de pensamiento acertado. Humo de indígena huitoto o de indio Kogui.

Alguien nos había dicho que unas putas andaban por los lados del bar llamado *Primavera, Porno y Mentiras*, el cual quedaba en el corazón de la selva.

- ¿Por qué querés buscar putas?- me preguntaba Paula Vélez.

- Ah, es sólo curiosidad antropológica; vos sabés, pura arqueología del lugar. En realidad no necesito ningún contacto físico… además te quiero a vos.

Las putas estaban defendiendo a las ardillas porque los gatos se las iban a comer, así que no estaban de turno. Total, nos desviamos en el camino y entramos a una exposición de fotografía de unos manes caza-marcianos, que cada tanto subían al cerro para tener encuentros del tercer tipo, pero que se habían extraviado alguna vez como nosotros y se habían quedado viviendo en el morro. Decían que venían buscando también la flor de las ideas fijas, pero que no habían tenido tanta suerte como nosotros. Estuvimos viendo la exposición por varios minutos; y por un momento, Paula y yo nos separamos. Salí a buscarla por toda la montaña, pero no la encontré. La nube de humo había dominado los rayos del sol y ya las putas habían desaparecido quizá entre las brumas. Estando en medio de la oscuridad, sin saber dónde podría encontrar a Paula Vélez y sin saber qué camino tomar, un mar de voces vino hasta mí y me quedé allí, en el medio del bosque, sin otro remedio más que el de escuchar y escuchar.

SIETE

"A veces el encanto disminuye cuando se acerca demasiado a la realidad. Ahora, después de haber visto hacer la película, éramos, de algún modo, diferentes. Nunca volveríamos a pensar o hablar de la misma forma. Ahora sabíamos algo más, pero el significado de aquello parecía muy borroso e incluso, tal vez, un poco, desagradable."

CHARLES B.

Al despertar, la montaña estaba oscura. Paula y yo estábamos desnudos y estábamos tiritando de frío. Sacamos ropa limpia de su morral y nos la pusimos. Abracé a Paula y ella recogió su cuerpo junto al mío. Las luces de la ciudad titilaban a lo lejos.

- Somos amigos hace muy poco tiempo. Pero yo siento que vos me conocés como nadie. Vos lo sabés todo de mí.

A mí esta clase de evocaciones me parecían un poco cursis, la verdad. Pero hice silencio, mientras Paula continuaba con sus nostalgias:

- Nunca voy a olvidar el día que nos conocimos. Habíamos ido a mercar moño al "*Barrio*" y salimos con mis amigas. Yo tenía una falda negra y unos tenis Adidas sin medias y una esclava tejida a mano por mí misma. Estrellé el carro de mi papá en el *round point* de la Aguacatala y no volví a mi casa hasta el otro día. Habíamos dejado el Lada en la casa de Isabel y nos fuimos a dar vueltas en el Chevrolette de ella. Mi papá llamó a la mamá de Isabel y la mamá de Isabel nos hizo el "cuarto", diciéndole que yo iba a salir a comer con ellos en plan familiar. Al otro día, les dije a mis cuchos que había dejado el carro en el parqueadero de La Villa cuando fuimos a cenar, y que alguien me lo había chocado mientras tanto, pero que yo no me había dado cuenta. Tú estabas muy callado aquella noche, pero recuerdo que fuimos a comer perros calientes a la 70 con San Juan, donde Emilio.

Ahora recordaba. No teníamos plata e Isabel pagó. Bajamos hasta la Avenida del Río y nos dirigimos hacia el Poblado. La autopista estaba congestionada y nosotros muy borrachos. Nos bajamos a tomar aire mientras se despejaba el trancón, y nos empezamos a besar a la altura del Puente de los Ahorcados, pero llegaron un par de pintas en una moto y nos bajaron de documentos y de relojes. Había sido la colgada del siglo. Fuimos a

poner el denuncio en la permanencia de Belén, y mientras esperábamos a que nos tomaran el testimonio, Paula me echó el carretazo sobre mi papel en "El Sardino Alkaseltzer" y me habló de todo el proyecto. Era una sala con luz de neón blanca y una sola silla. Ella estaba parada y yo estaba sentado. Isabel esperaba afuera, en su carro, y escuchaba *Fito Páez* en la radio, y luego nos habíamos ido a bailar salsa, esa música siempre retrograda, anclada en el pasado sin importar que ya los Beatles y The Clash y Nirvana y Metallica hubieran venido a enterrarnos y a cambiar las cosas definitivamente.

-¿Cómo te podés acordar de todo esto? – dije.

Paula me besó.

- Definitivamente, sos mi memoria perdida. – Rematé.

- Después te desapareciste del mapa. No volviste a llamar ni nada, pero yo te volví a ver, quince días después, en el parque del Poblado. Tenías tus pantalones de camuflaje y te estabas fumando un bareto. Yo me acerqué y te dije: "Ey, chico camuflado: dame humo". Vos me pasaste el joint, me miraste tristemente, me encendiste el cigarro que se me había apagado, y me dijiste: "Ey, nena, ¿Cuál es tu problema?". ... Nunca voy a olvidar esa mirada; lo juro.

-Soñé con vos hace unos minutos en medio de la traba. Estábamos en esta montaña y vos te me perdías. Estuve muy triste.

- ¿Y qué pasó?

- No sé. Mucha gente empezó a hablar y de repente todo se oscureció. No recuerdo más, excepto que estaba muy preocupado por vos.

- Fueron los hongos. Te sacan todos tus miedos.

Paula Vélez se estaba calzando sus botas rojas de boxeador.

- Creo que me tengo que ir. El último bus de Guarne sale a las 9. Además ya es tarde y este morro es peligroso. Esto es un botadero de muñecos impresionante. Todas las mañanas aparecen dos o tres enmaletados con un tiro en la cabeza.

La piel de Paula era blanca y sus senos brillaban con la luz de la luna. Bajamos hasta la orilla del lago. Paula se enjuagó la boca y la cara. Recogió algunos hongos para meterlos en su mochila. Un banco de niebla se había posado sobre la superficie del lago. Empezaba a sentir un frío bastante helado y me di cuenta que mi verga tenía una erección. Quise acercarme a Paula y besarle el cuello y Paula reaccionó apropiadamente. La tenía abrazada por la espalda y empecé a desabotonar sus bluyines y a masturbarla con mi dedo del corazón. En aquel tiempo creía que el sexo debía ser como en las películas pornográficas y hacía el amor bastante torpemente. Creo que en aquella ocasión Paula no estaba disfrutando de la violencia de mi dedo en su clítoris. Una bandada de soldados

apareció entre las sombras y nosotros paramos el acto sexual de inmediato. Los soldados nos estuvieron interrogando por un rato, nos pidieron los documentos de identidad y nos dijeron que mejor nos fuéramos del cerro. En sus solapas se veía el escudo de la Cuarta Brigada. Hicieron que Paula Vélez abriera su maleta y estuvieron requisando cada bolsillo de su *Northface*. Todos sabíamos que lo hacían no más por joderla, o por justificar su uniforme, porque Paula no era precisamente del estilo mujer-cualquiera. Evidentemente estaban encantados con su belleza. Paula Vélez era una mujer que transmitía mucha decencia y educación, y respiraba cierto aire de buena crianza. Sus maneras y el trato con los demás eran de lo mejor; además tenía esa forma de tocarse el cabello que enloquecía a cualquiera. Al final los pelaos' de la Cuarta Brigada encontraron un bareto, y los hongos, y medio pase de cocaína, y se lo dejaron para sí; no sin antes sermonizarnos con la cantaleta de la ilegalidad de las drogas y esas cosas.

Todo parecía indicar que en aquel morro había movimientos de artillería en las últimas noches. Hacía poco, un disparo de bazuca había impactado las instalaciones de la Cuarta Brigada, y según versiones oficiales, la escaramuza se había originado desde allá. Por eso estaban los soldados patrullando.

¡Qué tanto había cambiado "La Cabeza del Fantasma" desde que mi viejo y yo íbamos a trotar por sus praderas! Ya no era esa montaña a donde los madrugadores iban a hacer deporte, y los propietarios de unas cuantas vaquitas las llevaban a pastar, y a donde iban las sectas pacifistas a hacer contacto con los extraterrestres. De vez en cuando, encontrábamos vestigios de alguna noche de amor, como latas vacías de cerveza, y cuscas de cigarrillo, y revistas de la Billboard, y condones y esas cosas.

Todo eso había sido reemplazado por soldaditos de acero.

- Culicagados. - Dijo Paula cuando íbamos bajando hacia la ciudad,- son útiles para matar y sin embargo creen todo lo que les dicen.

- Pobres güebones. Son tan inocentes- dije yo, - se creen los putas vestidos de sapos. Ojalá ese bareto y ese perico les alcance, porque la noche es larga.

Paula Vélez tenía planeado viajar al municipio de Guarne, a las afueras de la ciudad. Allí un amigo suyo tenía una finca, donde algunos estudiosos del fenómeno Azteca hacían un ritual llamado Temazcal. Se desnudaban y se metían a unas chozas construidas por ellos mismos, y ponían a hervir piedras al rojo vivo bajo la tierra, y dejaban que el vapor de las piedras hirvientes les elevara la temperatura del cuerpo hasta niveles insoportables, mientras practicaban letanías y gritaban en voz alta sus traumas. Luego salían al aire libre y se tiraban un baldado de agua fría entre sí, y se quedaban tumbados sobre la hierba por horas, mirando el cielo estrellado del oriente antioqueño. Al final se metían a la casa y se desplomaban en las camas, totalmente exhaustos. Paula decía que aquello le ayudaba a lavar sus toxinas espirituales acumuladas durante el mes, pero a mí me parecía que aquello era un pretexto más para escaparse. A Paula Vélez su vida cotidiana, sencillamente, le parecía insoportable. Tal vez por ello vivía en un estado permanente de inquietud. Tomaba pastillas cada mañana e iba de bar en bar cada fin de semana. En los

periodos de vacaciones, Paula trataba de hallar los lugares más apartados del país para desaparecerse por varios meses. Había una increíble dosis de sinceridad en la actitud de Paula Vélez. Lo que para otros era una excentricidad de su inestable personalidad, para mí era perfectamente normal. Paula Vélez expresaba algo cierto, ese factor X de desesperación que la sociedad disfrazaba, y esto era el tedio y el agotamiento existencial de las nuevas concentraciones urbanas.

Así que nos dirigimos hacia la terminal de transporte. Insistí en acompañarla hasta que el bus partiera, y ella compró dos tiquetes de bus.

- Qué pena, Paula - le dije - pero no puedo acompañarte. Tengo cosas que hacer en la ciudad.

- No. Si el otro ticket no es para vos.

Hice silencio y me sentí un poco avergonzado. Después me puse a preguntarme, en mi fuero interno, para quién sería el otro tiquete. Pensar en cosas confusas, como esas, me hacía sentir excitado y vulnerable. No quería albergar ni la más mínima posibilidad de sentirme celoso ni romántico. Sentía que los tiempos no estaban para eso. De repente sentí que tenía de nuevo una erección. Estábamos sentados en las bancas de una sala de espera y empecé a besarle el cuello a Paula Vélez y a acariciarle su mano. Todavía faltaba una hora para que su bus partiera. Así que decidimos buscar un lugar para hacer el amor. En el trayecto Paula me entregó su versión corregida del guión de El Sardino Alkaseltzer. Quería que yo se lo entregara a Mauricio en la reunión regular de la película.

De alguna manera, estaba lamentando no acompañar a Paula a su temazcal en Guarne.

Lo primero que encontramos abierto fue la iglesia de la terminal de transportes. Todo era muy limpio. Una de esas limpiezas que se pueden oler. No había nadie allí, excepto el eterno Cristo Jesús, crucificado y colgado, enfrente de nosotros. Empezamos a besarnos y Paula se sentó sobre mí, al estilo cangrejo; “La licuadora”, que llaman. Yo le decía que quería desnudarla, pero ella me decía que lo hiciéramos con la ropa puesta, pues se trataba de una iglesia. Estábamos bastante jadeantes cuando entró una pareja de ancianos viajeros y se sentaron en las bancas de atrás.

- Está empezando a venir la gente para la misa, - dijo Paula.

Salimos de la iglesia, porque los viejitos habían empezado a mirarnos fijamente sin ninguna reacción, con esa mirada inexpresiva de quien está más del lado de la sabiduría y de la comprensión de la muerte, que del lado del escenario del amor incoherente y vital. Fuimos a un baño público y tuvimos que pagar al portero tres mil quinientos pesos para que nos dejara entrar, juntos, a un mismo baño. Pero al parecer, el portero tenía prejuicios e hizo llamar a un guardia de seguridad. El guardia de seguridad nos hizo salir antes de que empezáramos a desnudarnos. Aunque el portero de los baños quedose con los tres-mil quinientos pesos.

Seguimos besuqueándonos por los pasillos, pero la gente empezaba a gritarnos cosas de repugnancia cultural y los guardias venían y nos separaban como a dos perros que se habían quedado pegados después de copular. Besarse en la calle era un pecado. "¡Págale pieza, págale pieza!" nos gritaban, "¡A bañarse cochinos!".

Si hubiera sido París, besarse en la calle hubiera sido un lujo digno de aplaudir, pero estábamos en Medellín, una ciudad tan americana y pacata como esta misma Nueva York. En aquel entonces, tenía dos esquirlas de cristal incrustadas en el corazón. Ahora tengo tres. Una de ellas era Medellín y otra era Paula Vélez. Creo que aquel día empecé a sacarme la de Medallo. Paula Vélez y yo corrimos y nos tomamos de la mano mientras llegábamos de nuevo a la sala de espera. En el fondo, yo esperaba que ella me pidiera que la acompañara en su viaje. Pero Paula fue hasta un teléfono público e hizo un par de llamadas, y después volvió y se sentó a mi lado. Yo me estaba haciendo esperanzas; ella tenía dos tiquetes en el bolsillo. Hicimos silencio durante cuatro canciones que sonaban por los auto-parlantes; compramos algo para comer, almojábanas y café, y cinco minutos antes de que arrancara el bus, apareció un sujeto que yo nunca había visto antes. Llevaba un morral a sus espaldas y tenía el pelo largo y botas de cuero de culebra. Caminaba como un puntero izquierdo del Boca Juniors. Se acercó hasta Paula Vélez y la saludó con un beso en la boca. Paula Vélez me lo presentó como a un amigo y luego empezó a despedirse de mí. Paula se miró a los ojos con el puntero izquierdo del Boca y sonrió levemente.

- ¿Nos vamos? - dijo.

- Vamos - respondió el mechudo.

Paula Vélez me dio un beso en la mejilla, "*Gracias por todo*", me dijo, y dieron media vuelta y se largaron con dirección al bus. Yo me quedé parado, mirándolos, viendo cómo se montaban al bus, e intenté marcharme de allí. Pero después me devolví y me subí al pullman antes de que se fuera. Paula, de alguna manera se sentía culpable. Las circunstancias no estaban para haber dicho gracias.

Hice que Paula se bajara del bus y me explicara lo que estaba pasando.

- Nada. Yo no tengo nada qué explicarte; Sebas' sólo es un amigo que quiere acompañarme a esto del temazcal. El lunes hablamos.

Me reí. Pude enojarme, insultarla, o patiarla, arrastrarla de los cabellos como lo hubiera hecho mi padre con mi madre, como lo hubiera hecho un latinoamericano del montón, pero me reí. Quería romper esquemas; parar de reproducir modelos malditos de nuestra cultura. Y quién sabe si a Paula Vélez le hubiera gustado una reacción de este tipo en su momento. A las mujeres enamoradas parecía fascinarles, pero era preciso luchar contra las expresiones demasiado pasionales, tan inadecuadas para los tiempos que corrían. Me estaba odiando a mí mismo por estar materializando una escena de celos de las que había temido por lo patéticas y de las que no daban a lugar en el tipo de relación entre Paula y yo. De alguna manera, sentía que le estaba haciendo reclamos a una especie de amiga con

la que había establecido vínculos como de hermana y madre, pero con la que de vez en cuando me acostaba. Era víctima de mi propio invento, pues yo era el autor de este desastre. No quería romanticismos en mi vida ni rollos pesados, pero estaba ilusionado. No era la forma de relacionarse con una mujer como Paula. Ese era mi error. Siempre terminaba enrolado en grandes tragedias emocionales que me dejaban al borde de la destrucción por la forma equivocada en que me entregaba a los afectos.

Mejor dicho: estaba haciendo pucheros en vez de hablar.

- Yo te puedo acompañar. - Le dije.

Paula me miró largamente a los ojos. Era una mirada de desconsuelo. No era elegante. No era digno. No era nuestro estilo. Hasta dónde podía llegar una melodía descontrolada, un desgarrarse el pecho, un apego demasiado sentimental por la vida.

"*El lunes hablamos*", me dijo. Y se fue.

Así eran los días con Paula. Por un momento eras el rey del universo, y dos segundos después, ella misma te ponía los pies en la tierra, te recordaba que no somos más que un puñado de polvo estelar arrojado en un viento demasiado cósmico. Arrastré mis pies. Me sentía desolado. Como si no tuviera fuerzas para sobrevivir sin Paula. Yo; que era el rey de la soledad y la auto-suficiencia. Maldito el día en que uno se reconciliaba con el mundo. Fui a la casa de mi madre. No tenía dinero. De alguna manera esperaba que Paula llamara. De alguna manera mi estabilidad sicológica dependía de ella y no me explicaba nada de lo que no había sido hecho para entender. Pero Paula no llamó sino hasta el otro día. La ciudad se revolcaba entre la euforia y el escapismo. Y yo me quedé caminando y pateando piedras por las calles del barrio, con las manos entre los bolsillos, viendo a las estrellas fugaces estrellarse contra la nada. Y/o extinguirse en el firmamento.

OCTAVA PARTE

Al otro lado de la mañana

Dos años después, en la casa de mi madre, sin un peso en el bolsillo, sin trabajo, sin el revuelo causado por la popularidad del Sardino Alkaseltzer; sin direcciones en mi vida y con una suerte de oso perezoso pegado a mi espalda, yo me estaría acordando de aquel viernes, cuando Paula Vélez y yo comimos hongos e hicimos el amor sobre una montaña, para inmediatamente abandonarnos en la terminal de transporte. Ella habíase ido a Guarne con un mechudo. Muchas cosas habían pasado desde entonces. De aquella semana, recordé que el guión de Paula Vélez había causado un gran revuelo en la reunión periódica de la producción de la película. Aunque Paula no había estado allí para sustentarla, la propuesta se discutió largamente. Paula, mientras tanto, pasaría una semana de temazcal en el municipio de Guarne y yo presentaba su guión a toda la tropa.

Así era Paula; le gustaba ausentarse en los momentos claves de la cinta.

... "... ALKASELTZER comparte con sus compañeros de A.A. y da cuenta de sus progresos en la lucha contra el alcoholismo, cuenta la historia de su EX NOVIA y dice que si la hubiera vivido cuando bebía, hubiera reaccionado de forma violenta. ALKASELTZER entra al café donde están su AMIGOS y su EXNOVIA. ELLOS se asustan y ALKASELTZER se les sienta en la misma mesa. Les indaga por su relación (ellos le dicen que llevan varios años en las mismas), ALKASELTZER finge enojarse, saca el revólver lo pone sobre la mesa. Minutos de silencio, todos miran el revólver, y luego ALKASELTZER sonríe y les dice que todo está bien, que no hay rencores, que no tienen que seguir manejándose en secreto ante él y se va del café. ELLOS dos se quedan sentados en silencio mirando el revólver que ALKASELTZER (ALIRIO) ha dejado sobre la mesa. Vemos a ALKASELTZER trabajando en su guión, escribiéndolo a mano en los parques de la ciudad y en las bibliotecas y en las cafeterías. ALKASELTZER (ALIRIO) llega hasta la terraza del centro comercial donde están reunidos sus amigos y les cuenta la noticia de que se ha ganado el concurso de guiones para producir la película y les propone que trabajen con él en la producción. Todos celebran. Vemos a ALKASELTZER (ALIRIO) cantando una canción de Diomedes Díaz a través del karaoke.- ALKASELTZER (ALIRIO) trabaja en su película junto a sus amigos, hace castings con una handycam. - ALKASELTZER camina totalmente borracho por la calle. Es exactamente la misma escena del principio de esta historia. Lleva un vaso desechable en la mano lleno de cerveza. La cerveza se le riega en el pavimento. ALKASELTZER va haciendo eses en su recorrido y tiene dificultades para mantener el equilibrio. ALKASELTZER da tres pasos y se devuelve dos. De fondo, escuchamos una canción de Claudia de Colombia.

FADE OUT - FADE IN-

***EPÍLOGO**:*

Alkaseltzer atraca una farmacia. ALKASELTEZER asesina a un político. ALKASELTZER es asesinado en las calles de Miami mientras trata de coronarse un cruce. FIN - SUBEN CRÉDITOS -FADE OUT...".

El planteamiento de Mauricio Jagger Naranjo, quien escribiera el guión original, era que Paula ventilaba temas demasiados trillados en su versión de El Sardino Alkaseltzer. Sin embargo, Lina Franco saldría en defensa de Paula diciendo que en el cine no importaban tanto los temas como el tratamiento de los mismos, aunque en lo personal Franco prefería dejarse de inventos y hacer un remake de *Hurricane Streets*; a su modo de ver, una película magistral que se acercaba bastante a lo planteado en "El Sardino Alkaseltzer".

Y de verdad que la propuesta de Paula era bastante depurada desde un punto de vista formal. Finos claroscuros; delicados emplazamientos de cámara; cuidadoso manejo del timing; justificados montajes paralelos: precipitados y progresivos cortes al mejor estilo de Einseinstein. Pero, al mismo tiempo, edición sosegada dejando que los actores salieran de cuadro en cada toma; aclaraciones técnicas al margen, como: "*...tener en cuenta que los actores no deben proyectar la voz al estilo dramaturgia teatral; en este guión los actores deben dialogar para el micrófono...*" o "*... la cámara se debe mover para los actores, y no los actores para la cámara...*" "*...tener en cuenta que los otros actores, a pasar por casting, deben ser muy inteligentes, y sobre todo, muy ilustrados...*"; el guión de Paula, aunque bastante neófito, exhibía una adecuada utilización del recurso del video-clip desde el punto de vista musical; respeto por el género del Road Movie: "*…estaciones de gasolina. Llamadas a casa. Fotografías. Conversaciones en la alta autopista. Despedidas. Asaltos a mano armada…*", tempos de oído, silencios visuales, sonidos ambientes; cero zooms, cero ralentis o delays, y ni un solo freeze frame.

Pero quienes conocíamos a Paula, sabíamos que ella no se había propuesto esta exhibición de dominio técnico. A Paula le interesaba transmitir ideas, significar una premisa, dar su propia visión del mundo y opinar sobre las cosas. El mensaje era su medio. Ella no creía en el solle por el solle. Lo que sucedía, era que Paula Vélez llevaba el cine por dentro y no se preocupaba en absoluto por esa diferenciación nefasta entre forma y contenido. Paula Velez, como Charly con la música, como Pablo con el crimen, filmaba lo que le salía del corazón. Sólo prendía el VTR de su imaginación y ¡plaf! , vertía todo aquello en el papel. Ahora lo puedo decir. Aunque en aquella época ignorábamos, en mayores proporciones, el esplendor de aquella cinéfila solitaria quien asaltaba la oscuridad de los teatros, en las horas desiertas, donde todas las butacas del mundo permanecían abandonadas.

Al final, se fusionarían los estilos de Mauricio y Paula. Entre tanto, vendrían muchas más reuniones, deserciones, conspiraciones, suspicacias, gritos, insultos, romances y todas esas sub-tramas que se suscitan en el backstage de las películas.

Otras noticias se suscitarían, mientras tanto, en aquella reunión. Mauricio había recibido una propuesta para irse a trabajar en una programadora de Bogotá. Viajaría a entrevista el próximo fin de semana, pero de todos modos daba su palabra de que regresaría a dirigir la película, aunque no se comprometía a estar en la edición ni en la premier. Mauricio sabía que muchas cosas se movían con su decisión; la película peligraba sin su total presencia y, esto, a él, lo sumía en cierto tipo de placer, pues a Mauricio, de vez en cuando, le gustaba picárselas de aletoso. Él sufría de ese síndrome que no dejaba progresar al cine colombiano. Pertenecía a esa ralea de directores estrellitas, que sin haberle ganado a

nadie, ya se sentían unos genios; ese tipo de artistas que se cortaban una oreja veinte años antes de convertirse en Vincent Van Gogh, sin saber, como decía Hemingway, que humildad, disciplina y trabajo, son el secreto del oficio. Yo pensaba en todo esto hasta donde me daba mi entendimiento, que en aquel entonces era muy limitado. Y grandes temores me asaltaban por la suerte del Sardino Alkaseltzer. Para acabar de ajustar, Camilo, el gaffer, también anunciaba que se iría a San Antonio de los Baños, por dos meses, a estudiar Dirección de Fotografía. Era una perdida lamentable, pues Camilo sostenía todo el andamiaje eléctrico de la producción. Además también metía mano en grandes decisiones conceptuales con ideas bastante traviesas y brillantes. Hubiera querido decirle a Camilo que “El Sardino" sería un objeto cultural de permanencia en el tiempo, pero en el fondo, ninguno de los que estábamos allí hubiéramos dado un solo peso por lo que estaba escrito en ese guión. Sólo nos urgía la goma de hacer cine y eso Camilo lo sabía. Y entre Medellín y Cuba, Camilo "prefería descacharse en la isla, lejos del monitoreo de sus padres”; me lo dijo después, mientras tomábamos tinto en las cafeterías de La Pontificia Bolivariana. Lina Franco, entonces, aprovechó la coyuntura y expresó que se sentía sobrecargada con la producción y que estaba gastando dinero extra, la propia plata que le daba su padre para los algos. Así que requería más plata del presupuesto. Mauricio, quien se había coronado un patrocinio millonario de Pizzas Píccolo, a título personal desembolsilló trescientos mil pesos y se los dio a Lina. Lina, de todos modos, se sentía indispuesta con el clima de trabajo, la actitud de Mauricio le olía mal como a todos los demás, y por otro lado, estaba escribiendo un guión a dos manos con Paula Vélez para las becas del ministerio, y de alguna manera, lo que estaba buscando era un pretexto para renunciar, pues la fecha límite del certamen se acercaba. Gustavo, el camarógrafo, por su parte, había borrado parte del casette del casting. Era la época de la edición análoga y le había metido un ensamblazo al material, cuando, a lo correcto, debía manipularlo por *Insert*. Dijo que ahora en adelante iba a seguir usando más a menudo el *Preview*. El silencio de Maria Teresa, la script, por su parte, también transmitía malas nuevas. Creía que Mauricio viajaba a la capital no sólo en plan de trabajo. Desde una mañana cuando alguien le contó, en el Studio de la Universidad de Antioquia, que Lina y Mauricio hablaban más de la cuenta por teléfono, no había vuelto a confiar en él y de alguna manera se enrarecía el ambiente cuando se encontraban los tres en un mismo lugar. Como siempre, los celos hacían obrar su poción maldita, y he aquí, donde he de explicar a grandes rasgos el fenómeno del *Fuera de Campo*: María Teresa celaba a Mauricio por algo que se imaginaba, por algo que no se veía en la pantalla; nunca los había visto juntos, nunca había escuchado de viva voz las presuntas conversaciones telefónicas; sólo podía dar cuenta de cierto intercambio de miradas durante la reuniones, pero no más. Del resto, todo eran puros rumores, pura voz en off. Pero María Teresa se había empecinado en que Mauricio Jagger Naranjo y Lina Franco tenían un affaire. El clima de pre-producción, pues, cobraba cierto brillo de conflicto al interior de El Sardino Alkaseltzer.

La voz en off es la voz de Dios

Ahora, dos años después, habíamos terminado "El Sardino" y yo estaba de nuevo en la casa de mi cucha, en un punto cero, incluso más abajo desde donde había empezado. Mis meditaciones me decían que la vida definitivamente no era como la televisión. Había perdido toda esperanza de encontrar aquellos paraísos del *Infinito Chanel* de mi infancia. La tevé era una simple ilusión coherente. La vida era caótica. Todos los sueños de vivir una vida como la que planteaban aquellas películas de los martes-cuatro-y-treinta de la tarde, donde me refugiaba de la realidad, se habían ido al traste de la basura. Había sido futbolista después de ver los partidos del Mundial. Había sido sicario siguiendo las películas del Padrino. Había sido comediante, periodista, superhéroe, cantante, galán de telenovela. Ahora tenía otros sub-mundos, otros universos alternativos como los libros y la música, la radio, y el cine mismo. Pero estas otras realidades virtuales, suerte de drogas sedantes, placeres *express*, también se estaban agotando y no dejaban de ser simples artificios y me estaban dejando al descubierto con mi cruda suerte. Creer que uno podría ausentarse de la bestialidad de las cosas, se estaba convirtiendo en una verdad demasiado frágil. Me estaba quedando sin escapatoria en un terreno minado de escapismos. El mundo estaba ahí, frente a mis narices con toda su desordenada carga de realidad. Y las expectativas de editarlo a mi manera también se agotaban. Me faltaba un plano, una toma, una secuencia, quizás la escena más importante de todas, y nadie podía editar un material que no había sido aún filmado.

¿Tendría que enfrentar las cosas como eran?

¿La vida real con toda su brutalidad?

El animal peludo, que a veces llevaba en mi espalda, se arrastraba por el suelo de la cocina, porque yo lo había arrojado lejos de mi humanidad, al tanto que trataba de incorporarme de mi sobresaltado dormitar. Lo patié al animal para abrirme paso, pues mi madre me había informado que tenía una llamada en el teléfono. El animal peludo fue a estrellarse contra un rincón y yo me puse el auricular en la oreja. Era Paula Vélez, quien llamaba a preguntarme cómo me sentía después de la noche anterior. Ahora recordaba. Ella se había quedado en su casa bebiendo con Tavo “Aguapanela” Londoño, quien habría sido el editor/camarógrafo del Sardino Alkaseltzer; y yo había salido de allí sin despedirme, y había estrellado una botella de ron contra una pared, y había llorado en un paradero de buses mientras volvía a casa de mi madre. Paula quería saber si había amanecido con algún ojo moreteado. Me miré en el espejo que había en la cocina, y efectivamente tenía mi ojo izquierdo picho y varias mallagaduras en el cuello, así como una especie de arañatazo en la mejilla.

-¿Qué pasó? ¿Dónde me hice esto?

-¿No te acordás?-, me dijo Paula.
-¿Qué pasó?

-Fuimos a ese bar nuevo y vos te pusiste a pelear con unos manes de la Bolivariana.

-No me acuerdo de nada.

-Estabas muy borracho. Mezclaste de todo. Guaro, ron, vino.

-Del vino me acuerdo. Fuimos a comprar Tres Patadas al Poblado y nos parchamos en tu casa a beber.

-Sí. Pero después nos fuimos pa´ la 10, y empezamos a beber como locos. Me estabas diciendo cosas bonitas. Después pusieron esa canción de Charly... esa que dice... *rezo por vos, rezo por vos...*y vos empezaste a tirar mesas y sillas para arriba. Te pusiste muy eufórico, pero la gente estaba muy enfarrada y nadie se dio cuenta. Después llegaron unos manes a calmarte y vos los patiaste a todos. Le abriste la cabeza a un periodista de Tele Medellín. No me acuerdo cómo es que se llama.

-Te lo juro, Paula, que no me acuerdo de nada. Me acuerdo que estábamos en tu casa esperando a tu hermano y que nos habíamos encontrado en San Diego, y que luego yo me fui con Languis Grisales pa´ la Placita de flores. Después volví a tu casa y vos estabas bebiendo con Tavo. Pero, lo del bar… no. No me acuerdo nada.

- Yo no estaba bebiendo con Tavo. Yo no estaba con nadie. Yo estaba sola. No había nadie más en mi casa... ¿De qué estás hablando? ... ¿Tavo?

- ¡Dios mío! ...

- ¿QUÉ?

-... Nada...

- ¿Qué te pasa? Estás muy loquito últimamente...

- Todo bien.

En ese momento, mi madre empezó a merodear a mi alrededor. Tenía una escoba en la mano y golpeaba las patas de los muebles con furia. Se hacía la que estaba barriendo, pero estaba escuchando la conversación telefónica y yo me daba cuenta de ello. Aquel piso ya había sido barrido ene veces aquella mañana. Luego se dedicaría a correr los muebles de la sala con gran estruendo, y a refunfuñar sobre el recibo del teléfono y otras cosas que yo no entendía muy bien, porque estaba tratando de escuchar a Paula.

Ya toda la mañana mi cucha había estado haciendo ruido con los platos de la cocina con el propósito expreso de perturbar mi sueño. Pareciese que torturarme le ayudaba a reemplazar cierto tipo de placer que solía negarse para sí misma. Para entonces, yo ya empezaba a construir mi teoría de que en el reverso de todo acto de violencia excesiva había un componente de frustración sexual, y de alguna manera, mi madre me lo estaba corroborando. Hacía ya muchos años, antes de divorciarse, que mi padre le había

arruinado la vida dándole un amor equivocado. Y ya, después del divorcio, la cucha había dado el asunto de la pareja por cancelado. Lo que le faltaba era alguien que la quisiera, que la escuchara y que le hablara. Estaba claro que ese alguien no podía ser yo, porque yo no entendía su idioma ni ella el mío. Una vez le había dicho que se consiguiera un novio, a ver si me dejaba tranquilo a mí; y se me había quedado mirando como si le estuviera hablando en marciano, y no era para menos, porque en efecto lo mío siempre era como códigos cifrados, como ideogramas, como mensajes del no tiempo.

Paula me decía algo sobre un viaje. Decía que se iba para las Islas Gorgona dentro de una convocatoria del reconocidísimo Opción Colombia, y una especie de dulce vacío se apoderaba de mí. Sentía la muerte de un amor acechando una vez más. Quise indagarle más a Paula sobre su viaje, pero mi madre ya estaba alegando demasiado y no quería lucir demasiado afectado además. Total, que le dije a Paula que me disculpara, pero que tenía que colgar y que la llamaría después. Traté de expresar con el tono de voz y con mi actitud cortante, que no me importaba que se fuera. Ella me dijo, dizque que si nos podíamos ver más tarde, y entonces nos pusimos una hora y un lugar. Nos despedimos con cierta frialdad y yo puse la bocina en la base del teléfono y me dirigí hacia la sala donde estaba la cucha.

-¿¿¿¡¡¡Por qué mierdas me pasás al teléfono si no me vas a dejás hablar tranquilo!!!???

- A mí no me gritės, maldito descarado, que no das ni un solo peso para esta casa y ponés a llamar a esas maleducadas que ni siquiera dicen buenos días ni nada. Fuera de que te la pasás de rumba en rumba toda la semana y no hacés nada para arreglar tu vida.

-Pues no me volvás a pasar al teléfono y punto. Si te mortifica tanto que no te saluden, pues no me volvás a pasar. Al fin y al cabo ellas no te están llamando a vos y no están en la obligación de saludarte. Ellas no son ese tipo de mujeres que saludad a nadie, pero a la larga tampoco son personas menos pesadas que vos.

Sentía que mi madre me estaba envidiando. Siempre había algo oscuro en el trasfondo de sus prohibiciones. El veto del tirano quien censura todo lo que no entiende o lo que se le hace ajeno. Tal vez sentía celos de que yo me la estuviera pasando muy bien. Pasársela muy bien era como un pecado, según mi madre. Uno tenía que sufrir en esta vida para ganarse el pasaporte al cielo, según, mi madre.

- Entonces, deciles que no vuelvan a llamar a esta casa. Voy a cambiar el número de la línea. Si esas niñas no tienen la cortesía de saludar, pues que no vuelvan a llamar acá. Esta es una casa decente donde la gente saluda como se estila entre la gente decente. Yo no sé usted por qué tiene que darle este número telefónico a todo el mundo.

Era como si todas las madres del mundo sintieran a sus nueras y yernos en la obligación de que las conquistaran a ellas simultáneamente junto con sus hijos.

- Yo no le doy el teléfono de esta casa a nadie. Ellas se lo averiguan. Yo no tengo la culpa que haya una red de información entre mis amigos. Y si es mucho problema, pues no me vuelva a pasar al teléfono, y punto. Pero a mí no me joda.

Entonces mi madre empezó a darme palazos con la escoba y yo trataba de protegerme atajando los golpes con mis manos. Era nuestra forma de comunicarnos. Ella se estaba cobrando su precio por entablar algún contacto. Me estaba transmitiendo el mensaje que lo del teléfono no tenía importancia en realidad. Que lo importante era comunicarse de alguna manera.

- A mí no me grités. ¡Respétame!
- Respéteme usted, entonces. Si uno quiere respeto, es porque se lo merece.

¡Pan! ¡Pum pum! ¡Pang!

"¡Malagradecido!, ¡Parecés que no fueras hijo mío!, ¡Parecés hijo del demonio! ¡Ojalá que no te hubiera tenido! ¡Hubiera deseado no tenerte! ¡Hubiera abortado y hoy estuviera más tranquila! ¡Naciste para arruinarme la vida! ¡He desperdiciado los mejores años de mi juventud por cuidarte a vos!", ¡Pan! ¡Tan! ¡Taque!

Y seguía:

- Vos me tenés que respetar porque yo soy tu madre... yo no te tengo que respetar a vos, porque esta es mi casa y yo pago todo. Y te largás de aquí, maldito conchudo. Inútil, sos un inútil que no sirve para nada, sino para andar de vago con esos amigotes. Si amigos no hay. Los amigos no vienen a darte la comida ni a pagarte las cuentas.

Y me fui a mi habitación, huyendo de los escobazos de mi madre.

Me senté en la cama con una especie de temblor, mezcla de rabia, miedo, resaca y dolor. Tenía sangre en los brazos. Yo sólo quería pasarla bien. No me importaba si era con amigos o sin ellos. Antes, esta sangre, incipiente como dos pincelazos de Deborah Arango, me perturbaba. Pero ahora me había acostumbrado. Había visto la sangre de mis amigos de infancia saliendo por el agujero de una bala en sus cabezas. Había visto la sangre en mis labios cuando mi madre partía los palos de sus escobas en mi cara. Había visto la sangre que mi padre le había sacado a mi madre en cientos de golpizas. Había visto la sangre desbordarse por la pantalla del televisor. Encendí la radio en Veracruz Estéreo y pensé en Paula Velez y en la noche anterior. Cambié el dial y busqué algo en RCN noticias y luego en Caracol. Luego volví a poner algo de rock alternativo en Radioactiva. ¡Que bastardas se habían tornado las emisoras de rock en Medellín! Ya no existían esos programadores exquisitos de finales de los ochentas y de principios de los 90s. Los Djs de altos vuelos habían desaparecido.

¿A dónde se habían ido las buenas canciones? ¿Cuál era el criterio de selección de estos nuevos pone-discos? ¿Habían leído siquiera algún libro? ¿Pasaban sus señales por un filtro elegante? ¿Le daba, la radio de aquella ciudad, la altura que se merecía al rock?

Tal vez la única emisora digna, pasaba esa salsa que yo tanto odiaba. Latina Estéreo. La emisora de los sicarios, las putas y los taxistas.

Sin lugar a dudas era lo mejor del dial. Pero la salsa, siendo un fenómeno contemporáneo, me parecía anticuada y aburrida y esquemática. (Quién iría a imaginarse que hasta Cindy Lauper, la rockera pop más radical de los ochentas, terminaría cantando salsa).

Uno nunca debía confiar en una música en la que se tuviera que bailar agarrado de la otra persona. Uno necesitaba libertad en las manos para moverse y brincar por toda la pista si le daba la gana.

Entonces, extrañé *El Llamado de La Selva*, el programa que hacíamos con Lucho Languis Grisales. De alguna manera, sentía una cadencia en ese lado de nuestras vidas. Después de un fulminante paso por El Sardino Alkaseltezer, Lucho volvía de nuevo a donde pertenecía. Sonaba una vez más su llamado de la selva. Su retorno a sus nuevos viejos aburguesados amigos. Su cambio de universidad ponía nuestro programa de radio en sus últimos días.

¿Cómo podía haberme encendido a los tiestazos con tres manes la noche anterior, y no acordarme de nada?

Bueno, eran bolivarianos; éso era una buena razón. Languis era el único estudiante de la Universidad Bolivariana con el que nunca me hubiera cascado. Del resto, todos esos arribistas me caían al culo.

¿Era el alcohol?

No, no era el alcohol. Era mi vida misma, que desde siempre había sido como un *compact disc* pirata copiado en el compu' de un vecino; el cuaderno borroso de un niño de primaria: relaciones muy bien cuidadas en las primeras páginas, pero, después, tachaduras, borrones, letras por fuera del margen, huecos en el papel, manchas de chocolate y mocos.

Afuera de mi habitación volvió a aparecer la voz de mi madre. Subí el volumen de la radio como en los viejos tiempos, pero la voz siniestra de mujer madura seguía imponiéndose sobre la voz afónica de Kurt Kobain.

Sonaba esa antesala al detrimento humano, llamada *Come as you are*.

Aquella voz de mi madre, era una voz que iría a seguir escuchando hasta el fin de los días. Lo sabía. Miré a mi alrededor y noté cómo todo en la habitación había cambiado. Ya no tenía televisor ni mis lujos de niño mimado, y no estaba tampoco el viejo closet con mi ropa de marca. En realidad ya no tenía nada en esa casa más que recuerdos y mis diplomas del colegio. Sólo quedaba la vieja Silver, con un polvo milenario entre sus parlantes. En el fondo del armario, aún se preservaban los pedazos de una guitarra que la

cucha, una noche quieta de domingo, había destrozado. No entendía por qué nos empeñábamos, mi madre y yo, en conservar aquellas ruinas. Tal vez se habían tornado intocables como lo son ciertos recuerdos desagradables. El caso es que aquella vieja guitarra acústica, que yo una vez había comprado para convertirla en el instrumento preferido de una estrella de rock, permanecía en un rincón hecha añicos. Al fondo de la habitación veía aquella ventana que ella, la cucha, había mandado a instalar con tanto esfuerzo. En realidad toda la casa había sido reformada y aumentada por mi madre en el más infinito de los sacrificios económicos. Era un diseño extraño. Afuera de mi pieza quedaba la cocina. Arriba de la cocina había una habitación bastante confortable. Desde allí se veía el centro de la ciudad y parte de los barrios periféricos. Hasta la fecha esa habitación no había sido ocupada por nadie, excepto por mí cuando había dado el voto borroso y falso de hacer mis estudios universitarios. Con el argumento de que "todavía" buscaba alguien "digno" a quien arrendarle, era como si mi madre esperara mi regreso definitivo. Pero yo volvía y me iba, y nunca cumplía aquella vieja promesa de reanudar mis estudios. Tantos sacrificios, tantas lágrimas, le habían costado aquella casa a mi madre. Me había tocado verla levantar, ladrillo a ladrillo, los muros que ahora me rodeaban, sufrirlos, rabiarlos; muros que, a la vez, me estaban asfixiando. Ella había invertido sus últimos veinte años de existencia, minuto a minuto, trabajando exclusivamente por esa causa. Y yo me preguntaba, si pasar por encima de todo y de todos, estripar cabezas sin importar las consecuencias emocionales, tenía algún valor que no fuera monetario. Mi madre había hecho de su empresa una cruzada a sangre y fuego. Nunca más había vuelto al cine y había cancelado todas sus salidas a divertirse, tanto como sus amistades y sus relaciones familiares. No se gastaba un peso de más que no fuera para la casa. Paulatinamente se fue quedando sin pretendientes después de haber dado el golpe de estado a mi padre, y nuestra relación de madre-amiga-hijo-amigo-madre se había hecho trizas. Cada rastro de energía en los últimos veinte años había sido destinado a la manutención enceguecida de aquellas paredes. Parecía que el desamor y el escepticismo alimentaban el espíritu constructor de la cucha. "*Si esta casa no me toca disfrutarla a mí, pues ya vendrán los de adelante a hacerlo*", decía.

Tal vez Paula Vélez tenía razón al decir que deberíamos volver a los tiempos en que éramos apenas tribus primates de nómadas complacientes.

¡Esa Paula Vélez!

Siempre tan ceñida a las utopías. Tal vez era la edad. Pero tenía sentido. Los seres humanos habíamos cometido los más atroces desastres a partir del momento en que nos había dado por asentarnos y defender un territorio. Iniciamos el camino de nuestra propia tragedia colectiva cuando establecemos la diferencia de lo público en contraposición a lo privado. Mi madre había pagado el precio de su libertad con soledad, pero ahora tenía ese pedazo de mundo que muchos añoraban poseer. Por mi parte, yo no podía quedarme quieto; me era existencialmente incorrecto. El sedentarismo era gordura. Era pedir una pizza a domicilio y comérsela un viernes por la noche frente al televisor en medio de un trance total de aburrimiento. Era el momento de volver a ser parte de la especie paria, sin hogar, sin linderos: la nación prozac del constante movimiento a merced de la aventura. El sedentarismo era el principal síntoma de la decadencia espiritual del hombre. Era hora

de asesinar al *delivery* y salir en busca de la pizza. Cosas más interesantes que una casa podrías encontrar en el camino. Miré las paredes de mi habitación. Aquella ventana sólo comunicaba con la cocina, pero en realidad no producía ningún efecto de luz. Pensé que de alguna manera, el diseño de la casa obedecía un poco al diseño de la mente de mi madre. Muchas zonas oscuras y encerradas, pero limpias y silenciosas, como una iglesia, daban cuenta de una cierta forma de pensar. Espacios cuadriculados y rígidos representaban para mí, un poco, cierta idea del progreso. Una casa propia, era una tumba en la cual te pasabas los mejores años de tu vida esperando el momento a que sucediera algo. En las tumbas no pasaba nada. Paula tenía razón. Una casa propia era el fin del camino. Había que ir a enfrentar la muerte antes que esperarla.

La cocina también comunicaba con un corredor que daba a la sala comedor y a otras tres piezas y al balcón y a dos baños. Fisgoneé un poco en la pieza donde el cucho y la cucha cuidaron tantas veces de mi sueño y de mis dolores de barriga. Entonces escuché los pasos de mi madre que se acercaba por el corredor.

-¡A ver si se pone las pilas mijito, porque usted ya no es ningún adolescente! ¡Usted ya es un viejo de treinta años!

Bueno, pues en realidad tenía 28, (mi madre siempre tuvo problemas con los centros; era una extremista como yo. Si le preguntaba por el tiempo, exageraba la hora real entre 20 y treinta minutos, y dos horas), pero de alguna manera, ella tenía razón, yo ya no era ningún adolescente y había tenido unas cuántas buenas oportunidades en la vida, las cuales había desaprovechado.

Por primera vez tuve noción de mi edad y de mi situación en el mundo.

¿Debería cambiar de emisora y escuchar música para viejitos? ¿O cambiar el género? Sintonizar algún programa de deportes. O de economía. ¿Un costurero? Apagar la radio y ¿poner algún reporte meteorológico?

¿Necesitaba un televisor? ¿Debía ponerme a leer la Biblia acaso?

¡Bah! De todas maneras, siempre me era fácil olvidar quien era. Apagué la radio y puse un casette de los *Strokes* eternamente adolescentes y luego otro de *Misffits*, cuyas letras nunca quise aprender muy bien. *"!Ey! ¡¡¡Mamma, I wanna go out and kill tonite!!!",* y después *Eminem*: *"Mama, I'm sorry, I didn't wanna hurt you, but tonite I'm cleaning out my closet"*.

Algo en mi cabeza andaba mal, pero sentía que mi corazón marchaba a la perfección.

Nunca pensaba en el número de mis años, hasta cuando mi madre me los recordaba. Siempre fui el Hombre Araña, Clark Kent, Scoobie Doo, El Chavo del Ocho, El Pato Lucas, Archibaldo, Centella, José-miel, El Chapulín Colorado. Quién querría hacer parte del mundo de los adultos, si yo era un héroe de la pantalla; un artista fracasado, pero con un tipo de sensibilidad especial que me hacía existir por fuera del tiempo. ¿Cómo

explicarle éso a la cucha? ¿Cómo explicarle que yo no me hallaba en ninguna parte, sino adentro de un televisor? Ella no lo entendería. Mi madre sólo entendía la vida en términos de productividad económica. Era mi mentalidad televisiva contra su visión del progreso. Diagnóstico reservado. Dialéctica mortal.

Tenía miedo. La tormenta de mi madre continuaría toda la tarde. Era como si ella necesitara invocar la violencia que una vez le había prodigado mi padre y que alguna vez había sufrido en su infancia. Me preguntaba quién, y cómo, habría maltratado a mis padres cuando habían sido niños. Ellos nunca hablaban de ello. Sabían sepultar las pesadillas de su memoria en un eterno presente simultáneo. La idea de que todo lo vivido y por vivir se condensaba eternamente en el aquí y ahora, como crímenes enterrados en un capítulo de *Six Feet Under*. Sólo que la instalación foránea de su cultura negaba aquellas cosas. Algo nos llegaba por resonancia mórfica que nos impedía liberarnos del dolor, y ese algo a su vez, era transmitido al resto de los seres del planeta. Me imaginaba que esas cosas, como el desamor y la violencia, como el amor y las ausencias, como la represión sexual, causaban cierto tipo de adicción. No había nada más en el mundo que me hiciera sentir tan miserable y aterrado. Ya lo decía William Faulkner, "*El más bajo de todos los sentimientos es el miedo*". O como en la película de Fassbinder: *Fear eats the Soul,* El miedo se come el alma; y allí estaba yo pavorizado por la mujer que me había dado la vida y por esa máquina de guerra llamada cantaleta. Ni siquiera las balas de la calle ni el hambre ni el deshonor ni los puñetazos de mis peleas, me habían producido tanto escozor.

Debía salir de allí.

Mis ideas de escribir una película, en la cual yo fuera la estrella; por medio de la cual escapar; en la cual recuperar mi universo perdido de programas de televisión a las cuatro de la tarde; quedaban pospuestas de nuevo.

Me bañé, me vestí, me lavé los dientes y salí de mi habitación con rumbo a la puerta de salida. Tenía planeado como siempre, no volver. Al pasar por la sala me detuve frente a los muebles de madera y recordé, entonces, el viejo sofá de cuadros amarillos donde solía ocultarme cuando jugaba al *Llanero Solitario*; indios eran mis primos; vaqueros eran mis amigos; solía arrastrarme hasta debajo de ese sofá cuando pasaba un avión sobre nuestro barrio y el ruido de las turbinas me hacía huir despavorido, haciéndome creer que habían llegado los extraterrestres a invadir la tierra. Era tan chiquito entonces, y estaba tan lleno de miedos heredados y de pequeñas alegrías. Ahora estaba lleno de espasmos y era adulto. Los años habían pasado y seguía igual de ciego como un pubertino. Pero había conocido la belleza real entre las piernas de Paula Vélez y todo su horror implícito. Aquella casa era mi único set de grabaciones cuando había sido niño. Lleno de aromas que salían de la cocina y de miserias económicas disfrazadas por los brazos amorosos de mi madre. Allí podía darle *La Vuelta a Colombia* con tapitas de gaseosa, o podía viajar al fondo del mar a matar los malos de la *Tierra de Gigantes*. Ahora entendía la necesidad de un lugar seguro a donde vivir. Una casa era un espacio para ser soñado por un niño. Yo solía hacer aviones de papel y rayar las paredes; jugar detrás las cortinas, debajo de los muebles, adentro del closet. Sitios que un adulto nunca recuerda que existen. Era el

capítulo feliz de mi vida, y no necesitaba nada más, al tanto que mis padres también tenían su propio *screenplay* para jugar a la familia perfecta. Y sin darme cuenta le estaba agradeciendo a mi madre en silencio, no sé por qué. Tal vez porque había tantos miles de niños allá afuera, creciendo sin un sofá a donde ocultarse. Niños creciendo en la calle, al amparo de manos negras que querían borrarlos del escenario para limpiar las ciudades. *Gracias cucha*, dije mordiendo las palabras. Al lado del sofá, estaban las fotos. Aquellas que imperan en casi todas las salas decentes del mundo. Alineadas en fila india, exhibían la historia entrecortada de mi familia. Los paseos a Girardota. Vacaciones a Tolú y Coveñas; carretera al mar; paradero en Santa Rosa de Osos; pandequesos y aguapanela caliente. Mañanas soleadas en el viejo solar con mis compañeros de la escuela. Mis días de graduación en el bachillerato. Las tardes de domingo cuando íbamos con mi padre a comer pastelitos a la carrera 70: el viejo que se llevaba siempre su radio/transistor para escuchar los partidos del DIM, mientras mi madre y yo jugábamos al modelo y al fotógrafo. Ella que lucía tan joven entonces. Ahora, 20 años después, yo tenía su misma edad de la foto, con la única diferencia de que mi madre siempre pareció una modelo glamorosa de la revista Vanidades. Pero las peleas y las decepciones habían abatido su cuerpo y solidificado su espíritu; le habían templado su carácter. Luego de ciertos acontecimientos borrosos, (Los insultos, la falta de dinero, las borracheras del cucho, la violencia de las balas en la esquina, la histeria de mi madre, mis pésimas calificaciones en los exámenes de álgebra, las visitas de los primos desplazados por la violencia, las infidelidades, los remesones sociopolíticos del país, los colegios privados, los choques entre el machismo militar de mi padre y las necesidades de autonomía de mi madre; la tempestad de Pablo Escobar, los bares, el aguardiente, el sueño del pibe, la cama vacía, José Luis Perales, la marihuana, el sicariato) todo se había arruinado.

Mi paraíso de cientos de imágenes de programas de televisión a las 8 de la mañana, se había hecho trizas.

Ahora sólo quedaban estas revistas de *Cosmopolitan,* y las otras fotos, y los utensilios de peluquería con los que mi madre había cortado el pelo de todos los vecinos del sector y con los que había montado un imperio de tijeras y botellas de shampoo, y también estaban otros cuartos vacíos, oscuros, pero llenos de muebles lujosos y de recuerdos.

Entonces vi que la cucha me había servido el desayuno. Arepa, chocolate, mantequilla, huevo y quesito, fríjoles recalentados y arroz. No obstante, ya era la hora del almuerzo. La comida hervía sobre el comedor. Volutas de humo emergían desde el plato. Mi madre ahora estaba atendiendo el teléfono que no paraba de repicar. Recordé que me iba a ver con Paula en la noche. Iríamos a alquilar un *western* y a hablar sobre nosotros. Ella se iría a un viaje de seis meses. El primero en su vida planeado para tanto tiempo fuera de su casa. Era sábado. La espesa brisa se mecía entre los edificios e iba a morir en las ramas de los árboles. Los sábados eran excelentes días para ver un *western,* a decir de Godard: "*el primer género importante en la historia del cine, y el último, si es que alguna vez va a haber un último género en la historia del cine*". Y Godard tenía razón. El género cinematográfico más hermoso de todos era el *western*. Si para algo existía el mítico americano, falseado o no, parcializado o no, era para elevar su imaginario heroico a las máximas expresiones de la poética. Yo escuchaba la palabra Oeste y me olía a Teatro

Avenida y a Hamburguesa; a paseo por el centro de la ciudad y a gasolina. A visita familiar y a indio cuatrero. El western me olía a misa los domingos por la mañana y a crispetas dulces. Soledad y Teatro Odeón. Tristeza y caminatas con Paula Vélez por unas calles muy angostas, un poco lluviosas. Un poco rotas. Un poco puteadas.

En esa misma casa habíamos estrenado nuestro Toshiba a colores viendo un *western* con mi padre. "*Bueno, mijo: a ver la película detrás del sofá, porque ésta es de puro plomo ventiao'* ". Nunca lo iba a olvidar. Correría el año de 1978. Viernes cinco de la tarde. Alguien desembarca una caja gigante en la puerta de nuestra casa. Dos horas después, mi padre en la línea telefónica; dizque ¿Qué? nos había parecido el televisor. Creí pensar que aquel había sido el día más cálido de mi vida. Ahí con mi padre y mi madre, los tres juntitos, en medio de la oscuridad, al amparo de la luz del televisor como en un mito de la caverna electrónico, con esas sombras en la pared, comiendo galletas *Saltinas Noel* con mermelada y Coca-cola, *Pollo Kokorico* con chocolate, y turrones *Supercoco* y confites *Coffee The Light* viendo a John Wayne dándose plomo con los malos.

Entonces, me convertiría en un teleadicto consumado.

Cuchilla Yilé verdiazul contra fondo de cielo crepuscular blanco y negro

Así pues, luego de ese huracán llamado El Sardino Alkaseltezer, la ciudad de Medellín empezaba a lucir un poco cementérica. Nuevos vientos administrativos soplaban en las calles; una lluvia de costado llamada *paisalandia* nos mojaba la cara. La necesidad de un régimen mental se materializaba en la inauguración de la empresa Metromed y en las noticias de un francotirador que andaba limpiando las calles de jíbaros, hippies, putas, maricas, lesbianas y marihuaneros. Nosotros, por nuestro lado, sentíamos que necesitábamos sentirnos ajenos del tufo guerrerista y en especial de la historia del paupérrimo oficio del cine local. Mauricio había viajado a Bogotá y se había quedado con el puesto de director de un noticiero. Bueno, peor era nada. Una lluviosa tarde de noviembre, había venido en vuelo *Aces HK 37* a recoger sus pertenencias y a dejar los dos millones de pesos que le quedaban del patrocinio de Pizzas Píccolo. El otro millón se lo había tirado entre reunión y reunión invitándonos a trago y a cocaína. Ni María Teresa ni Lina Franco se dieron por enteradas. Pero ninguna de las dos volvió a las reuniones del Sardino Alkaseltzer. Camilo viajó a Cuba y el resto del equipo se desanimaría con el proyecto a causa de su aspecto provisional. A Tavo Londoño se lo tragarían los metaleros de la Avenida Oriental. Y, en esencia, los demás buscaron becas del gobierno y pidieron visas para irse a estudiar, y a camellar, en el extranjero. Del mismo modo, un mediodía de jueves demasiado frugal, con paseos por el Jardín Botánico y visitas a todos los tinteaderos de la Universidad de Antioquia, Lucho y yo recibíamos la noticia de que el programa de radio había sido cancelado en medio de una re-estructuración educativa. Fuimos a la emisora; Languis trató de conciliar una prorroga de prueba con la directora entrante, pero yo, sabiendo que era inútil entenderse con el burocrático aparato estatal, destruí una de las cabinas de grabación lanzándole una silla a la ventana del control. Siempre había querido hacerlo, pues cuando solíamos grabar *El Llamado de la Selva* nunca me había tragado a aquel sujeto. Siempre estaba diciéndonos lo que se debía y lo

que no se debía hacer en la frecuencia modulada y cuando le lancé la silla en la ventana, le dije: "*Los sapos mueren estripados, pirobo*".

Entonces Lucho y yo nos habíamos olvidado de nuestros días de radio y nos habíamos dedicado a perseguir primíparas por todas las universidades. Lucho era una suerte de perruncho de la amistad. Sabía crear toda una atmósfera a su alrededor y luego atacar. Si le hubiera preguntado a cuantas nenas se había comido de pura amistad, estoy seguro que me hubiera contestado que a mi mamá también. Pero yo no le preguntaba; yo lo dejaba actuar en silencio, como si estuviéramos en la gran iglesia del sexo universitario donde todo tenía que ser sagrado. Yo había empezado a salir con una polla de la Universidad Autónoma, Facultad de Sicología, pero también me iría a aventuriar por todo Colombia, cuatro meses después de que Paula marchóse. La otra noche del sábado, habíamos puesto en claro las cosas con ella. Las imágenes de *Dead Man* de Jim Jarmusch rodaban por la pantalla (que entre otras cosas, no resultó ser del todo un Western, sino una suerte de mezcla de 'Road Movie Épico' sobre la fundación americana) y Paula me había entregado los dos millones de pesos y me había delegado a seguir con la producción de la película. Pero yo le dije que ella debía llevarse el dinero y que cuando volviera deberíamos retomar el proceso; que seis meses se iban como nada.

- Nos vemos en las curvas –. Me había dicho a Paula.

- Por aquí te espero, a ver si de pronto volvés por acá.

- No me hagás pucheros, Alka. Así son las cosas. Hay que aprender a matar la gente. Algún día alguien se tiene que ir. Pero lo bueno es que después también alguien vuelve.

Paula tenía razón; la vida era un compendio de adioses y bienvenidas y, al final, todos moríamos solos. Al final nadie quedaba a tu lado. Sólo estabas vos ante la jauría de la vida y la mera presencia de Dios. Lo mejor era no llenar el corazón de tanta basura. Lo mejor era mantener el alma limpia de afectos. Lo mejor era Paula y su teoría del francotirador. De todos modos, cuando un amigo se iba y regresaba, siempre volvía con regalos; una infinidad de historias nuevas; exóticos conocimientos.

Y traté de prometerle a Paula que me iba a aguantar los seis meses de su viaje, a solas, en Medallo; traté de hacerle un estúpido voto de fidelidad o algo así; pero ella hizo que me callara haciéndome el amor en el sofá de su casa. Ese sábado Luis Languis Grisales también había estado con nosotros, pero se había ido cuando habían caído los créditos, y cuando Paula le había demostrado que quería quedarse a solas conmigo. Como un dandy que era, Lucho había aceptado las señales inequívocas de Paula, con honor, y le había deseado suerte en su proyecto de Opción Colombia. Por ese entonces, pasaban el refrito de una telenovela llamada *'Espérame Al Final'* y Paula nos había dicho a Lucho y a mí, "Nada de *'Espérame al final'*, muchachos, ¿Ok?". Aquella sería, en cualquier caso, la última reunión oficial del Sardino Alkaseltzer. Una reunión de dos. Sólo Paula y yo. La recuerdo abriéndome la puerta de su apartamento, para entonces, todavía en Plazuelas de San Diego. La recuerdo con sus bluyines de marca fina comprados en el Centro Comercial Oviedo y sus suéteres de niña afrancesada y el pelo aún húmedo de la ducha.

La recuerdo sonriéndome con la sonrisa más deliciosa del mundo y con sus historias sobre las conversaciones de su padre. La recuerdo con sus pecas en la blanca piel y con la nostalgia anticipada de quien tiene las maletas hechas; la recuerdo diciéndome: "*Entrá", "Hoy estuve con mi papá comiendo hamburguesas en el Poblado. El hombre es un mecatero. Nos entretuvimos hablando y pensé que no iba a llegar acá antes de las cinco"*.

Para despedirla, fuimos a Bogotá y luego a Santa Marta con Lina Franco. El Parque Tayrona y Taganga. Playas vírgenes; arena como azúcar; cerveza Polar; whisky; sexo en la mañana y bancos de peces. En Villa de Leyva, convención de Opción Colombia, y luego de nuevo a Bogotá al concierto de Tears For Fears por invitación de Luis Languis Grisales y de su nuevo parcero, un tal Sandro "*Y-Tu-Mamá-También*" Osorno, eternos amigos, compañeros de viaje recién desempacados desde la capital de la montaña. Cover de Creep de Radiohead. Residencias universitarias en La Candelaria. A la mañana siguiente, ella, Paula Vélez, embarcábase definitivamente hacia Islas Gorgona. Al principio estuvo bastante entusiasmada con mis telegramas y mis llamadas a larga distancia desde Medellín, pero después me odió cuando supo que yo también me había ido de la ciudad.

En Yopal, Casanare, me la encontraría ocho meses después en el medio de una de mis correrías por el país. Ella estaba bastante colocada en lo alto de una traba. Mezclaba aguardiente y cerveza con antihistamínicos, y se trataba de una fiesta de antropólogos caleños de la Universidad del Valle. El encuentro fue tan sólo de minutos, pero alcanzó a reclamarme por nuestra promesa rota de terminar El Sardino Alkaseltzer. Todo parecía indicar que se había olvidado de su automarginación en el proyecto. Había muchos invitados y estábamos en un barco a orillas de un río cuyo nombre no quiero acordarme. Creo que era el Mitú si la Geografía no me falla. La noche llena de estrellas. El cielo claro *Estoy Azulado*. El aire caliente. Mosquitos. Pirañas en el agua. Nos dijimos "hola" y "chao ", como si nos hubiéramos visto la noche anterior y como si nos fuéramos a ver la mañana siguiente, y seguimos la fiesta por aparte, y continuamos con nuestros propios caminos. En la Guajira recibí una carta de ella contándome de sus tardes solitarias en el pacífico colombiano, tardes repletas de playas alfombradas por los cangrejos anaranjados y por los cantos de las ballenas y los huevos de las tortugas Caná. En Bahía Solano, Chocó, la llamaría por última vez, pues ella me daría la estocada final diciéndome que no la persiguiera más por todo el país, que no nos podíamos pasar todo el tiempo en "esas", que la vida era demasiado corta, que lo nuestro nunca había tenido un principio y como tal, tampoco un final, y que las cosas sin principio y sin final no existían; que no la volviera a llamar. Esa era Paula Vélez. La noche, que me dijo que se iba de Medellín, había sido especialmente ácida para mí. Mi madre me había dejado ir de la casa no sin antes recriminarme por mi hábito de robarle plata a diestra y siniestra. Quiso mostrarse comprensiva pero recriminatoria a la vez; y yo, todo lo que pude percibir en sus ojos fue una amargura infinita por el hijo que se le echaba a perder. Era una mirada de falta de fe que siempre odié. Despachándome el desayuno, le dije que su comida era una basura; que cómo podíamos en esa casa mezclar el dulce con la sal; que las sociedades civilizadas desayunaban con alimentos dulces; que prefería los cereales Kellogg's con leche y chocolate Nesquik como en las comedias gringas de situación. Me refería a

Family Ties, y a *Alf*, y a otras veinte series humorísticas que tenía en mi cabeza. Estaba obnubilado con la cultura del empaque.

- Y ahora que tenés una casa tan grande y tan limpia y tan moderna, bueno sería que te pusieras en la misma tarea con tu alma. – Le dije.

- ¡Grosero! – Me dijo. – Desagradecido, que me he pasado toda mi vida cuidando esta casa para que vos tengas un lugar limpio a donde vivir. Y así es como me pagás, con pura grosería.

Yo me estaba embutiendo un pedazo de arepa con quesito en ese momento y, atragantándome, le dije que dizque qué bonita cosa era esa de renunciar al propio desarrollo de la realización personal por estar cuidando "cuatro paredes". Mi madre se puso a llorar y decía cosas que decidí ignorar mientras el chocolate me quemaba la lengua. Yo solía despreciarla en su faceta de madre-decente llena de vergüenzas sociales y neurosis. Le tenía lástima en su papel de víctima metalizada, portadora del virus de todos los miedos de mi niñez, los cuales ahora trataba de derrumbar. Más sin embargo, en su papel de mujer combativa y revolucionaria, debo admitir, estaba enamorado de ella.

A veces, los malos actos de las películas no necesitaban motivaciones. Yo le cajoniaba dinero a la cucha y le decía esas cosas, porque no sentía la confianza suficiente para hablarle, para pedirle de prestado, pa' decirle que la quería y que me diera un chancecito de comprensión en esta vida de luces falsas. Y en vez de decirle esto, la insultaba una vez más. Inconscientemente, creía que ella lo entendía. La creía acostumbrada al daño emocional como yo. Y no podía explicarme a qué horas habíamos caído en aquella dinámica de quererse haciéndose daño, tirándose al alma. A ella se le había secado el corazón y a mí también. ¿Cómo sucedían esas cosas? Nadie lo sabía.

Más serio que un tramposo

En Urabá, yaciendo en las playas grises de Necoclí, retozando al lado de una segunda Paula Vélez, que tal vez podía ser una tercera, o una cuarta, con un nombre diferente, tipo Adriana o Isabel o Consuelo, pero con sus mismas características, de todas maneras un reemplazo; yo recordaría aquella tarde cuando salí de casa y de camino por el barrio, había pasado por donde los manes de la "esquina" a trabajármelos de calle, a decirles que la vuelta ya estaba hecha, que necesitaba el resto del billete. Los manes, que ya me sentían un poco lejos de su mundo, se mostraron un poco recelosos mientras picaban pa´ jugar un partido; habían sacado un juete y me habían dicho que no había más plata, que me abriera, que me pisara, antes de que me "sonaran" a plomo. Yo les había hecho un par de chistes, les había embolatado el tema con un par de anécdotas, nos habíamos reído y me había abierto en par güebazos antes que nadie se diera cuenta. Debía llegar a la casa de Paula Vélez a las cinco. Era aquel mismo día del *western*. Era el día en que ella se despedía "temporalmente", dizque porque se iba seis meses; pero yo, en mi fuero interno, intuía que ella se iba para siempre de todas las historias presentes. Yo no le creía al amor después de estos viajes. Entonces, le había pedido una vuelta en la bicicleta a un pelao'

del barrio y había querido abrírmele con el tiesto para llegar por ese medio hasta San Diego, pues no tenía plata para los pasajes del bus. Pero fui incapaz de robarle la bicicleta al chino y se la devolví; recordé la inmensa tristeza que siente un niño cuando alguien le quita algo sin decirle por qué; y entonces me había tocado llegar a pie hasta la casa de Paula Vélez. Hubiese querido que ese par de rocas gigantes al frente de mi casa, a donde yo solía treparme, fueran los caballos de *Kimosabi y Toro* que habían sido cuando yo era párvulo. Hubiera podido llegar a caballo a la casa de Paula Vélez si todavía fuera Henry Fonda defendiendo a las diligencias del ataque de los forajidos. Pero no eran tiempos para estar del lado de la justicia, ahora había que ser un cuatrero cabalgando bajo la luz de la luna. Estaba en ese punto de mi historia personal donde el romanticismo se había convertido en cólera. Y así, llegar a la casa de Vélez me tomaría más de dos horas.

Comprando regalos a todos nuestros muertos

Después de la partida de Paula Vélez, yo me había quedado como aturdido dando vueltas por una Medellín fantasmal. El país empezaba a atestiguar uno de los éxodos más grandes de su historia. Muchos amigos habían emigrado. Sino para el extranjero, lo habían hecho hacia sus propios refugios personales, pequeñas caletas interiores materializadas en grandes maratones de tele-adictos, sentados frente al teléfono y principalmente frente al computador y frente a los noticieros de las 9:30; transfiguradas en el maravilloso arte de vivir entre la finca, la casa y el carro.

Nadie había vuelto a salir a las calles ni a los bares. La sociedad estaba estupefacta por ese francotirador del que todos los periódicos hablaban. Ni siquiera a Luis Languis Grisales, que era ave nocturna, lo había vuelto a ver en los bares de siempre. Llamaba a su casa pero siempre me contestaba la máquina de mensajes. Llamaba a Abril Bar, pero nunca estaba de turno. Llamaba donde sus novias, pero se había acabado de ir al cine. Sin amigos, pues, me pasaba arrastrando mis pasos por esquinas ajenas, tratando de llenar mis ausencias con paseíllos circulares entre sitio y sitio.

Una de las disculpas que Paula me había dado, para abandonar el proyecto del Sardino Alkaseltzer, había sido demasiado idiota:

‘“*Este guión no es factible, Alka. Es una historia que debe ser contada por alguien como vos. Yo mejor no me lo mido. Vos sos el único del grupo que conoce esas realidades. Mauricio quiso escribir sobre una realidad que ni él ni yo conocemos de cerca. Si querés, hacela vos, ahí tenés dos palos. Esos manes de Píccolo ya están empezando a acosar. Entonces vos, que estás tan entusiasmado, y que estás tan embalao’ de billete, hacela. Te dejas un millón pa' vos y con el otro filmás. Te heredo ese chicharrón; yo me voy a mirar otro cielo; los atardeceres de Medellín me están matando... lo que quiero decir, es... mirá lo que somos Mauricio y yo... y mirá lo que queremos contar. Algún día me vas a entender*”.

Y se fue. Paula Vélez se había ido. Qué manera de escapar de la vida, de nuestro amor.

Yo había continuado arrastrando el pesado recuerdo de Paula Vélez como un preso político arrastra sus ideales hasta el día de su muerte. Antes de tomar la decisión de viajar por todo el país, y evitando volver a la casa de mi madre, me había ido a vivir a una casa de putas en la Avenida 33, propiedad de un mancito, que había conocido en la Emisora de la Universidad de Antioquia, y que creía que sus mujeres podrían salvarlo de todo. Y como siempre sucedía en estos casos, de lo único que no podía salvarte una mujer era de vos mismo. Me explico: el mancito hacía un programa de divulgación artística en el AM y nos habíamos caído bien. Pero después de dos meses, cuando supe lo canalla que uno tiene que ser para administrar la entrepierna de una mujer, decidí coger camino. Nunca voy a olvidar el olor dulzarrón de aquel lugar. Algo así como a pestañina *Helena Rubinstein.* Como a labial rabioso. La decisión había venido una tarde de sol inclemente. La casa estaba llena de policías y casi todos estaban borrachos. Mr 18 Putas, mi amigo el proxeneta, había contratado a una agencia de publicidad para promocionar sus negocios fachada y quiso pagar a todos los publicistas con servicios de prostitución. Sin embargo, los publicistas no habían aceptado y lo habían denunciado al DAS. Entonces, trató de sobornar a los detectives, con putas también. Era su forma de asumir la existencia. Todo el tiempo escudándose con putas. Era una especie de Fidel Castro, pero sin isla y sin Gabo. Así que allí estaba yo, y estaban los tombos, y estaba mi amigo, Mr 18 putas. Todos reunidos en la sala de *strip-tease* llamada *La Eterna Madrugada*. Estaban tratando de transarse unos a otros, entre putas y coperas, y lavaperros, y coimas, y whisky, y tequilas, y Ginger Ale, y yo me hacía la misma pregunta que definiría mi vida para el resto de los días: "*¿Y yo qué putas hago acá?*".

Al intentar la calle, con mis maletas al hombro, Mr 18 putas se interpuso en la vía y me hizo un par de propuestas muy atractivas de tipo comercial. Se trataba de unas asesorías escénicas que necesitaba para sus actos de *top-less*, con sus bailarinas. Algo que tenía que ver con luces y cosas así. No sonaba muy convincente. Sin embargo, después de unos tragos y una puta espectacular, el man logró corromper a los tombos y logró corromperme a mí. Yo me quedé dos semanas más y el man me dio posada a lo bien, y me puso a comer mucha chimbita rica que trabajaba en esos lugares. Pero este tipo de sujetos sabía cobrársela muy bien y, ya, los dos millones del Sardino se habían convertido en un millón en un abrir y cerrar de ojos. Cuando me di cuenta, estaba en la calle con dos patadas en el culo y casi sin dinero. Todo por no haber corrido a tiempo. Por no saber condensar las decisiones cuando se desvanecían en el aire. A veces, hasta para huir se necesitaban cojones. Mr 18 Putas necesitaba desplantar y no ser desplantado. Así que me echó. Encima de todo, se inventó un autodesfalco y me lo achacó a mí y a mi puta favorita y yo traté de defenderla. Nos intercambiamos unos cuantos puñetazos. No se contentó con ello y trató de enviarnos a la cárcel, a la puta y a mí, a través de sus amigos los policías. No lo logró. El resto es historia. Sólo basta agregar unas palabras muy cómicas que este man me dijo al final de todo: "*Te vas a quedar toda la vida mendigando becas del Ministerio de Cultura como esos niños pobres que van de casa en casa pidiendo sobras en los barrios de los niños ricos. ¡TE ASEGURO QUE ES MEJOR TENER UN PUTIADERO*!".

El hombrecito también se mandaba su sabiduría.

Te dije que me vomitaría en las cortinas

Sólo un millón me quedaba para mi película. De la puta fue fácil deshacerme. Un par de zapatos en Unicentro y ¡chao! ¡Si te he visto no me acuerdo! Ese fue el final del capítulo innecesario que tenemos todos alguna vez en nuestras vidas. Aunque viéndolo bien, la vida era tan extraña y misteriosa, que parecía que todos los capítulos le sobraban, o más bien, la vida era tan desordenada que nada, ningún capítulo ni ninguna historia, estaban de más.

Ahora debía destinar 500 mil pesos para la película y los otros 500 para mis gastos. Mitad y mitad; como me había sugerido Paula Vélez. Había hecho un primer intento de buscar trabajo. De pronto en el mundo de los "tales". De pronto recuperar un poco de money. Pero la estancia en aquella sociedad marginal me había puesto en la perspectiva de lo que yo mismo debía hacer con mi tiempo: tenía que sacar adelante El Sardino Alkaseltzer.

Amigos que queman por dentro

Los no pocos Medellinenses hipócritas que me conocían, habíanse escandalizado por mis pasos en los bajos fondos de las putas y me cerrarían muchas puertas. Pero la providencia sabría que de esa forma el infortunio le proporcionaba más combustible a mi destino sobre la tierra. Así que, entre putas, sin tener idea de la técnica de escritura de guiones, me dediqué a reformar con rabia social el guión, y a pulirlo a mi manera, sin dejar de lado el espíritu de la vieja tropa que se había ido. Yo llegaba a la conclusión de que Paula había sido la víctima de un ambiente hecho por gente idiota, para gente idiota. Pero la culpa no era del mercado laboral. De todos modos la televisión era un medio demasiado desechable para los intereses artísticos de Paula; y eso, lo entendía ella más que yo. Paula Vélez siempre tuvo muy presente que la televisión no garantiza productos de larga permanencia en el tiempo y lo que ella quería, como buena cineasta de finas aspiraciones, era ganar un poco de *traxendencialidad*.

Para mí no era fácil ver que la gente hiciera maletas. Sobre todo cuando sos el último que se queda y te toca apagar la luz. Tenía rabia con la ciudad. Tenía rabia que Paula se fuera. Sin embargo, nadie se muere de ausencia en la víspera. Y para el día de mi viaje, tres meses después, toda la preproducción estaba hecha. Me había gastado ya el otro millón de pesos y no había producido nada de dinero extra. Un millón de pesos por mes me había gastado. Para cuando me había salido el trabajo en la selva de Urabá, yo ya no tenía a donde caer muerto.

Total, que a El Sardino Alkaseltzer me lo coroné yo sólo. Me refiero a la versión original. Porque, no sé si lo he dicho ya, pero hubo varias versiones del Sardino Alkaseltzer. La película original, la que se había soñado desde el principio, me tocó hacerla a mí con la ayuda de Paula Dos. Paula Uno, la más real, la que guardaba en mis sueños más salvajes y la que conservo en mis recuerdos más auténticos, se había ido al Pacífico. Entonces,

después de dar muchas vueltas, yo me instalaría en la zona de Urabá. Una zona selvática al noroeste del país que limitaba con Panamá.

En Urabá puliría el guión. Nunca dejaría de trabajar en él, pues según Mauricio, el guión era una parte del proceso que nunca tenía fin. "*El guión se está modificando hasta en la sala de cine, el día de la premier*", solía decirme. Y en la vorágine de la humedad tropical me había juntado con una bogotana que trabajaba en la alcaldía de Apartadó y que también pertenecía a la legión Opción Colombia, y la cual vendría a ser una especie de copia virtual de la Paula original, según me enteraría mucho tiempo después, en mis sesiones auto-analíticas.

Con Paula Dos vivimos experiencias similares a las experiencias vividas con Paula Uno. Quiero decir, sexo, aborto, alcoholismo, viajes y sueños. Siempre estaban involucradas las buenas ideas. Inquietudes artísticas de por medio y, en especial, una gran conexión espiritual que no nos dejaba estar tranquilos en ninguna circunstancia. El amor sublime de dos almas, que vivían en los bordes de la vida, nos había unido de una manera patológica. La pasión por el arrojo, el desgarrarse el pecho, hicieron que me perdiera de vuelta en los océanos del delirio místico de la entrega. El caso es que Paula Dos, creo recordar el nombre de Adriana Santamaría, terminaría ayudándome a producir El Sardino Alkaseltzer, mientras los platos y demás enceres de nuestro apartamento volaban por el aire, pues ya empezábamos a arrojárnoslos a la cabeza.

¡Como es la vida!

Retomando las ideas de Paula *Uno* y aplicando las enseñanzas heredadas por Mauricio Jagger Naranjo, nos lanzamos juntos a la aventura de materializar el guión. Parecía que yo superaba, de una vez por todas, la partida de Paula Vélez, y que podría, otra vez, reimpulsarme hacia adelante.

La vida en la selva más mojada del mundo, el canto de los sapos más estridentes, el ambiente mal sano, la vegetación exuberante, los zancudos gigantes como helicópteros, los marranos callejeros y flacos como perros chandosos, el vallenato, los talleres de teatro, el ventilador *de frasco*, las zonas marginadas, los parásitos, el fuego cruzado de los fusiles, las masacres campesinas, la cara de los soldados temerosos cuando iban al frente de batalla y la sangre en la ropa de las comunidades desplazadas, me estaba cambiando la visión del oficio. Supe que esos amigos que habían abandonado el proyecto, no eran más que una suerte de *Muppets Babies* haciendo el show de la Rana René; antioqueñitos que todavía vivían en la ilusión de sus Ataris y que sufrían el síndrome del niño rico jugando al artista hippie, decadente y medio putiao'.

De modo que, junto a Paula Dos, volveríamos a Medellín un año después, a realizar El Sardino Alkaseltzer. Ella se había empapado de todo. Desde las historias paralelas y los chismes, hasta los antecedentes técnicos, pasando por mi entusiasmo investigativo.

Entre Paula 2 y yo, hicimos el casting de los personajes que faltaban; actuamos; grabamos, montamos luces, ensayamos con los actores, patinamos fondos y patrocinios,

alimentamos a la gente, maquillamos a los actores, conseguimos el vestuario, nos encargamos del transporte y diligenciamos los equipos. Lo único que delegamos por aparte fue la banda sonora. Uno no podía ir por ahí dándoselas de genio con algo tan importante como la música. La música te ubicaba "en el contexto histórico-social de la historia que te querían contar", según Mauricio, y ello era demasiado delicado y había que agarrarlo con pinzas y mirarlo con lupa.

Pero, una tarde quieta de jueves, un viento de tormenta había besado los techos de la gran ciudad, agitando las colas enredadas de las cometas naufragadas en los cables de la electricidad. El master de la película se esfumaría en las propias manos de Paula Dos, del alcohol y de mi persona.

Recién habíamos acabado de editar y estábamos muy contentos y nos disponíamos a celebrar.

Cuántas cosas habían pasado ya al lado de esta nueva Paula Vélez. Habíamos llegado a la selva de Urabá por la misma época y habíamos congeniado desde el primer momento. Nos entendíamos a la perfección. Lo compartíamos todo. Desde la cama hasta el cepillo de dientes. Yo había desembarcado de una avioneta lechera en el aeropuerto de Chigorodó con el dinero suficiente como para comprar un almuerzo, una comida y pagar un hotel. Al otro día ya veríamos. Había unos manes teatreros con los que iba a trabajar y ya ellos me ayudarían. Era de todos modos, un programa de la Alcaldía de Apartadó. Iba sobre seguro. Como siempre, mi madre me había provisto de algún dinero, *¿cómo que te vas para Urabá?, estás loco mijo, si eso por allá es muy peligroso. Yo no quiero que se vaya en bus, de pronto lo asalta la guerrilla*", y me había comprado un tiquete de avioneta de sesenta mil pesos, sin saber que yo le tenía más miedo los aviones que a la guerrilla. También Lina Franco se había portado a la altura y me había cedido otros veinte mil que eran los que me quedaban para dos comidas y una noche de hotel. Me había gastado el último peso de los dos millones que me había dejado Paula Velez, y había tenido que recurrir a las personas más cercanas. Es tiempo de decir que Lina Franco siempre estuvo cerca en esos momentos, cuando me derrumbaba por dentro y por fuera. Cuando caía al pozo. Lina era como un ángel. Me ayudaba. Pero tenía la facultad de hacerse invisible también. Siempre hay alguien a quien agradecerle por esas cosas en esta clase de proyectos. Recuerdo a Lina en su oficina del periódico. Es un recuerdo fuera de foco que se hace nítido con el paso del tiempo, debo decirlo. Ella con sus gafas recetadas y sus sandalias de cuero, sentada frente al computador en medio del calor más intenso, más nítido, más siniestro. Hablábamos un poco de trivialidades, sobre Paula, y fuimos hasta un cajero electrónico. Sacó veinte mil pesos y me los dio. Me dijo que me cuidara y que no me perdiera. En noviembre se presentaría *Soda* en el estadio y yo le prometí que volvería, para ir juntos a ver a Cerati y sus muchachos, esta vez, con Andrea Echeverri a bordo, haciendo la versión blues de la Ciudad de la Furia. La promesa pasa en el recuerdo, pero no estoy seguro de haberla vivido en la realidad.

"*Me verás volver*" le dije. Y me había ido a la selva del Darién.

Creo, que Lina Franco desaprobaba en silencio que yo abandonara de nuevo la ciudad. Lina siempre estaba cuidándole la espalda a Paula Vélez y, románticamente, ella también esperaba que yo me quedara en Medellín esperando el improbable retorno de Vélez. Tal vez quería que se siguiera perpetuando esa suerte de vínculo familiar que se establecía entre los amigos cuando había sucedido cierto intercambio de fluidos (a ese punto y hora, Lucho ya había hecho el amor con Lina Franco en el baño de Unicentro. Una noche fresca de luna llena, después de haber pasado toda una tarde bebiendo vino por la zona de comidas. Y también Lina y yo lo habíamos hecho. Cuando habíamos ido a su casa a ver la transmisión de la inauguración de un mundial de fútbol; y Lucho y Paula Vélez también habían consumado el acto sexual una madrugada lluviosa de noviembre cuando nos habíamos quedado amaneciendo en una finca en Llano Grande, cuando olía a pandequesos, a chocolate caliente, a aguapanela hervida). Así que, seguramente, Lina pensaba que habíamos conformado una verdadera familia, un poco disfuncional a mi parecer, pero en el criterio de Lina: *"familia al fin y al cabo"*. Fuera de eso, Mauricio y Maria Teresa también estaban en la lista de las almas fornicadoras, pero ellos habían sido caso aparte, pues en cuestiones de relaciones sociales, ellos sabían darse su lugar. En cualquier forma, nadie tiene derecho a tirar la primera piedra en ese aspecto, mucho menos ahora que a alguien le toca contar todo esto a la distancia. En todo grupo humano la gente tiende a ensayar con diferentes parejas, y es un magnífico gesto de alcurnia que uno tire a follarse con Raymundo y con todo el mundo. Éramos seres de manada. Estábamos dominados todo el tiempo por una fuerza cohesionadora de grupo; una fuerza que se percibía especialmente después de pasar muchas horas en el Studio. Tendíamos mucho a permanecer juntos y nos costaba trabajo separarnos, hasta el punto de tender a reagruparnos en pequeñas asociaciones aleatorias, todo por el temor a permanecer, y a quedarnos, solos.

No new thing to tell

De este modo, el desplazamiento no era un fenómeno exclusivo para la gente del campo. Los citadinos también sufríamos cierto tipo de desplazamiento. Aquellos estudiantes, que veían la plaza laboral demasiado colmada, debían emigrar hacia las zonas rurales. Los de la *vuelta* también lo habíamos hecho, cuando tumbaron al *Patrón* y las oficinas empezaron a cerrar. Nos tocaba pegar pa' las minas a sacar oro, o pa' la selva a cuidar cocinas, o pa'l monte a dar chumbiba con los paras. En ese tiempo estaban empezando a pagar el mínimo por soldado raso y los pistolocos de ciudad éramos muy apetecidos, sobre todo si la habíamos movido con los ejércitos de Pablo. Y es que en los barrios uno se curtía a lo bien. La calle lo pulía a uno. La calle era mejor que la universidad porque en la calle uno se tenía que volver gente pa' poder sobrevivir; no es cierto éso que en la calle uno se tenía que volver un mancito cagada. En la calle los mancitos cagadas terminaban con la boca llena de moscas. La calle era mejor que las escuelas. En las universidades ni te enseñaban a sobrevivir ni te enseñaban nada sobre el honor. Lo mío, mi éxodo, tenía un componente más emocional: era más un caso de hastío. Aunque también era un caso conformado, de a poco, por cada una de las causas anteriores. Pero, en esencia, me había abierto de la ciudad porque me daba jartera tener que esperar a Paula. Esos seis meses se me hacían eternos. Y entonces empaqué maletas y me abrí. Me

fui pa' la selva y alguien llamado Adriana estaba por allí, merodeando en las azuladas playas de Sasardí, para acompañarme en el despelote de ese caballo llamado *El Sardino Alkaseltzer.*

Es de saber, que muchos veranos después, estábamos de regreso en Medellín y que era un jueves muy tarde; o un viernes muy temprano. Una de dos. No recuerdo muy bien. Ahora en NY no sé nada sobre los días ni sobre las fechas. Pero los jueves en el pueblo siempre fueron mucho más interesantes que los demás días de la semana. De hecho, lo mejor de los lunes era saber que indefectiblemente iba a venir, pronto, un jueves, y que íbamos a ir a parar en la fiesta paisa, que estallaba como una supernova en la noche clandestina. Así como era necesario soñar que las mañanas con Lucho y con Adriana fueran eternas. Y cómo era de horrible saber que, al otro lado de la mañana, siempre te esperaba el asunto de la renta, el trabajo, las noticias familiares y esas cosas; y entonces querías que la luz y ciertos momentos de las 10 de la mañana fueran para siempre. El otro lado de la mañana siempre era peor. Al otro lado de la mañana te aguardaban cosas monstruosas.

Escribiendo el guión sentía que lo más interesante en la vida de un escritor era ese momento donde uno empezaba a borrar su ego. Amigos, familia, pasado y estómago dejaban de importar demasiado. Vos sólo esperabas que ese otro lado de la mañana corriera rápido con toda su carga de citas y obligaciones, y que viniera la mañana siguiente para escribir dos páginas más, y así volver a ser feliz.

En casa de Lucho, me sentía a medio camino entre la vida y el arte, pero yo ya estaba tomando partido. Uno no podía vivir en la realidad del arte y vivir en la realidad de la vida a la vez. La vida se escribía, o se vivía, pero no se podía hacer las dos cosas al mismo tiempo. Eran días de mucha pobreza y mucha velocidad y mucha energía también: espero que nunca se me olviden. Empezaba a abandonar la vida y a desparecerme en la creación artística, porque sabía que, de todos modos, la gente siempre se iba y que al final quedarías vos solo, con tus líneas, ante Dios, ante la muerte.

La tarde en que terminábamos El Sardino Alkaseltzer era jueves y no podíamos dejar de ver nuestra obra maestra una y otra vez. Tocaron a la puerta. Habíamos salido del Studio con Adriana a las once de la mañana, y nos habíamos ido a comer palitos de queso con mermelada de mora y patacones con guacamole en la cafetería de “Juguitos” de la *U. de A*. Horas más tarde, llovía con sol, pero yo había hecho un minuto de silencio. Hicimos el amor. Habíamos mirado el master de la película y me había preguntado, internamente, cómo le estaría pegando la puesta del sol a Paula Vélez donde quisiera que estuviera, y nos habíamos pasado toda la tarde con la copia adentro del reproductor de video. Habíamos visto la película como veinte veces. La comentábamos, la retrocedíamos y la volvíamos a ver. A eso de las cuatro, habíamos mandado por una caja de comida a la Lonchería Maracaibo y por una botella de ron y por tres gramos de pérez. Habíamos invitado algunos amigos, profesores del Politécnico Colombiano y de la Universidad de Medellín, y habíamos armado un pequeño debate bailable en torno a El "Sardino". Todo el mundo se había mostrado entusiasmadísimo. Algunos viejos amigos de la Medallo pretérita habían traído más cocaína. Otros nos habían preguntado si ya habíamos pensado

donde iba a ser la premier y otros habían tratado de destrozarla con sus críticas. Todo aquello había sido buen síntoma.

En lo personal sentía que había pasado una suerte de frontera; que había llegado a un estado nuevo, una suerte de oasis paradisíaco en el fondo del universo, reserva natural de unos cuantos genios privilegiados, ciudadanos corrientes señalados por el dedo de Dios. Mi humanidad ya no pertenecía más a mí. ¡Toc, toc! Estaba al servicio de una fuerza superior. Vivía para atestiguar el ruido del mundo, toda su estridencia visual. ¡Toc, toc, toc! ¡Era la casa de Luis Languis Grisales! ¡Fue tan grande Lucho! Lo había llamado desde Urabá; le había dicho que volvía a la ciudad a hacer una película y que necesitaba posada. Y entonces Lucho, así, con apenas conocernos, me había dado las llaves de su hermético y sagrado templo a donde no entraba nadie, y así me confirmaba que nuestra recién nacida amistad era algo más que compartir algunos gustos musicales y una salvaje predilección por vivir a media caña to' el día. Había sido una de esas cosas que te pasan sólo con pocas personas. Lucho se convertía para mí en el símbolo de lo que era estar arriba de la cadena evolutiva, sin necesidad de hacer alarde de riquezas materiales ni de prerrogativas sociales. Era un poco como tener una camiseta de Black Sabath e ir a rezar a la iglesia sin tener que cambiarse de ropas. Y en su habitación, al lado de su cama, nos habíamos instalado Adriana y yo. Y estábamos en una fiesta. Y Habíamos acabado de finalizar El Sardino Alkaseltzer, y Lucho Grisales ere ese tipo de persona que sabía descubrir los diamantes que había en tu corazón, y yo sentía que vivía un instante de mi vida demasiado correcto. Sospecho que todo aquel proceso de la postproducción había tomado unos cuantos días. Pero pudieron ser meses también. No recuerdo bien. En la distancia, la memoria se vuelve demasiado relativa. Ahora sólo faltaba la etapa de la exhibición y una eventual distribución por algunos festivales locales de video independiente. Un dulce viento de alivio soplaba en nuestros corazones. Por fin, muchas noches de soñar tortuosamente el proyecto, habían terminado. Era increíble tener algo en la cabeza y de repente verlo materializado. Vos no te la creías.

A mí ya me estaba empezando a dar pena con Lucho. Así que le dije a todo el mundo que se fuera. Que Adriana y yo necesitábamos descansar y que les agradecía mucho y que si querían nos podíamos ver por la noche en algún bar, pero que, por lo pronto, todos necesitábamos una ducha. Ya se sabe lo que es tratar con borrachos y bregar a expulsarlos de una fiesta. Lo conchudo que se vuelven. Gritos, reclamos, insultos, chistes, disculpas. Ya se sabe lo fresco que uno es cuando se está alicorado. Uno no come de nada. Ya se sabe lo que éramos los borrachos en Colombia. La forma en que nos choferizábamos. El tiempo de la ebriedad era un tiempo muerto donde todos nos dábamos el lujo de decir de todo. Así que diciendo de todo, tuve un momentáneo *lapsus of reason* y decidí que estábamos en la casa de Lucho y que ya la cocina y el baño y la sala y el piso y los cidis se empezaban a volver mierda. Además ya habían empezado a meter perico en la mesa del comedor delante de todo el mundo y yo sabía que Lucho odiaba la cocaína, pues habíamos tenido dos o tres discusiones sobre el tema, yo defendiéndola y él atacándola, pero por mucho que a mí me gustara, el caso es que la casa era de Languis.

Y ya, con los ebrios en la acera, nos pusimos a arreglar la casa, Adriana y yo.

Terminamos a eso como de las 9. Lucho se había ido a camellar y entonces Adriana y yo decidimos que podríamos ver, una vez más, El Sardino Alkaseltzer. Era como haber comprado un tigre cachorro e ir a verlo dormir en su cuna. Pero no sé qué pasó. Tal vez fue que nos pusimos a hacer el amor o tal vez fue que salimos un poco a caminar. Tal vez teníamos hambre y fuimos a comernos una hamburguesa 'onde el perrero de la esquina. El caso es que yo entré a bañarme, y Adriana conmigo, y nos estábamos secando el uno al otro, pasándonos la toalla por la espalda y por el cuello y todas esas cosas, cuando nos dimos cuenta que la luna brillaba sobre el cielo antioqueño y que sus rayos se colaban entre las persianas y que el vcr se había autoprogramado y que se grababa una película que pasaban por el cable, sobre un casette que, en principio, no se sabía.

Efectivamente el master se había quedado dentro del reproductor. Nuestro bebé.

Quién podría contar lo sucedido exactamente después.

Debilidad en las rodillas, vacío en el estómago, desconsuelo, incredulidad. Yo me estaba muriendo por dentro de sólo pensar en las maravillosas imágenes del final, y Adriana empezó a reírse nerviosamente. Desde entonces, supimos que aquello había dado al traste con nuestro amor. Se nos empezaron a bajar las defensas. Conjuntivitis para Adriana y hongos en la ingle para mí. No tuvimos que discutir demasiado el asunto. Ella juraba que no se había acostado con nadie, aparte de mí, y que lo que yo tenía, no podría ser ninguna enfermedad venérea.

Hicimos el amor por última vez aquella noche, sabiendo que a la papelera de reciclaje se nos iban las gloriosas noches de sexo en la playa, adentro del mar, bajo las estrellas, entre el plancton; en la ducha, sobre la mesa del comedor, en la cocina: las metiditas de dedo en la calle, en el cine, en los buses, en las iglesias, y también las maratónicas jornadas de pasarse los últimos 72 fines de semana leyendo libros de literatura postmoderna y bebiendo y bailando y escribiendo *El Sardino Alkaseltzer* a cuatro manos. Ella, Adriana Santamaría, se iba a regresar a Bogotá, a donde sus padres, muy arrepentida de lo que había pasado, echándose culpas. Y yo me quedaba en Medellín, con mis amigos, rumiando la desesperanza, sabiendo que no había a quien culpar. Para acabar de ajustar, luego de la fiesta, habían llegado unos manes con brazaletes del F2 a tocar la puerta. Adriana y yo estábamos sentados en el balcón auto flagelándonos por no haberle quitado la pestaña al casette. Sonó el timbre. Adriana abrió. Eran dos. Con acento costeño. Como chilapos de Sincelejo o del Alto Sinú. Preguntaron por Lucho y se entraron hasta la sala sin pedir permiso. Empezaron a indagarnos. Que dizque dónde estaban las drogas; que dizque ellos sabían que nosotros le jalábamos a la marimba y a la coca; que dizque ellos ya sabían lo que nos tramábamos, que dizque nos venían siguiendo la pista y que no iban a permitir que el barrio se les dañara y se les llenara de "Pirobitos"; que ellos iban a limpiar a toda Colombia, que dizque así hubiera que acabar hasta con el obispo y el Papa. Total, que nos raquetiaron durante tres largas horas y nos pidieron vacuna "para la causa". Adriana y yo estábamos muertos del susto. Esos sujetos ahí, con esas mini-Uzis, apuntándonos, y gritando. Por fortuna, lo habíamos limpiado todo y Adriana había echado los restos de cocaína y marihuana debajo de unas plantas de tomate que el señor padre de Lucho había sembrado en el balcón. Adriana pedía permiso cada cinco minutos

para ir al baño, mientras los sujetos aquellos hablaban con nosotros. Adriana se estaba descargando. Siglos de espera. Ya conocíamos nosotros todas esas verdades ocultas por los noticieros. Empezaron a hablar sobre la proliferación de maricas y viciosos en Medellín. Hacían chistes despectivos. Yo les empecé a seguir la corriente para calmar los ánimos. Me acordaba de una buena colección de chistes homofóbicos y racistas, lo cual a ellos les pareció agradable. Se acomodaron en el sofá y estuvimos discutiendo sobre fútbol. Adriana les trajo aguardiente y pidió permiso para ir a buscar un poco de dinero al cajero electrónico. Lo último que nos quedaba. Seguimos con lo del guaro. Les dije que Adriana y yo habíamos hecho una película. Se mostraron interesados. Un poco encantados. Y entonces estuvimos visualizando lo que quedaba del Sardino Alkaseltzer. No entendieron de qué iba. Hicieron preguntas estúpidas. Puras obviedades. Criticaron los contenidos. Que por qué esto y por qué lo otro. Yo miraba constantemente a la puerta. Adriana se tardaba demasiado. Quería a esos sujetos fuera de la casa. Y para no escuchar más tonterías cambié el tema y me puse a hablar de la decadencia del fútbol colombiano. Esos temas siempre cautivaban a los sirvientes de la ultraderecha. Pero no nos podíamos poner de acuerdo en el tema de la Selección Colombia hasta que empezamos a hablar de Pablo. Luego, Adriana volvió de la calle y les dio la plata y yo les dije que sería lo último. Ya conocía yo a estos sujetos. Eran como las cucarachas. O las ratas. Siempre se cebaban y volvían por más. Aquello sí no pareció gustarles. Yo insistí. Quería que quedara claro: no más "vacuna".

Al final, los milicianos se fueron, pero nos dejaron un amargo sabor en la boca. Dijeron que me conocían del barrio, pero que todo aquello no tenía nada que ver con nuestras infancias. Yo, la verdad, no los distinguí. Sabían lo de la película y, sin embargo, se lo habían callado. ¿Quién engañaba a quién? *¿Quién manda a quién*? Cuando se lo contamos a Lucho, se puso bastante consternado. No se explicaba por qué habían preguntado por él y cómo habían averiguado lo del *Sardino Alkaseltzer*. Tal vez todo era puro visaje; una rara. Lucho nunca se enredaba ni por casualidad con ese tipo de gentes ni tampoco a nosotros se nos hubiera ocurrido sospechar que hubiera sido una treta para ahuyentarnos de su apartamento. Le dijimos a Lucho que se tranquilizara. Que en Medallo pasaban ese tipo de cosas. Que uno no sabía quién le tenía puesta la vista, y que aquellos brazaletes nos habían parecido falsos. "*Ah, fresquiate, Loco; quién sabe a qué hijo de vecino le dio por jugar a tomarse la ley"*, le dije. Era algo muy normal. En Colombia cualquiera cogía un arma y se largaba por las calles a autoproclamarse defensor del orden y la ley. Lucho era bastante sensible a ese tipo de cosas, y no por lo que representaran para él, sino por lo que representaban para el país. No les tenía miedo a esos tipos. Lucho no estaba estructurado para ello y su formación no le permitía ir al choque con nadie. Lucho les tenía asco.

A las cinco de la mañana de esa noche, nos fuimos los tres al balcón y nos quedamos en silencio viendo cómo amanecía en Medellín. Allá se veían los edificios y las azoteas. Los primeros carros perezosos que empezaban el día. Aquí, Adriana miraba el cielo y jugaba con las plantas de tomate. Le daba pataditas a una hoja con su pie desnudo. Lucho organizaba sus cidís. Yo leía mi librito de apuntes: "*INSTRUCCIONES PARA IR AL CINE*: *1. Ubíquese en el contexto histórico de la trama. Haga un esfuerzo y especule sobre la época en la que se desarrolla la historia. Unas señas importantes pueden ser los*

decorados y el vestuario. También la forma de hablar de los personajes puede arrojarnos luces sobre los años en curso. Busque una coherencia. Compare los manuales históricos con sus resultados. 2. Determine las implicaciones sociopolíticas de la historia planteada. Textos subyacentes. Mensajes entrelíneas. Propaganda subliminal acerca de un estilo de vida determinado. 3. Identifique los personajes centrales y deduzca cuáles son las motivaciones que los llevan a actuar de tal o de aquella manera. Si los personajes actúan sin motivaciones el efecto dramático se diluye ...”

Los aviones empezaban a aterrizar y a despegar del Olaya Herrera. Los veíamos surcando el cielo como sanguijuelas arrastrándose sobre una baldosa azul. Las tiendas empezaron a abrir sus cortinas de hierro y la ciudad se llenaba de ruidos humanos y de barullos de pájaro. Así durante un buen rato hasta que el sol salió y empezó a quemar.

Una brisa fría, sin embargo, nos envolvió a los tres. Lucho con sus cidís. Adriana y las plantas de tomate y el cielo. Yo con mis rollos. Luego nos fuimos a dormir.

“...4. Establezca el género cinematográfico al cual corresponde la cinta. Si sus recursos expresivos no se ajustan a, por lo menos, un tono, entonces sálgase del teatro pues lo han estafado con la boleta. (Thriller, suspense, comedia, bollywood, ciencia ficción, drama, road movie, noir, Western, melodrama etc., etc.). 5. Importante en alto grado, es fijarse si el cuento que nos van a echar es un cuento de pobres (clase obrera), o si es un cuento de ricos (clase media). Cada una de las dos categorías tiene su encanto, así que el disfrute de la cinta aumenta conforme se tiene plena conciencia de estos factores. El drama, a nivel de clase alta, es bastante aburrido, así que este caso no cuenta en calidad de ciencia escénica; excepto cuando viene mezclado con otras franjas o cuando nos remitimos al cine de monarquías. 6. Analice el estilo de narración y verifique que se mantenga sólido durante toda la trama. Cotéjelo con los antecedentes del director. Asegúrese de que la cinta corresponda a alguna de las siguientes escuelas: Nouvelle Vague, Neorrealismo Italiano, Expresionismo Alemán, American Pies, Thriller, Serie B, Noir, Dogma 95, Easy Riders, Indies, Nuevo Cine Latinoamericano, Cinema Novo, Hollywood, etcétera. 7. Calibre el poder metafórico de la cinta. Identifique sus símbolos y arquetipos. Mire si lo representado da cuenta de algún aspecto de la condición humana. 8. Haga caso omiso de los clichés, lugares comunes y estereotipos. A veces funcionan y pueden acometer diferentes objetivos, aunque entorpezcan su exquisito y refinado buen gusto para ir al cine. 9. Sopese la coherencia entre la sicología de los personajes y su edad. Ello le ayudará a registrar los niveles de verosimilitud en el metarelato. 10. Ahora sí; dispóngase a disfrutar del séptimo arte ...”.

NOVENA PARTE

ADRIANA

El tapón del Darién se convertía, pues, en un capítulo drásticamente cerrado para Adriana y para mí. Y lo más grave de todo, es que ambos manifestábamos no querer volver a abrirlo nunca más, porque muchas cosas estábamos dispuestos a abandonar ante fatalidad tan lamentable. Tales eran los pormenores de una comedia de amor, en la cual, el whisky había sido oración; el sexo, desayuno; la humillación, pan; las peleas, oxígeno; el mar, disculpa; la noche, día; los libros, gasolina; las palabras, strip tease; las balas, música; la guerra, tiempo; y los celos sobreprotectores, nuestra ropa. Y el recuerdo de un calor infernal en la selva, por último, sería nuestro consuelo. Antes de partir, fuimos con Adriana a ver morir la tarde en los aparcaderos de la avenida Los Industriales. Allí, el *skyline* de las fábricas se silueteaba negro contra fondo crepuscular conforme iba cayendo la noche. La ciudad estaba gris. A lo lejos se podía ver la terraza del centro comercial Monterrey y la tristeza de las autopistas de Envigado y un par de cometas elevadas desde algún balcón que no podíamos vislumbrar. Había llovido toda la tarde y las canciones de *Pet Shop Boys* y de *Depeche Mode* se habían tomado las emisoras de rock and roll. El cielo se cernía húmedo sobre los barrios lejanos del sur. Un suave aroma a melancolía agradable celebraba la frescura de las calles mojadas. Adriana empuñaba un boleto de autobús y no lo soltaba ni cuando nos abrazábamos para darnos los últimos besos. Cuántas veces la había visto enjugada en lágrimas con un tiquete en la mano; *Bogotá – Chicorodó; Apartadó- Medellín; Turbo – Bahía Solano; Triganá – Zapsurro; Apartadó – Carepa, Apartadó – San José, Apartadó – La Luna; Apartadó – Júpiter; Apartadó – La Vía Láctea, Apartadó-todo el sistema solar.* Yo tenía todos esos tickets en mi memoria, pues habían sido viajes que habíamos emprendido juntos, y ella siempre había cargado con el boleto doble. Ahora las cosas habían cambiado; ella emprendería los viajes subsiguientes de su vida sin mi compañía y así tenía que ser. No nos podíamos perdonar ésta. Yo insistía que de por medio estaba mi carrera como actor y su estabilidad emocional: que conmigo iba terminar siendo una novia frustrada, que yo no tenía cabeza pa'l amor, pero ella terciaba diciendo que un amor como el nuestro merecía una oportunidad. Entonces, por decir "Adriana", había dicho "Paula". No era la primera vez que equivocaba su nombre. Era la segunda vez y quizá una tercera, y siempre el mismo error, el mismo ruido, la misma sirena blanca de siempre. La primera vez había sido cuando las luces estaban apagadas y hacíamos el sexo oral en la hamaca de un tambo en las playas de Necoclí. En vez de decirle "Adriana" le había dicho "Paula". Y esta vez ella no me lo perdonó. Miraba las goticas de lluvia en su reloj de pulsera. Era ese tipo de invierno medellinense donde el frío era un thriller malogrado. Lloró por unos cuantos minutos y me pidió que buscáramos un lugar para tomar un trago. Se sentía consternada. Encontramos una cantina en el corazón del barrio de los Industriales y entramos. Adentro había unos cuantos obreros tomando cerveza, aún con sus ropas de trabajo todas polvorientas. Las paredes estaban decoradas con calendarios antiguos de Cigarrillos

Pielroja y de gaseosas Lux. Una pareja de ancianos tocaba canciones de carrilera en una mesa y un señor anciano, con un sombrero de cuero vueltiao', servía aguardientes dobles a los borrachos de la barra. Adriana y yo pedimos par tragos dobles de ron y nos los mandamos de un solo envión. Luego pedimos otros dos tragos y Adriana fue hasta donde estaban los cantantes y les pidió prestada la guitarra. El dueto de cantantes, muy amables, le dijeron, *Claro niña tóquese una que nos haga llorar*. Entonces, Adriana se paró junto a la barra y empezó a cantar la siguiente canción en tono de vals, y con la voz más dulce que yo hubiera podido escuchar:

/ LA DICTADURA DE LA BELLEZA /
DE LA MENTIRA Y DE LA EDAD /
Y EL DULCE SABOR DEL ÉXITO EN TELEVISIÓN /
TODOS SOMOS ARTISTAS DE MIERDA, EN POTENCIA /
HIMNOS DE ESCLAVOS /
HIMNOS DE VILLANOS /
SÓLO LOS HIJOS NO CONCEBIDOS PUEDEN RESPIRAR TRANQUILOS /
HAY COSAS MENUDAS QUE DEFENDER /
UN GATO Y UNA MUJER /
Y LA FÁBRICA DE JIM DEAM DEPENDE EN PARTE DE MI /

MUNDO FELIZ, PARA TI Y PARA MI /
LA MISMA VAINA, DISTINTO COLLAR /
MUCHAS GRACIAS POR COLABORAR /
HA SIDO TODO UN PLACER /
SI TE QUITAS LA VIDA, PROCURA NO PONER TODO POR PERDIDO /
Y AÑADE CUÁL ES TU DOLOR /
LOGOTIPOS DE GRUPOS DE ROCK, ESVÁSTICAS Y BANDERAS,
TENDRÁS LO QUE QUIERAS /
MUNDO FELIZ PARA TI Y PARA MÍ /
LA MISMA VAINA, DISTINTO COLLAR /
GRACIAS POR COLABORAR /
MUNDO FELIZ .PARA TI Y PARA MÍ/.

Y con los ojos llorosos puso la guitarra sobre la mesa y salió corriendo hacia la calle. Nadie se percataba del incidente, pues ninguno de los obreros se interesó demasiado en la canción. Una sirena de alarma estaba sonando desde una de las fábricas alrededor. Yo pagué los rones y salí en busca de Adriana, pero ella ya se había desaparecido entre las calles repletas de camiones estacionados y de obreros que salían de sus trabajos.

En la terminal de transportes me encontré a Adriana Santamaría a las ocho y cuarenta de la noche. La noche sabía a gasolina, a cemento, a caucho quemado. Adriana tenía unos bluyines de cordoroy rojo y sus ojos lagrimeaban por la conjuntivitis. Me dijo que era la última vez que la iría a ver si yo no tomaba una decisión. Lo del master del "Sardino" era una disculpa demasiado boba y ambos lo sabíamos. Ella no se lo podía creer y, con el boleto de salida en la mano, la dejé sentada en la sala de espera *Transportes Unidos – Rápido Tolima – Expreso Doradal- Rápido Magdalena.* No nos abrazamos, no nos

besamos, no nos dijimos nada más, sólo nos miramos a los ojos y yo caminé en línea recta por los pasillos llenos de viajeros y de maletas, sin mirar atrás.

Cuando iba en el bus, en dirección a la casa de Lucho, se me aguaron los ojos, pa' que voy a decir mentiras. No voy a venir a tirármelas aquí de varón. La ciudad olía a desfile, a feria, a televisor encendido en el canal de interés público. ¿Cómo era posible que nosotros no hubiéramos tenido una copia del Sardino Alkaseltzer? Ni siquiera la gente del Studio, tan digitales que se habían vuelto, se habían preocupado por recomendarnos de que sacáramos un *back up*. Aquello era un error tan increíble como imperdonable. Lo mío era un llanto desesperado, pero sordo. Con lágrimas, pero interior y silencioso. Lloraba por todo el amor que se quedaba atrás. Sin embargo, en casa de Lucho, traté de sobreponerme a todo tipo de evocación y remordimiento. Ahora estaba de vuelta en mi ciudad, pero también me estaba percatando de que no tenía ni un solo centavo encima. La última persona que había corrido con mis gastos había sido Adriana. Incluso hasta la *vacuna* que nos pidieron los milicianos había salido de su bolsillo. Se me estaba olvidando que lo mejor de tener una mujer al lado, es que la supervivencia estomacal siempre estaba asegurada. Hasta en las circunstancias más adversas, las mujeres siempre tenían su guardado. Entonces, debía ponerme en la tarea de volver a la misma faena de antes de partir. Buscar trabajo. A Lucho parecía no importarle que yo viviera en su casa, pero sí parecía importarle mi posición frente al mundo.

- Loco, estuve hablando con tu mamá.

- ¿Si? ¿Y qué dice la cucha?

- Pues que está preocupada.

- ¿Por qué? Yo estoy bien.

- Pues no te gusta verte tan...

- ¿Tan qué? – dije.

- Pues así... tan “rolling stone”.

Yo sabía que mi madre nunca hubiera esbozado un concepto tan poético, tan inteligente, tan preciso para definir mi vida. No porque no fuera bastante smart, sino porque mi madre no sabía ni jota de inglés y lo más parecido a rock que ella hubiera escuchado era las baladas rápidas de Leo Dan. La definición era, toda, autoría de un alma tan sensible y profundamente humana como la de Lucho. “*Rolling Stone*”. ¡Qué belleza! ¡Qué manera de definir las tragedias de la vida! Decirme *Rolling Stone* a mí, era como un cumplido, pero también era un insulto. "La piedra rodante" era un apelativo como para mandar a enmarcar; una jugada de antología; el pase que le hizo Faustino Asprilla a Leonel Álvarez en el 5 a cero a Argentina. La frase me era confusa, era certera, era misteriosa, sugestiva. Pero en últimas, estaba pavorizado ante la idea de volver a vivir con mi madre. Así que me dediqué a hacer llamadas telefónicas y a caminar de vuelta por las calles calcinantes

de esa Medellín maquillada; verdaderos sartenes platinados donde se te fritaban los pies, y en donde no encontrabas ninguna oportunidad de trabajo, y donde la miseria estaba escondida bajo la misma arena que usaban los gatos para esconder la mierda. Todos allí se empeñaban en hacer de Medellín una ciudad muy bonita, mientras la mayoría de sus habitantes se revolcaban en el hambre, el desempleo y la ignorancia. Paradojas de la vida, ¿No? El llamado tejido social, que se empeñaban en salvar los mandatarios de turno, más que una colcha de retazos, era un agujereado costal de papas, y a los costales ya no los quería remendar nadie, ni para forrar catres.

Un medio día de polen y de mucho olor a febrero, mis pasos me llevarían hasta la sede de un noticiero, cuyo nombre desearía omitir. Tenía sed; estaba sofocado y llevaba 48 horas sin probar bocado. Allí me recibiría una secretaria bastante amable, a la cual le preguntaría por la directora del noticiero, una de tantas ex compañeras de aventuras durante los tiempos del Sardino Alkaseltzer. La secretaria atrapó el teléfono y llamó a la oficina de su jefa. Intercambió tres o cuatro frases y luego colgó. Y con una hermosa sonrisa en la cara, me dijo que la directora no me podía atender. Ahora bien, "si era posible", "si a mi me parecía correcto", ella podría "coger" mi mensaje. Le dije a la secretaria que estaba buscando una entrevista de trabajo para la posición de editor, que llevaba unas hojas de vida conmigo y que si podría dejar una de tantas en sus manos. La secretaria me dijo que "por supuesto" y empezó a explicarme un largo trámite burocrático antes de que esta hoja de vida, arrugada y mugrienta, pudiera llegar a las manos de la directora. Decía que era más fácil que llegara hasta donde la productora. "Lo que sea", le dije; y cuando ya me iba a ir, apareció en la puerta de una de las salas de edición la cara siempre alegre del Coste', un viejo conocido, ex -asistente de iluminación de El Sardino Alkaseltzer. El Coste' estaba de editor y me dijo que allí estaban necesitando alguien que trabajara en el archivo. Dos segundos después se metió a una sala contigua y luego apareció con la jefa de producción del noticiero. Nos presentamos, me preguntó si yo tenía experiencia como editor. Le dije que "algo"; ella no estaba muy segura. Miró al Coste'; miró a la secretaria; me miró; miró la hoja de vida y dijo que editar un noticiero era muy diferente a editar una película. Más sin embargo, dos horas después yo había obtenido el trabajo como archivador.

Lleva una escuelita en tu corazón

El trabajo en el noticiero consistía en permanecer ocho horas encerrado en un pequeño cuarto, rodeado por cientos de casettes de video. Uno tenía que esperar a que vinieran los periodistas y que te solicitaran, con sus alaridos, las determinadas imágenes de antiguos noticieros de televisión. Para mí fue especialmente difícil, porque yo consideraba a los Comunicadores Sociales como la ralea más abominable que había entre los profesionales universitarios. Ya me había visto *Brodcast News* como cuatro veces y me había gastado la mitad de mi infancia viendo los programas de entrevistas en la televisión y al final de cada jornada la sensación seguían siendo la misma: Un Comunicador Social era esa suerte de mortal que creía que sabía de todo, pero que, a la larga, no sabía de nada. No obstante, ellos vivían lo suyo con mucha pasión y eso estaba bien; de eso se trataba la vida. Y el noticiero, por supuesto, estaba lleno de ellos y muchos de ellos por supuesto ya

me distinguían, y muchos se habían asombrado de verme trabajando en un noticiero, un tipo tan talentoso, tan genial, un ser humano que se había pasado los últimos años saliendo en televisión. ¡Y de archivador de noticiero! Bueno, por algo se empezaba otra vez, ¿No? Y el palo no estaba pa' cucharas, además. Total, que a los días yo me la pasaba corriendo entre las cabinas de edición y el archivo, trayendo y llevando montañas de video-casettes, y tecleando en el computador, y archivando imágenes y corriendo a la hora de las emisiones y soportando los hijueputazos de unos seres que se estimaban lo más especial sobre el planeta. No había guante con que agarrar a un reportero de la televisión paisa. Claro que había excepciones, obviamente. De tanto pirobito medio picado, sólo se salvaba la directora y los asistentes de cámara, quienes a la postre eran los más humildes, y quienes, a la final, se las pillaban todas. Yo solía gozar como un enano, al igual que los asistentes, cuando la directora cogía de cuenta de ella a uno de tantos estudiantes de periodismo, o a uno de los sapos lambones que manejaban los vehículos del noticiero. (Por poco, estuve más de una vez a punto de meterle la mano a uno de esos sirvientes chupamedias). No había nada que detestara yo más que un carga-ladrillos lambón. Las personas de los noticieros creían que le estaban haciendo un favor al mundo cuando lograban sacar sus emisiónes al aire, pero yo pensaba para mis adentros que lo único que lograba la prensa oficial colombiana era alienar la cabeza de los televidentes, servir a los intereses de dos o tres clases dominantes y crear hombres en serie en una sociedad donde lo que se necesitaba precisamente eran hombres excepcionales, lideres que cambiaran la historia reciente de ese país servilista. Aquello se tornaba insoportable. Detrás del mantel blanco, limpio y nuevo de los antioqueños, se escondía un engranaje siniestro de poder y de manipulación de la opinión pública. ¿Cuánto más podría aguantar yo en ese noticiero? No lo sabía. Cada día, después del trabajo, me iba para el cine a solas y extrañaba los días de la frescura en mi mirada, cuando mi lente no veía aún la nebulosa desenfocada por las lágrimas y el dolor, cuando iba con mi madre a las películas del Cid y del Junín y del Libia. Solíamos ir a esos cines, que en ese tiempo eran los teatros finos. Luego empezaríamos a ir a los teatros de los centros comerciales. Mi madre era muy pinchada en ese aspecto; nunca le gustaba meterse al Maria Victoria o al Dux o al Avenida, aunque cuando íbamos con el cucho, resultábamos hasta viendo dobles en el Opera, a donde iban todos los desparchados del centro a matar las horas. La época del noticiero me hacía recordar los días en que, de niño, me metía al Versalles con mis padres a tomar café y a comer empanadas argentinas después de vespertina.

Ahora, me estaba metiendo a cualquier bar y me estaba gastando la plata que me pagaban en el noticiero, me había abandonado mi novia y sentía que me seguían unos sujetos raros a todas partes. Siempre eran los mismos. Exactamente con la misma facha de los milicianos. Su mismo aire. Los sentía todo el tiempo detrás de mí. Creo que me sentía a merced.

Cervezas. Luego de los bares, bajo el acecho de los milicianos, me veía patrullando la ciudad, tratando de encontrar a Lucho para seguir comentando de lo genial que había sido *El Sardino Alkaseltzer* y de la perdida tan lamentable para el patrimonio fílmico nacional el hecho de que *El Sardino,* hasta la fecha, no hubiera conocido la luz pública. Languis Grisales solía asentir con la cabeza, y con sus ojos pequeñitos detrás de sus eternas gafas de niño listo y bonachón, me decía; "*sí loco, sí loco, estoy de acuerdo, loco*". Pero, para

aquella época, Lucho ya no bebía. Bueno, sí bebía, pero no conmigo. Eso de los milicianos y muchas otras cosas lo tenían bastante cabreado. Yo vivía en su casa, pero él trataba de evitarme. Podía ser que ya se hubiera mojado la pólvora de nuestra amistad, o que, a su parecer, yo me había vuelto muy fafarachero: siempre hablando de cine y de arte y de esas cosas, mientras la realidad de Colombia ardía bajo el soplete de su misma realidad. ¡Qué tipo tan mamón!

Ya lo decía Aristaraín en *Martín Hache* con Cecilia Roth: la mejor forma de arruinar una amistad es poner de por medio una convivencia. Así que en lo subsiguiente, yo era el que me mantenía borracho, y Lucho, ya no era Languis. Lucho sólo se limitaba a llevarme la corriente como se le lleva la corriente a los locos. Lucho se la pasaba por ahí en los ambientes gomelos con su nueva novia y con sus nuevos compañeros de la Universidad Bolivariana. Era lo más natural. Más fácil era que el papá de Lucho Grisales se parchara conmigo a beber, a escucharme hablar toda la noche sobre *El Sardino Alkaseltzer*, que Lucho se dignara a dar la cara por la casa. Creo que si no hubiera sido por el papá de Lucho, yo hubiera intentado suicidarme mucho antes del día en que realmente lo intenté. A cambio de media botella de aguardiente, el papá de Lucho solía escucharme la lora en esos días en que yo necesitaba una catarsis. Y fue así cómo tomó mucho tiempo para que me decidiera, porque me la pasaba borracho todo el día viendo como se marchitaban las plantas de tomate con el papá de Lucho, y viendo a esos milicianos montándome guardia, y no tenía tiempo para acordarme de que no quería vivir más.

Gente que no se parece a uno

Todo había coincidido con el día en que había renunciado al noticiero. Yo estaba en la sala de edición haciendo mi trabajo. Ahora era editor. Mucho mejor que ese infierno del archivo: por lo menos mi sala de edición era unos metros más grande y no tenía que soportar tantos alaridos de neuróticos post-adolescentes. Había sido ascendido, por accidente, efecto emergencia, como suele suceder en esos casos. Un editor veterano no llegó un día, porque se había quedado enfarrado con una corresponsal de CNI, y entonces me asignaron a mí como editor de la sala #1, y al editor veterano lo echaron. Y allí me quedé. Había aprendido, de cualquier modo, a inventar noticias de farándula, que es lo que básicamente solían recomendar los periodistas novatos a sus editores. Los periodistas experimentados en cambio, no eran así; los periodistas experimentados actuaban de otra forma. Ellos no se inventaban las noticias pues a ellos les tocaba informar sobre asuntos muy serios como política y esas cosas, y los editores experimentados, entonces, eran asignados a los periodistas experimentados. Era muy delicado meterse con esos asuntos de política. Un editor experimentado no se podía inventar las noticias.

Un editor experimentado las manipulaba.

Pero yo apenas era un cachorro en eso de la edición y, entonces, me mandaron a editar noticias de farándula con los novatos. Por algo había que empezar, ¿No? Yo era editor de los que todavía estaban estudiando y hacían sus prácticas en el noticiero; una suerte de lamberiscos que trabajaban por nada y que los productores contrataban para cuidar el

presupuesto, lo cual a mí, la verdad, me tenía sin cuidado. Lo importante es que yo me había convertido en el editor de un noticiero muy importante. Y ser editor no era tan excitante como ser actor, pero era mucho mejor que ser archivador, aunque fuera mucho más arriesgado, espiritualmente hablando, pues los editores allí eran mañosos, egoístas, y competitivos en la arena ingrata del conocimiento técnico. Para sobrevivir en el mundo de los editores tenías que tirar a dañar, o esperar a que te dañaran, y cuando alguno de ellos te ayudaba, lo hacía porque no quedaba más de otra, pero nunca por solidaridad. Me imagino que así es todo un poco en la vida, en todas partes. Era un mal generalizado entre las vacas sagradas del maravilloso mundo de los cables y los botones. Recuerdo que el trabajo parecía muy interesante el primer día de trabajo: entraba el jefe de redacción y me puteaba por unas imágenes de un desfile de modas en el atrio de una iglesia; al alcalde no le había hecho ninguna gracia. Luego entraba un periodista de económicas y me puteaba: le parecía que mi trabajo era muy lento. Luego entraba Harold, otro de los editores y me puteaba: no estaba siguiendo "el manual de estilo", (que a mí me parecía más bien "el manual de los vicios") decía que el audio estaba saliendo sin sonido ambiente, que yo era el editor de las voces “encajadas”, cuando en realidad a mí las voces encajadas no me parecían un desacierto sino una necesidad. Luego me ponía a editar una nota con una periodista de la Cámara de Comercio de Medellín y me puteaba. Ella, sin tener idea del lenguaje audiovisual ni de cómo poner una tilde, ni de nada, creía que abrir la boca todo el tiempo justificaría su salario y los cinco años en plata que se habían tirado sus padres en su universidad. Luego me ponía a alegar con los periodistas de deportes sobre cómo editar correctamente una nota a la luz de los postulados de Einseinstein, pero ellos me decían que Einseistein se podría revolcar en su tumba, pero que las noticias se editaban como a ellos les parecía. Luego entraba la jefe de producción y me decía que me había clavado todos los días de Semana Santa, sin día de descanso y con doble turnos, y que de ahora en adelante me iba a tocar editar los titulares con la directora, (un momento de la jornada laboral donde el editor solía salir mal librado, casi al borde de un tratamiento psiquiátrico con electroshocks). Ese fue mi primer día de trabajo. Emocionante, ¿no?, y entonces yo me decía: "¿Yo qué putas hago aquí? ¿A qué horas había comprado esta guerra sin balas?, y entonces, uno de los editores, Care’olla, el más bacancito, me había dicho: "*no se deje cabroniar; que toda esta gente aquí son unos trabajadores de calle los hijueputas, venga mejor vamos al parque, usted toma aire y yo me fumo un bareto*". Y entonces salíamos y nos íbamos para el primer parque de Laureles, escabulléndonos de la vigilancia inmisericorde de los milicianos y, al rato, volvíamos ya más koliniaos’ que un chucho y con la cabeza en Júpiter. Pero yo ya había estado todo el tiempo pensando en que era mi deber volver a insistir con el Sardino Alkaseltzer. Si iba a seguir con esto de las cámaras, era mejor echarme al agua con ropa y todo. O de lo contrario, no me quedaría más de otra que suicidarme, o irme a vivir a un circo, o a un kibút, o escribir otro guión, o montar en globo, o hacer algo, lo que fuera, porque la vida y el acecho de los milicianos ya me estaban ganando, y la perspectiva de pasar los próximos meses en una fría sala de edición, y cada día salir a ver los dos mismos tipos parados en la esquina, me estaba homicidando; una de tantas. Por demás, nada tenía sentido en aquellos días. Estaba lleno de ideas sombrías. En ese entonces como ahora, yo era de la política que uno debía ganarse el pan con el sudor de la frente en la medida que el trabajo fuera una verdadera fuente de placer. De lo contrario, con esos sujetos respirándote en el oído, era mejor salirse del sistema y sobrevivir de la manera más colombianamente posible.

Tus libros

De vez en cuando, Adriana me llamaba al noticiero y me ponía canciones de Robi Draco Rosa y de Radiohead y me decía que nos merecíamos una segunda oportunidad; pero yo le decía que, después de lo que había pasado con *"El Sardino*", yo me había empezado a sentir como si me hubiera secado por dentro, como si lo que me alimentara ya no fuera más el amor por la vida, sino el odio. Ese era mi combustible. Había gente que la alimentaba el dinero y, a otra, el mismísimo tedio, y a otra el amor y a otra la resignación. A mí el aburrimiento, mezclado con miedo de miliciano, me estaba desangrando, y salvando al mismo tiempo. Nadar en charcos de angustia me ayudaba a respirar, a morir en vida. Total, que me tenía que llenar de odio para seguir arrastrando con la existencia; ese animal peludo que a veces se trepaba en la espalda.

Así pues, cierta tarde me rebelaría contra el noticiero en un concejo de redacción y empezaría a explicarle a la directora sobre los revolucionarios aportes de las teorías de Godard y de Hitchcock al arte del montaje. Ella me replicaría, que todo aquello era maravilloso, que ella lo sabía, pero que la cosa no funcionaba de esa manera en un noticiero. La verdad es que yo no le entendí muy bien sus argumentos, pues, la verdad, yo era muy bruto para entender la lógica de los noticieros de televisión. Y, entonces, así fue que renuncié y dejé aquel empleo con un gran alivio en mi corazón. Yo no iba a seguir aguantándome a una gente con la que nunca había logrado identificarme. Gente que no tenía ni puta idea de quién había sido Melié ni Grifith ni Eiseinstein y que no sospechaban de qué iba la gramática visual y que, sin embargo, insistían en seguir cometiendo cualquier cantidad de horrores que se le vinieran en gana por el sólo hecho de que habían pagado una matrícula en una universidad. Así que, esa tarde, salí y me fui a beber como una cuba en las tiendecitas de San Juan. No me importó la presencia de los milicianos y hasta les hice puñeta. Ellos se rieron. Una vez bastante ebrio, rescaté, entre mis papeles, el guión del Sardino, lo leí hasta donde la borrachera me lo permitió y dos horas más tarde me estaba arrojando por el balcón de la casa de Lucho. Me hubiera quebrado siquiera un hueso si el salto hubiera sido al menos desde un tercer piso. Más, sin embargo, había logrado abrirme la testa con un envase roto de *Tuti-frutti*. De lo único que me acuerdo es que escuché el sonido de tres disparos, y que traté de pararme y no pude. Me mandé la mano a la cabeza y estaba sangrando. Arriba, el cielo que no era azul sino rojo, y la figura de los dos milicianos en toma contra-picada, que habían venido a rematarme. *"¡Siquiera que nos ahorraste el trabajo, maldita panguana!" "Y si hay que volverte a hacer la vuelta, te la hacemos*", les oí decir. Y después todo se disolvió.

Cuando los bares se cierran

Los días en el hospital pasaron largos, cortos, silenciosos, meditabundos. Mucha gente había venido a verme. Muchos amigos habían vuelto a la ciudad. Entre ellos Paula Vélez. Entre ellos Mauricio. Entre ellos mi madre, que se hizo cargo de los gastos. Todos habían tenido sus rollos y todos de alguna manera habían cambiado un poco. Cosas le habían pasado a ellos y cosas me habían pasado a mí. El doctor me había encontrado en un estado anímico tan deplorable que Lina Franco había decidido venirme a visitar y a

decirme, dizque, "qué falla" lo del Sardino, dizque, que si de pronto se pudiera rescatar aquella idea, que dizque por lo menos todavía sobrevivía el guión, que "todos andaban buscando qué hacer", que "la gente afuera" preguntaba por mí, que la gente del medio ahora tenía demasiado tiempo libre, que muchos estaban deprimidos por la falta de qué hacer, que las cosas no le habían salido del todo bien a Paula en el Pacífico, que mucho paraco, que mucha guerrilla, que los hermanos, que la familia, que Mauricio Naranjo ahora andaba con el cuento del puro cine hiperrealista, que pura cámara al hombro, pura “subjetiva” ventiada, que Lucho se le iba a mandar de lleno a la reportería internacional, que puras notas de análisis en un portal de Internet, que dizque Lucho se le había declarado a Paula Vélez, que dizque le había dicho que la había amado desde siempre, pero que en secreto, que dizque Paula había entrado en una terrible crisis nerviosa; depresión, insomnio, que dizque llevaba varias noches sin pegar el ojo y sin salir de la casa, que sólo se bañaba, se trababa y se echaba a dormitar, que había perdido peso, que dizque Paula y Mauricio se habían peleado y que dizque se habían tratado feo, que Mauricio le había alzado la voz a ella, y que a Paula, sus padres la iban a mandar a una casa de reposo en Montería, y que dizque llevaba varias semanas bebiendo sin parar, y que dándole a la rumba solitaria, y que no se sabía si era por lo de Lucho o por lo de Mauricio. Y entonces, yo me acordé de aquellos días, cuando yo le servía de paño de lágrimas a Paula, para que después, a la noche, viniera cualquier mechudo y se la comiera. Y entonces, yo me puse a pensar que qué bobada; que ya no me jalaba el cuento del cine, y que, quizá, nunca me había jalado. Que a la final me había embarcado en “el Sardino” buscando nada más que eso; lo que todos buscábamos en los caminos más desesperados, como en esa película *Festival En Cannes*; pero que en nuestro caso no había funcionado. Que todos habíamos fracasado de nuevo en lo fundamental. Que no tenía sentido continuar. Que uno no tenía que ser una superestrella del cine para ser amado; que aquello era una aberración de las sociedades industriales; que todo, todo, pero todo el mundo, merecía amor sin el requisito imperioso de tener éxito en la vida. Que ser famoso era importante, en la medida que uno tuviera un mensaje trascendental para transmitir y quizá para lograr que los amigos siempre se acordasen de uno. Pero, que mientras ni Paula ni Mauricio ni Lucho ni todos los demás aprendiéramos la lección más importante, nunca llegaríamos a ningún Pereira. Así que le dije, a Lina Franco, que les dijera a todos, que pensaría lo de volver a hacer "El Sardino", pero que por lo pronto, necesitaba dormir. Entonces soñé con que volvíamos a hacer El Sardino Alkaseltzer y vi formas horribles, monstruos que acechaban sobre nuestras cabezas y que se comían el corazón de las mujeres. Al día siguiente, le diría a Lina Franco que ya no me importaba, que hicieran ellos los que se les viniera en gana, pero que conmigo no contaran para volver a hacer un segundo "Sardino Alkaseltzer"; un *ALKASELTZER 2*; que yo no era uno de esos héroes artificiales de Hollywood. Que yo era un héroe real de los que se aprenden a dar por vencidos. Les dije, por último, que yo había aprendido a descubrir en la humildad de los don nadies, una cierta certeza, un cierto mensaje de belleza espiritual y que con eso me bastaba. Lo que a ellos, al fin de cuentas, tampoco pareció importarles demasiado. Sólo se encogieron de hombros, pues "la iniciativa" solo les había surgido ante "un último rapto de solidaridad para con el amigo", quien, ayer, había intentado suicidarse.

Sabe amargo el licor de las cosas queridas

Por aquellos días, la vida en el planeta tierra andaba bastante alterada, efecto de una tormenta solar que se había desatado desde hacía varios días. Los medellinenses sentían que se comportaban de una forma bastante extraña, pero no sabían por qué. Sólo dejaban que sus pálpitos e incómodas premoniciones los arrastrara por abismos de vacío absoluto. Se guardaban la experiencia para sí mismos. Los citadinos cada vez compartían menos sus cuitas con sus semejantes, como si se tratara de una suerte de mal necesario, una especie de gripa capitalina, tan natural como agarrar un pocillo para tomarse un sorbo de café y arrojarlo después a un auto verde que fuera pasando por la calle. Los periódicos, por su parte, estaban enloquecidos dando la noticia del francotirador de las milicias. Cientos de mariguaneros estaban amaneciendo muertos en la calles con un tiro en la cabeza. En nuestra premier, los créditos habían rodado para un Sardino Alkaseltzer mutilado en *time-code* desde el minuto 25 hasta el minuto 68. Yo había decidido incluir a toda la tropa en la lista, con sus respectivos cargos, como si en realidad hubieran trabajado conmigo; como si no hubieran traicionado un pacto de proyecto. Como si yo amara de verdad a mis amigos. Y es que todos habían estado lo más de queridos al final de todo con ese pesado rollo del intento de suicidio y del hospital y de las otras cosas que no quiero mencionar.

A ella, a Paula Vélez, le di el crédito de productora ejecutiva y de coguionista. A Lina Franco, como se había portado tan a lo bien con lo del billete y con lo de mi estancia en el hospital, la puse entonces como Productora de Campo, pero también como codirectora. Del resto, todos los créditos habían sido vistos en la sala de proyección como habían sido planteados en el primer guión. Por supuesto, el crédito de Adriana terminó siendo algo muy especial.

Lo que habíamos visto del Sardino Alkaseltzer, aquella noche, había sido una película desdibujada, un mamarracho editado al extremo, casi al borde de la masacre cinematográfica. Todos mis rezos aquella noche fueron invocados en nombre de las imágenes que se habían perdido en el rec-play de un VCR y que nos habían costado tanto sacrificio a Adriana y a mí. La historia había cambiado radicalmente. Lo que narramos, en últimas, terminó siendo un chiste y nadie a la postre supo qué tan magistral nos había quedado la primera versión, la real. Como suele suceder en los trances de las cosas sagradas, a lo divino se lo había llevado la muerte. Aplausos, palabras de alabanza, felicitaciones, augurios de un futuro artístico concedido por los dioses llovieron, no obstante, sobre nuestras espaldas. Ni tiempo ni sangre, entonces, me quedaron en el tintero de los agradecimientos para explicar la otra historia detrás de la historia. De nada serviría ahora. Había cuentos que no se contaban. Palabras que iban a suicidarse a las cascadas del entredicho. Disculpas. Remordimientos de " lo que pudo haber sido". Pedazos de vida hechos para el olvido o para el regocijo íntimo. Eran tantas cosas, que uno no podría explicarse a sí mismo, de cómo había llevado su propia existencia hasta el otro lado de la pantalla. De repente habías cruzado un fuego invisible. Habías estado en casa muy tranquilo viendo la tele y habías ido a la tienda a comprar una aspirina para tu vieja, y cuando habías vuelto, alguien te había robado el televisor y la silla donde te sentabas, y tu casa, y tu familia, y tu barrio. Luego habías vuelto a la calle y los cines

también se habían esfumado. Y ahora tampoco te explicabas cómo esos personajes de los programas de tu infancia habían dejado de proyectarse plásticamente en un plano bidimensional. Ahora se habían transformado en gente real de carne y hueso.

Fuimos a casa de Mauricio y celebramos hasta altas horas de la madrugada. Cuando me desperté estaba amaneciendo y la casa estaba llena de borrachos derrumbados por todas partes. No podía dormir más. Me metí los dedos a la nariz y me saqué los troncos de perico disecados con sangre y mocos. El cielo tornábase azul Pato Donald; justo en esa parte de la mañana donde no se sabe si uno está del lado de la vida o del lado de la muerte. Era domingo y no había nadie que caminara presuroso por las calles hacia su trabajo. No había una cotidianidad en la cual refugiarse. Por eso odiaba las fechas especiales y los días de fiesta. En las jornadas excepcionales no podía escucharse siquiera el canto de algún pájaro. Supe de nuevo que no tenía lugar a donde ir, excepto a la casa de mi madre. La sola ideó me espantó. Fui hasta la cocina, abrí la nevera, serví un vaso de coca-cola desbravada y me senté a ver programas de *Tele Marketing* en un pequeño televisor de 14 pulgadas que había sobre la nevera. El mundo era tan absolutamente triste y caótico. Uno trataba de darle un orden a sus ideas para ganar un poco de claridad, pero la televisión lo único que lograba era traer más confusión a este valle de lágrimas. Miré por la ventana hacia la calle, y me di cuenta que la vida era una eterna pugna entre las sombras y los reflejos. El orden y el desorden. El movimiento y la quietud. Sólo las películas de cine y la literatura lograban darle un poco de orden a la realidad, las historias bien contadas eran pedacitos de luz extractados de un universo convulso y nebuloso, como fragmentos de una nave nodriza llegados a la tierra después de una colisión espacial; señales de lucidez fosforescente que se extinguían rápidamente en el ruidajo de la nada. Los seres humanos vivíamos a ciegas la mayor parte del día, creyendo que las sombras proyectadas en la pared de aquella cocina tenían vida por sí mismas. Los abogados sabían muy poco de derecho. Los médicos muy poco de medicina; los políticos muy poco de política. El mundo sólo necesitaba artistas. Cambié de canal. Sofía Vergara presentaba un magazín desde Seattle. ¿Por qué una diva tan buena presentadora como Sofía tenía que irse a vivir a Miami y no a Cartagena o a La Guajira? Desde la cocina podía ver a Lucho tumbado en la sala, al lado de una Lina Franco desnuda, y junto a otros cuatro cadáveres caídos en el combate de los brindis. Paula Vélez también debería estar en algún lugar de la casa. Había venido a la premier sorpresivamente y habíamos sostenido una de nuestras conversaciones campales. Me había dicho: "*Esta película definitivamente te quedó mejor editada de lo que te está quedando tu vida*".

"*Quién sos vos para desnudarle el alma a la gente*", le había contestado yo. Y aunque sabía que los celos y su ánimo de venganza eran los que hablaban, le repliqué un par de frases más, que sabía que la podían destrozar. Mi mejor defensa fue el ataque. No podía mostrarme evasivo.

Todo aquello había sido por la noche. Paula se había empeñado en destrozar mi autoestima, y para continuar la guerra, ahora podría estar en una de las habitaciones, entre las piernas de cualquier recién conocido. Ella sabía que eso me aniquilaría, pero sobre todo, creía que eso la liberaría de su puritanismo victoriano. Parecía que ahora prefería ser una puritana al estilo postmoderno: "Practico el sexo, pero no me enamoro". De modo

que fui hasta el estéreo y puse a sonar un compacto de porros y merengues, silenciosos hasta ese momento en la bandeja de cidís. Quise experimentar lo que experimentaba mi madre cuando solía sabotearme el sueño por las mañanas y de verdad que se sentía un placer inmenso. Lucho Grisales y Lina Franco se ponían las almohadas en las orejas y otros me gritaban entre medio desesperados y medio dormidos: "*APAGÁ ESA MARICADA, 'OME!", "DEJÁ ESA PUTA BULLA, PIROBO*!" y no me quedaba más alternativa que sonreír y subirle más volumen a la música. Todos se levantaron progresivamente. Era su única opción más inmediata. Yo estaba haciendo mucho ruido y era imposible dormir. Fue muy divertido, pero sobre todo muy arriesgado. Algunos querían matarme hasta el punto que yo tuve que encerrarme en un ático para salvar mi pellejo. La gente estaba de verdad furiosa y resacada. Muchos me odiaron durante toda la mañana y después todos me odiarían para el resto de sus vidas. Uno de esos travestis estudiantes de arquitectura, que iban a todas las farras, había hallado el cuerpo de Paula Vélez en el baño. Estaba desmayada y tenía un frasco de calmantes en la mano. Se había tragado 76 pastillas. Nadie dudó en culparme. Lucho y Lina me habían visto alegando con ella en la premier y Paula se había ido a llorar a su lado después del intercambio que habíamos tenido unas horas antes. Yo mismo no sabía si con una de mis frases literarias, estilo siglo 19, había llevado a Paula hasta el borde del suicidio. Me preguntaba si ella habría visto la luz blanca ésa que muchos dicen que ven cuando han estado muertos. Algo así como el resplandor ése, al final del túnel aquel.

Yo era el nuevo villano universal. Todo un antihéroe. A Paula le limpiaron el estómago y la gente del medio televisivo local volvió a juntarse por causa de las visitas a Paula Vélez en la Clínica Soma. Nuevos proyectos cinematográficos surgieron en aquella sala de hospital. Empresarios tesos, que querían invertir, se acercaron ante el grupo de amigos. Yo quise involucrarme como los demás, pero nadie me dirigía la palabra. Paula tampoco podía oírme porque estuvo como ocho días en coma. Yo le agarraba la mano y le hablaba a ver si reaccionaba, y a ver si me apretaba la mía como en las películas. Pero su pulsación entraba en crisis y, entonces, las enfermeras me expulsaban del horario de visitas. Se sentía muy ácido ser un desterrado de hospital y, al mismo tiempo, un exiliado del aprecio de los amigos. Para congraciarme con todo el mundo, le pedí prestado uno de sus negocios a mi amigo el proxeneta, para hacer una fiesta de desagravios y recuperación económica. La idea era cobrar la entrada. El proxeneta, en honor a los viejos tiempos, accedió de inmediato. En tiempos de decadencia, los únicos amigos que te abren las puertas son aquellos eternos expulsados del paraíso.

Y todos vinieron. Nadie se quería perder mi farra. Tal parece que estaba a punto de reivindicarme con el apetecido ambiente artístico local. Se trataba de un bar-restaurante un poco pintoresco, pero cómodo y limpio, y ubicado en un sector más o menos exclusivo de ese pueblo al que muchos se dignaban en llamar ciudad. No sólo de putas vivía el hombre y así lo comprendían muchos de mis invitados. Por éso sería que me gané la condena general, cuando pasada la media noche, empezaron a emerger putas de las puertas de los taxis. Y malandros, y valijas, y pillos, y vendedores de morcilla y futbolistas, y gentes, que al fin y al cabo, podían ser muy familiares para cualquier persona en aquella velada, pero que nadie se podía dar el lujo de aceptar. La gente de la televisión tenía que vender la idea de que era gente muy honorable. Fue así entonces, que

me gané el desprecio total de la ciudad y mi correspondiente retorno definitivo al mundo de la calle. Al otro día de la fiesta, los comentarios se habían ensañado contra mi imagen pública a través de las líneas telefónicas. Y es que con las putas todo había resultado un fiasco. No sé a cuál de los meseros le había dado por preparar ese cóctel azul que mandó como a quince al hospital por intoxicación súbita, y hasta el sol de hoy no tengo la menor idea de a quién le daría por poner a sonar música salsa a escondidas mías. Con ello me había ganado el destierro estético de los poderosos en un medio donde todo el imaginario latinoamericano estaba contaminado por los enlatados anglosajones. Las putas se pasaban... Pero, ¿Y los intoxicados meando azul durante tres días? ¿Y la salsa...? .... Repito. En aquel entonces la salsa era un símbolo chabacano de la plebe popular. No cómo ahora, repito, que ha ganado status y que hasta los ingleses, que son tan refinados, la han empezado a usar en sus películas.

DÉCIMA PARTE

LINA

Yo, sin embargo, quería estar lo más cerca posible de Paula, aunque su padre sólo me dejaba entrar hasta ciertas zonas de la sala de espera. Titi, el gato de Mauricio, que también se había perdido el día de la premier, apareció muerto en el congelador de la nevera. Por efecto residual, y por la capacidad de masificación que tiene la opinión pública, ese muerto también sería achacado al suscrito. Cuando iba de culos no había barranco que me detuviera. A veces la gente ordinaria, que se creía muy excéntrica, siempre había de necesitar chivos expiatorios.

Una tarde, Lina Franco me abordaría en la cafetería de la sala de emergencias del hospital y me diría las siguientes palabras:

- Te repito lo que vos le decís a todo el mundo: ... ¿Y vos a quién le has ganado, que te creés con el derecho de ir escupiéndole las verdades a todo el mundo en su cara?

- ¿Ya te vas a llenar de mocos, pues? – Le dije.

- Me dá lástima por vos, – continuó Lina. - Cada vez te estás quedando más solo. Deberías mirarte en un espejo. Vas a terminar viejo y decrépito y abandonado como nuestros padres. Sólo que vos ya lo lograste antes de los 30 años.

Yo no lo podía evitar. O era decir lo que me bailaba en la punta de la lengua, o era andar por ahí repitiendo los mismos pajazos existenciales de los demás. La vida era pura masturbación mental. Pero Lina Franco sí tenía razón, en parte. Debería autoanalizarme más. Lo que pasaba era que no estaba en condiciones de pagar un loquero. Lina profesaba uno de esos extraños oficios de parricidio ambulante que se suceden en el medio de muchas relaciones amistosas. Lina te ayudaba para juzgarte. Cuando disparaba, Lina tiraba a matar. Era como decir "¡Sálvate del infierno, que yo te consigo otro!". No era ese, precisamente, mi concepto de la amistad. No era cierto eso de que un amigo era el que te decía siempre la verdad. Uno usaba la verdad para destruirle las fantasías a alguien o para enlodarle la cara a la gente que quería dañar. La verdad, es que la verdad nunca ha cambiado a nadie. Ni a nada. La verdad nunca le ha ayudado a nadie tampoco. Para, y por la verdad, se habían inventado las mamás. Un amigo verdadero tenía que ser compinche en la virtud o en el asesinato. Equivocado o no, un amigo siempre tenía que estar de tu lado. Siempre. Esa era mi filosofía. Un buen amigo no tenía moral.

Al final, Lina Franco tenía razón: yo me había comportado como un criminal con Paula Vélez. Pero estaba equivocada en eso de que yo iba a terminar como mis padres.

- Uno juzga a los demás... – continuó Lina Franco (Estaba decididamente enfadada defendiendo a su amiguita del alma. Esa solidaridad femenina que cuando se desboca es como el desagüe de una represa) - ...cuando tiene autoridad moral para hacerlo. Pero, vos no sos nadie Alka, vos sos un pobre pelele.

- Me estás juzgando. No tenés derecho. A mí nadie me ha regalado nada. Le he pagado a la vida todos los precios que me ha pedido.

- Sólo trato de defender a Paula. ¿Qué le dijiste?

Era medio rara la amistad mía con Lina Franco. Mejor dicho, la de ella conmigo. Viéndolo bien, Lina Franco estaba todo el tiempo pendiente de mí y sin embargo nos tratábamos con cada suerte de sutilezas. De todos modos, eran acontecimientos bastantes normales, de acuerdo a los agravios que Lina me pasaba por alto. Pero ambos nos negábamos a aceptar el fracaso de nuestro entendimiento.

- No le dije nada de lo que ella no hubiera querido oír. Ella siempre es la que me busca y me hace preguntas raras. – Me defendí ante Lina Franco.

- Sí. Pero esa no es la forma de tratar a la gente que vos querés, Alka. Hay cosas que es mejor no decirlas. Todo el tiempo te la pasás por ahí criticándolo todo, auto-castigándote con el horror del mundo. A ver si te das una oportunidad de ser feliz. Con vos, o sin vos, la vida de los humanos seguirá siendo la misma mierda hasta el día de su extinción. Entonces, ¿Por qué sobrellevar una carga a tus hombros que sin duda no te corresponde?

Hicimos silencio. Lina Franco no entendía. Y yo tampoco la entendía a ella. Las gentes caminaban presurosas por la acera. El ambiente olía a Chocolisto.

- Mirá, en esta sociedad de la información – prosiguió ella – son muchos los mensajes que a uno le llegan y que tienden a dispersarnos como individuos. Nuestra lucha hoy en día tiene que apuntar a conservar nuestra integridad. Hay que velar porque el esqueleto llegué junto, por lo menos, hasta el día de la tumba. ¿Lo captas o no lo captás?

- No. Pero supongo que el problema es de esta puta democracia de masas. No sabemos leer las cosas en sentido figurado y por eso vos me estas acusando. En esta Colombia, todavía pre-moderna, aún sufrimos del síndrome del dictador. Tiramos a descalificar todo lo que no entendemos… y somos tan literales los colombianos. Todo lo seguimos al pie de la letra. Y por eso también practicamos el genocidio como deporte nacional. Porque no sabemos practicar la violencia simbólica y nunca nos atrevemos a leer lo qué hay detrás de los signos. Lo que le dije a Paula estaba llenos de genotextos y de mensajes entre líneas, pero ella lo atrapó todo fuera de contexto, sin interpretar nada. – Uno de mis discursos extractados de los libros de crítica cinematográfica - . Y esto, que le pase a una persona ordinaria, vaya y venga. Pero que le pase a una mujer con un chasis tan sofisticado como el de Paula, es imperdonable. Y mucho más que te pase a vos.

- Estás leyendo mucho libro de semiótica y viendo mucha película de detectives. Paula es una pelada normal y vos la estás elevando a la categoría de santa. Además, por muy sofisticado que sea el corazón de alguien, nadie tiene derecho a hacer experimentos de comunicación extrasensorial con nadie. Hay un idioma universal entre los humanos que está hecho de palabras, y lo más sano es que este idioma se use como una herramienta libre de códigos inferidos. En el lenguaje de las relaciones amistosas no debe haber subtextos. Las ideas subyacentes son para el cine, pero ésta es la vida real, Alka.

Tenía razón. Era hora de aceptar que el matrimonio cine-televisión, y la vida, nunca podían ser la misma cosa. Los unos nutrían a la otra, como dos realidades fagocitándose, pero era hora de despellejar al mundo de su cáscara de ficción.

- Deberías conocer a mi madre.- dije- ¿Sabés qué? Me parece que estás empezando a patinar en tus fantasmas ético-morales.

- Pues prefiero hacer de mi existencia un reto moral, y no un lío estético como vos. Corro con menos riesgos de ser lastimada y muchos más peligros de ser amada. Y vos no tenés derecho a cuestionar la vida de Paula Vélez. Todo el mundo tiene el derecho de hacer de su culo una pirinola.

-Sí, pero la libertad propia llega hasta donde empieza la libertad del otro, eso lo dijo Faulkner, y Paula ya me estaba empezando a meter el marrano en la cocina. Ninguno de esos que me juzgan, ni siquiera vos, se ha tomado la molestia de indagar por mi versión de los hechos.

- Yo te conozco, Alka.

- Yo tengo mi conciencia tranquila. Esta conversación no tiene sentido. Vos estás muy lejos de entender la mistificación de mi universo. Mi relación con Paula está cruzada por vibraciones religiosas y creo que sólo ella y yo lo entendemos como tal.

- Por algo sería que se quiso matar.

- Está bien; yo le dije unas cuantas palabras, pero nadie, ni siquiera ella, puede dar por descontado que yo soy el culpable de todo este rollo. Ni yo, ni vos, ni Paula, fuimos los que iniciamos el fuego, de eso podés estar segura.

- Y si vos te las tirás de tan outsider y de tan héroe clandestino-marginal, porque no hacés algo consecuente con eso, en vez de estar renegando todo el tiempo en contra del sistema. A ver si sos tan berraco y tomás alguna decisión y te robás un banco, o escribís un libro, o te secuestras a un man importante, o te haces un atentado terrorista, o te ganas un Oscar, o hacés algo con tu vida, pero que no sea puro bla-bla-bla contra las instituciones. A ver si sublimás toda esa *mistificación religiosa* - hizo el gesto de comillas con los dedos - en otra cosa que no sea la vida de los demás.

Lina tenía razón. A ver si yo pasaba, de una vez por todas, de la palabra a la práctica. Lo otro cierto, también, es que un bobo careado mataba a la madre. Lo que necesitaba era dejarme de maricadas y buscarme esa vida que estaba afuera de ese hospital.

-¿Qué le dijiste a Paula?

-Nada. Apenas hablábamos bobadas. Yo le estaba echando un carretazo sobre el *Puritanismo Victoriano*.

Lina se rió. En el fondo, a ella también le fascinaban todas esas perversiones de mi psiquis maloliente. Lina me atacaba para establecer un contacto que la sacara de su predecible universo. Como Paula.

Podía ser que también nos envidiara.

- No me vengas con güebonadas, Alirio Peláez; que nadie se intenta matar porque le dicen "puritana". Vos sabés que Paula Vélez viene de un tratamiento psiquiátrico. Su autoestima ahora está muy delicada – dijo - tenés que cuidarte de tratarla con cariño. Vos tenés mucha influencia sobre ella. No te aprovechés de eso. Ella te quiere mucho. A ver si algún día te ponés las pilas y te decidís a querer a la gente como corresponde.

Yo me preguntaba qué hacía una polla de 22 años hablándome de la forma en que me estaba hablando Lina Franco. Para eso pagaban esas universidades costosas las muchachas de aquel tiempo. Para llenarse la cabeza de cucarachas.

No era hora de visitas y la cafetería permanecía vacía. Sólo Lina y yo estábamos sentados en una mesa en el medio del salón y más allá estaban las empleadas de la cocina. Había una puerta que daba a la calle. El olor a *Chocolisto* se convirtió en aire con sabor a penicilina, a sopa fría con esencia a paquete de galletas *Ducales*. Las empleadas cuchicheaban como si estuvieran en los últimos minutos de un turno muy largo y muy extenuante. Todas las sillas eran azulitas color *Windows Media Player* y el suelo estaba recién trapeado. Sonaba un transistor a la distancia con la voz de Báltazar Botero y un jingle de *Pase La Tarde Con Caracol*. Habíamos hecho silencio y nos habíamos entretenido con las noticias mudas de la televisión. Era un típico televisor de cafetería. En esas estábamos, cuando Paula Vélez entró al salón. Venía vestida con una sudadera y nosotros nos sorprendimos. Lina le preguntó dizque qué hacía por fuera de su cuarto. Paula se acercó hasta a la mesa y, sin sentarse, nos contó que esa misma tarde le iban a dar de alta. Su padre la quería volver a mandar a Montería. Luego fue hasta el despachador y pidió una coca-cola. Se veía de muy buen humor. Pasaron un comercial de Alejandro Sanz en la radio y Paula empezó a cantar. Su voz contrastaba con las imágenes de la epidemia de las Vacas Locas en la tevé. "*Me fascina esa canción*", dijo. Yo adoraba ese romanticismo de Paula Vélez pero nunca se lo dije. Tal vez ella también adoraba el mío y nunca me lo dijo tampoco, quizás por el miedo a parecer cursis. La nuestra era una cultura avergonzada. Luego fuimos a su cuarto y le ayudamos a empacar. "*Necesito un ron*", dijo Paula, "*y yo una cerveza*", dijimos Lina y yo al tiempo. Y salimos de aquel hospital y nos fuimos a emborrachar en las mesitas del Centro Comercial Sandiego.

Había empezado a llover y nos habíamos encaletado media de ron entre las maletas de Paula. Pudo haber sido el Centro Comercial Oviedo o Almacentro. Pero Sandiego era más central y más fashion. El vigilante a veces pasaba y nos veía aquel comportamiento sospechoso, pero nosotros nunca nos dejamos pillar la botella. El Centro Comercial Sandiego era el centro del universo aquella tarde. Luego cayó Lucho Laguis Grisales y Mauricio, y un parcerito del hombre, un tal Carlos Patiño; uno de tantos escritores de mi país autodenominados soldados del ejército de rock and roll, quienes buscaban desesperadamente el silencio teniendo muchas que decir.

Las familias antioqueñas se habían volcado desde los parqueaderos a comprar sus regalos de navidad. Era la época más ansiosa del año. Época de noticias de viajes y de despedidas. Paula Vélez se iba a pasar el fin de año con su padre y con su hermano a algún lugar de la costa atlántica; en febrero volvería para matricularse en alguna universidad de Europa. Lina Franco había comprado los pasajes para irse a vivir a un Kibut en Israel: allá podría vivir de gratis, o algo así creí entenderle, no estoy muy seguro. Lucho, por su parte, decía que en enero iba a ir a Bogotá, a cierto concierto de rock, pero que volvería a terminar la carrera en la Universidad Bolivariana, y que le iba a apostar a alguna corresponsalía de guerra. Con todas las guerras que había en el mundo, había muy pocas probabilidades de no encontrar trabajo. Nos emborrachamos, gritamos, nos insultamos, peleamos, hicimos el amor en los baños públicos con Lina y con Paula y nos olvidamos del Sardino Alkaseltzer. Por lo visto, Paula y Lina y Lucho habían escogido escenarios naturales para darle un destino a sus vidas. Querían realidad; una vida más auténtica que el mundo artificioso del cine y la televisión. Eso estaba bien. Mauricio por el contrario iba a volver a la radio; ese había sido su punto de partida y decía que nunca debió haber salido de él. Yo estuve muy de acuerdo con él. La radio era maravillosa.

Así terminaban las historias en Colombia. En borrachera y en pachanga. En guachafita y en fandango. En furrusca y en canciones de Darío Gómez. En pelea y en culiadita. La gente del primer mundo que no sabe nada de alegría chabacana y arrabalera, debería darse una vuelta por el pueblo.

Canción de amor interestatal

Al día siguiente me desperté en una casa que no conocía. Había rayos de sol y equipos de fotografía, y luces y trípodes y cámaras y bolsitas de cocaína por todas partes. Miré por una ventana y volví a ver los dos sujetos aquellos de las milicias. Estaban parados bajo un árbol de la calle resguardándose del sol. Sentí miedo. Ahora recordaba. Me había ido con el tal Carlos Patiño a una fiesta de artistas de la Universidad Nacional, donde se habían aparecido imprevisiblemente Peter Gabriel, Danny Boyle, Fito Páez, Pedro Aznar y Drew Barrimore. Las superestrellas solían hacer ese tipo de cosas en nuestra patria y yo siempre tomaba el camino más raro. El más fascinante. El más arriesgado. Me gustaba desviarme. Creía que ya habría tiempo para volver a la ruta. Era lo mismo con las mujeres que con la familia y con los amigos. Ya tendría tiempo para reivindicar los

excesos y los errores. Ese era mi lema. Nunca habría suficiente tiempo para nada. Esta vida era demasiado corta. Ahora era cuando.

De Paula y los otros no sabía cuál había sido su destino en todo aquel fin de semana. Aquella vida era absurda. Una fiesta tras otra sin un peso en el bolsillo. Podría vender drogas y volver a los tiempos de mis amigos los sicarios. O quizás volver a algún noticiero de televisión a mover botones como un puto aburrido astronauta, a que me lavaran el cerebro con la misma odiosa nota de farándula, la misma noticia política de siempre: que atentado terrorista en el kilómetro 14 de "X" carretera; que masacre en "Y" pueblo; que tal dirigente se robó tanto. ¿Cómo harían los periodistas colombianos para aguantarse la misma jarta noticia todos los días de todos los santos años, de todas las putas décadas?

Supongo que era como amar a una novia muy linda a la que se amaba cada vez más según te fastidiara la vida y te arruinara tus mañanas.

La calle era de todos modos, con milicianos y todo, menos aburrida.

Yo, aún, no era un actor, pero quería serlo. Ese era mi punto. Ya sabía muchas cosas hermosas que sólo un artista podía descubrir. Una vez lo alcanzas no lo puedes dejar.

Pero faltaba algo. Fui a casa de mi madre y le pedí que me diera una última oportunidad. Ella estaba horrorizada por los balazos de los milicianos, que me habían desfigurado la cara. Mucho más desfigurada que antes. No se explicaba cómo yo podía haber sobrevivido. Nadie se lo explicaba. Mi vida no tenía ningún futuro en Colombia. Le dije que me quería ir a los Estados Unidos porque acá era donde estaban las "lucas". Necesitaba volver a nacer. Estaba cansado de ser un fumetas de esquina. No aguantaba seguir caminando mientras el resto del mundo viajaba en bus. Mis zapatos estaban deshechos. Ya caminaba casi a pie limpio como las tropas de Sadam Huseim y no tenía un segundo par de zapatos. Mi madre se entusiasmó un poco, pero no demasiado y me ayudó con lo del pasaporte, el pasaje y esas cosas. Tal parece que le quedó sonando lo de las *lucas*. Las madres hacen lo que sean por la dignidad de sus hijos. Le dije que algún día se lo pagaría, pero en el fondo, yo opinaba que era lo menos que ella podía hacer después de tanta tortura sicológica. Volví a ojear la casa y recordé las mañanas cuando la cucha solía jugar conmigo. Pasábamos tantas horas enteras muertos de la risa. Me preguntaba a qué horas su alegría de madre amorosa se había dañado. Qué había pasado para que su corazón y el mío se hubieran atrofiado. Me puse a mirar un álbum de fotografías y vi las imágenes de mi padre sosteniendo un trofeo y un fusil durante los años en que había prestado servicio militar. Tenía el uniforme de fútbol de las Fuerzas Armadas y unas botas militares a cambio de sus guayos correspondientes. Entonces, no necesité más respuestas. Se me vino a la mente la imagen de un niño por allá en los comienzos de los años cincuentas, cuando Medellín era apenas un pueblo. Había muy pocos con la capacidad de dar afecto sano. Tenía muchos familiares alrededor que no se habían graduado en la universidad del amor, una escuela que era gratis y a donde cualquier parroquiano podría asistir. Qué fácil podría ser decirse buenos días por la mañana y darse un beso por las noches antes de ir a la cama. Sólo de éso podría tratarse el

amor. Mi padre siendo un niño, se había fugado del cuidado de su abuela en un rapto de iluminación. Las bajas condiciones de vida lo tenían desesperado. A los ocho años de edad, trataba de sobrevivir por sí solo. Pagaba sus propios gastos para la primaria y compraba cada dos años un par de zapatos, los cuales solamente usaba en domingo. Llevaba almuerzos desde Medellín hasta Rionegro, en una época donde aquel viaje era como una travesía libertadora. Un día se quedó a vivir en una finca de Rionegro y de allí le quedaron recuerdos de mucho sufrimiento, mucho frío, mucha hambre, mucha desesperación.

Pero el cucho había salido a enfrentar la miseria. Sobre todo la miseria espiritual. Esa que no tenía que ver con la pobreza de bolsillo sino con la pobreza de corazón. La miseria no era un enemigo que había que esperar en casa sentado frente al televisor, deseando que una llamada telefónica te cambiara tu destino. No. La miseria había que salir a derrotarla en las calles. Mi viejo se la pasó rodando hasta que un día se quedó a vivir en un taller de mecánica automotriz, durmiendo entre carros viejos. ¡Eso sí era una vida que valdría la pena filmar! Eran tiempos donde a Colombia la estaban haciendo tipos berracos; con una escala de valores virgen, pero honorable, honrada, definida, propia, hecha a puños y no a balazos. Caí en cuenta que todo se había empezado a joder en mi país con la televisión y con los surcos de opulencia trazados desde gringolandia hasta Medellín. Era nada más que una conjetura. Había que ver las fotos y la forma de vestir del cucho en los cincuentas antes de la cajita mágica; tan europeo, tan elegante, tan bien parado, tan culto a pesar de su falta de educación formal. Luego llegarían los mafiosos, y nuestros ladrones de cuello blanco educados en la USA., y su amor por el dinero a cualquier costo. El dólar como valor supremo. La obtención de bienes materiales por medio del tráfico de drogas, de órganos, de influencias, de lo que fuera. La contraposición a una cultura intervencionista de la dominación ideológica. No importaba que tan podrida estuviera tu alma; no importaba que tan anoréxico fuera tu intelecto; lo que importaba era producir dólares: el triunfo de la mano del hombre sobre los recursos naturales del planeta. Y ahora, tumbado 24 horas frente a un televisor, queriendo comer todo el día comida chatarra, yo me creía que tenía una historia qué contar. ¡Ja! ¡Historia...la de mi padre!

Si William Faulkner alguna vez dijo que las mujeres eran impermeables al mal, yo aquella vez me atreví a pensar que los hombres éramos altamente permeables al mismo. El cucho recibiría, por supuesto, toda clase de estímulos, y aunque siempre fue un hombre reacio a las influencias externas, se convertiría en presa fácil de la idiosincrasia militar. A los 18 años se había ido para el ejercito y había pasado tres años en el monte, aprendiendo a vencer más que el miedo a los hombres, el miedo a matar. El cucho decía que creía en el respeto y la disciplina, pero casi nunca los puso en práctica. Decía que era liberal, pero siempre votaba por los conservadores. Era lo que le había pasado a casi todo el mundo en Colombia. Y a mí, nadie me podía quitar de la cabeza que ese había sido el principio de nuestra tragedia familiar.

INTERMEDIO

-Tramo de la historia donde usted puede disfrutar de nuestra confitería-

En la embajada norteamericana, me tocaría llenar un formulario que decía más o menos lo siguiente:

- ¿MOTIVO POR EL CUÁL DESEA VIAJAR A LOS ESTADOS UNIDOS?
Respuesta: NO SABE/ NO RESPONDE

- ¿HA ESTADO USTED ALGUNA VEZ EN UNA CÁRCEL?
Respuesta: SÍ.

- ¿ES USTED ALÉRGICO A ALGÚN TIPO DE COMIDAS EN ESPECIAL?
Respuesta: SÍ

- ¿ENUMERE UNA LISTA DE RAZONES POR LAS CUALES USTED NO PUEDE QUEDARSE A VIVIR EN LOS ESTADOS UNIDOS DE ÁMERICA?
Respuesta: NO SABE/ NO RESPONDE

- ¿HA TENIDO USTED PROBLEMAS PSIQUIÁTRICOS?
Respuesta: SÍ.

- ¿SUFRE USTED DE ALGÚN TIPO DE ADICCIÓN A LAS DROGAS?
Respuesta: SÍ

- ¿PLANEA USTED INGRESAR ALGÚN TIPO DE ESTUPEFACIENTES A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA?
Respuesta: NO SABE/ NO RESPONDE.

- ¿CUÁNTO DINERO PLANEA GASTAR USTED EN LOS ESTADOS UNIDOS?
Respuesta: NO SABE/ NO RESPONDE.

- ¿TIENE USTED ALGÚN TIPO DE ENFERMEDAD FÍSICA, VENEREA O MENTAL QUE CONSIDERE CONTAGIOSA?
Respuesta: SÍ.

- ¿QUE TIPO DE ENFERMEDADES FÍSICAS O MENTALES HA SUFRIDO USTED EN EL PASADO?
Respuesta: NO SABE/ NO RESPONDE

- ¿TRAE USTED ARMAS TERRORISTAS O COMIDA INFECTADA A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA?
Respuesta: NO SABE/ NO RESPONDE

- ¿PLANEA USTED TRAER MATERIAL RADIOACTIVO A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA?
Respuesta: NO SABE/ NO RESPONDE

- ¿HA TENIDO USTED EXPERIENCIAS PARANORMALES, O DEL TIPO U.F.O., EN EL PASADO?
Respuesta: SÍ.

-¿SUFRE USTED DE ALUCINACIONES Y/O DE EXPERIENCIAS EXTRASENSORIALES ?
Respuesta: SÍ.

- SEÑALE EL TIPO DE RAZA AL CUÁL USTED PERTENECE:
Respuesta: NO SABE / NO RESPONDE.

- INDIQUE SU RELIGIÓN O CREDO:
Respuesta: NO SABE/ NO RESPONDE.

ONCE

Las 20 máximas de Veracruz

Un intento de suicidio es algo muy serio. Un intento de suicidio es mucho más serio que un suicidio mismo. Está comprobado científicamente que más del noventa por ciento de las personas que intentan matarse vuelven a reincidir tarde o temprano o, en su defecto, pasan el resto de sus vidas con sentimientos autodestructivos y, lo que es peor, el infierno de sus motivaciones se torna permanentemente insoportable. Pero lo más interesante de todo, es que un intento de suicidio siempre es una muestra representativa de un malestar generalizado al interior de un grupo social. En términos francos, un intento de suicidio da cuenta de la salud mental del entorno en el que vive un paciente. Mejor dicho, un intento de suicidio nos dice que algo alrededor anda mal. Los suicidas, como los alcohólicos y los locos, no son los que están enfermos como cree la mayoría de la gente. Los suicidas son el síntoma y la sociedad es la enfermedad. Los delincuentes, los que se salen del carril, son simples sensores, una alarma que se activa y que se pone en alerta cada vez que pasa lo que pasa y nadie debería culparlos de ser más sensibles que los demás. Un intento de suicidio, mejor dicho, es la supra-conciencia de un emblema nacional.

En el caso de Paula, y el mío propio, el cuadro clínico estaba claro: estábamos buscando nuestra propia bandera. El símbolo que nos llevara a la nación de los paraísos perdidos. Nada sería la vida sin hedonismos. Ante una juventud dotada de sensaciones extremas, la perspectiva de una adultez llena de recuerdos dolorosos se mostraba insoportable. El caso de Paula, y mío, era muy grave. Mucho peor que el caso de Sid and Nancy, o que el de Kurt y Courtney. Ellos morían por apatía. Nosotros por sobrestimulación, por suprasensibilidad. Mucho perico, mucha marihuana, mucho éxtasis, muchas imágenes mass-mediáticas. Por eso nos interiorizábamos cada vez más y pasábamos días enteros tumbados en la cama, sin querer movernos, sin comer, sin apagar la tevé, sin contestar el teléfono, sin ganas de ir al baño. Podrían ser nuestros egos. Podrían ser nuestros cerebros captando señales del espacio exterior.

El día de mi partida, Lucho estuvo muy de acuerdo en que uno, alguna vez, debía irse del país. Lucho fue el único que había ido a despedirme y el único que, por lo visto, también se iba a quedar. Hablamos largo. Hablamos como no lo habíamos hecho desde los días de *El Llamado De La Selva*. Las canciones eran otras; el sonido era diferente; la velocidad más lenta. No más rock and roll. La música ambient y el trip-hop habían llegado para quedarse. Música para oir sin necesidad de despelucarse. Lucho no lucía muy convencido, pero me daba en parte la razón; sabíamos que algunos íconos no iban a morir. Yo había llamado a Paula Vélez, y a Lina Franco, y a Mauricio, para contarles que estaba putamente cansado de Medellín, que era lo mismo que estar putamente cansado de sí mismo; que me venía a Nueva York. A buscar una nueva vida. A borrar mis

referencias. A empezar de nuevo. Acaso a pulverizar mi ego. Eso era lo que necesitaba. Soñaba con algunas mañanas de sábado donde no hubiera una mamá para arruinarme mi silencio interior y mis despertares a mitad de la tarde. Eso era lo que necesitábamos todos.

Ellos estuvieron muy de acuerdo a través de la línea telefónica. Nuestros egos nos habían impedido salir adelante con el proyecto del Sardino Alkaseltzer. Nuestros egos nos habían vuelto "unos individualistas", "unos cerrados", "unos obtusos", unos ego-maníacos. Nuestros egos nos habían vuelto mierda. Ya nadie quería compartir sus ideas con nadie; ya todos nos habíamos ido al Internet. Sólo nos limitábamos a mencionar, en pálidas conversaciones de pasillo, que trabajábamos en algunas ideas nuevas, pero a solas, en la deserción de nuestros semejantes; en la oscuridad del monólogo frente al espejo. En la nueva era del *Sálvese quién pueda*. Paula y Lina hablaron de sus propios viajes a Europa y Asia respectivamente; de sus sueños en el exterior. Mauricio me había deseado buena suerte y me había acompañado, un último viernes, a tomar birra en una tienda de esquina, después de quemar mi colección de libros malditos, y mi música. Habíamos ido a un lugar apartado del Jardín Botánico y le habíamos echado las cenizas a los peces que chapuceaban en el lago, y le habíamos comprado semillas de collar a los marihuaneros de la "U". Sólo habría de rescatar, en tan espiritual jornada, el *Filosofía Barata y Zapatos de Goma*, de Charly García. La ciudad seguía siendo el mismo bunker soleado, repleto de Paulas y de Linas y de Luchos y de Mauricios en cada esquina. Pero yo ya no los podía ver porque nos habíamos vuelto un poco fantasmas. Ellos tampoco a mí. Algo nos había nublado la vista. Tal vez, la terrible nube de humo que expulsábamos por nuestras bocas. Un timbre de teléfono, modelo año 70, había empezado a sonar en el cielo. Cientos, miles, millones, de historias parecidas a la nuestra, se deshacían cada año en los aeropuertos, como un aleteo de ángeles, como un alboroto de palomas en la cúpula de una iglesia. Ahí estaba la mía; mi historia. Con una maleta al lado y con un Luis Languis Grisales diciéndome adiós hasta el final. Siempre esperando a que se fuera el último invitado de la fiesta. Lucho era el languis. Lucho: como una versión mañanera de *Fake Plastic Trees*, como ese último habitante del faro, contratado para prender y apagar la luz.

Cámara sucia

Al tomar el avión, mi madre venía conmigo. Era una cuestión de papeles, un requisito, un trámite legal, una pesadilla para mí. Yo había metido el cañazo en la embajada de que era periodista (había mostrado el carnet del noticiero) y que venía a acompañar a la cucha a un viaje de placer. Ella ya había venido antes y tenía su visa limpia, y yo era su único hijo, y ella ya estaba muy entrada en años para viajar sola. Yo, que precisamente me iba del país para huirle a la institución familiar, tenía que viajar con mi madre. Quise lanzarme al vacío cuando sobrevolábamos la isla de Cuba, pero las azafatas lo impidieron porque en aquella aerolínea estaba prohibido arrojarse por las ventanas.

Antes de abordar el avión, yo había estado viendo que Paula Vélez había ido a recoger a Lucho Grisales en el carro de su padre. La escena se desarrolló en la plataforma de los

taxis. Lucho había ido hasta el carro y había saludado de beso en la boca a Paula. Hasta ahora me daba cuenta; Lucho había tenido a sus espaldas el morral de Paula Vélez todo el tiempo, mientras hablábamos en el aeropuerto. Paula Vélez le recibió el morral a Lucho y lo había puesto en la silla de atrás del Lada. Abordaron el carro y se marcharon por las vías de acceso al José María Córdoba. Yo me monté al avión con mi madre y me marché. No tuve más alternativa que sonreír.

Epílogo

BALLENAS SUICIDÁNDOSE EN LA PLAYA DE NUESTROS DÍAS

"La butaca es cómoda, la habitación acogedora, se hace la oscuridad y las primeras imágenes tiemblan en la pantalla blanca.
Todo está en calma, el proyector susurra débilmente en la insonorizada sala de proyección.
Las sombras se mueven, vuelven sus rostros hacia mí, quieren que preste atención a sus destinos.
Han pasado sesenta años, pero la emoción sigue siendo la misma".

Ingir Bergman.

Nueva York, otoño del 2024. Podría terminar esta historia en el verano que acaba de pasar. Akiro Wasaka y yo, estamos adelantando los preparativos para la primera función del Sunnyside Film Festival. Se trata de un barrio tranquilo de Nueva York donde me he establecido desde varios años y las cosas parecen marchar bastante bien. Quién iría a pensar que me iba a dar por tirar el ancla. Pero aquí estoy. Radicado. Como si fuera un personaje muy conforme con el rol que le ha tocado en la trama. Mi vida no es precisamente una de esas películas para pasar en horario triple A, pero podría ser, más o menos, una suerte de *Perfect World* con Kevin Kostner siendo disparado por un niño cualquier lunes festivo a las 3 p.m.

Lo dicho: estoy muerto. No he vuelto a rockanroliar. Mi vida se ha convertido toda en puro *Art-decó* con cierta tendencia al *hip-hop*. He dejado las drogas y de alcohol nada. Cero masturbación; y, en lo posible, trato de acostarme temprano. Madrugo bastante. No hago *vueltas*. También pago mis impuestos y le rezo cada noche a Santa-María-siempre-virgen. Soy una especie de cero-positivo en vía de conscientización. Un monógamo consumado. He aprendido a acogerme a las normas y cada año voy a los desfiles de navidad y trato de enternecerme sin que se me note demasiado. Repito: estoy muerto. Muerto por dentro. Como un típico newyorker que nace en esta tierra y crece sintiéndose extranjero. Me he pasado, esta última década, añorando cosas nuevas de mi país, las cuales nunca me tocó disfrutar.

¿Pero saben qué? Se siente bien estar muerto. El infierno no es tan malo como lo pintan.

Los americanos tienen dos fobias, de las cuales, uno podría sacar importantes conclusiones. La más importante de ellas corresponde a ese terrible pavor a la pretenciosidad intelectual. Y de darle un áurea demasiado mística a todo lo que se atraviese por el camino. Aquí todo es praxis. Ortodoxia. Puro pragmatismo del fino. Los agujeros se hicieron para los penes y los cables de Canon Plug para las consolas. Nada de ponerse con güebonadas existencialistas y de filosofar demasiado. Supongo que éste es el precio que hay que pagar por ser el nuevo rico del barrio. Y consecuente a ese espíritu, paso mis días en este cementerio. No querrás ser tomado como una carranga resucitada. O de insufrible, petulante, francés ilustrado y clasista impotable. Lección aprendida. ¡América! toda una historia por contarse. Miro mis fotos de lo que yo era recién llegado a este país y no me reconozco. Mi cuerpo ha degenerado en una masa gorda y deforme, como ha derivado también mi forma de pensar. Desde adentro hacia afuera, parezco el planeta tierra vuelto una milhojas con capas de tela de bluyín. Para la fecha, la culta y dietética Europa es un mito de enciclopedia. Quién iba a creer. Las dialécticas han muerto. Todo disentimiento es prehistoria y teoría. Para la fecha, me he convertido en un ser frío y distante y calculador, y no quisiera achacarle todas las culpas de todos modos al estilo de vida americano. Es el curso del tiempo. Son las cosas. Es el devenir del mundo que toma rumbos impredecibles. Un bizarro diseño divino que se perfecciona. Al cabo de los años, la obesidad ha terminado por convertirse en una idea oficial. Pero afuera, en las pocas regiones distantes, donde los bosques permanecen intactos, los árboles siguen creciendo flacos y desnudos. Es por lo menos una esperanza.

También podría dar el punto final de este delirante, falso, recordar, en el preciso instante en que se inicia la proyección del Bryan Park, lunes, 7 y 30 de la noche. Entrada gratis. Hace años que vengo cada verano. Es un espectáculo increíble. El milagro de la luz haciéndose una y otra vez. Una pantalla. Un reflector. Y unos edificios monstruosamente grandes, que se alzan alrededor del parque. La ciudad estrepitosa. Sirenas de ambulancia. Un rugir de serpiente abisal. El gran paisaje, en su conjunto, es toda una película. Sin embargo, ese pequeño temblor de imágenes sobre una tela blanca, parece imponerse sobre la majestuosa Nueva York. El juego aquí consiste en tratar que tus *tilts ups* no se queden cortos ante los rascacielos. Por más de una hora, la gran babel de hierro deja de importar. Desaparece ante el milagro del cine. La gran urbe y su ruido se doblegan ante un tímido amplificador de sonido, que impone sus pistas de audio cual susurro de hada irreal.

Esta noche pasan una de Stanley Kubrick y yo estoy con uno de mis viejos amigos colombianos. Las cosas no han cambiado mucho en el espíritu humano. Como buen amigo mío, quien me acompaña es una suerte de mesías del arte kistch. Uno de estos sujetos que quieren quedar bien con todo el mundo. Uno de tantos snobs latinoamericanos que uno se encuentra en NY. El tipo está tan desubicado que seguramente vino a dar al exilio por las mismas razones que las mías. Así que aquí estamos los dos, igual de desconcertados, como cuando estábamos en nuestros veintes. De alguna manera, mi amigo y yo somos el símbolo de la emigración colombiana. Mi amigo y yo somos las víctimas de una sociedad tarada. Nuestro país suele criar a sus hijos a punto de rejo y después se queja por el naufragio de la nave. Pero mi punto no es ese.

No escribo esto para hablar de mi amigo ni del exilio ni de Colombia ni de nada. Escribo esto para tratar de contar la historia del Sardino y, un poco, la de Paula también. Pero para contar la historia de alguien, uno siempre termina contando la suya propia o metiéndose por caminos extraños, o termina hablando de sí mismo, o de la mamá, o del país. Yo que sé.

El parque está abarrotado con más de cuatro mil personas. Unos tantos hemos llegado tarde y tratamos de hallar un asiento, entre tropezones, entre la multitud. Toda una metáfora de lo que ha sido nuestro trasegar por el nuevo orden mundial. La noche está fresca, pero no hace frío. El viento mueve imperceptiblemente las hojas de los árboles. Nueva York, por esta época, se llena de cine al aire libre. Los espectadores están hechizados, paralizados. *2001, Odisea del Espacio* tiembla en el telón del escenario. El primate de la primera secuencia ha lanzado el hueso-tótem al aire y suena esa pieza de Bethoven, o de Mozart, no estoy muy seguro. El caso es que es muy reconocida y la gente se levanta de sus asientos y empieza a aplaudir y a ovacionar. Es el único sitio donde he visto a una audiencia aplaudiendo en el medio de una película. Audiencia loca. Como si estuviera loca. Como si estuviera celebrando un gol de camerino. La histeria se apodera de la muchedumbre. ¡Y todo por causa de una escena bien lograda! Ya lo había atestiguado en algunas proyecciones del pintoresco latinoamericano, pero al final de las funciones, cuando caía el roll de créditos. Más nunca en la mitad del show.

También podría contextualizar este final a orillas del río Hudson en el marco del Sócrates Park, en Astoria, Queens. El skyline de los edificios de Manhattan se muestra al otro lado del río y el crepúsculo se pone naranja, y luego violeta, y luego naranja y violeta y azul, todo al mismo tiempo. El snob y yo jugamos con una Handycam antes de la película. Es inevitable pensar en Paula Vélez a esta hora del día. Hay sentires de las demás personas que definitivamente se quedan en tu recuerdo, para siempre.

Aquí, como en Medellín, la caída de la tarde es un espectáculo maravilloso. Sólo que en el verano neoyorkino, la naturaleza se toma más tiempo para ello. Aquí, la llegada de la noche es como en cámara lenta. Como en *freeze frame*. En Medellín, la caída de la tarde es como una cámara rápida; como a veinte cuadros por segundo. La gente del público ha traído sus picnics y junto con su familia y sus amigos charlan amigablemente sentados en la yerba. Todos esperamos que se dé inicio a la maravilla del séptimo arte. En esta oportunidad estamos especialmente ansiosos porque se presenta *Gato Negro, Gato Blanco* de Emir Kusturica.

Podría, de igual modo, terminar la historia del Sardino Alkaseltzer con una canción de The Clash, como le hubiera gustado a Lucho... mmh… tal vez *Train In Vain*...

...O durante el rodaje en 16 m.m. de una película en la cual he estado trabajando...mmmhh...quién lo iba a imaginar, hoy por hoy, la industria del cine latinoamericano se ha convertido en la más poderosa y comercial.

Trato de buscar una idea coherente. Algún paisaje que se ajuste a los hechos narrados. Una historia de cine debe terminar en un contexto visual que haga referencia al tema. Es

muy importante el contexto y la unidad temática cuando de buen cine se trata. A veces el contexto es más importante que la acción y que los diálogos. A veces los diálogos y la acción no dicen nada y el contexto es el que lo dice todo. Un contexto bien seleccionado le puede salvar la vida a un pésimo guión donde ya lo dabas todo por perdido. Si quieres que tu historia resulte fulminante, es mejor que te inventes un buen escenario a donde poner tus personajes.

En algún punto de Nueva York, quizá sin tiempo y sin espacio, está el final de esta historia. Es harina de otro costal, que aquí yo me muevo en el medio de cientos de realidades y de lógicas de pensar muy diferentes. En Nueva York vos te desintegrás. La ciudad es un experimento babilónico sin precedentes en la historia de la humanidad. ¿Cómo, quién, cuándo, dónde, se pudo juntar tanto marciano raro? Es algo que nadie se puede explicar. El caso es que América es muchas cosas y no es ninguna. Es un país tan hecho por diferentes culturas que casi no encuentras por donde agarrarlo. Pero a mí lo que me ocupa y me despierta un interés arqueológico son ciertos materiales que conozco. No basta con enumerar ni siquiera uno de ellos. Miró alrededor y veo mujeres jóvenes de primera categoría. Nueva York es la ciudad de las mujeres jóvenes, y estudiosas, e interesantes, y muy hermosas también. Cualquiera de ellas podría ser Paula Vélez cuando tenía 25 años. Paula Vélez cuando trataba de pillar películas ajenas. Cuando la suya no le bastaba. Era demasiado insípida. Éramos demasiado insípidos. Demasiado aburridos. Nuestra historia era la misma de tantas. La misma de siempre. Y Paula era demasiado exquisita como para vararse en las mismas historias trilladas de siempre. Nunca hubiera querido, ni logrado, contar ninguna historia en aquellos años. Para contar una buena historia se necesita saber mucho de muchas cosas no necesariamente agradables y Paula Vélez no conocía nada de aquello. Supongo que en la actualidad, 15, (¿20?), años después, Paula Vélez es una mujer que tiene una historia para contar, y espero que la haya contado, o que la esté contando, o que no se vaya morir sin contarla. Paula se lo merecía, porque a diferencia de la mayoría de la gente que trabajaba en el cine, a Paula le interesaba ayudar de algún modo. A Paula le interesaba la especie. Pareciese que casi nadie en el mundo del cine estaba interesado en ello por esos días. Espero que no se haya desviado en el camino, pero hasta la fecha he tratado de mantenerme al tanto de cada nuevo realizador colombiano y Paula no aparece en ninguna noticia, ningún crédito de ninguna película.

A todos los idiotas del mundo

Hay quien dice que en el cine no importan tanto los temas, sino el tratamiento que se le dan a esos temas. Pero también es cierto que hay que tener autoridad y talento para el tratamiento de dichos temas, y alguien como Paula Vélez, quien no conocía demasiado la vida a sus 25, tenía talento de sobra. Paula había nacido de todos modos para contar historias. Pero, para la fecha, repito, no sé nada de ella, aunque nos solíamos mantener en contacto por pura inercia electrónica. Todo eso se esfumó. Hace años que nos desconectamos. Aquella basura que solíamos escribir en el Internet terminó por fatigarnos.

¿Qué será de Paula Vélez?

Hoy ha sido un día raro, donde me he acordado especialmente de ella. En realidad, hay pedazos de vida, largos años, en los que me olvido de la existencia de Paula Vélez y de toda la gente que he conocido, aunque en el fondo de mi mente persistan voces del pasado y me asalten de súbito por las noches, junto a las imágenes recurrentes de la misma Paula. Ahora, definitivamente, somos otras entidades. Pareciera que uno se reinventara cada vez a sí mismo, conforme va cambiando de ciudad, o de pueblo, o de barrio, de país. O de tiempo. No sé. No reconocería los rasgos de Paula ni de ninguno de mis antiguos amigos si me propusiera dibujarlos en un papel. Más sin embargo, a sus almas las tengo perfectamente delineadas en mi memoria. Me podría encontrar a Paula con su cédula en la boca y no la reconocería. Yo mismo me miro en las vitrinas de esta ciudad y no me distingo. Veo a un personaje extraño, caminando lentamente con un cuerpo de ballena en el cual me niego a reconocer que estoy yo. Es la vejez, supongo. Bienvenidos a América. Este lugar a donde vinimos a engordar primero, y a envejecer después. El lugar donde la miseria humana siempre tuvo su segunda oportunidad. La tierra donde se juntan cielo e infierno.

Cada tarde voy a mi trabajo como armador de perros calientes. (Ya no soy un ser destructivo de acción, repito. Ahora soy un ser destructivo de pensamiento y constructivo de corazón; recuerden que estoy muerto). Me esfuerzo muy bien a que la salchicha y el ketchup se mantengan en su sitio, y aunque cada tanto cambio de trabajo, siempre me toca volver a lo mismo, cuando no es que estoy por ahí husmeando entre los cubos de basura buscando por desperdicios. No es un gran trabajo pero me gusta soñar que es mi propio negocio, mi propia vida, mi propio guión personal donde, auto saboteándome, yo hago una suerte de revolución silenciosa. Mal por los niños, porque a ellos les dolería saber que su padre a veces gasta sus días con las narices entre la basura. Pero nunca dejaré que se enteren. Con lo que gano en el puesto de perros y en los otros trabajos temporales me alcanza para darles lo necesario. Supongo que no soy el único padre con una doble vida. En casa soy un actor. En mi mundo de reciclaje soy el que dirige. Después de muchos ensayos, ahora puedo decir que me las veo por mí mismo. Toda la gente que de alguna manera me ayudó cuando intentaba reinventar el mundo, ahora ha desaparecido. Soy, si se puede decir, una luminaria independiente, solitaria, circunspecta, huraña, que ha aprendido a vivir sin la noción de los demás. Alguien que ha aprendido a mirarse para adentro. Un ser que ha logrado filmar en su corazón lo que nunca pudo editar en su cabeza.

Cuando la gente empieza a importar menos que la ropa

La tarde está tranquila. Hace una brisa bastante parecida a la brisa de mi ciudad natal. Pero aún estoy en Estados Unidos. No siento que sea hora de volver y no estoy seguro que haya vuelta atrás. Por lo pronto, estoy en USA. Una bandera llena de estrellitas, ondeando en la punta del Empire State así me lo confirma. A este país le ha tocado

sortear grandes amenazas en los últimos años, pero sigue siendo grande, aunque a mí me duela y me llene de impotencia hasta el extremo del llanto, y aunque cierto tufillo reinante en la atmósfera me diga que su grandeza se entremezcla con las miserias de mi martirizada Colombia, en una relación de causa y efecto. Me siento mal. Estoy lleno de auto vergüenza y creo que Estados Unidos también. La forma yanqui en que asumo mi existencia me hace sentir culpable cual bulímico trasnacional. De aquí, hasta las seis de la tarde, tengo dos horas libres. Ya he llevado los niños de la escuela a la casa. He tomado una ducha y me he puesto una ropa de señor decente. He hecho mi mejor intento por sacarme el olor a cáscaras de banano y ketchup y cebolla, y a latas vacías. Tengo una cita. Es jueves, y los jueves siempre me pongo una cita con mi nueva novia. Por fin he encontrado una mujer a mi medida. No fue fácil. Debo admitirlo. Muchas mujeres tuvieron que pasar por mi vida después de Paula Vélez.

De nada te sirve ir a la selección si no vas a ser el próximo Maradona

Mi trabajo como cocinero no es fácil. Cada tanto vienen al puesto de perros calientes una sarta de sujetos extractados de la colección de bichos raros. Lo peorcito. Una delegación de típicos brochas suramericanos. El destino ha permitido que haya conseguido trabajo a la salida de un restaurante, por supuesto, colombiano. Obvio. Si estamos hablando de brochas, a Colombia no hay quien lo iguale. Vueltas que da la vida. Yo que tanto tiendo a renegar de mis compatriotas y aquí estoy. Ganándome la papa gracias al bolsillo de la raza que rehuyo. Pero supongo que, tratándose de un negocio, lo importante es que funcione. A veces, en medio de la madrugada, miro alrededor y veo cómo los más astutos, los más lisos, los ladrones más inocentes de nuestro país, somos los que venimos al teatro del Greatest American Hero. Busco. Afino la mirada y no encuentro la cacareada raza latinoamericana por la cual sentirse orgulloso. El gran grueso de quienes venimos a USA, somos gente que no estudia. Gente que no lee. Gente que no se refina. Gente que se pasa las noches enteras frente a un televisor, esperando que los noticieros les legitimen sus absurdas existencias. Gente que sólo se preocupa por aprender a bailar la danza del dólar. Gente que es usada por el imperio para construir sus palacios. Es entonces cuando entiendo las razones por las cuales llevamos siglos de violencia sociopolítica. En un continente sitiado por la raza blanca, veo rostros asustados y primarios; instintivos y alienados por la dudosa civilización occidental. Y entiendo: que hay un verdadero monstruo escondido detrás de las garras de las sociedades industriales. Alguien, o algo, nos ha mordido el corazón a los humanos. Un monstruo que se alimenta con los recursos naturales del planeta y los extingue inexorablemente. New York City: la fábrica de basura más grande del mundo: los más codiciosos somos mano de obra barata en los templos del progreso. Entre más ambicioso es el bolsillo, más primate es el hombre. Fresas salvajes crecen en este jardín llamado dinero. Basta caminar por las calles de la gran mazana para ver bolsas negras apiladas en las esquinas como cadáveres rescatados de un desastre aéreo. Cada una de ellas contiene desperdicios reutilizables y misteriosos. Imposible controlar esta desbandada febril de la bestia. Lo mismo en USA, como en Kartapandú. Los anhelos por alfabetizar emocionalmente a un mundo superpoblado, es carrera contra el tiempo. América: el triunfo de lo popular sobre lo evolucionado. Lo barbárico sobre lo

sutil. Lo artificial sobre lo sagrado. Lo masificado sobre lo democrático. La materia sobre el espíritu.

Todos estos días

Mi final de todos modos, en este rollo del Sardino Alkaseltzer, está al lado de una televisión encendida. 9 y 34 de la mañana. El canal de turno es TRIO, cuyo slogan reza: POP, CULTURE AND TV. He acabado de llegar, después de una larga noche de trabajo. Al principio era muy complicado preparar los perros calientes. Ahora podría preparar perros calientes hasta en una cápsula anti-gravitacional.

Me concentro en las imágenes electromagnéticas.

Los Smashing Pumpinks, en entrevista, presentan sus últimas canciones. Se han vuelto a reunir, pero ahora están arrugados, barrigones. Nada queda de ese Billy Corgan histriónico y felino de *Ava Dore*. El baterista sigue siendo un animal salvaje que le pega a los tarros como el mismísimo demonio. Como si quisiera destruirlo todo. Las ráfagas de luz y de sonido se suceden frente mis ojos. Amo esta música de dinosaurios; a los Green Day y a Foo Fighters; amo a Metallica y a Frank Sinatra; a Marylin Monroe y a Truman Capote; amo a lo más *fast food* del American Dream. La pizza y el bagle. Por demás, soy un experto de todos los number 1 de la Billboard de la década de los 80's. (Una afición que me viene desde los tiempos de la pre-apertura económica en Colombia, cuando la radio anglo se colaba de contrabando, y cuando era capitalizada por los dos o tres sollaos que habíamos en el pueblo). Son tiempos remotos ya. Éramos muy jóvenes y estábamos muy locos. Días eléctricos. Años extraños. La prehistoria de mi vida, cuando todavía creía en muchas cosas; cuando todavía podía contar con un excedente de fe en mi equipaje. Cuando todavía Lucho, Paula y yo, y los demás, éramos eternos.

No hay nada en este exilio que me diga que estoy vivo. Ya no creo ni en mí mismo. En el olvido han quedado los nombres de amigos cuadriculados y moralistas de la infancia. Cada uno de ellos dueños de su propia verdad hecha a imagen y semejanza de su propia alienación. Atrás han quedado mis vecinos provincianos y metiches. Atrás el cotorreo; la comidilla de tienda de esquina, los rumores de pasillo, el correo de las brujas. Y no es que aquí sea distinto. Es que cuando uno se exilia se vuelve un fantasma. Le es difícil materializarse ante la presencia de propios y extraños.

A mi cabeza se vienen recuerdos de largas tardes de juegos, las cuales proceso sin ningún tipo de nostalgia. Sin embargo, es fácil sentir que a veces los recuerdos son más reales que los sueños. Hoy me siento un sujeto sin lógicas, sin ningún tipo de verdades. Estoy limpio de toda influencia oficial. Estoy puro. Todo lo que necesito está adentro de mi cabeza, de mi corazón. Tal como vine al mundo, y tal como me he de ir. He de confesar mi total incapacidad de sentir apego por mis padres y por mi patria. Estoy muerto si es que estar muerto sea lo mismo que ser un mercenario del olvido. No extraño la comida. Ni a nadie. Ni a mí mismo. Ni siquiera ya creo en el cine porque no creo en la gente que lo hace y porque nunca se hará una película que supere la contundencia de la realidad. El

cine siempre será artificial ante las verdaderas maravillas de la vida. ¡El cine! ¡El cine!, ¡el cine! ¡El cine!: mi única religión. Ahora he caído a la verdad de las cosas. Ahora me he indigestado con las hostias. Todo lo que pueda necesitar lo tendrán los crepúsculos que me falta por ver. Las piernas y los ojos de P.J. y no me arrepiento de haber conspirado para evitar el nacimiento de muchas pobrecillas criaturas en mi pasado. De todas maneras, era un mal generacional. Nuestros impulsos de creación fueron canalizados hacia otras cosas. Reproducirse biológicamente siempre fue la vía fácil para los espíritus que no podían crear más allá de sus hormonas. Como decía Paula: "*Hacen hijos quienes no le llegan al arte*". Paula para veinteañeros. Poeta criolla. Pensadora local; filósofa underground. Cineasta étnica.

En aquellos años era un acto de barbarie evitar que nacieran hijos. Hoy en día es un acto de heroísmo. "Valen más los hijos no concebidos, que el éxito en televisión".

Soy consciente de que este exilio es el resultado de una serie de equivocaciones bastante concretas y por eso no me arrepiento de ninguna de ellas. Ya he dicho antes que me gusta esta clase de muerte. Es bueno para un artista estar en la lona. Es conveniente equivocar el camino. Mi memoria empieza a borrarse y ya me comporto en la calle como un auténtico newyorkino al que no le importa nada de lo que pasa a su alrededor. Si alguien se para de cabezas. Si alguien se desnuda en algún espacio público. Si alguien se accidenta; si alguien echa su vida por la borda. Nada de ello me afecta y sigo mi camino. El exilio es un viaje sin vuelta atrás. Nada más edificante que las ausencias y las distancias para salvarte a pesar de vos mismo.

Sin embargo, he estado trabajando todo el día en un guión basado en la historia de mi cucha. Lo hago por obcecación. Por testarudez. Hay demasiados baches en esa historia que necesito dilucidar, resolver. Debo escudriñar eventos en su biografía, hechos, posibles pistas de las motivaciones para sus recurrentes ataques. Tal vez algún día le pregunte qué pasó entre unos años y los otros. Tal vez nada. Tal vez nada cambie entre una madre y un hijo por muy muertos que anden los dos. En este mundo todo puede cambiar excepto tus padres. Punto. Odiándolos o queriéndolos, tus padres serán tus padres. Punto. No necesito mandar a autenticar esto.

Tal vez, este distanciamiento sea lo mejor para mi madre y para mí. Y es que el amor de una madre está un poco tipificado. Una madre puede desarrollar sentimientos hostiles hacia su hijo tan normalmente como un amigo o como un enemigo. Una madre puede hundirte, o puede salvarte, como puede hacerlo cualquier extraño de la calle. Muy en el fondo, mi madre lo sabe y yo lo sé. Por éso tal vez no hemos vuelto a hablar. No es conveniente vivir toda una vida en meloserías con nadie. Ni siquiera con la cucha. Hoy en día no sé nada de ella. Ni de mi padre. Lo dicho: estoy muerto. Alguien que corte la comunicación con sus padres está muerto. Pero, repito: si ese es el estado de las cosas, se siente bien estarlo. Por lo menos ya no tengo que soportar sus peroratas. Sus atentados a mi autoestima; sus mares de amor-odio.

Señales de humo

A veces me llegan e-mails de Paula, desde Europa. A veces no la reconozco en lo que escribe. A veces leo a la misma Paula de siempre. La de sus guiones. La de sus cartas. ¡Paula Vélez! ¡Pobre Paula! Siempre ocultándose detrás de las letras. Siempre buscando una vida. Algo digno en qué enfocar su lente. Algo significativo. Algo menos inofensivo que su propio destino. Algo menos aburrido y menos soso que esa puta vida de niña mimada que llevaba en Medellín. Pobre Paula, sin nada qué contar. A veces no sólo de bellas formas vivía el cine. Me la imagino en sus primeros años en Europa, llevando del bulto, limpiando baños y meseriando, mientras le vendía la idea a sus padres, en Colombia, de que su estancia en el extranjero no era una pérdida de tiempo; que sus estudios de cine algún día la iban a llevar muy lejos. Ya la veo buscando a algún príncipe azul que fuera a salvarla de tanta errancia, ya la veo escribiendo correos a sus amigas. Veo su mecanografía descuidada diciendo que Europa es una "chimba", porque eso, en el fondo, era Paula Vélez. Y eso en el fondo era yo, y toda la gente que hacía cine en mi país y que se fue pa' fuera. Pura apariencia. Pura farándula. Pura cortina de humo de chirrete barato. Nos podía ir como a la mierda en la vida, pero nunca aceptábamos la posibilidad de una derrota. Y lo cierto es que sin derrota no había poesía y sin poesía no había cine. Lo que había en el cine colombiano eran viajes a ninguna parte, puros bandazos de buque fantasma, puras búsquedas de coherencia cuando lo que necesitábamos era contradicción. Éramos mera formulación de respuestas, cuando lo que necesitábamos era preguntas. Pero en todo viaje, como en las buenas películas de carretera, siempre había una ganancia, no importaba que te tocara empeñar tu alma en alguna estación de gasolina y que el ticket no fuera de ida y vuelta.

Y algún día nos fuimos. Durante un tiempo creí que Paula podría estar con Lucho a su lado. Creí que de pronto se habían ennoviado y hubieran viajado juntos a Lyon. Paula debía llevarse a alguien que la acompañara en su espectacular fuga del hogar. De alguna manera, quien tomaba la decisión de irse lejos, era porque había decidido abandonar algún fuego. Había un componente de bombero derrotado en todo esto.

Pero hace pocos años recibí noticias de Lucho. Las primeras, desde que me vine a Estados Unidos. El e-mail decía que me extrañaba. Que todavía estaba en Medallo haciendo una columna de análisis político en Internet. Le tocaba ponerse traje y corbata. Decía que casi no había vuelto a bares, pero que de tanto en tanto, se compraba algún cidí de la movida manchesteriana y que se ponía a acordarse de los días del Llamado de la Selva. Me lo imagino a Lucho vestidito de yuppie en días de semana de 8 a 12 y de 2 a 5. Es un fotograma de mi imaginación y suena No *new thing to tell* de Love and Rocketts como telón de fondo. Lucho está saliendo de su oficina y yéndose para su casa a ponerse su disfraz de chico *rave*. Pero sólo es un destello de mi imaginación, vuelvo y repito.

En la carta, Lucho enumeraba algunas noticias de los amigos. Contaba chismes, que a la postre, con las nuevas tecnologías, se convertirían en noticias trasnochadas para mí. Me contaba que Lina Franco y Paula Vélez andaban en Europa todavía, y que él, hacía unos días, había ido al cementerio junto con Mauricio Jagger Naranjo, a visitar mi tumba. Que habían llevado una botella de ron y una grabadora *"Como los sicarios*", y que se habían

emborrachado en mi nombre. Por último, decía que "El Sardino Alkaseltzer" había sido re-estrenada algunos meses atrás en un acto conmemorativo del patrimonio fílmico nacional. Mauricio y él pensaban en reeditarla. Por eso también estaban celebrando. No entendí muy bien. Eso del cementerio pareció bastante extraño. Como archivo adjunto, Languis me había enviado una foto de él y de Mauricio arrojando mis cenizas a las orillas del Río Medellín. Iban regándolas a lo largo del populoso Paseo del Río. Era una imagen con nubes blancas y con flores amarillas. Mauricio tenía aquella camiseta del Atlético Nacional y Luis Languis Grisales calzaba aquellos tenis Croydon. Ambos estaban muy serios, como siempre. Mauricio y Lucho nunca salían sonriendo en las fotos.

Apago el computador. La televisión permanece encendida. Pongo mute y desempolvo el *Filosofía Barata Y Zapatos de Goma* de Charly García. ...

De modo que "El Sardino" sí pudo ver la luz de la gloria... ¿Lo mío fue un sueño? ...Nadie lo sabe. Durante años marqué los números telefónicos del pueblo. Llamadas que nadie contestó. Repicar de teléfonos que se perdieron en el cuarto cósmico de la nada. Teléfonos empolvados que nadie usa ya. Líneas inexistentes o abandonadas. Teclas numéricas que nadie volvió a marcar. Estás muerto. No hay remedio. Te han olvidado. Tú has empezado a olvidarlos a ellos. Estas jugado. Has llegado a un punto en tu vida donde no tienes nada que perder. Has nacido para la gente y para las cosas que nunca creíste que habías nacido. Te engañaron con los carteles de la autopista. Bienvenido a la eternidad. Nadie te puede asegurar que de verdad te hayas muerto, pero tampoco no hay nada que te demuestre lo contrario.

Todo luce tan quieto en Estados Unidos y su atmósfera sabe tanto a mausoleo. En la calle hay días y noches en los que no ves a nadie, nada se mueve, excepto algunas hojas de los árboles, mecidas por el viento. Como en los cementerios. Excepto algún carro que pasa a baja velocidad; como en los cementerios; excepto algún transeúnte que pasa con algún paquete en las manos; como en los cementerios.

¿En dónde se refugian todos? Nadie lo sabe.

No se sabe a ciencia cierta qué lo hace tomar a uno el camino de la muerte o el camino de la vida. El caso es que uno nunca se da cuenta del punto exacto donde se pierde y se muere para el mundo. Uno sospecha. Uno trata de enlazar algunos datos. Pero cuando menos piensa, ya está del otro lado. Alguna gente se malogra, es cierto. Quizás pudo ser alguna película o alguna canción escuchada al desprevenido. Alguna frase. Algo que te putea, algo que te llega, que te mueve el piso y te cambia para siempre. ¿Dónde estará fulanito de tal? ¿Cuál sería la suerte de Zutano? Preguntas sin respuesta. Hay cosas que a uno le resbalan y se le quedan mojándole los zapatos.

Quizás la muerte no exista y lo que exista sea un presente simultáneo. Quizás el pasado y el futuro no existan. Quizá todo lo que fue será y todo lo que será fue. Quizá todo, lo que fue y será, está condensado en el instante, está pasando aquí y ahora, como decía Borges. Quizás haya un cielo y los que se creen que están muy vivos sean los que están más

muertos. O quizás convivimos vivos y muertos en sepulcros paralelos y no nos hemos dado cuenta.

Dejo a Charly García y a Billy Corgan cuidando la casa. Billy, para mí, es el mejor *front-man* del mundo, por encima de cualquier otro rockero. Actitud. Histrionismo.

Salgo a la calle. Hoy no he querido dormir. El cielo se cierne gris. Un típico cielo newyorkino ha sepultado al mundo. Dejar a Charly García cuidando la casa es como echarle fuego a las cortinas y cerrar la puerta atrás para nunca más volver. Espero que lo primero que se incendie sea la T.V. Voy a un Macdonalds y me compro una hamburguesa. Paseo por Spring Street y a la altura del Soho me topo con Bjork y con Jim Jarmusch. "*Demasiado para un sólo día y para una sola calle*", pienso. Especialmente teniendo en cuenta su calidad de parroquianos. Si esto fuera el downtown de Los Angeles en 1999, Bjork y Jim Jarmusch tendrían que andar con guardaespaldas para protegerse de los groupies enardecidos. En el downtown neyorquino de 2024 nadie los mira, a excepción de uno que otro suertudo paparazzi. Suceso sólo factible aquí, pues Nueva York es una ciudad que tiene un poco más superadas las cadenas *mass-mediáticas*. Me meto a un cine y camino luego por el Central Park. La gran manzana me parece maravillosa. Un experimento de laboratorio increíble. Mis sentimientos por este país se debaten en mi corazón con una mezcla de envidia y admiración. ¿Cómo hacemos para convivir tantas gentes juntas sin matarnos?, si lo cierto es que aquí todos nos odiamos en silencio. ¿Cómo han logrado, estos gringos, construir el imperio más grande de todos los tiempos en un poco más de 286 años. Y con él, toda una sarta de mentiras: " tienes que tener una casa y una esposa y unos hijos y un auto y un perro y una vida decente "...

Mi inglés está mejorando. Las mujeres aquí son las más hermosas. Sobre todo las gringas. Son bastante dulces e inteligentes y sensibles también. Muy ilustradas. Sobre todo las de color blanco. Creo que estoy enamorado. Estar enamorado es el primer paso para derrumbar tus miedos. "*Al miedo hay que vencerlo*", decía mi padre a propósito de sus días en el ejercito, cuando le tocaba prestar guardia.

Estados Unidos es de lo mejor. Nada qué hacer. Ellos se inventaron el Rock, y el Cine, y la Televisión: las tres cosas que en realidad me fregaron la vida.

¡Ahora que me aguanten!

A veces me pregunto por qué yo tuve que haber nacido tan absolutamente genial. ¿Por qué tuve qué haber crecido con los ojos tan despiertos? ¿Por qué no pude ser un ciudadano normal, un poco miope y sin problemas de adaptación, que se agarrase a cualquier circunstancia en el mundo con paciencia y estoicismo? ... alguien que se hubiera conformado con su destino de colombiano casual…

Busco respuestas; pero no las encuentro.

No es que es que sea tampoco un hiper-genio ni nada por el estilo. A decir verdad, siempre he sido un muy buen actor con un papel bastante regularsito en mi propio

destino. Ese es el problema cuando no venís de una familia de artistas. Los mejores papeles siempre se los dan a los hijos del director. Todo ello me ha hecho convertirme en un muy buen escritor entonces. De hecho, ésta es mi segunda novela y la primera se empieza a vender bastante bien. Cuando me posicione definitivamente como escritor podré dejar definitivamente el puesto de perrero free-lance. Mis viejos sueños de galán de cine se han hecho pompas de jabón. Este año, el DIM ha quedado campeón por quinta ocasión; aunque ahora, como están las cosas, ya no me importa demasiado. El fútbol, el teatro, cualquier tipo de espectáculo me parecen *fireworks* de una fría noche invernal. Y por mucho que traten de emular, de condimentar, de disimular, la vida seguirá siendo igual de horrible y hermosa a la vez. Insuperable para cualquier ciencia escénica.

P. J., mi nueva novia, me ha regalado una cajita de chicles. Es una goma de mascar americana, como la que solían mascar mis padres cuando se amaban, como cuando íbamos al Parque Bolívar y ellos me compraban avioncitos de icopor. Mi padre siempre fue esa clase de sujeto que creía que todo se podía solucionar con el dinero y así vivió. Por eso le daba regalos a todo el mundo. Ese era su lenguaje y su escudo. Solía esconderse en los regalos para comprar a la gente. El dinero lo salvó de todo, menos de sí mismo. Como dice el comercial de Visa Master Card: "*hay cosas que el dinero no puede comprar*". Pobre cucho. Se creyó el cuento. Ese fue su problema. Uno puede hacerse el que entiende la farsa y actuarla, pero no creérsela. Si te la crees, pierdes. Este es el secreto de nuestra comedia, una puesta en escena divina, destinada a convertirse en un eterno *happening*.

Cae una leve lluvia parisina, pero esto no es Francia. Mis mañanas son silenciosas, tranquilas. Las palomas tiemblan de frío en las cornisas de la Quinta avenida. Los zeppelines cruzan el cielo. Los caballos se cagan junto al hotel Dakota donde mataron a John Lennon y sus dueños les dan de comer zanahorias agigantadas con anabólicos. Mi antiguo terror ha desaparecido. Ya no tengo quien me perturbe mis despertares. Las balas que silbaban en mi cabeza han pasado de las calles a las pantallas de la televisión. Duermo como nunca había dormido en mi vida. He subido considerablemente de peso, como ya dije. Ahora soy un gordo. Es terrible ser un gordo. Terrible, pero maravilloso. Y permítanme que me pase de parlanchín, pero aquí en Norteamérica, gordo o flaco, uno no es nadie. Uno es uno más del montón: un hombre en serie. He logrado aplanchar mi ego gracias a esta democracia de masas y soy un ciudadano medio clandestino y uno más dentro de la gran manada. Eso es lo que más me gusta de este país. Aquí le bajan los humos a cualquiera. En esta cultura no le comen de cuento a nadie. Aquí no existen monarquías ni clases heredadas ni nada de esas mierdas. Aquí uno vale por lo que trabaje y logre por sí mismo. Aquel, quien era el más célebre en su país, en Estados Unidos se convierte en un pobre güebón. Así es la cultura del dólar. Cuaja lo que funcione a nivel dinero. ¡Cómo me gustaría ver a esas vacas sagradas del pueblo fuera de contexto! Me da risa ver cómo sufren esos hispanos aburguesados cuando se enteran de que el mito neoyorkino se torna tan feo y sucio como las mismas calles de donde provienen. Por eso es que Pablo Escobar terminó abaleado en el techo de una casa, porque los gringos no le perdonaron que no invirtiera sus dólares en el mismo Norteamérica, tal como suelen hacerlo las demás mafias de otros países. Y es que si uno se pone a ver, New York es una mole que está levantada a punta de mafia.

Pablo Escobar necesitaba a la gente del pueblo para que le alimentara su ego. Y el ego fue lo que lo mató. Como a mí. Sólo que yo no preferí más una tumba en Colombia "que una cárcel en Estados Unidos", como solía rezar Pablito.

Yo preferí una tumba en Estados Unidos.

Una chimba que me esté pasando esto a mí que era tan estrellita en el pueblo. Ahora ya no soy tan farandulero. Ahora estoy muy viejo y muy sabio para eso. Y eso ya es todo un cuento.

Lo mejor es que en casi veinte años y con mucho sacrificio (no fue fácil al principio) he podido equipar mi tumba con toda clase de comodidades. Díganme conformista, pero no necesito nada más, excepto la certeza de que yo soy muy poco de todo esto, y un poco de lo que dejé atrás: el trópico; la selva; los mosquitos, el agua en abundancia, la posibilidad de buscar un verdadero retorno hacia lo que soy, a las tardes en el desierto, a lo que siempre debí ser. Nada de eso voy a encontrar aquí. Lo sé. Nueva York es progreso, cemento, smog, hierro, civilización. Y en un par de lustros todo Estados Unidos será un gran mar de cemento. Y pensar en ello me hace sospechar que todo amor por el progreso es un engaño. Bien decía Lucho de vez en cuando: "No hay película más perfecta que la naturaleza. Lo que pasa es que no la sabemos mirar". Y Lucho tenía razón. Está tan lleno de materiales sintéticos el mundo, que a veces me pregunto si estos árboles de la gran manzana no serán un decorado hollywodense.

De los demás personajes de esta historia, no podría decir mucho. Todos terminamos en uno de esos finales tragicómicos y melodramáticos que nos sucedieron a muchos colombianos de aquella época. De tantas ínfulas artísticas, muy poco quedó: unos consumidos por el desempleo; otros por el alcoholismo; unos tantos por la resignación, otros por la desesperación y unos cuantos más en el autoexilio; en cárceles, en países extraños, en historias matrimoniales, en historias de hospital. Y es que al final, tarde o temprano, uno le pierde la pista a los amigos. Al final, sólo quedan uno o dos, o tal vez ninguno. Uno le pierde la pista a la gente que uno quiso. Miro a P. J. y pienso que ella es la fuente de todos mis olvidos, de mis curas; pienso que el amor se halla en algún lugar, afuera o adentro de este cementerio. Tal vez muy lejos de mí, pero a la fija, en algún punto de ese canalillo entre sus senos. Mirar a P.J. me hace recordar que la mujer es una manifestación divina de los dioses olvidadizos. La mujer es la expresión perfecta de nuestro paso por esta tierra. Tú única arma cuando decides olvidar. Escucharla. Olerla. Tocarla. Sentirla a P.J., es saber que una mujer es un ser altamente ultra diseñado.

Estamos sembrando un roble en el Central Park, después de haber salido de la catedral de Sant Patrick, donde los amantes han convertido a la religión en un altar de exhibicionismo erótico. Muy cerca de nosotros, un grupo de mexicanos juegan al fútbol y yo tengo fantasías con un planeta habitado sólo por lagos y por montañas. En la noche, iremos a un auto-cine con P.J., se trata de mi último acercamiento al mundo del séptimo arte. Un Cine Club que vengo coordinando desde hace varios años en una de tantas cafeterías de este cementerio llamado USA. Nuestra cita semanal en el Cine Club nos

hace muy felices a P.J. y a mí. Qué mejor que ir al autocine con la chica que uno ama. La pura verdad bajo la noche desnuda y el canto de las estrellas. Un balón viene hasta mí y yo lo paró de talonazo con maestría. Lo pongo en mi cabeza, hago técnicas que ni siquiera Maradona hizo nunca. Una vieja sapiencia de niño callejero. Una canción de salsa que se apodera de mí. Una, dos, tres. Cuatro veces. De cabecita, sin dejar caer la pelota al piso. Puro sabor. Eso es lo que me sucede por dentro cuando toco un balón de fútbol. No lo puedo evitar. En el Central Park todos me miran como si yo fuera transparente. Tal vez P.J. y los mexicanos son los únicos que me pueden ver en esta ciudad de fantasmas. "Los humanos somos el proyecto fracasado de Dios", pienso, y les devuelvo su pelota a los mexicanos. Luego, entramos a una librería y nos ponemos a hojear los nuevos lanzamientos editoriales. Es un ritual automático que ejecutamos con destreza. Ir las librerías es nuestro pasatiempo favorito. A mi lado hay una señora con los mismos ojos de Paula Vélez. Me suele suceder con harta frecuencia. Veo rasgos y gestos de la gente que solía frecuentar en Colombia. Coincidencias, similitudes espirituales, como si los viejos amigos volvieran a mi vida revestidos en los disfraces de nuevas personalidades. Es extraño, pero he estado pensando mucho en Paula últimamente. Tal vez por eso la veo en todos lados. Incluso, anoche, soñé con ella y hoy me parece estar viendo a Paula en todas las mujeres que me encuentro por la calle. Espero que se encuentre bien. Espero que no sea uno de esos llamados telepáticos que envía la gente cuando se encuentra en apuros. "*Si esta señora fuera Paula Vélez estaríamos recreando una vez más aquella vieja película de When Harrry Met Sally"*, pienso. Y entonces me sonrío. Me dan ganas de decírselo a P.J., pero prefiero callármelo. P.J. se ha alejado un poco hacia la sección de clásicos. Me acerco para mirar mejor a la señora y la señora se acerca para mirarme mejor a mí.

- ¿Juanca?

- ¿Paula?

- ¡Juanca!

- Dios mío, esto es increíble.

La señora se ríe.

- No lo puedo creer - dice, - ¡tantos años!

- ¡Dios mío! ¡No te reconocí!

- Sí, claro. Estoy más vieja...

- No, no quise decir eso... quiero decir... esto me parece increíble... ¿cómo estás? ... ¿qué estás haciendo en Nueva York? ... ¿por qué no me llamaste?

- Te iba a llamar... te puse un e-mail.

- Ah, no lo recibí...seguro rebotó.

- ... Bueno, la verdad pensé en ponértelo, iba a hacerlo; pero no sé que me pasó, se me fue el tiempo, vos sabes.

- Las ocupaciones.

Lo que sigue a continuación es una conversación llena de torpezas y formalidades; manos temblorosas. Le presento a P.J. y Paula me presenta a su esposo, un español, quien anda por ahí revoloteando en la sección *Non Fiction*. Salimos los cuatro juntos y caminamos un rato por las calles de Nueva York. En una esquina nos topamos con Lou Reed y lo pasamos de largo. Yo ofrezco algo de tomar, pero Paula tiene "pronto" un compromiso de trabajo. Se ha convertido en una catedrática universitaria y una convención de notables es el motivo de su viaje a Estados Unidos. No hablamos de cine, no hablamos de los viejos tiempos. Si acaso, hablamos de lo que fue el destino de algunos amigos mutuos, puros genios dilapidados, artistas fracasados… talentos con mucho potencial; gente a la cual se tragó el olvido. Una conversación bastante forzada. Bastante superficial. Como si pudiéramos oler la fragancia de unos cuantos reproches en el aire. La dulce sensación de otra historia inconclusa. La certeza de que no habrá más finales ni secuencias iniciales. De que nada más pasará en la vida; de que siempre habrá cosas eternas muy lejos de nosotros.

La tarde se ha tornado luminosa como si dios se hubiera hecho una raya de perico y se hubiera tomado un whisky doble. El cielo azul. Hay una luna transparente y gente bella y feliz, yendo de un lado a otro. Es época de elecciones y la opinión pública está llena de esperanzas renovadas. El mundo ahora se torna en el escenario perfecto para un crimen, tal como solía recalcarlo Hitchcock. Ray Loriga pasa a nuestro lado, junto a Cristina y a un jovenzuelo que los supera en estatura; suponemos que es su primogénito.

- Nada mejor que una tarde luminosa para un crimen - digo.

Wim Wenders, anciano, se encuentra en la fila de *Servicio al Cliente* con una pila de libros entre los brazos. Nadie se percata.

Paula me mira fijamente a los ojos. Ideas se nos vienen a la cabeza en una suerte de diálogo telepático:

"*¿Cómo pudimos divertirnos tanto y no terminar enamorados*?- Piensa ella.

"*Tal vez por no arruinar la diversión*" - le contesto.
"*Nos perdimos de muchas cosas*", - piensa Paula.

"*Nos perdimos de terminar divorciados*" - le respondo.

"*Vos nunca me hubieras pedido que nos casáramos*", - Piensa.

“*Vos tampoco lo reclamaste”*, - pienso yo.

“*Te fuiste. Te viniste a New York y nunca más volviste*”, - piensa Paula.

“Me cansé de ser como ustedes. Me cansé de ser como Lucho y me cansé de ser como vos y como todos los demás. Me cansé de la pose. De vivir sobre-actuado. Me cansé de ser lo que yo era en Colombia. Aquí me he convertido en otra persona totalmente distinta. Aquí soy otro, como si me hubiera muerto y hubiera vuelto a nacer”, - pienso.

“*Uno no cambia tanto en realidad*”, - piensa ella.

Paula tiene razón; nos pasamos por la vida dando vueltas en círculo y al final sólo somos los mismos nenes buscando la aprobación de mamá.

- ¿Qué tal Nueva York?

- Frío como un putas.

-¿Te gusta en realidad?

- En conjunto es una ciudad adorable. Si me pusiera a hablar de sus cosas por separado creo que la odiaría. Nueva York apesta cuando la vivís por pedacitos.

- Es un poco como todas las ciudades. –

Latas vacías, botellas rotas, charcos en las calles.

- ¿Y cuando volvés a Colombia?- Dice.

- Si tuviera mis papeles en regla iría de paseo. No creo que pueda volver a vivir allí. Entre otras cosas porque hasta el momento mi proyecto de vida ha tenido que ver con esta ciudad.

- ¿Y cuál es tu proyecto de vida?

- En realidad son varios.

- ¿Cuáles son?

- El más importante es mi falta de proyecto. Con ese he tenido para entretenerme toda la vida.

- Todavía te esforzás en fracasar.

- Digamos que no me esfuerzo en nada. Es también un poco el espíritu de mi proyecto.

- Es una salida, en demasía, por la fácil, ¿no?

- El facilismo facilita las cosas.

- Pero no las mejora.

- Tampoco las empeora.

- ¿No lo extrañás?

- ¿Qué?

- Al país, los amigos, tu familia…

- Colombia no me resulta inspirador; demasiada zona rural y demasiada telenovela para mi gusto; a Colombia lo que le falta es más nobleza y menos melodrama, y yo soy muy poco de lo segundo y apunto cada día más a lo primero…

Algo hace que me detenga, en seco, en medio de mis palabras; acaso la misma fuerza demoledora de titiritero que maneja mis cuerdas bucales y que luego se muestra permisiva para que siga moviendo mis labios delante de Paula:

- … Bueno… extraño algunos amigos, pero es apenas una sensación de lo que fueron ciertos ratos con ellos. Si me pongo a profundizar en esas aguas, me doy cuenta de que ya todos nos estábamos repitiendo. Mirándonos ya nos habíamos dejado de reconocer. Sólo nos repetíamos y punto. Siempre los mismos temas, los mismos espacios, los mismos recorridos. Lo interesante de Nueva York es que nunca te queda tiempo para repetirte demasiado. Bueno, sólo un poco. Pero no demasiado. Y cuando estas calles se hagan insoportablemente repetidas, entonces será la hora de partir, quizá, no de regresar.

-¿Yo también caigo en esta lista de tus laminitas repetidas?

No digo nada. En realidad Paula siempre ha hecho parte de la lista de mis cromos muy escasos.

Paula vuelve otra vez con aquella mirada.

- ¿Qué sentido tiene vivir rodeado de gente que no se parece a vos? – Dice.

- Es sólo una forma de mantenerme puro. – Digo.

Por la calle, a través de los cristales, veo a Noel Galaghen, el decrépito vocalista de Oasis. Cruza una calle y dobla a la esquina.

"*¿Por qué nunca hicimos el amor*?" – piensa Paula.

Yo hago memoria *en off*:

"*¿No lo hicimos*? *... Sí que lo hicimos. ¿Qué tal, aquella vez en la casa de Lucho*?".

"*Ésa no era yo. Ésa era Maria Teresa. Estabas borracho y ella desesperada por quitarse los pantalones*".

¿"*Y qué hay del día de la montaña? ¿Y de las otras veces? ¿Y del aborto?".*

"*Vos sabés que no cuentan. Fueron sólo sexo".*

"Sí que cuentan; para mí sí que cuentan. Siempre contaron, pero vos nunca quisiste enterarte".

"Vos nunca quisiste decírmelo".

"Mmmhh".

"Aún me debes dinero".

"¿Me estás cobrando un préstamo de hace 15 años? Hoy te lo podría pagar con dos monedas de mi bolsillo".

Hacemos silencio. Diálogo de miradas. Las palabras quieren salir, pero no pueden. Se atascan en la garganta. Una enorme mole de hielo ha caído entre nosotros.

Quedamos entonces en vernos por la noche, después de su convención y luego de mi Cine-Club. La cita es en el café de la calle Octava y Avenida Primera. Sin PJ. Sin su esposo. Tinto, cigarrillo y cenizas de un fuego inolvidable. Dos almas eternamente desafectivizadas buscando amor en la época equivocada. Al salir nos dirigimos al ferry que nos lleva a la Estatua de Libertad. En el cielo flota una misteriosa y gigantesca bola, como la bola de *Todos estamos bien* con Marcelo Mastroiani. Sólo que esta bola es más esférica y menos burda que la de la película. Totalmente roja. Lleva años de estar sobre Manhattan y los científicos no han podido descifrar de qué se trata ni de dónde vino y cuál es el material del que está hecha. Tratan de penetrarla pero no han podido moverla ni descifrar su enigma. Para ello, el gobierno de los Estados Unidos, en un gesto de paz, ha instalado pequeñas bases espaciales a su alrededor y persisten en su empeño sin necesidad de acudir a las armas, pues la bola se ha mostrado inofensiva. Sólo intentan resolver el nuevo misterio más grande del mundo. Y ahí estamos Paula y yo, menopáusicos y deformes, con nuestras cabezas mirando hacia arriba. Y entonces algo sucede. Una oleada de inocencia me invade. De repente, el estruendo de la ciudad

empieza a desvanecerse como si Dios estuviera ejecutando un *fade out* de audio y todo quedara en silencio. Vuelvo a esos días sagrados cuando me despertaba en casa de mis padres y lo primero que hacía era encender la televisión. Tengo ocho años. Mi padre revuelve y clasifica periódicos viejos en el salón de estar, mientras escucha los comentarios de Julio Arrastía Brica. Hay Tour de Francia. Mi madre se prepara su traje de domingo. Más tarde vamos al cine y luego a comer en algún restaurante del centro de Medellín. En la tele pasan *Animalandia*. Es la época del *black and white,* cuando en Colombia sólo hay dos canales de televisión. Pacheco hace un concurso de mascotas. No existen Teleantioquía ni Telemedellín ni los canales comunitarios. Época premoderna del proteccionismo. Mtv no ha empezado a globalizar a los humanos y los zapatos Reebok son una fábula de ciencia ficción. La ciudad huele a lluvia y a Listerine. A pólvora mojada y a Condimentos Triguisar. "*La mañana sabe a efecto invernadero",* dice mi padre.

Cambio de canal: white noise.

Otro canal. Más ruido blanco. *Los Dukes de Hazard* y *B.J. Mackey*. Persecuciones. Odio las persecuciones en las películas. Siempre las he odiado. Las únicas persecuciones que he soportado son las de *La Pantera Rosa*.

Cambio de canal. White noise. White noise. Aparece *El Boletín del Consumidor*. Vuelvo a cambiar. Ruido blanco. Ruido blanco. Ruido blanco.

ESCRITO Y DIRIGIDO

POR:

William Zapata Montoya

William ZAPATA Montoya
El Empeliculado
Nueva York, 2006.
Williamzapata2000@yahoo.com.mx
Una obra de *SHEBA PRODUCTIONS, APNEA FILMS* y *AHÍ VAMOS PRODUCCIONES*.